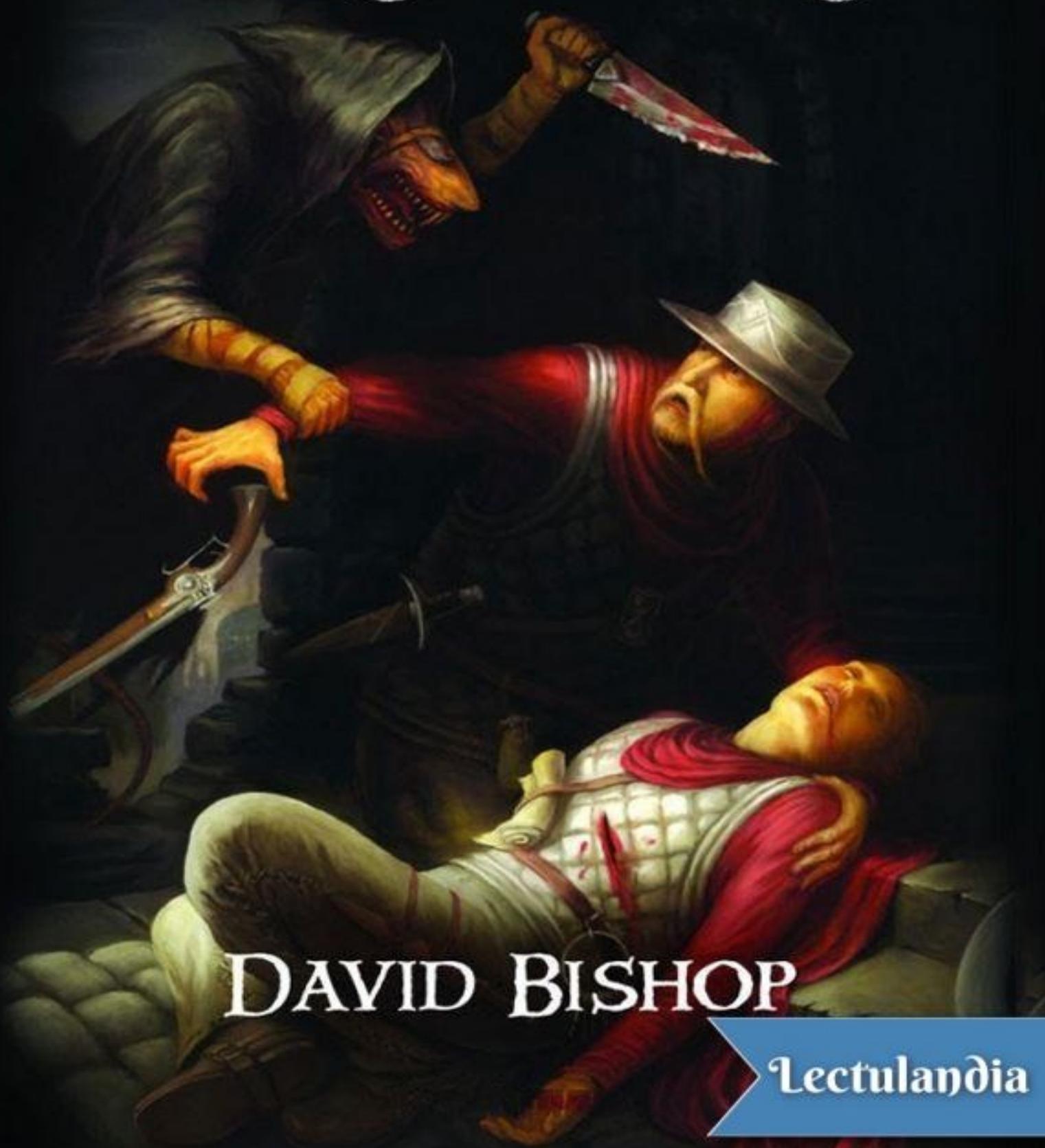


WARHAMMER

ASESINATO EN MARIENBURGO



DAVID BISHOP

Lectulandia

Marienburg es el mayor puerto del Viejo Mundo, un crisol de culturas y razas, un centro fundamental del comercio y una guarida de ladrones y maleantes de la peor calaña. Cuando el exoficial del ejército imperial Kurt Schnell es ascendido a capitán de la Guardia de Vigilancia Metropolitana no tarda en descubrir que su nombramiento es un regalo envenenado. La comisaría que le corresponde está ubicada en la zona más conflictiva de la ciudad, sus reclutas son infames y extrañas criaturas merodean por las calles al caer la noche

Lectulandia

David Bishop

Asesinato en Marienburgo

Warhammer

ePub r1.0

epublector 01.07.14



Título original: *A Murder in Marienburg*

David Bishop, 2007

Traducción: Simón Saitó Navarro

Editor digital: epublector

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para Lindsey,
por darme una oportunidad*



Ésta es una época oscura, una época de demonios y de brujería. Es una época de batallas y muertes, y del fin del mundo. En medio de todo el fuego, las llamas y la furia, también es una época de poderosos héroes, de osadas hazañas y de grandiosa valentía.

En el corazón del Viejo Mundo se extiende el Imperio, el más grande y poderoso de todos los reinos humanos. Conocido por sus ingenieros, hechiceros, comerciantes y soldados, es un territorio de grandes montañas, caudalosos ríos, oscuros bosques y enormes ciudades. Y desde su trono de Altdorf reina el emperador Karl Franz, sagrado descendiente del fundador de estos territorios, Sigmar, portador del martillo de guerra mágico.

Pero estos tiempos están lejos de ser civilizados. Por todo lo largo y ancho del Viejo Mundo, desde los caballerescos palacios de Bretonia hasta Kislev, rodeada de hielo y situada en el extremo septentrional, resuena el estruendo de la guerra. En las gigantescas Montañas del Fin del Mundo, las tribus de orcos se reúnen para llevar a cabo un nuevo ataque. Bandidos y renegados asuelan las salvajes tierras meridionales de los Reinos Fronterizos.

Corren rumores de que los hombres rata, los skavens, surgen de cloacas y pantanos por todo el territorio. Y, procedente de los salvajes territorios del norte, persiste la siempre presente amenaza del Caos, de demonios y hombres bestia corrompidos por los inmundos poderes de los Dioses Oscuros. A medida que el momento de la batalla se aproxima, el Imperio necesita héroes como nunca antes.

UNO

Arullen Silvermoon siempre había sabido que estaba destinado a morir en Marienburgo. Pero no de aquella manera; no asediado por criaturas voraces en mitad de la noche en unas catacumbas frías y húmedas bajo el suelo de Suiddock. Toda tentativa de huida o evasión era rastreada y atajada con una facilidad pasmosa, y sus esperanzas se desvanecían a medida que las sombras reptaban para acecharlo. El alto y esbelto elfo era incapaz de advertir un olor distinto a la fetidez de sus perseguidores, al nauseabundo hedor, la rancia acritud que le obstruía los delicados orificios de la nariz y le hinchía los pulmones. A lo largo de su vida, Arullen sólo había respirado dos tipos de aire: el perfumado con sándalo y jazmín de las estancias de su cálida y acogedora morada en Sith Rionnasänamishathir, y la fresca y salobre brisa marina que atravesaba el distrito élfico de la ciudad.

Ahora, aquella pestilencia de basura sin tratar y de descomposición rancia y putrefacta le provocaba náuseas. Era el tufo de los hombres, amargo como el regusto metálico de la adrenalina que notaba en la parte posterior de la garganta. Además, una neblina amarillenta y grasienta —tan agria que le provocaba escozor en los ojos— inundaba aquellos túneles abiertos en la roca. Cuando la atroz fetidez se volvió insoportable, Arullen se llevó una mano a la cara y se tapó la nariz apretándola entre los dedos pulgar e índice, viéndose obligado a respirar únicamente por la boca. Si debía morir allí, que fuera dando guerra y llevándose por delante a alguno de aquellos enemigos que todavía no se habían dejado ver. Al menos, en ese caso, lo haría con honor. En lo que no había honor era en morir ahogado por las emanaciones gaseosas de los residuos de la ciudad.

Se esforzó por ponerse en pie a pesar de que el agua que le cubría hasta los muslos le minaba las fuerzas de las piernas. Salió de un túnel y apareció en una cámara circular de la que partían en forma radial otros cinco pasadizos, como los radios de las ruedas de un carro de madera. El elfo levantó la mirada, más con la esperanza que con la expectativa de ver el cielo sobre su cabeza. Sin embargo, lo que descubrió fue un dosel de huesos y pedazos desgarrados de pellejos con los bordes recortados de quién sabía qué. Arullen miró detenidamente aquel cenáculo de los horrores. Los huesos eran de todos los tamaños y formas; algunos tan pequeños que debieron pertenecer a niños o a medianos, mientras que otros habían sido arrancados de esqueletos de

animales y de criaturas marinas.

La mayoría estaban totalmente sin rastro de carne, y unos cuantos aparecían quebrados y con la médula extraída. Una asquerosa luz verde bañaba el terrorífico retablo. Arullen descubrió que la iluminación provenía de un millar de diminutos destellos, cada uno de los cuales se movía y se trasladaba de manera independiente por la parte inferior del dosel. Eran gusanos luminosos que se alimentaban de los restos de carne y sangre y se valían de esos nutrientes para mantener el calor de sus cuerpos luminiscentes.

De repente, un grito ensordecedor, inhumano, desgarró el aire viciado. Era un bramido nasal de ira y voracidad que retumbaba alrededor de Arullen y desaparecía y reaparecía por los túneles circulares. La mano del elfo se cerró alrededor de la empuñadura de su daga. Le habían arrebatado el resto de las armas en el terrible combate inicial que había librado nada más toparse con la guarida de las criaturas. En esa breve y atolondrada escaramuza había acabado con seis enemigos; cuatro derribados con las flechas y los otros dos con la cabeza cercenada por su larga hoja. ¡Lo que habría dado Arullen por seguir en posesión de aquellas armas! Con ellas podría sobrevivir a aquella noche y transformar la adversidad en triunfo. Por el contrario, ahora se veía obligado a huir por la penumbra en busca de la única oportunidad que le ofrecía ver de nuevo la luz de la luna; si su rostro volvía a recibirla, no había duda de que recuperaría el valor, revitalizado por su homónimo lunar. Pero la luna creciente todavía no se había alzado. Según se apagaba el eco, Arullen musitó una plegaria por su salvación —por improbable que pudiera ser—, que finalizó: «Por lo menos no permitas que mi muerte sea en vano».

La respuesta que recibió fue rápida e inmisericorde. Los ecos del grito inhumano cesaron por completo y fueron sustituidos por el chirrido de uñas arañando la roca y el ruido de seres que se aproximaban desde todas las direcciones. Arullen comprendió que el infame bramido había sido una convocatoria. Lo habían encontrado y ahora estaban cercándolo para matarlo. El joven elfo miró la daga que aferraba en la mano, cuya hoja continuaba impoluta, todavía incólume de cualquier tipo de sangre, aunque no duraría así mucho más.

—Puedo conducirte a la salvación —susurró una áspera voz desde la penumbra.

Arullen se dio la vuelta blandiendo la hoja, listo para asestar un golpe letal. Sus ojos escudriñaron los sombríos túneles que se abrían en torno a él, pero no distinguió nada en la impenetrable oscuridad.

—¿Quién ha hablado? ¡Muéstrate!

—He sido yo —respondió la voz.

Arullen se volvió y vio una figura que emergía de las sombras con el andar pesado. Su forma era humana, pero tenía los rasgos deformados y contraídos. Los demás horrores que pudieran martirizar el cuerpo de aquella criatura permanecían ocultos

bajo una oscura y húmeda mortaja.

—Te ofrezco la salvación, ¿la aceptas?

—¿Puedes sacarme de aquí y ponerme a salvo? —preguntó Arullen, todavía con la daga alzada y preparada para golpear.

—Acepta la salvación que te brindo y nunca más volverás a conocer el dolor ni el miedo.

El chirrido sonaba cada vez más alto; sus perseguidores estaban acercándose. Arullen se esforzó por discernir de qué túnel provenía el ruido, pero las paredes y la crecida de las aguas producían un eco tras otro. Cerró los ojos y se concentró, con la cabeza inclinada hacia abajo, en distinguir el origen de los sonidos. Sus sentidos se expandieron por la oscuridad y sondearon y palparon la penumbra. No, los monstruos no llegaban de una única dirección, sino de todas. Estaba atrapado, rodeado por la horda que estaba a punto de caer sobre él. Cuando abrió los ojos, el misterioso extraño seguía a la espera de una respuesta.

—¿Y bien?

—Acepto tu propuesta de salvación —contestó Arullen.

¿Qué otra opción tenía? Su ofrecimiento era tan deseable como un baile con Isha, pero quizá todavía quedaba alguna esperanza.

El rostro del extraño se contrajo y sus labios se torcieron en un escalofriante gesto que guardaba cierta semejanza con una sonrisa.

—Estupendo. Sígueme y todo saldrá bien. Tienes mi palabra.

La encorvada figura se internó caminando pesadamente por el túnel más próximo y enfiló directamente hacia donde el chirrido sonaba con mayor intensidad.

—No puedes ir en esa dirección —dijo el elfo entre dientes—. De allí...

El extraño se detuvo, pero no se molestó en volverse.

—Sígueme, o tu muerte será inexorable.

* * *

Kurt Schnell albergaba pocas ilusiones respecto a los ingredientes que se empleaban para elaborar las salchichas en La Gaviota y la Escupidera. Dos antiguos propietarios de la taberna se encontraban ahora empleando su tiempo en la isla de Rijker a causa de sus crímenes culinarios. Aunque pensó para sus adentros que aquello tampoco era del todo exacto, pues ambos habían admitido los cargos por asesinato que se habían presentado en su contra. El hecho de que optaran por convertir pedazos selectos de sus víctimas en relleno para las salchichas había otorgado una truculenta notoriedad a la carta de La Gaviota y la Escupidera. El nuevo propietario, un pícaro bretoniano llamado Jacques Pottage con una desmesurada afición por el ajo —ajo y más ajo—,

tenía que soportar las inspecciones semanales a su cocina para garantizar que un suceso como aquél no se repitiera por tercera vez. No obstante, eso no lo había privado de levantar un lucrativo negocio especializado en despojos de carne embutidos en un envoltorio de tripas de animal en forma de tubo con nombres, condimentos y precios exóticos.

Como sargento de la Guardia de Vigilancia Metropolitana en el extremo oriental de Goudberg, Kurt tenía el cometido de realizar aquellas inspecciones semanales. Una vez que los resultados eran satisfactorios, formaba parte de la rutina que le dieran a elegir de forma gratuita uno de los platos principales de la carta. Siempre insistía en pagar, consciente a todas luces del pantanoso terreno en el que se adentraba aceptando el esporádico soborno. Al principio, sus hombres habían protestado la prohibición de aceptar aquel tipo de dádivas, pero no habían tardado en aprender a convivir con ello o simplemente habían solicitado el traslado a otros destinos menos honrados. Como consecuencia de su buen hacer, aquella zona de Goudberg disfrutaba de uno de los índices de criminalidad más bajos de todo Marienburgo.

El hecho de que no hubiera demasiadas cosas de valor que robar en Goudberg tampoco le venía mal, y ya hacía tiempo que Kurt había aprendido a buscar sus triunfos donde sabía que podía cosecharlos. La vida tenía la costumbre de darte una patada en tu lugar máspreciado cuando menos te lo esperabas, de modo que era mejor saborear el éxito mientras estuviera al alcance de la mano.

Sonrió cuando la pechugona camarera de la taberna se acercó a él luciendo un generoso escote que atraía las miradas de admiración del resto de los hombres que poblaban La Gaviota y la Escupidera.

—Bueno, Inga, ¿cuál es el plato del día? —preguntó Kurt—. ¿Por casualidad no serán las magníficas empanadillas hervidas?

La rubia sirvienta se ruborizó con el comentario y no pudo contener una risita tonta mientras meneaba la cabeza.

—No debería preguntar esas cosas, sargento Schnell —respondió mientras depositaba un espumoso pichel de cerveza sobre la tosca mesa de madera delante del agente—. Sólo le causará problemas en su nueva comisaría.

—¿Mi nueva comisaría? —Kurt hizo un esfuerzo por asentir con la cabeza, como si realmente supiera de lo que estaba hablando.

Al parecer, el ascenso que perseguía desde hacía seis meses por fin se había aprobado. Sin embargo, como era habitual en Marienburgo, la velocidad de los rumores era mucho mayor que la de la burocracia. Si uno quería saber lo que ocurría en las angostas calles y los múltiples canales de aquella ciudad, no tenía más que meterse en la taberna más cercana y aguzar el oído. Eso era lo que le había dicho a Kurt el primer sargento que había tenido, y seguía siendo tan cierto ahora como lo había sido entonces, si no más.

—Tiene razón, Inga. Tendré que andarme con ojo a dondequiera que vaya.

Aguardó, pero la curvilínea mujer se limitó a asentir con la cabeza al comentario del sargento, sin dar más pistas de lo que sabía. Kurt suspiró y se quitó la gorra negra, la prenda que motivaba el sobrenombre del cuerpo de la guardia.

—Bueno, ¿cuál es el plato del día? ¿Cormorán con cilantro? ¿Cerdo de los pantanos con hojas de mostaza? ¿Rata con rabanitos?

Inga meneó la cabeza con una sonrisa picara en los labios.

—Sorpresa de salchicha de carne y nabo.

—¿Qué tipo de carne? —preguntó Kurt, pero alzó una mano para acallar la ineludible respuesta—. No me lo diga. Es una sorpresa, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó Inga, enfurruñada porque le habían aguado el chiste de la noche.

—He estado inspeccionando la cocina —replicó el sargento—, y créame, nada de lo que aparece en la carta me sorprenderá.

Kurt entornó los ojos para mirar a través de la inevitable nube de humo de pipa que colmaba la taberna y leer los platos escritos rudimentariamente con tiza en la pared de piedra que se alzaba detrás de la barra.

—Tomaré las de... ajo y jabón fresco.

—Ajo y jamón fresco —le corrigió Inga.

—Sí, mejor eso —afirmó Kurt.

—¿Verdura salteada, en puré o hervida?

—En puré.

—¿Y de postre?

Kurt meneó la cabeza.

—La última vez que comí aquí estuve acribillando el retrete durante tres días. Antes de aventurarme con el siguiente plato comprobemos si tolero las salchichas.

—Una decisión muy sabia —señaló Inga—. Regresaré en unos minutos.

La camarera se alejó pavoneándose hacia la cocina, pero antes de llegar se detuvo un instante para abofetear a un mediano que intentaba mirarle por debajo de la falda manchada de hollín.

Kurt apuró la cerveza paladeando los sabores peleones del lúpulo y la miel mientras escudriñaba a los demás bebedores. La mayoría de los rostros le resultaban familiares: estibadores de Suddock que ganaban lo suficiente con su duro trabajo en el puerto como para vivir en la isla menos violenta y peligrosa de Marienburgo, comerciantes ambulantes cansados tras un día agotador yendo y viniendo por los estrechos y tortuosos callejones y pasajes de la ciudad, un puñado de achispados medianos buscando pelea con cualquiera que los mirara directamente a los ojos, y una figura solitaria en el rincón opuesto, envuelta en una capa oscura y con el rostro oculto bajo una capucha, y que se valía de las sombras para mantenerse oculta. Kurt

no dudó un instante de que aquél era el individuo que debía tener vigilado. Había estado en más reyertas de taberna de las que le correspondían y había luchado en demasiados campos de batalla sangrientos como para no reconocer un problema cuando lo tenía delante de los ojos. Deslizó con aire despreocupado la mano que le quedaba libre hacia la maciza porra asegurada a su cintura por una correa de cuero. La amenaza de violencia flotaba en el aire como una furiosa y atroz tormenta eléctrica que se aproxima a tierra desde mar adentro. Sólo quedaba por ver si le daría tiempo a comer antes de que saltara la chispa que prendiera la furia latente en la taberna.

* * *

El extraño condujo a Arullen por el desconcertante laberinto de túneles y pasadizos, algunos tan estrechos que el elfo se vio obligado a atravesar de costado los angostos y claustrofóbicos espacios. Cada nuevo paso por las hediondas aguas que crecían paulatinamente era más duro que el anterior, y Arullen comprendió que la marea debía de estar subiendo. «Llevo tanto tiempo debajo del suelo que he perdido la noción del tiempo», dijo para sus adentros. Entretanto, a medida que los perseguidores del elfo se acercaban, aumentaba el volumen del chirrido; también su fetidez se volvía más intensa y llegaba hasta ellos como las gotas pulverizadas de una ola poderosa, hasta que llegó un momento en que el ruido y el rancio olor vencieron a Arullen y el elfo se dio la vuelta para encarar la horda que se cernía sobre él, aferrando la daga con el puño totalmente cerrado alrededor de la empuñadura.

Arullen advirtió unos movimientos en la oscuridad y distinguió las figuras que se acercaban a la carrera. Vislumbró brevemente sus rostros y se le heló la sangre.

—Ya están aquí —susurró al extraño—. ¡Es demasiado tarde! ¡Ya están aquí!

Entonces lo tiraron violentamente y su cráneo impactó contra la esquina pedregosa de un pasadizo. Los dedos que lo aferraban lo introdujeron por un hueco tan estrecho que el tejido de su túnica se rasgó por delante y por detrás. Las manos del extraño tantearon el cuerpo de Arullen y le desgarraron la vestimenta; las uñas irregularmente recortadas se hundieron en su piel y se clavaron en la carne que revestía los huesos. El elfo se miró las manos y se dio cuenta de que había perdido la daga. No disponía de ningún arma para arremeter contra el enemigo antes de que lo atacaran y barruntó que había llegado su fin.

El torrente de perseguidores cruzó en tropel la entrada del pasadizo y se perdió a la carrera por el túnel donde escasos instantes antes había estado el elfo. La interminable oleada de criaturas voraces —docenas y más docenas— pasó de largo cuchicheando entre sí en una horrenda lengua gutural de su propia invención y con los despiadados ojos negros refulgiendo de furia. Arullen aguzó el oído mientras

pasaban para contar cuántos elementos componían la horda, y que ya sumaban más de cien cuando el tumulto empezó a debilitarse. Otro centenar desfiló durante el siguiente minuto; hasta que por fin pasó renqueando el último, el más débil del pelotón.

Arullen había contenido la respiración mientras pasaban, tratando de mantenerse como una tumba, y sólo abrió los ojos cuando el chirrido cesó.

—Éste es el camino a tu salvación —dijo el extraño—. Ven. No tardarán en darse cuenta de su error y regresarán. No disponemos de mucho tiempo para alcanzar un lugar seguro.

Arullen se dejó arrastrar por el desconocido hacia el interior del pasadizo, cuyas paredes eran cada vez más estrechas. Justo cuando pensó que ya no podría continuar, el pasadizo se abrió abruptamente en otra cámara subterránea, que en este caso disponía de una diminuta ventana con barrotes en el techo que permitía entrever el cielo nocturno. El elfo levantó la mirada y sintió la gloria del reflejo de la luna en forma de hoz bañándole el rostro.

—Gracias —exclamó Arullen volviéndose hacia su salvador.

El extraño extendió la mano con el puñal del elfo.

—¿Mío?

—Tuyo —respondió Arullen—, siempre y cuando me saques de aquí con vida.

El desconocido dejó caer la cabeza.

—¡Mío! —repitió.

Entonces clavó la daga en el abdomen de Arullen y retorció la hoja en la herida, a continuación extrajo el arma del cuerpo del elfo y lamió la daga hasta dejarla reluciente. De su lengua purulenta se escapó un hilo de sangre que goteaba sobre la mortaja.

Arullen se derrumbó sobre una rodilla mientras trataba de taponarse inútilmente la herida con las manos, pero el extraño se las rajó, obligándolo a apartarlas del enorme hueco irregular de la herida. El elfo cayó desplomado de espaldas contra la pared cenagosa, jadeando. El desconocido se acercó a él, formó un cuenco con las manos y las hundió en la herida, las giró repetidamente para abrirse paso por los bordes carnosos y se las ungió con la sangre del elfo. Finalmente las extrajo del cuerpo de Arullen produciendo un ruido de succión y algo que cayó al agua los salpicó.

El elfo contempló con incredulidad al extraño, que alzó las manos ensangrentadas y ofreció sus dedos teñidos de carmesí a la luz de la luna, acompañando la ofrenda con un conjuro que balbuceaba en un histérico tono de voz. Las palabras se confundían unas con otras, haciendo imposible comprender su significado ni su sentido. El desconocido hizo una pausa para escuchar, como si esperara que la luna en forma de hoz le respondiera. Aparentemente satisfecho, fue arrastrando los pies hacia una columna de piedra que se elevaba hasta el techo de la cámara y aporreó

repetidamente la columna con las manos ensangrentadas, como si fuera la carne de la tabla de cortar de un carnicero, de nuevo acompañando los movimientos con la disparatada proclama. Cuando el extraño apartó las manos, Arullen habría jurado que acababa de ver cómo la estructura de piedra había absorbido la sangre, como si se hubiera bebido el espeso líquido carmesí.

—Hubo un tiempo en que fui monarca de este lugar —masculló el extraño—. Éste fue mi reino, mi dominio, hasta que la locura me reclamó y la anarquía desencadenó la revolución de mi cuerpo y de mi alma.

—¿Eras el rey de las catacumbas? —preguntó Arullen entrecortadamente, tratando de mantener el tono seco de su voz—. ¿Soberano de las cloacas? ¿Señor de los albañales?

—¡No de aquí abajo, elfo idiota! —Un dedo deformado apuntó hacia la luna, que se elevaba sobre sus cabezas al otro lado de los barrotes metálicos—. ¡De allí arriba! Aquél era mi mundo, mi lugar... mi hogar.

Arullen se valió de unas reservas de energía que hasta ese momento desconocía que tuviera para arrojarse desde el otro lado de la cámara y derribar al extraño, que cayó desplomado sobre la sopa que componía la mezcla de aguas residuales con el agua del mar. El elfo forcejeó con el extraño para hundirle el rostro pustuloso en el agua, regodeándose con el pataleo y el braceo desesperados de su oponente.

—¡Tú me has matado! —gruñó el elfo—. ¡Ahora me toca a mí!

Mantuvo sumergido al extraño durante un tiempo que le pareció una eternidad, hasta mucho después de que dejara de agitar las extremidades. Por fin retrocedió tambaleándose, tratando de recuperar el aliento entre jadeos y plenamente consciente de que se le escapaba la vida por la herida abierta en la cintura. Un mareo se apoderó de él y Arullen extendió el brazo hacia la pared y apoyó la mano ensangrentada en la columna de piedra, que le chupó la piel como un bebé succiona el pezón de un pecho y sorbió con voracidad la sangre que le cubría las palmas de las manos. El elfo herido, moribundo, consiguió retirar el brazo y maldijo su desmemoria. Cualquiera que fuera el monstruo que alojara aquella columna, Arullen no sentía ningún deseo de continuar alimentándolo, y sólo pensaba en alcanzar la superficie y alertar a los demás sobre lo que había presenciado en aquel infierno acuático del subsuelo. Echó un vistazo a su alrededor y eligió un pasadizo abovedado que se adentraba en la oscuridad. Regresar por el angosto corredor que lo había conducido hasta allí quedaba totalmente descartado, pues si atravesarlo ileso le había resultado dificultoso, sin duda moriría si trataba de volver sobre sus pasos, y la perspectiva de permanecer para la eternidad con los huesos entre aquellas paredes hasta que acabaran por salir arrastrados al mar no le producía ningún placer. «Por el pasadizo abovedado», se dijo el elfo, que torció el gesto de dolor y fue tambaleándose en esa dirección.



—Sólo lo preguntaré una vez —advirtió Kurt, asegurándose de que su autoritaria voz se proyectara de modo que llegara a todo aquel que todavía no había perdido la consciencia en La Gaviota y la Escupidera—. ¿Quién lanzó al primer mediano?

La trifulca había resultado inevitable. Desafortunadamente, había estallado en el preciso momento en el que Inga servía la carne y la sorpresa de salchicha y nabo al sargento con la mejor de sus sonrisas de invitación a la cama en los labios. Aunque eso era algo que hacía con frecuencia los Aubentag, pues su marido solía pasar fuera de casa el segundo día de la semana, dedicado a las entregas a los prisioneros y celadores de la isla de Rijker, y dejaba sola a su mujer, e Inga era conocida por su apego a una cama cálida.

Kurt había esquivado sus insinuaciones en otras ocasiones y, por supuesto, no tenía ninguna intención de sucumbir a sus licenciosos encantos aquella noche. Lo único que deseaba era comer algo, quizá otro pichel de cerveza y una tranquila noche de descanso en su propia cama, sin la compañía de Inga.

Lo que tenía, por el contrario, era una riña de taberna de una brutalidad y una ferocidad tales que únicamente cuatro individuos seguían en pie una vez que finalizó; entre ellos, dos medianos. Los otros dos eran la inquietante figura del rincón y, como no podía ser de otra manera, Kurt. La pelea se había iniciado cuando alguien había decidido dedicarse a la poco recreativa actividad de «lanzar al enano». Y puesto que no había enanos a mano, uno de los achispados medianos había sido obligado a cubrir su puesto, de modo que había volado sin ninguna gracia por el aire para terminar aterrizando con la cabeza entre los voluminosos pechos de Inga.

Aquello había provocado que la comida de Kurt saliera disparada por los aires, aunque había disfrutado de un vuelo considerablemente corto, pues las dos salchichas, todavía intactas, habían aterrizado limpiamente en los picheles de dos corpulentos estibadores, que se habían ofendido sobremanera al ver su preciada cerveza mancillada. Desde ese momento apenas habían transcurrido unos breves instantes antes de que el barullo se hubiera convertido en un caos de violencia. Kurt había contemplado con abatimiento cómo los puños contactaban con los rostros, las botas pateaban cuerpos y los bancos se convertían en arietes, y había hecho todo lo posible por mantenerse ajeno a aquella carnicería, algo que había logrado con éxito hasta que un estibador había decidido arremeter contra un ser de su tamaño tras lanzar contra el techo a un mediano de una patada.

—¡Tú! —le había gruñido el ebrio estibador, pronunciando esa única sílaba con grandes dificultades—. Tú eres el de las salchichas que...

Kurt había silenciado su acusación sacudiendo al fornido matón. A pesar de que

era un hombre de una enorme envergadura, acostumbrado a levantar unos pesos que dejarían lisiadas a la mayoría de las bestias de carga, el estibador desconocía los rudimentos de una pelea y había caído al suelo hecho un amasijo desordenado de extremidades. Sus compañeros de bebida no se lo habían tomado muy bien y habían arrinconado a Kurt, formando entre los cuatro un semicírculo alrededor de él. El sargento de la guardia había recuperado la gorra negra del cinturón y la había sostenido delante de ellos para que la vieran.

—Soy un representante de la ley en esta ciudad. Mi trabajo es mantenerla paz. Si me atacáis...

Pero habían hecho caso omiso de su advertencia y el estibador que tenía al lado lo había embestido. Kurt había burlado la acometida echándose a un lado, y el atacante había hundido la cabeza en la maciza pared de piedra. Uno ya había caído, pero quedaban tres. El siguiente se había lanzado directo hacia Kurt con los brazos abiertos para asegurarse de que el sargento de la guardia no se le escapaba, pero Kurt había descargado su garrote en la mejilla derecha del agresor. La pieza de plomo alojada en el interior de la porra había hecho añicos el hueso facial del atacante, que había proferido un inconsolable alarido de dolor.

Habían caído dos, así que quedaban otros dos. Éstos habían permanecido de pie a cada lado de Kurt, observándolo con recelo y buscando un hueco para lanzarse sobre él. Lo habían visto deshacerse de sus camaradas de uno en uno, pero ¿no se impondría un ataque doble? Los estibadores se habían hecho un gesto con la cabeza y habían arremetido sin reparar en la viga que cruzaba sobre sus cabezas, en diagonal, de una pared a otra. Kurt había saltado en vertical y había flexionado sus largas piernas para esquivar el ataque, lo que había provocado que las cabezas de los estibadores chocaran entre sí. El tremendo crujido de sus cráneos había precedido el sonido ahogado de sus cuerpos desplomándose sobre el suelo húmedo y cubierto de lamparones de cerveza.

Kurt había balanceado las piernas un par de veces para ganar impulso antes de soltarse de la viga y aterrizar con agilidad de pie al otro lado de los tres hombres, que yacían inconscientes junto a su quejicoso compañero, quien estaba demasiado ocupado atendiéndose el rostro destrozado como para intentar otro ataque. El resto de los contendientes había caído durante el transcurso de la reyerta; algunos habían perdido el sentido y otros rezongaban por el dolor. Sólo quedaban en pie dos medianos y la inquietante figura del rincón. Inga estaba agazapada bajo una mesa, aunque sus gemidos no eran ni por asomo de dolor, a juzgar por su frecuencia y por la presencia del propietario de La Gaviota y la Escupidera debajo de ella.

—¡Inga, por el amor de Manann, baja la voz! —exclamó Kurt antes de repetir la pregunta sobre el lanzamiento del mediano que había desencadenado la trifulca.

—Creo que fue uno de los majaderos que han acabado inconscientes después de

intentar atacarlo —respondió la figura del rincón emergiendo de las sombras.

Kurt se sorprendió de la suavidad de su voz, y se sorprendió aún más cuando se levantó la capucha y dejó al descubierto el rostro de una hermosa joven. El cabello castaño le caía como una cascada alrededor de sus facciones en forma de corazón, y sus cálidos ojos brillaban con excitación posados en el sargento de la guardia.

—Probablemente el que todavía tiene la cabeza incrustada en la pared de piedra.

—Muy bien —dijo Kurt—. El dolor que sentirá cuando se despierte por la mañana lo convencerá para pensárselo antes de volver a lanzar medianos por los aires. —Inspeccionó el resto de los cuerpos sangrientos desparramados por la taberna—. Al parecer, usted se ha mantenido al margen de la pelea.

—Sólo he venido para entregar un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿A quién?

—A usted —contestó con una sonrisa jugueteando en los labios—. Entiendo que usted es Kurt Schnell, sargento de la guardia de esta zona de Goudberg. ¿Estoy en lo correcto?

—Así es. ¿Cuál es el mensaje?

—Debe presentarse en el despacho del comandante al amanecer, donde se le asignará un nuevo destino... Antes de que me pregunte, desconozco los detalles. Yo debo regresar e informar de la impresión que me ha causado. ¿Le gustaría que dijera algo en particular?

—La verdad será suficiente —respondió Kurt, sin ningún interés en entrar en juegos políticos ni de cualquier otro tipo con la emisaria.

La joven ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Siempre va con la verdad por delante?

—Considero que es la manera más sencilla de recordar las cosas. Las mentiras requieren un esfuerzo mayor.

La emisaria asintió comprensivamente y se dio la vuelta cortando el aire con el arco que trazó su capa negra. Cuando ya alcanzaba la puerta de salida de la taberna, se detuvo un instante y lanzó una mirada a Kurt volviendo el rostro.

—Por cierto, mi nombre es Belladonna Speer. Sospecho que volveremos a vernos, sargento Schnell. —Y desapareció en la negrura de la noche que se desplegaba en el exterior.

Inga reapareció de debajo de la mesa donde se había refugiado del barullo.

—¿Ya ha terminado?

Kurt no pudo reprimir una sonrisa.

—Presumo que la diversión no ha hecho más que comenzar.

* * *

Arullen avanzaba tambaleándose por la oscuridad. No tenía ni idea de hacia dónde se dirigía ni de cómo era capaz de seguir caminando. Tenía los dedos entumecidos y sus piernas eran como dos rocas, demasiado pesadas para levantarlas en las infectas aguas de las catacumbas, que ya le cubrían hasta la cintura. Aun así, continuaba arrastrándose con dificultad, apretándose con una mano la herida del abdomen mientras que con la otra se aferraba a las abovedadas y cenagosas paredes. No le cabía duda alguna de que ya debería estar muerto; sin embargo, algo le impedía detenerse y lo animaba a continuar. El elfo no quería perecer en aquel agujero y convertirse en carroña para las alimañas y los demás moradores de las cloacas. Había descendido a las catacumbas con tres hermanos, atraídos por los relatos sobre los extraños objetos que podían hallarse en aquellos inmundos túneles y cámaras. Según los mitos, una vez un navío elfo había colisionado con las rocas de Riddra y había volcado en aquellas aguas un cargamento de joyas extraordinarias. Parte del tesoro había sido recuperado, pero el resto había desaparecido con la marea. Si se concedía veracidad a la leyenda, el grueso del cargamento había sido arrastrado hasta las catacumbas por las corrientes provocadas por la misma tormenta que había destrozado el barco, y había permanecido bajo la superficie generación tras generación, aguardando a los elfos que tuvieran la valentía y el atrevimiento necesarios para aventurarse por las catacumbas, recuperar el cargamento y llevarlo de regreso al distrito élfico.

Arullen había convencido a tres hermanos para introducirse en las catacumbas junto con él, pero su búsqueda se había revelado una estupidez y una tragedia, muy alejada de una acción valerosa e intrépida. Los demás habían perecido despedazados por los monstruos voraces, y todo lo que Arullen había recuperado se reducía a un solitario broche de plata que sus manos habían hallado sondeando la oscuridad. Extrajo el broche de su vestimenta ensangrentada y miró fijamente el fragmento de piedra insertado en la joya; un minúsculo brillo de luz trémula destelló en la piedra sin pulir y un murmullo llenó la cabeza de Arullen de ideas sombrías, insistiéndole en que regresara y se entregara a los seres que lo asediaban. «No, no lo haré —decidió apartando el broche de su vista—. Debo alcanzar la superficie». «Concédeme morir con la luz de la luna bañándome el rostro y moriré feliz», pensó.

Había otra razón para no detenerse: debía advertir a sus hermanos, avisarlos del inminente cataclismo. A menos que se diera la alarma, lo que los acechaba desde allí debajo —oculto en la penumbra— arrasaría Marienburgo sin hacer distinciones entre elfos y hombres, medianos o enanos, y si Marienburgo sucumbía a esas pesadillas podría desatar el reinado del Caos, y un horror inimaginable se extendería por el Viejo Mundo. El Imperio continuaba acuciado por el legado de su lucha contra el Caos y no resistiría otra guerra tan pronto. Arullen sabía que no sobreviviría mucho más tiempo, pero aún podía prevenir a los habitantes de la ciudad, y ellos se prepararían para el terror que se avecinaba. Era lo mínimo que debía a sus hermanos

fallecidos, de modo que siguió avanzando tambaleándose, con sus delicadas y afiladas facciones empapadas de sudor y pálidas por culpa del miedo y del sufrimiento.

Un dolor punzante e irregular le atravesó el cuerpo y le llevó a los labios un grito involuntario de desesperación. Se detuvo y reclinó la espalda contra la pared curva; cerró los ojos, acuciado por el dolor. Tenía un objeto afilado dentro de la herida que estaba destrozándole los intestinos, desgarrándolos lentamente. La punta de la daga debía de haberse roto en su interior al impactar con un hueso y ahora enfilaba hacia el corazón, ascendiendo por su cuerpo para matarlo.

Vaya ironía. El hechizo que yacía en su hoja para asegurarse de que la daga siempre fuera contra su objetivo ahora se volvía contra él. La madre de Arullen siempre le había dicho que inmiscuirse en la magia le ocasionaría la muerte. Como siempre, el destino iba a demostrar que tenía razón. Pero no era el momento para la autocompasión.

Arullen abrió los ojos de nuevo y respiró entrecortadamente. Ahora la iluminación del túnel era mayor. La luz se introducía en el hueco del pasadizo por un recodo que se formaba más adelante. El elfo se detuvo y aguzó el oído tratando de descubrir alguna pista de los perseguidores que lo acechaban, pero sólo advirtió el sonido del agua que lamia las paredes. Arullen avanzó a duras penas hacia la curva del túnel y la luz que provenía de más allá. Quizá no se trataba más que de otro cúmulo de gusanos luminiscentes comedores de carne, pero era una razón para continuar. El elfo rompió a reír cuando giró y descubrió el origen real de la luz. Una estrecha escalera de piedra se elevaba desde las catacumbas, y la luz se desparramaba desde los escalones superiores junto a la primera bocanada de aire limpio que Arullen había respirado en horas. Lo había conseguido. Contra todo pronóstico, había encontrado una salida de aquel laberinto.

Si hubiera podido, el elfo habría echado a correr hacia la escalera. Sin embargo, caminó con dificultad, respirando entre jadeos. La punta de la daga se acercaba aún más a su corazón con cada paso que daba. Por fin alcanzó los escalones inferiores y se aferró a la Vetusta barandilla metálica que conducía a la superficie.

—¡Socorro...! —gritó. Sin embargo, su voz sonó débil y poco convincente—. ¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!

Pero nadie lo oyó. Nadie acudió a su rescate. Así que el moribundo elfo emprendió la ascensión por la escalera, arrastrándose de escalón en escalón, reptando hacia la libertad. Los destellos fugaces de la luz de la luna lo empujaban a continuar, lo exhortaban en su ascensión, lo reclamaban para que acudiera a su abrazo.

Apareció en un angosto saliente que se asomaba sobre un estrecho canal secundario. Arullen no tenía ni idea de en qué parte de Marienburgo se encontraba, pero no le preocupaba. Había escapado de las penalidades del subsuelo y eso era lo único que importaba. Avanzó por el saliente y llegó a un sendero más ancho. No vio a

nadie; sin embargo, esa circunstancia no duraría demasiado. Era rara la ocasión en que Marienburgo dormía, pues el corazón palpitante de su economía basada en el comercio requería una atención constante y un inquebrantable empuje para sostenerse. Arullen se detuvo un momento y miró en todas direcciones buscando a alguien, a quien fuera, para que lo ayudara. No le cabía ninguna duda de que su familia pagaría una apreciable recompensa a quienes salvaran a su hijo.

Oyó el sonido de pesadas y veloces pisadas que se dirigían hacia él por su espalda. «Por fin», pensó Arullen, y una sensación de alivio empezó a recorrerle el cuerpo. Se volvió para encarar las figuras que se aproximaban con una leve sonrisa en los labios.

—Por favor, necesito ayuda... —empezó a decir, pero entonces su mirada reparó en las alargadas y oxidadas hojas que se alzaban y en el brillo asesino y malévolos de los ojos de sus portadores.

Después de todo no había logrado escapar. Lo habían seguido hasta allí arriba y ahora estaban a punto de terminar el trabajo que el extraño encorvado había comenzado. Ya daba igual lo que ocurriera; sin embargo, debía evitar a toda costa que descubrieran el broche que ocultaba en el cuerpo. Retrocedió tambaleándose, agitando un brazo como una hélice en dirección al enemigo que se acercaba para distraerlo mientras buscaba el broche en el interior de su vestimenta con la otra mano. Cuando lo encontró, lo dejó caer en las sombras y echó a correr por la penumbra, presintiendo que había una figura frente a él.

—¡Los hijos de la casa de Silvermoon no se entregan, monstruo! —bramó—. ¡Tu muerte será mi legado!

* * *

Un terrible aullido de dolor y congoja resonó fugazmente en el Puente de los Tres Céntimos, pero nadie reaccionó, nadie acudió a la carrera para ver qué ocurría o si podía prestar auxilio a aquella alma que padecía. No era lugar para obrar así. En cualquier otra parte de Marienburgo un grito en la noche congregaba vecinos y provocaba preocupación. A lo largo del Puente de los Tres Céntimos y de las calles adoquinadas que desembocaban en él nadie oyó nada y fueron menos los que se inquietaron. No se abrieron postigos para comprobar lo que sucedía y nadie levantó un dedo para ayudar a Arullen Silvermoon mientras moría. De todas las zonas de aquella metrópoli marítima había elegido el distrito equivocado para ser asesinado. Las reglas de la ley no significaban nada en las proximidades del Puente de los Tres Céntimos.

DOS

Belladonna Speer siempre había sentido fascinación por los cadáveres. No tanto por los cuerpos en sí como por el proceso deductivo que revelaba cómo se habían convertido en cadáveres. ¿Qué transformaba a una persona viva, que respira, en una estéril cáscara hueca? ¿Adónde se marchaba su espíritu, su esencia, cuando moría? ¿Y cómo salía ese espíritu del cuerpo? El mayor placer lo hallaba resolviendo los rompecabezas que planteaban aquellos misterios, aunque sabía que ningún mortal podía explicar ni entender muchos de esos enigmas.

Belladonna había visto su primer cadáver a la tierna edad de siete años, cuando había encontrado a su abuelo materno muerto en los alrededores de la casa familiar de Guilderveld. Cualquiera otro niño habría sufrido un trauma, se habría asustado y habría quedado emocionalmente aterrorizado de por vida. Belladonna, sin embargo, simplemente se había sentido intrigada. ¿Por qué había muerto su abuelo? ¿Qué lo había matado? Los Gorras Negras habían echado un vistazo al cadáver arrugado y marchito e inmediatamente habían concluido que cualquier persona que vivía tanto como para contar la séptima década debía de haber muerto de vieja.

Se había llamado a un sacerdote de Morr para que se encargara del cuerpo antes de instalar a Ruben Speer en el mausoleo familiar del Doodkanaal. Belladonna había observado al sacerdote desde su ventana mientras éste ungía el cuerpo con diversos ungüentos y pociones. El religioso de cabeza rapada se había percatado del interés de la niña y la había invitado a unirse a él.

—¿No te doy miedo? —preguntó a la niña con una sonrisa irónica en la comisura de sus pálidos ojos grises.

—¿Por qué debería tenerle miedo?

—Mucha gente nos asocia con su propia e inevitable mortalidad. Son pocos los que desean estar cerca de nosotros. No obstante, tú no manifiestas ese temor. ¿Estás acostumbrada a la muerte, hija?

Belladonna meneó la cabeza.

—Hoy ha sido la primera vez que he visto un cadáver. Pero todo el mundo muere, ¿no?

—Así es.

—Entonces, ¿de qué hay que tener miedo? —Sonrió, satisfecha de su lógica pueril.

Fue la pequeña Belladonna quien se percató del olor a almendras que desprendió el hálito de su abuelo cuando el sacerdote se apoyó accidentalmente en el pecho del muerto. Cuando llamó la atención sobre este hecho al sacerdote, éste repitió el movimiento y recibió como recompensa otra ráfaga de aire con aroma a almendras que había escapado de los orificios nasales del cadáver.

—Veneno —musitó el sacerdote para sus adentros, más en un tono de afirmación que de pregunta.

Hizo una pausa en sus labores para inspeccionar las pupilas y las encías del cadáver. Levantó los dedos de ambas manos y los olisqueó. Pero también fue Belladonna quien encontró la petaca, que todavía conservaba en su interior un reguero de licor con olor a almendras. Estaba a punto de probar el líquido cuando el sacerdote se lo arrebató violentamente de la mano.

—¡No! —Se acercó la petaca y la olfateó—. No hay duda. Veneno. Probablemente de Arabia. —Respiró hondo—. ¿Tu abuelo era comerciante?

—Sí, hacía negocios con Arabia continuamente —respondió Belladonna—. Pero otro de los comerciantes, Clements, quería que mi abuelo se jubilara y le vendiera su negocio.

Cuando el sacerdote arqueó una ceja, extrañado por recibir aquella información de una niña, Belladonna sonrió con dulzura.

—Oí a mi abuelo discutiendo con Clements anoche. Sus gritos me despertaron. Clements le dijo que no podía seguir esperando a que mi abuelo se retirara del negocio, que debería emprender acciones drásticas. —Miró los restos sin vida de su abuelo—. Era la primera vez que oía esas palabras, por eso se me quedaron grabadas. ¿Es eso lo que significa «acciones drásticas»? ¿Clements envenenó a mi abuelo?

—Así es, hija. Me temo que podrías tener razón. Pero no debes contarle esto a nadie, ¿comprendes? —le indicó el sacerdote—. Si Clements se entera de que sospechamos de él, huirá de la ciudad... o algo peor.

De esa manera había nacido la fascinación de Belladonna por los cadáveres y las distintas formas de morir. Clements había confesado cuando se había visto obligado a responder ante los Gorras Negras y había sido internado en la prisión de la isla de Rijker, donde había muerto en una reyerta. A Belladonna le hubiera gustado ver su cuerpo e investigar las pistas que ofrecía, pero eso no era cosa de chicas.

No existían las palabras que describieran su talento para ver lo que los demás no veían. Se trataba de algo más que un mero instinto o de una intuición. Podía mirar un cuerpo y averiguar al instante lo que le había ocurrido donde el resto de la gente sólo veía dolor y sufrimiento. A medida que pasaron los años, el sacerdote de Morr le permitió observarlo mientras trabajaba, y de él aprendió las numerosas formas de asesinar a una persona. El interés de Belladonna se centraba más en los métodos de asesinato que en los cadáveres. Por su condición de mujer nunca podría convertirse

en una sacerdotisa de Morr, aunque no albergaba ningún deseo de pasarse la vida ataviada con la insulsa túnica clerical que aterrorizaba a todo el mundo. Amaba demasiado la vida para enclaustrarse en un templo o un mausoleo por el resto de sus días.

Como no podía ser de otra manera, su fascinación por los crímenes y los homicidios no era vista con buenos ojos en su familia. El destino vital de las muchachas descendientes de las familias de comerciantes acaudaladas solía elegirse entre uno de estos tres roles: esposa, madre o amante. Algunas se las arreglaban para ejercer con igual vigor las tres funciones, aunque la mayoría se conformaba con desarrollar una o dos.

Las cuatro hermanas de Belladonna no llegaban a la altura de su inteligencia ni de su astucia, ni siquiera sumando el ingenio y la sabiduría de todas juntas. Sin embargo, eran las niñas de los ojos de sus padres. Por comparación, Belladonna había sido una niña problemática al principio; una jovencita preocupante después; y una mujer de una belleza extraordinaria, que rechazaba someterse a las convenciones sociales en su madurez. Una vida de arreglos florales y criando niños no era algo que fuera con ella. Al contrario, Belladonna había horrorizado al resto de la familia Speer ingresando en los Gorras Negras al cumplir los veintiún años. Desde entonces no había regresado a casa excepto para el funeral de su padre, celebrado el invierno anterior. En una ciudad donde se esperaba de las mujeres que fueran esposas o putas —y en ocasiones, las dos cosas a la vez—, Belladonna Speer dedicaba su tiempo a instaurar un nuevo destino, reinventándose a sí misma desde cero.

Bueno, ésa era la teoría, porque los hechos reflejaban que había pasado los últimos tres años trabajando como mensajera y secretaria privada del comandante. Era sus ojos y sus oídos en las calles de Marienburgo, y lo informaba de todo cuanto observaba en sus periplos. No podía negar que era interesante recorrer los peores nidos de escoria y perversión con la garantía que le otorgaba el brazalete del comandante, y gracias a ello, Belladonna había visto cosas que muy pocas mujeres habían presenciado alguna vez. Eso había satisfecho su curiosidad innata durante algún tiempo, pero se le estaba agotando la paciencia. Ya había aprendido todo lo que podía aprenderse de aquellas excursiones ocasionales cumpliendo los encargos del comandante, y ahora anhelaba poner en práctica todas sus teorías y observaciones en las calles y canales de aquella espléndida ciudad. El problema radicaba en convencer al comandante de que renunciara a ella.

La campanada que anunciaba el amanecer despertó a Belladonna de su ensimismamiento. Ya se había levantado y se había vestido, y ahora estaba de pie junto a la única ventana de su aposento privado en el cuartel general de la Guardia de Vigilancia Metropolitana de Marienburgo. Las dimensiones del cuarto no eran mayores que las de la celda de un monasterio, al igual que la austeridad del

mobiliario, y la única posesión auténticamente personal que había era un fardo de diarios atados con una correa de cuero. Belladonna anotó mentalmente que debía regresar para recoger los diarios tras el encuentro con el comandante. Contenían observaciones y notas recopiladas durante más de una docena de años; eran los frutos de su trabajo aprendiendo todo lo que había podido sobre los numerosos métodos para causar la muerte. A decir verdad, estaba tan familiarizada con el contenido de aquellos diarios como con la ciudad misma. Aun así, las anotaciones representaban un bálsamo contra la duda. Si todo transcurría según lo planeado, aquellos volúmenes se alojarían en un nuevo hogar antes de que acabara el día. Se alejó a grandes zancadas del dormitorio sin molestarse en echar la vista atrás. Cuando uno tenía una fascinación de aquella magnitud por los cadáveres y las causas de la muerte, los lujos de la vida carecían de todo interés.



Kurt esperaba en la entrada de la antecámara del comandante de la guardia cuando repicó la campanada que anunciaba el amanecer. El ruido resonó por el largo pasillo vacío, amplificado por el elevado techo abovedado y las paredes de piedra. El cuartel general de la Guardia de Vigilancia Metropolitana ocupaba un amplio y majestuoso edificio, en marcado contraste con los lugares de trabajo de los guardias de rango más bajo. La mayoría de las comisarías eran humildes edificios en los rincones más apartados de la ciudad, a menudo emplazadas en casas privadas reconvertidas o en almacenes que se habían embargado como parte de una pena.

El espacio escaseaba en Marienburgo, algo que no suponía ninguna sorpresa en una ciudad que se levantaba sobre un archipiélago de islas dispersas en la desembocadura del Reik. Las casas y los comercios crecían a lo alto. Las plantas superiores de los edificios eran más amplias que las que se encontraban a ras de suelo, y se elevaban por encima de los canales y los callejones adoquinados. Algunas calles recibían los rayos de sol, de modo que nunca llegaban a secarse, y los ciudadanos condenados a habitar los espacios que se extendían al nivel del suelo sufrían toda su vida resfriados y dolencias respiratorias, pues la humedad en su ropa y sus hogares era perpetua.

En cambio, el edificio del cuartel general era cálido no había ni rastro de humedad. La luz del sol se filtraba por los cristales policromados de las ventanas y coloreaba los pasillos con su agradable y reconfortante resplandor. Kurt había estado allí en una ocasión anterior, cuando había dado con su persona en la guardia de vigilancia, ya que era un requisito de iniciación que los nuevos guardias se presentaran ante el comandante antes de jurar el cargo. Kurt era incapaz de recordar

los detalles de aquella visita; estaba sepultada en un rincón de su memoria junto con todos los eventos que lo habían expulsado de Altdorf, tras aquellos oscuros días que había combatido en la guerra contra el Caos y las tragedias que había padecido. Como la mayoría de los hombres que habían sobrevivido a aquel conflicto, que habían visto el rostro del enemigo y habían vivido para contarlo, era rara la vez que Kurt hablaba de sus experiencias en el campo de batalla. Ver a tus hermanos de armas abatidos por un enemigo de una ferocidad y una malignidad absolutas dejaba profundas heridas soterradas que nunca podrían desenterrar unas cuantas cervezas. Sólo los cobardes y los embusteros se jactaban de sus hazañas bélicas.

Se miró las manos y examinó la maraña de cicatrices que le habían dejado todas las batallas que había librado hasta llegar a aquel corredor. ¿Habían valido la pena todos los sacrificios? ¿Todas las pérdidas? No. La respuesta era un no rotundo. Sabía que jamás recuperaría todo lo que había perdido en Altdorf, todo lo que se había echado a perder en los campos de batalla del Imperio. Pero lo pasado, pasado estaba, como le gustaba decir a su antiguo sargento de la guardia. Era mejor no entretenerse pensando en cosas que no tenían vuelta atrás, así que Kurt había tomado la determinación de vivir el presente y dejar de lado los recuerdos y el dolor de lo acontecido. Si no lo hacía acabaría volviéndose loco. Bien sabía Sigmar que por ese motivo había terminado en Marienburgo. No tenía ningún deseo de revivir aquellos oscuros días.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —exclamó una voz llena de malicia. Kurt levantó la mirada y vio cuatro hombres que se acercaban ataviados con los uniformes de la guardia, todos ellos con la insignia de capitán. Los reconoció al momento, tanto por su reputación como por su aspecto. El hombre que había hablado era Bram Quist, un veterano con veinte años en los Gorras Negras y el rostro marcado por una cicatriz; era el responsable de mantener la paz en Noordmuur, al norte de Marienburgo. A su izquierda lo acompañaba un fornido hipopótamo con el rostro cubierto por una espesa barba rojiza que no podía ser otro que Tito Rottenrow, encargado de los distritos conocidos como Rijkspoort, en el este. A la derecha de Quist caminaba un hombre extremadamente delgado, con el gesto sardónico y unos extraños andares balanceando todo el cuerpo; su nombre era Zachirias Wout y comandaba el cuerpo de vigilancia en Tempelwijk, al oeste de Suiddock. Otra figura marchaba pausadamente detrás de ellos, pero Kurt no fue capaz de fijar su rostro. Aun así, no tenía ninguna duda de quién debía ser. Los tres primeros se encontraban entre los capitanes más célebres de la ciudad, poseían una ambición descomunal y ansiaban ocupar el puesto del comandante cuando éste se jubilara o muriera. Sin embargo, todo el mundo sabía quién era el niño mimado de la guardia de vigilancia y el principal candidato para la sucesión: Georges Sandler. No se equivocó. Cuando el cuarteto llegó a la altura de Kurt, el hombre que marchaba retrasado se reveló como

Georges Sandler. Una profusa melena castaña descendía majestuosamente por sus rasgos aristocráticos y el exceso de carne que se intuía alrededor de sus carrillos confería a su rostro un curioso aire infantil.

Kurt se cuadró.

—¡Sargento de la guardia de vigilancia Kurt Schnell, del distrito de Goudberg! Sandler se rio entre dientes de la precisión militar de Kurt.

—Diría que este tipo se toma a sí mismo demasiado en serio, ¿no os parece?

Quist miró con el ceño fruncido a Sandler.

—No todos nacimos en una cuna de oro, Georges. Algunos tuvimos que ganarnos los ascensos y no fueron nuestros padres precisamente quienes los compraron.

Kurt advirtió que la mirada de Quist se trasladaba a él.

—Tiene el genuino acento de Altdorf, y a juzgar por su actitud... ¿exmilitar?

Kurt asintió.

—¿Cuál ha sido la batalla más importante en la que ha participado?

—No hay unas batallas más importantes que otras —respondió Kurt—. Sólo victorias y derrotas.

—Todo un filósofo —replicó Sandler en tono jocosos, ganándose la risa fácil de Rottenrow y Wout.

Todavía reían a carcajadas cuando las puertas de la antecámara se abrieron y los capitanes recibieron una señal para que entraran. Quist esperó a que los demás estuvieran dentro y posó una mano sobre el hombro izquierdo de Kurt.

—No haga caso de ese bufón —gruñó el veterano oficial—. Nunca ha luchado por nada en toda su vida.

Estaba a punto de atravesar el umbral de la antecámara cuando frunció el ceño y preguntó:

—Schnell, ¿verdad?

Kurt asintió. «Ya está», pensó, esforzándose por vencer el impulso de mentir.

—¿Algún parentesco con Erwin Schnell?

—Es mi padre.

—¿El viejo Barbas de Acero es su padre? —preguntó Quist, incapaz de controlar la admiración que le desbordaba el rostro devastado por las cicatrices—. Entonces usted debe de ser...

A medida que caía en la cuenta su rostro fue avinagrándose. Apartó la mano del hombro de Kurt como si la hubiera tenido apoyada en un montón de heces y entró en la antecámara maldiciendo entre dientes con tanta vehemencia que sus palabras hubieran escandalizado a cualquier marinero que se hubiera cruzado a su paso.

Las altas e imponentes puertas se cerraron de un portazo y el avergonzado hijo de Altdorf volvió a quedarse solo en el corredor.

Kurt cerró los ojos y esperó a que se le pasara el ataque de vergüenza. ¿Es que

nunca se libraría del pasado?

* * *

La silla que ocupaba el comandante de la guardia de vigilancia tenía un respaldo altísimo. Delante de él se alzaba un escritorio imponente fabricado con la madera de un clíper que había encallado y naufragado en la isla de Rijker hacia cuarenta años. Aquellos muebles descansaban sobre una tarima que se había construido supuestamente para soportar el exagerado peso del escritorio. La verdad era, no obstante, que se había diseñado para ayudar a imponer la autoridad del comandante sobre todo aquel que entrara en su despacho. La cámara era amplia y estaba profusamente decorada con la intención de intimidar e inquietar a quien pusiera el pie en su interior, aunque el comandante actual no tenía ninguna necesidad de artificios arquitectónicos para imponer su autoridad sobre nadie. Poseía una voz áspera y profunda, y una mirada penetrante que podían estremecer al más duro de los hombres; además era propenso a reírse del sufrimiento o la frustración de los demás, sobre todo en las ocasiones más inapropiadas.

Había quien decía que era un genio ilegítimo que había utilizado su carisma personal para escapar de morir ahogado nada más nacer junto a otros huérfanos engendrados por prostitutas. Otros sostenían que había hecho algún tipo de pacto con los Dioses Oscuros, sin duda firmado con su propia sangre. Ésa era la única explicación que se encontraba a su imparable ascenso desde humilde guardia a comandante. Sin embargo, todo el mundo coincidía en dos cosas: poseía una perspicacia asombrosa juzgando el carácter de las personas y era un cabrón, en toda la extensión de la palabra.

—El sargento Schnell... hábleme de él —pidió el comandante a Belladonna, que estaba de pie frente a su escritorio, con las manos enlazadas en la espalda.

La mujer miró fijamente a su superior. La amarga experiencia le había enseñado que mirarlo a los ojos era el mejor modo de ganarse su respeto.

—Es rápido y ágil, bueno con los puños y los pies. Diría que no inicia demasiadas peleas, pero sin duda sabe cómo resolverlas. Anoche utilicé las monedas que me dio usted para provocar una reyerta de taberna en La Gaviota y la Escupidera. Para entonces Schnell ya llevaba doce horas de servicio; sin embargo, derrotó con facilidad a cuatro hombres infinitamente más corpulentos que él. Es valiente, transmite autoridad y es un líder nato. Sabe ejercer el mando. Además no tuvo problemas en esquivar las proposiciones de una camarera demasiado efusiva.

El comandante no pudo disimular la sonrisa.

—Déjeme adivinar... También la sobornó, ¿verdad?

—No fue necesario. Inga parecía resuelta a hacer honor a su dedicación al servicio de los clientes. No observé nada más... Aparte de que Kurt Schnell es uno de los hombres más ambiciosos que he conocido.

—¿Incluso más que ese idiota de Sandler?

—He dicho uno de los más ambiciosos —respondió Belladonna.

El comandante frunció el ceño fugazmente.

—¿Y cómo fue capaz de evaluar el nivel de su ambición en una pelea de taberna? Sé que sus capacidades deductivas son excepcionales, querida; aun así...

—He oído que lleva esperando dos horas en las puertas de su antecámara.

—Mmm... Está bien. Haga entrar a Quist, Sandler y esos dos imbéciles que se pasan el día pendientes de lo que dice Sandler. Denos cinco minutos y luego ordene a Schnell que se una a nosotros.

Belladonna asintió.

—Hay otro asunto, señor... Me gustaría solicitar el traslado.

—¿Por qué?

—Aunque he disfrutado enormemente estudiando en su compañía las intrigas políticas entre despachos, creo que mi talento estaría mejor aprovechado en las calles. Usted no me necesita aquí.

—Quizá no, pero me complace su presencia —contestó el comandante. Se le había endurecido el rostro y sus ojos revelaban la furia que le había provocado la petición de Belladonna.

—Sea como fuere, estoy convencida de que ofrecería un servicio más valioso a la ciudad si ocupara un puesto más activo.

—Sin duda ya tiene algo en mente.

Belladonna sonrió.

—Me gustaría trabajar con Schnell. No creo que su cometido como guardia de vigilancia sea siempre anodino.

El comandante sonrió como un tiburón a punto de engullir su presa.

—Debería tener cuidado con sus deseos. He oído que las gentes de Catay tienen un dicho sobre que es una maldición vivir tiempos interesantes. —Apoyó los codos en los brazos de la silla y formó la aguja de un campanario juntando los dedos frente a su inquietante rostro—. Cuando traiga a Schnell ante mí, quédese a observar. Si entonces continúa deseando acompañarlo a donde lo enviaré, demostrará ser lo suficientemente estúpida como para merecer ese destino. Yo no me interpondré en su camino.

Belladonna asintió mostrando su agradecimiento y se retiró hacia la recámara.

* * *

Kurt se sorprendió cuando la mujer de La Gaviota y la Escupidera apareció de la antecámara del comandante.

—Enseguida lo atenderán —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Kurt había supuesto que no era más que una simple emisaria; sin embargo, actuaba como si fuera la ayudante del comandante. Una labor curiosa en una ciudad donde las mujeres ejercían todo su poder como matriarcas del hogar o dominando los círculos más distinguidos. Se veía pocas mujeres en las fuerzas de la ley y aún menos en la guardia. Quizá era la consorte del comandante y tenerla empleada en su despacho sólo era una artimaña para enmascarar su verdadera función. Sin embargo, cualquiera que fuera el papel que jugara en realidad, Kurt presintió que era una persona que comulgaba con su causa. Levantó la cabeza hacia las enormes puertas que conducían al despacho del comandante.

—He visto entrar a Quist, Sandler, Rottenrow y Wout... ¿Quién más hay en la cámara?

—Sólo el comandante.

«Cuatro capitanes y el jefe», caviló Kurt, tratando de interpretar aquellos augurios. Belladonna le dedicó una sonrisa afable.

—No se preocupe, no se ha metido en ningún lío... De momento. —Esperó un minuto entretenida con los rollos de pergaminos que descansaban sobre un escritorio. Por fin enfiló de nuevo hacia las puertas de entrada al despacho del comandante—. Ha llegado el momento.

—Cedió el paso a Kurt y entró detrás de él.

—Acérquese —le espetó el comandante, haciéndole un gesto para que se aproximara a la tarima.

Los cuatro capitanes se habían dividido por parejas; Rottenrow y Wout esperaban en un lado de la plataforma y Quist y Sandler lo hacían en el otro. Kurt decidió ignorarlos y centró toda la atención en el comandante. Su padre le había enseñado que en cualquier situación siempre debía concentrarse en el enemigo más peligroso. «Encárgate primero de él y los demás serán presas más sencillas». «El guerrero valeroso lucha contra el contrincante más duro, incluso aunque tenga que pagar un alto precio. Ésa es la marca del valor».

—Antes que nada, me gustaría felicitarlo, sargento Schnell.

—Gracias, señor —respondió Kurt. No dijo más. Aguantó la mirada del comandante, pero rechazó realizar la pregunta obvia: ¿cuál era el motivo de la felicitación? Por el contrario, Kurt contó mentalmente: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

—¡Fantástico, Schnell! La mayoría de la gente en esta situación es incapaz de aguantar siete segundos en silencio antes de doblegarse a la curiosidad y demandar más información. Ha demostrado una capacidad de autocontrol excepcional.

—Debe de llevarlo en la sangre —masculló Quist—. Es una pena que no posea un número mayor de las habilidades del viejo Barbas de Acero.

El comandante lanzó una mirada al capitán para que se callara. La atención se centró de nuevo en Kurt.

—Ha hecho un buen trabajo desde que ingresó en los Gorras Negras. Algunos incluso describirían el desarrollo de su carrera en la guardia como un ascenso meteórico. En todas las zonas de Marienburgo donde ha servido, los índices de criminalidad han descendido de manera espectacular y se ha duplicado la proporción de casos pendientes resueltos. En esos mismos distritos también ha jugado un papel fundamental en la limpieza del cuerpo de sus miembros más corruptos.

—He tenido suerte con mis destinos —explicó Kurt—. A la vista de las tendencias de esos distritos de Goudberg, no los describiría precisamente como los más peligrosos de la ciudad ni como los que plantean un desafío mayor.

—Me parece entender que está preparado para algo más exigente, ¿estoy en lo cierto?

Kurt asintió con la cabeza. Aquí venía...

—Muy bien. Por la presente lo asciendo al rango de capitán honorífico. Su misión en los próximos doce meses consistirá en restablecer nuestra presencia en una zona de la ciudad que hemos tenido desatendida demasiado tiempo. Reabrirá la vieja comisaría e impondrá una férrea autoridad sobre los elementos más contumaces del vecindario. No será una tarea sencilla, no le quepa duda, de modo que he pedido a los capitanes aquí presentes que le presten toda la ayuda que precise. Cada uno de ellos renunciará a tres de sus mejores hombres para ponerlos a su servicio en su nuevo destino, y todos ellos me han asegurado que se lleva lo mejor de lo mejor que puede encontrarse entre sus filas.

A uno de los oficiales se le escapó una risita, pero Kurt puso todo su empeño en ignorarla.

El comandante se levantó de su asiento y rodeó el escritorio para acercarse a Kurt, sin abandonar nunca la tarima. Aun así, su mirada y la del capitán recién ascendido se mantuvieron a la misma altura.

—Cumpla con éxito esta tarea, Schnell, y su ascenso será definitivo. Fracase, y...

—No fracasaré —lo interrumpió Kurt. Su voz expresaba más confianza de la que sentía en realidad—. ¿Dónde está mi comisaría?

El comandante, con la mirada traviesa, esbozó una amplia sonrisa.

—En el Puente de los Tres Céntimos.

Kurt sintió cómo se le tensaban contra su voluntad los músculos de la mandíbula mientras luchaba por evitar que sus ojos revelaran el pánico que lo dominaba. No era oriundo de Marienburgo, pero conocía perfectamente la reputación del Puente de los Tres Céntimos; se trataba del área más peligrosa y anárquica de la ciudad. La ley

llevaba ausente de aquel distrito de Suiddock, una zona sumida en el oscurantismo, cinco largos años. Si se creían las leyendas, la comisaría estaba maldita y su sino era ocasionar la fatalidad de quien pusiera un pie en su interior.

—¿Quiere que reabra la comisaria del Puente de los Tres Céntimos? —preguntó, incapaz de contenerse y ansioso por asegurarse de que no estaban gastándole una broma minuciosamente elaborada.

—Correcto. Acaba de afirmar que quería un reto, Schnell, ¿no?

Kurt asintió.

—¿No enloqueció el último capitán, infectado por el Caos? —preguntó el nuevo capitán honorífico.

—Joost Holismus fue un buen hombre —contestó Sandler—. Yo lo consideraba un amigo personal muy cercano. Joost nunca se hubiera entregado a una deshonra como ésa. Prefirió matarse ahogado antes que ver cómo se infectaban los demás.

El comandante resopló con sorna.

—Si eso es lo que quiere creer, Sandler. Los demás tenemos nuestras propias sospechas sobre lo que le ocurrió a Joost, y ninguna de ellas es tan honrosa.

Sandler empezó a refunfuñar, pero enmudeció al advertir el ceño fruncido del comandante.

Kurt respiró hondo.

—¿Cuándo empiezo?

—Esta noche. Hoy, si quiere... cuanto antes limpiemos ese lugar, mejor —respondió el comandante, que palmeó con entusiasmo el hombro derecho de Kurt—. Le deseo buena suerte, Schnell, y, aunque espero que no la necesite, ojalá lo acompañe la fortuna en la tarea que le espera.

—Gracias, señor. —Kurt retrocedió, saludó y se dio media vuelta.

Belladonna ya estaba sujetando la puerta abierta para que el nuevo capitán saliera del despacho. Mientras abandonaba la sala con paso firme, Kurt oyó las risas y las burlas sobre su suerte que intercambiaban los capitanes.

—¿Doce meses? ¡Tendrá suerte si dura doce días! —exclamó socarronamente Wout.

—¿Doce días? ¡Tendrá suerte si dura allí doce horas! —corrigió entre risotadas Rottenrow.

—Yo le doy hasta el Geheimnistag —declaró el comandante de la guardia de vigilancia—. Si sigue allí, y además vivo, pasado el Día del Misterio, será un pequeño milagro.

Todos rieron con regocijo mientras la puerta se cerraba a la espalda de Kurt.

—¿Se fijó en su cara cuando mencionó el Puente de los Tres Céntimos, señor? ¡No tenía precio!

Belladonna posó una mano tranquilizadora en el brazo izquierdo de Kurt.

—No les haga caso. Sólo están celebrando que este caramelo envenenado le haya tocado a usted y no a alguno de ellos.

—Gracias —masculló—. Sus palabras son de gran ayuda.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Hay alguna persona en la ciudad en la que confíe? ¿Alguien en quien pueda apoyarse?

Kurt reflexionó sobre la pregunta unos instantes.

—Hay un hombre, pero ya está jubilado del cuerpo.

—Hable abiertamente del tema con él. Donde va necesitará toda la ayuda que pueda conseguir.

Belladonna le apretó el brazo con suavidad para animarlo y lo acompañó al exterior de la antecámara. Las puertas se cerraron detrás de él y Kurt Schnell, capitán honorífico del Puente de los Tres Céntimos, se encontraba de nuevo en el pasillo en el que había esperado desde mucho antes del amanecer. En ese momento deseó no haberse levantado de la cama aquel día.

Belladonna aguardó a que los capitanes salieran del despacho del comandante para regresar. Al contrario de lo que tenía por costumbre, el oficial superior esperaba su vuelta alejado del escritorio.

—Dígame, ¿cómo reaccionó nuestro nuevo capitán honorífico cuando abandonó mi compañía?

—Como un hombre que acaba de recibir un puñetazo en la entrepierna.

—Bueno, por lo menos no es idiota. —Se acercó a Belladonna y se detuvo cuando la tuvo al alcance de la mano—. ¿Y qué me dice de usted? Acompañar a Schnell en su misión es una estupidez.

—Sigo queriendo formar parte de su equipo.

El comandante se acercó aún más a su subordinada, hasta que sus caderas casi se rozaban. El oficial era media cabeza más bajo que ella, así que el aliento cálido del comandante alcanzaba el cuello de Belladonna. Pasó una mano alrededor de la cintura de la joven y con la otra exploró partes más sensibles del cuerpo de Belladonna.

—No hay ninguna necesidad de que te expongas a un peligro tan grande, querida. Yo podría ofrecerte una vida muy cómoda a cambio de ciertos... trabajos.

—Prefiero ganarme mis recompensas —exclamó, intentando evitar con todas sus fuerzas que su rostro revelara la repugnancia que la embargaba.

El comandante se inclinó para acercarse más a ella, con los ojos desbordantes de lujuria.

—Ah, te las ganarás, te lo aseguro.

Belladonna le lanzó un rodillazo en la entrepierna. El impacto fue tan violento que le levantó los pies del suelo. El comandante se arrugó como un saco que acabaran de

vaciar y jadeó tratando de recuperar el aliento al tiempo que escupía obscenidades a Belladonna, que contemplaba sonriente la figura abatida que se retorció en el suelo.

—¿Esto significa que tengo su permiso para marcharme, señor?

Otra sarta de improperios informó a Belladonna de adónde podía irse y de lo que podía hacer en cuanto llegara allí.

—Bueno, me parece que eso es físicamente imposible, pero lo tomaré como una sugerencia en vez de como una orden. Adiós, señor.

Belladonna se alejó lentamente de la imponente cámara con una sonrisa irónica en los labios. Había esperado mucho tiempo para devolvérsela a aquel baboso que la devoraba con los ojos. Con un poco de suerte pasaría una semana antes de que pudiera volver a caminar derecho. Pensó que quizá debería llamar a un boticario para que ayudara al comandante a curarse el orgullo herido, pero decidió que no, que le dejaría sufrir. No tenía ninguna duda de que él ya estaba planeando cómo devolverle aquel sufrimiento.

TRES

—¿Han nombrado un nuevo capitán para el Puente de los Tres Céntimos? —Adalbert Henschamnn sonrió, pero su espantosa dentadura y sus finos labios podían hacer que quienes no lo conocieran interpretaran su mueca como una expresión de desdén.

Quienes lo conocían sabían que era conveniente dejar pasar los comentarios sobre el carácter siniestro de su sonrisa, sobre todo si querían conservar su propia dentadura.

—Vaya delicia. ¿Y tiene nombre ese idiota?

La pequeña criatura con rostro de comadreja postrada a sus pies reunió el valor necesario para levantar la mirada hacia su amo.

—Schnell. Su nombre es Kurt Schnell. Es originario de Altdorf... Su padre es el viejo Barbas de Acero Schnell.

—Pues si ha ido a parar a Marienburgo, debe de ser un bribón o un idiota, por no hablar de su nombramiento como capitán de mi dominio —gruñó Henschamnn—. ¿De cuántos hombres dispone?

—Al parecer, una docena... Al menos dos ya han desertado, temerosos por sus vidas.

—Una reacción sensata dadas las circunstancias. —Henschamnn dio una patada al suelo, junto al atemorizado desgraciado encogido frente a él—. ¿Tú eres uno de los desdichados asignados a ese majadero de Schnell?

Willy Bescheiden asintió; sus oscuros y grasientos cabellos cayeron sobre sus pequeños ojos, redondos y brillantes como cuentas.

—Sí, señor Henschamnn. Creo que Quist se ha dado cuenta de que le suministro información sobre Noordmuur.

—Bueno, eso sólo era una cuestión de tiempo. Quist será muchas cosas, pero no es estúpido.

Henschamnn dirigió la mirada al otro lado de la ventana de su habitación en el Club de Caballeros de Marienburgo. Era una cámara en el piso superior decorada con gran opulencia. El espacio estaba abarrotado por una cama con cuatro columnas, un escritorio y una silla, y un lujoso armario de madera repleto de lujosas prendas de colores chillones. Henschamnn se enorgullecía de su sentido de la moda y sustituía su guardarropa al completo dos veces al año para mantenerse al día de las últimas

tendencias. Nadie osaba decir al jefe del crimen de Marienburgo que tenía el gusto de un loco daltónico, pues también poseía el temperamento de un asesino psicópata. Por lo menos su carácter se ajustaba a los métodos que utilizaba para mantener el control sobre el vasto submundo de la ciudad.

Henschamnn podía ver a través de la ventana Suiddock casi en su totalidad: la colindante sede del Gremio de Estibadores y Operarios Portuarios, gobernado con mano de hierro por su homólogo Lea-Jan Cobbius; la casa de sueños El Loto Dorado —el mayor antro de consumo de narcóticos de todo Marienburgo—; y detrás de esos edificios, el Puente de los Tres Céntimos, que se desplegaba a lo ancho del canal que separaba por el este las islas de Riddra y Stoessel. Y más allá, aunque quedaba fuera de la vista, se encontraba Luydenhoek, la tercera isla de la cadena. Todas estaban bajo el control de Henschamnn —de hecho, todas eran de su propiedad—, y ahora la Guardia de Vigilancia Metropolitana tenía la osadía de enviar a un forastero para que implantara la ley en aquellos canales y calles donde no regía ley alguna. Henschamnn casi sintió pena por aquel idiota.

—Pues que sea así —declaró—. ¿Por qué no me lo recuerdas, Willy? ¿Para qué está utilizándose la vieja comisaría?

—Es el lugar donde los guardaespaldas de sus... eh... socios del Club de Caballeros esperan mientras sus amos están reunidos aquí. En otras ocasiones funciona como la taberna La Esperanza Perdida, un lugar para que los matones humedezcan los labios, templen los nervios y se golpeen sin motivo unos a otros. A Abram, el primo imbécil de Cobbius, le gusta considerarlo su club privado, aunque todo aquel que ha visto las zonas privadas de Abram...

El discurso de Bescheiden quedó interrumpido de cuajo cuando Henschamnn aplastó con el talón de su bota izquierda la mano del informante al pasar.

—Está bien, gracias. Ya conozco los principales usos de la taberna y no deseo de ningún modo oír una palabra sobre la vida privada de Abram Cobbius.

—Sí, señor Henschamnn —respondió Bescheiden estremeciéndose. Los mocos se le escurrían desde los orificios de la nariz y empapaban el tímido proyecto de bigote que estaba dejándose crecer—. Por supuesto no quiere oír nada sobre Abram Cobbius, señor.

—Muy bien. Regresa a la taberna y dile a todo el mundo que preparen una bienvenida especial al Puente de los Tres Céntimos para ese advenedizo de Altdorf. Ya sabrán lo que tienen que hacer. Después quiero que te pegues como una lapa a ese tal Schnell y averigües qué planes tiene, qué piensa. Ven a informarme todos los días, varias veces al día si lo consideras oportuno. A cambio te recompensaré por tus... — Henschamnn volvió a pasar con zancadas firmes junto a Bescheiden y de nuevo pisoteó la mano del guardia postrado en el suelo— sufrimientos. ¿Ha quedado claro?

Esta vez Bescheiden simplemente asintió con la cabeza y sabiamente se guardó

para sí mismo cualquier nuevo comentario.

—Eso es todo. Ahora fuera. Espero visita y lo último que deseo que se encuentre cuando aparezca aquí es tu vil y repulsiva presencia. —Henschamnn arrojó contra la puerta un puñado de monedas de oro—. Toma eso como pago inicial por tus servicios y lárgate.

El informante se lanzó por las monedas antes de que cayeran inmóviles en el suelo de madera, las reunió con sus dedos cetrinos y se despojó de la gorra negra para despedirse de Henschamnn mientras se escabullía de la habitación. Todavía no había alcanzado la planta baja cuando una hermosa mujer con una cabellera azabache y ataviada con un seductor vestido de seda rojo y negro apareció en el pie de la escalera. La mujer esperó a que Bescheiden bajara antes de iniciar el ascenso por la escalera hacia su cliente vespertino, y no se molestó en reaccionar al repaso libidinoso que le dedicó el guardia.

«Willy de nombre y atento por naturaleza», ése era el lema de Bescheiden. Si las mujeres le hubieran dedicado la misma atención que les dispensaba él, no habría tenido que gastarse la mayor parte de los sobornos que recibía en comprar su cariño, aunque dudaba que las ganancias de toda su vida bastaran para pagar el afecto de la mujer que subía por la escalera para distraer a Adalbert Henschamnn. Las cortesanas como madame Von Tiezer escaseaban en aquella ciudad, y entre su clientela sólo se contaban los hombres más ricos y poderosos.



Kurt invirtió casi toda la mañana en el viaje al Puente de los Tres Céntimos, pues había decidido realizarlo a pie. La afluencia de personas en las calles y las vías públicas de Marienburgo durante las horas de sol era constante. Los viajeros, los vendedores ambulantes y los ciudadanos atestaban la ciudad, aunque el problema se multiplicaba cualquier Marktag. Quizá la fabulosa tradición del día de mercado se había debilitado con el paso de los años, pero la mayoría de las amas de casa seguía eligiendo el Marktag como el día para realizar la compra e intercambiar cotilleos. Artífices y artesanos enviaban a sus aprendices a las calles para vender los artículos que, de lo contrario, tendrían que ser desechados, mientras que los granjeros y los pescadores, por su parte, se adentraban en la ciudad con sus últimas cosechas y capturas.

Con tanto dinero cambiando de manos, el Marktag también era el día de la semana más ajetreado para los carteristas y los ladrones, los desvalijadores, los rateros, los bandidos y los matones. La guerra había multiplicado la aglomeración de gente, pues los soldados tullidos ocupaban la calle mendigando limosnas, mientras que los desertores merodeaban las tabernas y los burdeles intentando vencer las penas

y las culpas.

Kurt apenas avanzaba un centenar de pasos sin oír los gritos provenientes de algún oscuro callejón lateral o sin ser abordado por algún ciudadano o comerciante a quien habían robado el dinero o que había sido víctima de un fraude. La prenda que los Gorras Negras lucían en la cabeza se había elegido concienzudamente, ya que gracias a ella era fácil divisar a los guardias de vigilancia entre la muchedumbre, al tiempo que les proporcionaba una pequeña salvaguarda contra las atrocidades que se perpetraban contra los ciudadanos comunes. Con ella se le decía a todo el mundo lo que planeaba hacer allí, y el camino de Kurt se despejaba milagrosamente hasta el siguiente grito de auxilio o la siguiente víctima beligerante que le cortaba el paso. Al final se despojó de la gorra de tela y pudo progresar a mayor velocidad. En el cielo las gaviotas revoloteaban y graznaban; la algarabía de sus chillidos era una compañía constante para quien eligiera residir en Marienburgo. A Kurt le habían asegurado que uno se acostumbraba al sonido de las gaviotas pasados diez o veinte años. Entretanto, hacía lo que podía para ignorar las aves, incluso aunque sus graznidos le recordaban las risas burlonas de los capitanes en la imponente cámara del comandante.

El sol se encontraba en su cenit cuando Kurt por fin puso el pie en Luydenhoek, pero transcurrió otra hora hasta que alcanzó el extremo occidental de Stoessel, debido a la extrema angostura de las calles de Suiddock y al denso tránsito de personas, animales y carros. Sabía bien que debía caminar bajo la sombra de los edificios que sobresalían a ambos lados de las calles. Sólo los recién llegados se movían por los adoquines centrales, donde la orina y las heces viajaban por una alcantarilla en busca del desagüe. Pero lo que pilló desprevenida a la mayoría de los visitantes neófitos de la ciudad fue el inesperado chaparrón que cayó desde la ventana de un primer piso con el contenido que llenaba a reborar un orinal, Aun así, hubo quien reincidió en el error.

Kurt oyó a un pregonero que anunciaba las dos en punto cuando vislumbró por primera vez el Puente de los Tres Céntimos. La estructura en sí difería muy poco del resto de los puentes que existían en Marienburgo. Las casas y los comercios se extendían a cada lado del arco del puente, una consecuencia más de la escasez de suelo para la construcción que padecía la ciudad. Los edificios sobresalían del espacio acotado por el enorme canal Rijksweg al norte y por el canal Bruynwarr al sur.

Kurt siempre se sorprendía de que aquellas precarias estructuras colgantes no se derrumbaran sobre el agua más a menudo; la mayoría llevaba en pie más de un siglo y sin duda aguantaría otros cien años... si no se producía una intervención externa. Pero ¿cuál de ellos era la comisaría? Kurt se detuvo en la entrada del puente para que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz que penetraba en el Puente de los Tres Céntimos y buscó algún indicio que delatara el edificio.

Una línea de casas formidablemente fortificadas se extendía por la cara norte del

puente. Todas daban la impresión de estar esperando que la guerra estallase de un instante a otro, y Kurt presumió que seguramente eran asaltadas o atacadas con frecuencia. Algunas tenían el aspecto de haber sido abandonadas definitivamente, mientras que de otra no quedaba más que la estructura calcinada, y las manchas de humo que teñían la fachada sobre las ventanas carbonizadas parecían rímel, tan popular entre las meretrices.

Tres edificios dominaban la cara sur del Puente de los Tres Céntimos: un templo abandonado en la entrada desde Stoessel, una pescadería en la entrada desde Riddra y una enorme y amenazadora estructura en el centro, por cuyas ventanas del primer piso se asomaban las prostitutas y gritaban a los hombres que pasaban debajo ofreciéndoles diversión, risas y un buen rato. Los borrachos yacían despatarrados en la entrada y conferían al edificio un aire de indecencia. Las risas y el jolgorio proveniente del interior llegaban hasta Kurt, que se sintió familiarizado con el barullo de hombres jugando y discutiendo. Encima de la entrada sobresalía un puntal metálico retuerto del que colgaba un letrero de madera maltrecho y resquebrajado. Las palabras «Guardia de Vigilancia Metropolitana» se escondían detrás del nuevo nombre del establecimiento: taberna La Esperanza Perdida.

Kurt comprendió que su primer cometido sería recuperar la comisaría abandonada, y no prometía ser una tarea fácil. Un fracaso demostraría inmediatamente que las burlas de los capitanes habían estado justificadas. «Por lo menos no estaré solo —masculló—. Mis agentes deberían haber llegado antes que yo».

* * *

Examinó la muchedumbre que iba y venía por el puente con peor reputación de Marienburgo buscando a los candidatos más probables, a «los mejores entre los mejores», como le habían prometido. Pero se le cayó el alma a los pies cuando descubrió el pobre material que le habían suministrado.

Había siete hombres matando el tiempo junto a la pescadería, tratando de evitar que se notara que se conocían, y aún más que iban juntos. Todos parecían aburridos, tenían el pelo alborotado y una pobre condición física. Algunos lanzaban miradas lascivas a las mujeres que pasaban, mientras que otros bebían furtivamente de una botella que sin duda contenía alguna clase de bebida alcohólica. Ni uno solo de ellos vestía el uniforme reglamentario de la guardia al completo, ni tampoco la gorra negra.

Entonces Kurt reparó con un sentimiento de culpa en que él también se había desprendido de la característica prenda de la cabeza, así que la recuperó del cinturón de cuero y se la colocó con orgullo. «Si yo me comporto con ejemplaridad, seguro que

me imitarán», pensó con esperanza. Había llegado el momento de descubrir si todo lo que le había enseñado su mentor funcionaría con la misma eficacia en el Puente de los Tres Céntimos que como lo había hecho en la apacible Goudberg.

—Buenas tardes, señores —saludó Kurt con firmeza, acercándose a los hombres y esforzándose para que su voz sonara más animada de lo que él se sentía en realidad—. Todos ustedes han sido asignados a esa comisaría, ¿verdad? —Señaló con el pulgar La Esperanza Perdida, sin molestarse en hacer referencia a la parodia en la que se había convertido el edificio.

No obtuvo respuesta.

—¡He preguntado si todos ustedes han sido asignados a esa comisaría! —insistió Kurt, permitiendo que la ira se filtrara por su voz y asegurándose de que lo oían.

Los hombres empezaron a enderezarse al comprender que su nuevo jefe había llegado, y que estaba hablando muy en serio. Algunos devolvieron con un sentimiento de culpa las gorras negras a sus cabezas. Un menudo e insulso miembro del grupo dio un paso al frente para hablar.

—Nos han enviado aquí, pero algunos ni se han molestado en aparecer.

—¿Por qué no?

La única respuesta que obtuvo fue un encogimiento de hombros.

Kurt respiró hondo en un intento por mantener la calma. Se acercó al autoproclamado portavoz y agarró por el cuello a la asustadiza criatura.

—¿Cómo se llama?

—Bescheiden. Wi... Willy Bescheiden.

—¿Willy Bescheiden qué?

El desconcierto nubló los ojos redondos y brillantes como cuentas de Willy.

—Willy Bescheiden tercero.

Su respuesta provocó las risas de los demás. Kurt apretó la mano que envolvía la garganta de su subordinado y lo elevó en el aire hasta que sus pies perdieron el contacto con los adoquines. El guardia pataleó inútilmente.

—Intentémoslo de nuevo, ¿le parece bien? —sugirió Kurt—. Si yo le pregunto cómo se llama, deberá decirme su nombre... y luego no le dé vergüenza añadir la palabra «señor» al final de la frase. ¿He sido lo bastante claro?

Willy asintió como pudo. Su cara estaba adquiriendo poco a poco un leve tono morado.

—De hecho, a cualquier pregunta que le haga o cada vez que usted necesite hablar conmigo por la razón que sea, acabará todas las frases con la palabra «señor». ¿Ha entendido?

Willy asintió de nuevo. Ahora su rostro abandonaba rápidamente el ligero tono morado para tomar un nauseabundo color púrpura.

Kurt abrió la mano y Willy se desmoronó sobre el suelo adoquinado; tosió y jadeó

tratando de recuperar el aire, y las arcadas expulsaron de su interior un reguero de bilis verde. Kurt esperó a que la desdichada figura que yacía encima de la alcantarilla repleta de heces se hubiera recuperado lo suficiente para hablar.

—Veamos, intentémoslo una vez más, ¿le parece bien? ¿Cómo se llama?

—Willy Bescheiden..., señor.

—Así está mejor. —Kurt dirigió una sonrisa al resto de los agentes para dejarles claro que no se andaba con chiquitas—. Y dígame, ¿por qué no han aparecido todos los hombres asignados a esta comisaría, Willy?

—Tenían miedo de lo que podría ocurrir aquí.

—Discúlpeme, pero ¿que ha dicho al terminar la frase?

Willy se levantó tambaleándose hacia atrás con el propósito de quedar fuera del alcance de la patada que Kurt pudiera propinarle con sus botas de piel.

—Tenían miedo de lo que podría ocurrir aquí, señor.

—¿Ve qué fácil es adquirir hábitos tan simples?

—Sí, señor.

Kurt asintió y paseó la mirada por los rostros de sus hombres. Había conseguido captar su atención, pero necesitaba algo más que simplemente obligarlos a entrar en razón si quería granjearse su respeto. El temor era una buena herramienta de autoridad por un tiempo, pero sin respeto nunca podría sacar lo mejor de ellos. Tocaba una demostración de implicación, debía dejarles claro que nunca les pediría que hicieran algo que él no estuviera dispuesto a hacer. Su padre le había enseñado que no había un soldado mejor que el oficial que lo comandaba.

Sacó la porra de la presilla de cuero que tenía en un costado y empezó a golpear la palma de la mano con la punta del arma.

—Ese edificio ha sido usurpado a la guardia de vigilancia, es decir, a nosotros. Nuestra primera tarea será recuperarlo de los borrachos y la mala reputación, y transformarlo en un refugio para los ciudadanos respetuosos con la ley, en un lugar donde la gente acuda en busca de ayuda. No será fácil ni agradable, pero es indispensable si queremos que la guardia de vigilancia restablezca la ley en Suiddock. ¿Quién viene conmigo?

Dos agentes respondieron a la pasión y la retórica de Kurt alzando la mano. Otros dos titubearon, pero mantuvieron las manos sepultadas en los bolsillos. Los demás, incluido el todavía afligido Bescheiden, no hicieron ningún ademán de responder, lo que dejaba muy clara su postura.

Kurt ordenó a los dos hombres que se habían presentado Voluntarios para ayudarlo que se adelantaran. Uno era una bestia enorme, un hombre en el cuerpo de un oso que al menos sacaba una cabeza a Kurt. Tenía los hombros tan anchos que probablemente se veía obligado a cruzar de lado la mayoría de las puertas; sin embargo, poseía unos ojos afables que contrastaban profundamente con su

imponente físico. El otro era de la constitución y de la edad de Kurt, aunque lucía más cicatrices en el rostro y en las manos de las que Kurt había visto jamás en una criatura viva. Su cara tenía una expresión de angustia, lo que no representaba ninguna sorpresa en las facciones de quien había sufrido heridas como las suyas.

—¿Cómo se llaman?

—Joaquim Narbig —respondió el más pequeño—. Para servir a Manann, a la ciudad y a usted... en ese orden, señor.

Kurt pasó por alto aquella puntualización, consciente de que necesitaba todos los aliados que pudiera reunir. El origen del fervor religioso de Narbig podía establecerse —y, en el caso de que fuera necesario, resolverse— más tarde. Se volvió al otro voluntario con una inquisitiva ceja arqueada.

—Jacques Scheusal —contestó el hombre montaña, con un marcado acento bretoniano.

—Justo lo que necesitamos, otro maldito extranjero —farfulló uno de los hombres ganándose las risas de sus colegas.

Kurt apartó a un lado a Jacques y a Joaquim para abrirse paso hasta los demás guardias.

—¿Quién ha sido?

Nadie respondió.

—¡Vamos, muéstranos el valor que desprenden sus convicciones! ¿O es tan cobarde que no se atreve?

Tras unos segundos, uno de los guardias se adelantó para ponerse frente a Kurt. Una sonrisa chulesca le cubría el rostro, como la manteca de cerdo untada en un trozo de pan. Adoptó una postura relajada, con los pulgares anclados en el cinturón, y un ligero tic le dominaba el rabillo de un ojo.

—He sido yo..., señor —exclamó, pronunciando la última palabra con un marcado tono sarcástico.

—¿Cómo se llama?

—Raufbold, Jorg Raufbold. Pero las mujeres me llaman Jorg el Guapo.

—¿No aprueba la presencia de extranjeros en la guardia de vigilancia?

—Tendríamos que echarlos del cuerpo de una patada —respondió Raufbold—. Esta ciudad es nuestra, y nosotros debemos ocuparnos de ella.

—¿En serio? No le he visto ofrecerse voluntario para ayudarme a despejar la taberna.

Raufbold se acarició el contorno de la mandíbula.

—Las mujeres me desean así como estoy. Si entra ahí, lo único que conseguirá es que le partan la cara. Si quiere hacerse el héroe, adelante. Nosotros esperaremos aquí, a ver lo que aguanta.

Kurt se acercó a su interlocutor. Sus narices casi se rozaban.

—¿No olvida algo?

El guardia se encogió de hombros, miró por encima del hombro a sus compañeros y les sonrió con suficiencia. Sin embargo, su expresión se torció inmediatamente cuando Kurt cerró la mano alrededor de la entrepierna de Raufbold.

—Lo que le he dicho a Willy también iba por usted, para todos ustedes. Cuando se dirijan a mí emplearán la palabra «señor», o sufrirán las consecuencias. Ahora, Jorg el Guapo, ¿hasta cuándo cree que le desearán las mujeres si mi mano aplasta su tesoro?

Raufbold gimoteó una respuesta ininteligible.

Kurt apretó más fuerte, provocando un gemido de dolor del guardia.

—¿Qué ha dicho?

—¡No lo sé..., señor!

—Eso está mejor.

Kurt aflojó la mano y Raufbold hincó las rodillas en el suelo. Todo rastro de chulería se había desvanecido. El capitán miró al resto de los guardias reacios.

—Todos los demás pueden esperar aquí. Jacques, Joaquim y yo les enseñaremos cómo hay que ocuparse de quien pretende ridiculizar nuestra comisaría. Observen y aprendan.

Enfiló hacia el edificio reconvertido con la esperanza de que los dos voluntarios lo siguieran, cosa que hicieron, para alivio de Kurt. Ya había concluido la parte sencilla; cualquiera podía intimidar a un par de idiotas. Recuperar la comisaría sería mucho más difícil.

* * *

Abram Cobbius disfrutaba de las atenciones de una camarera cuando tres desconocidos se introdujeron en su taberna. En realidad el bar no era de su propiedad, pero lo consideraba una segunda casa. Tras una larga jornada extorsionando a los residentes y a los comerciantes de los alrededores, a Abram le gustaba retirarse en la taberna La Esperanza Perdida y tomarse uno o dos pilches de la cerveza más potente de Marienburgo. Sabía que no tenía nada que temer gracias a la proximidad de la sede del Gremio de Estibadores y Operarios Portuarios. Mientras su primo Lea-Jan se mantuviera al mando de la poderosa asociación, Abram estaría a salvo de cualquier peligro. Pocos se atreverían a desafiarlo y nadie osaría interferir en sus fuentes de ingresos. ¡Así que, en el nombre de Mannan, por qué tres Gorras Negras se habían atrevido a invadir sus dominios! Abram echó a un lado ala camarera y se puso en pie, irritado por la interrupción.

—¿Quién les ha dado permiso para entrar aquí? —gruñó, arrastrando los pies hacia el inoportuno trío.

Uno de los guardias, con el semblante resuelto, salió al encuentro de Abram.

—Yo estaba a punto de hacerle la misma pregunta. ¿Es usted el responsable de todo esto?

—Si se refiere a la conversión de un edificio abandonado en la taberna con más clase al sur del Rijksweg, supongo que es todo obra mía —contestó Abram. A continuación hizo un gesto señalando las paredes grasientas y amarillentas y el suelo manchado de cerveza. El techo permanecía oculto detrás de una nube de humo de pipa—. La decoración la delego en las camareras.

—Muy noble por su parte —replicó el intruso—. Hemos venido a reclamar esta propiedad y a recuperarla para la guardia de vigilancia.

Abram rompió a reír de manera estruendosa e incontenible. Se volvió hacia sus siete esbirros que, cuando no daban un trago a su cerveza o atosigaban a las camareras, contemplaban con regocijo aquella conversación.

—¿Habéis oído? ¡Nuestro visitante reclama la comisaría!

Los secuaces respondieron con risas.

—Los tiene bien adiestrados, ¿no? —señaló el extraño—. ¿Conocen algún truco más? ¿Saben hacer equilibrio con la vejiga de un cerdo en la punta de la nariz, quizá? ¿O ponerse boca abajo y hacerse el muerto?

El alborozo de Abram empezaba a agotarse a marchas forzadas.

—Usted será el que estará muerto como no se marche inmediatamente.

Miró con detenimiento al líder de los Gorras Negras, calculando las aptitudes de su contrincante, e ignoró a sus dos acompañantes, sabedor de que sus hombres darían buena cuenta de ellos en la remota posibilidad de que la situación se pusiera violenta. El intruso era de mediana edad, tenía la mandíbula firme y ningún rastro de exceso de carne en el rostro. La guerrera se ajustaba a su cuerpo nervudo y sus músculos se perfilaban en las mangas de la prenda. Mostraba un semblante implacable. No se advertía ni un atisbo de miedo en sus penetrantes y clarísimos ojos azules, mientras que la cabeza rapada probaba que no era un hombre preso de la vanidad. Hablaba en serio y con la bravura que correspondía. Su poderosa presencia física intimidaría a la mayoría de la gente, pero eso no podía importarle menos a Abram. Aquel lugar era parte de su dominio.

—Su acento me indica que no es de la zona. Si lo fuera, se lo habría pensado mejor antes de entrar y ponerse a mangonear. Salga de aquí por su propio pie ahora que todavía puede, extranjero. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente. —El recién llegado hizo el ademán de marcharse, pero enseguida se detuvo y añadió levantando un dedo—: Sólo una cosa antes de irme. —Hizo un gesto a Abram para que se acercara y oyera lo que iba a susurrarle.

Divertido, Abram se inclinó hacia el desconocido. Esperaba que aquel idiota hubiera entrado en razón y le ofreciera una disculpa. Sin embargo, el Gorra Negra

embistió con la frente el puente de la nariz de Abram. El extorsionista retrocedió titubeando; veía luces blancas bailando ante sus ojos. El dolor le atravesó la cabeza y por los orificios de la nariz empezó a brotarle la sangre, que le empapó la parte frontal del elegante jubón de piel. Además tuvo la desgracia de no recordar la silla que había sorteado para acudir al encuentro de los intrusos, tropezó de lleno con ella y su cabeza golpeó estruendosamente las tablas del suelo.

—¡Atrapadlo! —gritó Abram a sus compinches—. ¡Todos a por él!

Sus secuaces se levantaron, listos para la acción y con un brillo asesino en los ojos. Los tres Gorras Negras intercambiaron miradas y sonrieron... hasta que otra docena de matones apareció abrochándose apresuradamente los pantalones por las escaleras que ascendían desde el salón central de la taberna.

—Pufff —suspiró el líder de los Gorras Negras—. Joder.



Jacques Scheusal se consideraba un hombre sencillo. Creía en la lealtad y en el acatamiento de las órdenes, en ofrecer lo mejor de sí mismo y nunca darse por vencido. Cuando su nuevo capitán había solicitado voluntarios para despejar la comisaria, Jacques no había dudado ni un instante. Sabía que seguramente el cometido implicaba violencia y riesgo, pero un hombre de su tamaño no tenía demasiado que temer en la mayoría de los tumultos en los que se veía involucrado. Podía derribar cualquier puerta y tumbar a la mayoría de sus oponentes simplemente con el aire que levantaban sus rollizos antebrazos, y había sobrevivido a más puñaladas de las que podía recordar a bote pronto.

Por ser el guardia de mayor tamaño y corpulencia de Rijkspoort, lo habían utilizado como mera fuerza bruta. Su sola presencia bastaba para intimidar a cualquiera que pretendiera causar problemas. Jacques había recibido con agrado el traslado al Puente de los Tres Céntimos, pues confiaba en que se le abrieran nuevas perspectivas. Los hombres que se suponía que eran sus hermanos de armas le habían amargado el periodo que había pasado en Rijkspoort con sus comentarios antibretonianos. Menos le había alegrado descubrir que Raufbold también había sido trasladado, ya que él había sido el promotor de las insidiosas observaciones. La actitud del nuevo oficial y su acento de Altdorf eran más prometedores, aunque, en su opinión, sus conocimientos tácticos dejaban algo que desear. ¿Provocar una pelea en la taberna con peor reputación de Marienburgo? Hasta el hombre más simple sabía que existían maneras más sencillas de producir una buena impresión.

La pelea fue feroz. Tres Gorras Negras contra media docena de ladrones y atracadores borrachos parecía una apuesta segura cuando Jacques había decidido

seguir a su nuevo jefe al interior de la taberna. Pero ¿tres contra dieciocho? Eso era pedir demasiado, incluso para un hombre montaña como Jacques. Luchó bien y se deshizo de cuatro oponentes en la primera carga, pero primero un hombre y luego otro se colgaron de su espalda y le rodearon la cabeza y el cuello con los brazos, hundiéndole los dedos en los ojos y la boca. Jacques atisbó una viga de madera y retrocedió hacia ella. Uno de los hombres que tenía sobre la espalda se dejó caer con un aullido de dolor, pero el otro se aferró a él con todas sus fuerzas, apretando las manos alrededor de la garganta del bretoniano e impidiendo que el hombretón respirara. Aun así, Jacques no cejó en su lucha y descargó el puño en la cabeza de un matón que pasaba junto a él, que se desmoronó inconsciente. Sin embargo, la oscuridad estaba apoderándose del guardia; la vista se le nublabá y le flojeaban las piernas. Hincó una rodilla en el suelo y siguió agitando sus portentosas manos como molinos contra los matones que zumbaban como moscas en torno a él, pero terminó por perder el conocimiento y cayó de cabeza sobre las tablas manchadas de cerveza del suelo.

* * *

Joaquim Narbig luchó como un poseso, utilizó rápidos y precisos movimientos para eliminar a los oponentes que se le acercaban. Dejó sin aire a un matón con un codazo en la garganta y rechazó a otro, que se alejó gritando de dolor, hundiéndole dos dedos en los ojos. Había noqueado a siete sicarios achispados mientras mascullaba ininterrumpidamente el catecismo de un auténtico creyente, implorando a Manann que lo protegiera de aquellos que desconocían los caminos de la virtud. Pero ni siquiera Manann podía contener una carga como aquella y la mera superioridad numérica del enemigo supuso la perdición de Joaquim. No paró de pelear con valor mientras lo sacaban de la taberna, y se llevó consigo dos esbirros de Abram.

—Un poco de ayuda no vendría mal —gruñó a los demás guardias de vigilancia.

* * *

Kurt se quedó admirado con la forma de pelear de Jacques y Joaquim, sobre todo teniendo en cuenta que las apuestas estaban en su contra y que pisaban terreno desconocido. Ambos constituían una valiosa incorporación a la dotación de hombres de la nueva comisaría y los consideró unos buenos candidatos potenciales para ocupar los puestos de sargento que podría necesitar. Por supuesto, su máxima

prioridad en aquel momento era sobrevivir a su estúpido intento de recuperar la comisaría. Kurt sabía que debía haber averiguado el alcance de la fuerza enemiga antes de iniciar la pelea. Su viejo sargento no habría aprobado ese desprecio gratuito hacia la táctica y el sentido común. Pero bueno, ya tendría tiempo para la autocrítica más tarde, siempre y cuando conservara la vida para poder permitírselo. Antes tenía que escapar de allí.

Cuando Jacques fue abatido quedaba menos de una docena de enemigos en pie. Para desgracia de Kurt, a Joaquim lo habían sacado a golpes instantes antes, de modo que se había quedado solo ante los diez amenazadores matones que estaban cercándolo. Algunos ya estaban sangrando por las heridas causadas durante la reyerta. Al frente de ellos se había situado el líder de la cuadrilla, que tenía alrededor de los ojos dos anillos negros causados por el golpetazo brutal que Kurt le había propinado y que le había destrozado la nariz.

—¿Tiene idea de quién soy? —preguntó el enfurecido extorsionista.

—No puedo decirle que sepa su nombre —admitió Kurt—, pero su cara me resulta familiar. De camino aquí me crucé con un burro cuyo trasero era exactamente igual a usted. ¿Por causalidad no serán familia?

—Me llamo Abram Cobbius. Mi primo es uno de los hombres más poderosos de todo Marienburgo.

—¡Huy! ¿Y se llevan bien?

—¡Matad a ese idiota! —bramó Abram.

Sus hombres avanzaron hacia Kurt enarbolando cuchillos y garrotes, dispuestos a despedazarlo. El capitán fue retrocediendo poco a poco hasta que la maciza barra de madera le impidió seguir reculando. Lanzó una mirada en todas direcciones buscando algo con lo que ayudarse. La horda que lo acechaba imposibilitaba una huida por la entrada principal; sin embargo, había una gran ventana de cristal emplomado en el otro extremo de la barra desde la que se veía el sur de Suiddock, en la orilla opuesta del Bruynwarr. Kurt no tenía ningún deseo de probar el agua del canal, pero la experiencia le había enseñado que una retirada siempre era mejor que una rendición, sobre todo si en los planes del enemigo no entraba hacer prisioneros. Dio un salto para encaramarse a la barra justo cuando los matones más próximos embestían con sus cuchillos el espacio que acababa de abandonar.

—Ha sido un placer conocerlo, pero tendremos que resolver este asunto en otro momento —se disculpó Kurt con una sonrisa en los labios.

—¡He dicho que lo matéis! —gritó Abram.

Kurt ya corría por la barra de la taberna hacia la ventana. «Tanto esfuerzo sólo para causar una primera impresión impactante», pensó distraídamente, y se lanzó de cabeza por la ventana de cristales emplomados.

CUATRO

El barquero se humedeció los labios con la lengua con nerviosismo mientras guiaba la estrecha embarcación para incorporarse al canal secundario que separaba Riddra de Stoessel. A Marcellus Punt no le apetecía mucho pasar bajo el Puente de los Tres Céntimos —nunca se sabía lo que podía sucederle a quien se acercara por aquel mísero arco—, pero le habían pagado generosamente por hacerlo. Además lo inquietaba la condición de su pasajero.

—Si hubiera sabido a lo que se dedicaba, nunca habría aceptado el trabajo —refunfuñó por quinta vez sin que su pasajero le preguntara nada—. Todo lo que me dijeron fue su nombre: Otto. Nunca que fuera uno de... ellos.

El pasajero estaba sentado en el otro extremo la barca. Una capucha le cubría la cabeza afeitada. Chasqueó los finos dedos a la altura de su rostro altivo, patricio.

—Ya me lo había dicho —replicó Otto—. Varias veces.

—Bueno, pues no está bien. ¿No le parece? Actuar por medios *fregalientos*, o como se diga.

—Supongo que quiere decir medios fraudulentos.

—¡Eso es! Por medios fraudulentos. A eso me refiero.

—No cometí ningún fraude sobre mi ocupación cuando le pedí a su jefe, el señor Undershaft, que organizara el viaje que me llevara de regreso a mi morada. Si él ha preferido no contarle a usted nada sobre mí, se debe únicamente a una decisión suya.

—Vale, pero sigue estando mal. No es apropiado. Usted debería disponer de su propia embarcación para sus asuntos. No andar atemorizando a pobres e inocentes almas que sólo intentan ganarse un pedazo de pan.

Otto miró al barquero como si estuviera escudriñándole directamente el alma.

—Me da la impresión de que usted es muchas cosas, Punt, pero inocente no es una de ellas. Su conciencia carga con la sangre de tres hombres.

—¡No puede decir eso! ¡No puede decir eso con sólo mirarme! —gritó el barquero, cuyo temor por el Puente de los Tres Céntimos se había desvanecido rápidamente ahora que pasaban bajo él—. Además, sólo fueron dos, y se lo merecían. Casi todo el mundo consideraría que lo que hice fue un acto de justicia, y no se hable más.

—Piense lo que quiera. La verdad prevalecerá —respondió Otto.

Su mirada se desvió hacia un movimiento súbito que se produjo encima del barquero.

Una gran ventana de cristal emplomado que se asomaba desde la cara sur del puente estalló hacia fuera. Miles de fragmentos de cristal saltaron por los aires acompañados de una figura humana que cayó en picado sobre la embarcación e impactó ruidosamente en la espalda de Punt, quien salió despedido hacia el agua. El desconocido aterrizó con destreza sobre los pies mientras los cristales seguían lloviendo a su alrededor. Otto arqueó una ceja al recién llegado.

—Si lo que pretendía era causar una primera impresión impactante, lo ha conseguido.

—Lo único que pretendía era salvar la vida. Todo lo demás viene de regalo. Me llamo Schnell, Kurt Schnell. Soy el nuevo capitán de la comisaría del Puente de los Tres Céntimos.

Otto señaló la ventana destrozada de la taberna, desde la que un puñado de hombres insultaba a viva voz y dedicaba gestos obscenos a Kurt.

—Por lo que veo, todavía no ha establecido su autoridad.

Kurt sonrió y tendió una mano amistosa al pasajero.

—Usted debe de ser el sacerdote de Morr local.

—No suelo tocar a los vivos —replicó Otto.

Kurt retiró la mano.

—Claro. Pero tendrá un nombre, ¿no?

—Otto.

—Pues estoy en deuda con usted, Otto. El aterrizaje en su embarcación me ha evitado la vergüenza de morir ahogado.

—¿Vive en Marienburgo, una ciudad rodeada de agua, y no sabe nadar?

Kurt se encogió de hombros.

—De donde vengo no hay muchos motivos para aprender.

Otto frunció el ceño y sumergió la mano derecha en el agua que corría junto a la barca. Sondeó bajo la superficie unos segundos y extrajo la cabeza de Punt. El barquero jadeó y gorjeó, y el agua turbia salió a borbotones de su boca.

—Al parecer, mi piloto posee la misma falta de cualificación en materia acuática. Quizá podría ayudarme a subirlo de nuevo a bordo, pues fue su llegada la que lo arrojó al agua.

Kurt y Otto unieron esfuerzos para devolver al bote a Punt, que no cejaba en sus protestas.

Otto guio la barca hasta el atracadero más cercano, de donde partía una escalera de piedra que ascendía desde el canal, en el lado de Stoessel. Kurt fue el primero en pisar tierra firme, seguido de Otto. Punt optó por permanecer en su bote.

—Por mucho que odie el agua, prefiero correr el peligro de ahogarme que pasar

un minuto más en su compañía —espetó al sacerdote—. No se lo tome a mal.

Otto se dio media vuelta y subió los escalones. Ya estaba acostumbrado a las reacciones de temor que provocaba su presencia entre las personas que no estaban habituadas a rodearse de muertos y moribundos. Kurt lo siguió y se toparon con la entrada de un callejón secundario cercano al Puente de los Tres Céntimos. Cuando llegaron a la parte superior de la escalera de piedra, Kurt posó una mano sobre el hombro de Otto para detenerlo.

—¿Su templo está muy lejos?

—Siguiendo este callejón, a menos de cien pasos del puente. ¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría acompañarlo y hablar con usted allí.

El sacerdote entornó los ojos.

—Poca gente entra en el templo de Morr por propia voluntad, ni siquiera en tiempos de necesidad. ¿Por qué desearía hacerme una visita?

Kurt sonrió.

—Digamos que tengo una proposición para usted. Aunque antes debo poner bajo control una multitud.

El capitán enfiló hacia el Puente de los Tres Céntimos. Otto lo contempló mientras se alejaba, intrigado por el recién llegado. O Kurt Schnell se contaba entre los hombres más valientes, o entre los más majaderos. Sólo el tiempo revelaría cuál era la descripción más ajustada. Sin embargo, el interés del sacerdote por aquella nueva presencia era aún mayor. Schnell era un hombre con las manos bañadas de sangre y cargaba a sus espaldas con las vidas y las muertes de numerosos hombres. La muerte lo seguía, como un espectro al acecho del siguiente cadáver, de la siguiente alma que reclamar. Otto torció el gesto. Sin duda estaría ocupado los días venideros.

* * *

Kurt regresó a grandes zancadas al Puente de los Tres Céntimos. Encontró a Scheusal desplomado sobre los adoquines y a Narbig apaleado y ensangrentado arrodillado junto a dos matones que habían perdido el sentido. Las gaviotas revoloteaban encima de ellos y para los oídos de Kurt sus graznidos sonaban como risas burlonas. El resto de los guardias reían y bromeaban. Sus voces parecían las reverberaciones de los chillidos de las gaviotas. Kurt atrapó la atención de sus agentes cuando recogió a uno de los matones inconscientes y lo devolvió a La Esperanza Perdida lanzándolo por la entrada a una velocidad indecorosa.

—¿Quién puede resumirme lo ocurrido? —preguntó ahora que lo escuchaban.

—Ha conseguido que siete mocosos le den una paliza —respondió Bescheiden con sorna y en tono triunfalista.

—Exacto —dijo Kurt disfrutando del gesto de sorpresa que adoptó el rostro del cobarde—. Eso es lo que ocurre si no trabajamos como un equipo, apoyándonos los unos a los otros. Juntos podemos recuperar ese lugar para la gente decente de Marienburgo. Pero si permanecemos divididos, nos aplastarán.

Raufbold se abrió paso con descaro entre el grupo de guardias. Había recuperado la chulería arrogante que había exhibido antes de sufrir la humillación a manos del capitán.

—Pensaba que lo que debíamos hacer era observar y aprender, y lo único que hemos visto ha sido cómo hacía el ridículo y cómo no le quedaba otra que saltar por la ventana para salvar el maldito pescuezo.

Kurt se tuvo que morder la lengua para no responderle con severidad, consciente de que la acusación se ajustaba a la realidad, por muy doloroso que fuera admitirlo. Nunca era fácil reconocer la vanidad propia, pero no estaba dispuesto a permitir que los demás descubrieran hasta qué punto tenía el orgullo herido y la confianza mermada. Necesitaba ayuda y consejo, a alguien en quien confiar para que lo ayudara a ganarse a aquella variopinta pandilla deapestados... y sabía perfectamente dónde podía encontrar a esa persona.

—Les hago una promesa. Antes de que acabe el día, ese edificio volverá a ser una comisaría de la guardia de vigilancia.

De nuevo cosechó risas, que esta vez se mofaban de su fanfarronada.

Kurt les dejó reír y esperó a que su hilaridad se apagara para volver a hablar.

—Voy a buscar ayuda. Quiero que permanezcan aquí hasta mi regreso y no permitan que nadie salga de la taberna. Todos esos delincuentes deberán responder a las imputaciones sobre su responsabilidad en el ataque a miembros de la guardia de vigilancia. Debemos dar ejemplo con ellos.

—Por la salchicha de Sigmar, ¿por qué íbamos a quedarnos aquí? —inquirió Bescheiden.

Kurt sonrió.

—Si alguno de ustedes no está cuando regrese será acusado de desertión y sentenciado a veintiocho días en la isla de Rijker. Y todos ustedes ya saben cómo se las gastan los internos con los miembros de la guardia convictos, ¿me equivoco?

Los hombres refunfuñaron y protestaron por lo bajo. En la isla de Rijker se consideraba a los guardias un blanco legítimo, y los carceleros miraban hacia otro lado cuando los reclusos se congregaban para perpetrar su venganza contra los Gorras Negras por haberlos metido entre rejas.

Kurt esperó de nuevo a que se hiciera el silencio antes de continuar.

—Me prometieron que mis hombres serían lo mejor de lo mejor que Marienburgo podía ofrecer; sin embargo, parece que me han enviado lo peor de lo peor. Las demás comisarías los han enviado conmigo como si fueran desechos, así que

no tenemos más remedio que continuar juntos, y más nos vale cumplir satisfactoriamente esta misión o, de lo contrario, todos sufriremos las consecuencias. Piensen en ello mientras regreso.

* * *

Jan Woxholt estaba paladeando su tercera cerveza cuando Kurt entró con paso firme en El Pirata Danzarín. La cálida y adecentada taberna gozaba de popularidad entre los medianos de las inmediaciones del distrito electoral de Kleinmoot, lo que destacaba todavía más la gran figura barbada de cabellos rubios sentada al otro lado de la barra. Kurt cruzó la taberna medio vacía a grandes zancadas y se detuvo delante de la mesa de Jan.

—Veo que sigues bebiendo la Añeja Inescrutable de Hoornweg.

—¿Cómo lo has...?

Kurt se pasó un dedo por el labio superior.

—La cerveza te tiñe de negro el bigote.

Jan se secó el mostacho con el dorso de una mano mientras ofrecía la otra amistosamente a Kurt. El capitán se la estrechó agradecido y se sentó frente a él.

—He oído que has prosperado —dijo Jan—. Nada menos que capitán de la guardia... y con tu propia comisaría.

—¿Cómo lo has...?

Jan lo interrumpió.

—Yo también me entero de las cosas, y tengo el oído muy fino. Has sido un idiota aceptando el puesto.

—Es una oportunidad única en la vida.

—Es una oportunidad única para conseguir que te maten —insistió Jan, a ti y a cualquiera lo suficientemente estúpido como para involucrarse en el asunto. Todo el mundo sabe que la comisaría del Puente de los Tres Céntimos está maldita, Kurt. Puede que tú no creas en esas cosas, pero yo sí. Yo conocía al último capitán destinado allí, Joost Holismus. Era un buen hombre, hasta que el Caos lo reclamó. Era un verdadero azote para los ladrones de Marienburgo. No permitas que ese lugar también te reclame a ti.

Kurt sonrió.

—Me da la impresión de que es tu forma indirecta de decirme que no vas a ayudarme.

Jan tomó un trago largo de su jarra.

—Todavía no me lo has pedido.

—¿Me ayudarás?

Jan vació el pilche y se puso en pie para marcharse.

—Lo siento, Kurt. De verdad que lo siento.

El capitán agarró a Jan por la muñeca derecha.

—¿Por qué? Nunca había visto que mostraras miedo por nada. Cuando me incorporé a la guardia, me salvaste de mí mismo más veces de las que soy capaz de recordar. Sin ti no hubiera sobrevivido una semana en esta ciudad. Necesito tu ayuda otra vez, Jan.

—Estoy jubilado —explicó con suavidad el grandullón—. Esos días quedaron atrás.

—No tiene por qué ser así...

—¡Tengo miedo! —dijo entre dientes, liberando el brazo del agarrón de Kurt—. ¿Era eso lo que querías oír? ¡Ese lugar me asusta... y también debería asustarte a ti! Soy uno de los pocos miembros de la guardia que han vivido lo suficiente como para jubilarse. Tengo los ahorros necesarios para mantenerme a base de cerveza y salchichas unos cuantos años más, muchos más de los que me quedan. Lo único que deseo es una vida tranquila, Kurt. ¿No puedes dejar las cosas como están y dejarme disfrutar de mis últimos días en paz?

Kurt se levantó y bloqueó el paso de su viejo amigo.

—¿Eso es lo que quieres? ¿En serio?

Jan fue incapaz de mirarlo a los ojos.

—Tendrá que ser así.

—¡No hay ninguna necesidad de que sea así! —insistió Kurt—. Estoy ofreciéndote la oportunidad de cambiar, de cambiar para mejor la manera de hacerse las cosas en esta ciudad. ¿Acaso no merece la pena correr el riesgo?

—No sabes lo que estás pidiéndome.

—Entonces explícamelo.

—No puedo. —Jan cruzó sus fornidos brazos y miró a los ojos a su antiguo protegido—. Ahora, ¿vas a dejarme pasar o tengo que lanzarte al canal por la ventana de un puñetazo?

Kurt no pudo evitar una sonrisa.

—¿También has oído eso?

—Ya te lo he dicho, yo también me entero de las cosas y tengo el oído muy fino. —Se acercó aún más a Kurt, con el semblante endurecido—. ¿Y bien?

El capitán clavó la mirada en los ojos de su amigo en busca de respuestas.

—No puedo creer que no me ayudes.

—Si se tratara de cualquier otro rincón de esta ciudad lo haría, pero allí no. Ahora no. —Suspiró—. Más te valdría reincorporarte al ejército que intentar recuperar el Puente de los Tres Céntimos.

—No puedo hacer eso, y tampoco puedo regresar a mi hogar de Altdorf sin antes

probar mi valía aquí. Y ésta es mi oportunidad para hacerlo —respondió Kurt.

—Entonces no te queda elección. Tendrás que encontrar algún modo de tragarte este caramelo envenenado del comandante. Pero tendrá que ser sin mí.

—Nunca pensé que vería esto, Jan. Nunca imaginé que pudieras tener miedo de nada. Supongo que me equivocaba. —Kurt se apartó para dejar pasar a su amigo, pero cuando Jan alcanzó la puerta de la taberna, añadió—: Ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión, ¿verdad?

El corpulento hombre de pelo rubio se detuvo un instante, pero no le respondió, y salió del bar. La puerta se balanceó hasta que finalmente se cerró detrás de él.



Mientras regresaba con paso ágil al Puente de los Tres Céntimos, Kurt daba vueltas y más vueltas a la conversación con Jan. El exsargento tenía la resistencia de un toro y un físico comparable al del más corpulento de los estibadores, además de una cautivadora sinceridad y un valor único. «Me habrían ido bien unos cuantos hombres más como él conmigo en el ejército», solía pensar. ¡Cómo deseaba que Jan se hubiera unido a él en la nueva comisaría! Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos las conversaciones que compartían y la presencia del grandullón a su lado. Dos amigos hombro con hombro contra la maldad y el crimen. La recuperación del Puente de los Tres Céntimos habría sido un desafío asequible con Jan como mano derecha. Sin él, Kurt dudaba de sus posibilidades de éxito como capitán honorario. Aquello bastaba para ahogar a un hombre en la bebida, la misma que lo había arrojado a Marienburgo, adonde había llegado como los despojos de un borracho con un billete sólo de ida a los confines del Reik.

Una mujer entrada en carnes abordó a Kurt mientras atravesaba Stoessel. Se interpuso en su camino y la considerable mole de su cuerpo bloqueó el callejón.

—Necesito confesarme —susurró la mujer de caderas anchas.

—Busque un sacerdote.

—Necesito confesar un delito —insistió, levantando brevemente la mirada hacia la gorra negra de Kurt.

—De acuerdo —respondió el capitán cruzando los brazos con impaciencia—. ¿Cómo se llama?

—Gerta Gestehen.

—¿Y qué delito ha cometido?

—Un robo. He robado la bolsa a un ciudadano importante.

Kurt la miró de arriba abajo, y le pareció que era la carterista más inverosímil que se había encontrado jamás. Pero había algo más en aquella mujer de lo que se veía a

simple vista... mucho más, a juzgar por su volumen.

—¿Qué había en la bolsa que ha robado?

Gerta lo miró a los ojos como si estuviera contemplando a un loco.

—Eso no se lo diré.

—¿Quiere confesar un delito pero no va a contarme los detalles? —Kurt frunció el ceño. Algo le olía mal. Sabía que nunca había visto a aquella mujer, pero le resultaba muy familiar—. ¿Hay alguien que pueda dar fe de usted? ¿Un marido, quizá?

—Mi Engelbert todavía está en la isla de Rijker, adonde personas como usted lo enviaron injustamente hace tres años. Pero Engelbert no es mi marido, es mi amante.

—Entiendo. Veamos, ¿a quién le ha robado exactamente?

—No le pregunté cómo se llamaba, pero tenía las orejas puntiagudas, el cabello rubio, largo y lacio, y las facciones delicadas.

—Parece que está describiéndome un elfo.

Gerta sonrió y se acercó tanto a Kurt que su espléndido busto se aplastó contra el pecho del capitán.

—¿Si se tratara de un elfo podrían enviarme también a la isla de Rijker? Quizá podría compartir una celda con Engelbert.

Kurt exhaló un suspiro de desesperación en cuanto cayó en la cuenta.

—¿Cómo dijo que se llamaba, señora?

—Gerta... Gerta Gestehen.

—¿También conocida como Gerta la Charlatana?

La recia mujer dio un paso atrás con el rostro horrorizado.

—¡Me ofende que me llame por ese nombre y todo lo que eso implica! ¡En mi vida he confesado en falso!

Kurt puso los ojos en blanco. Gerta era toda una leyenda entre los Gorras Negras, una confesante en serie que se autoinculparía de casi cualquier crimen empujada por la vana esperanza de reunirse con su presunto amante.

—¡Confesar que ha robado a un elfo...! ¿No es demasiado exagerado incluso para usted, Gerta?

La mujer lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Está diciéndome que no me cree?

—Lo que le digo es que está haciéndome perder el tiempo. Siga así y...

—¿Me enviará a la isla de Rijker? —farfulló con un brillo en los ojos.

—... Y en el próximo Marktag la obligaré a pasar el día junto a la mercancía, en el exterior del mercado de pescado de Suiddock. ¿Ha entendido?

—Pero a mí no me gusta el pescado —protestó Gerta.

—Más razón aún para mantenerse alejada de mí —le esperó Kurt—. ¡Ahora, váyase!

Kurt empujó a un lado a la mujer, que no cejaba en sus protestas, y continuó su

camino haciendo oídos sordos a sus reclamaciones de atención.

—¡Podría describirle cómo iba vestido el elfo! —bramó Gerta a la espalda del capitán—. ¡Tenía una túnica verde y su piel era como de porcelana! ¡Murmuraba algo!

Kurt no se detuvo, ansioso por alejarse de las chifladuras que profería aquella mujer. Aún estaba que echaba humo cuando su zancada briosa se vio frenada repentinamente por Bescheiden, todavía a varias calles del Puente de los Tres Céntimos.

—Pagaré dos céntimos y una espada por abandonar su puesto —le prometió Kurt—. A menos que tenga una justificación.

El tipo con el rostro de comadreja palideció con la amenaza, pero mantuvo la entereza.

—Estaba buscándolo. Ha aparecido un cadáver cerca del puente, medio hundido en el Bruynwarr.

—¿Y? En esta ciudad aparecen cuerpos flotando a todas horas. —Kurt suspiró—. Las familias sin principios o demasiado pobres —para pagar una tumba esperan a que anochezca para arrojar desde los puentes los cuerpos sin vida de sus seres amados.

Bescheiden asintió.

—Sí, pero éste es un elfo... de alta alcurnia, por lo que cuentan. Importante. Ha sido asesinado y no tuvo una muerte plácida, según se comenta.

—¿Un elfo? —La mente de Kurt se agitó con la coincidencia—. ¿Sabe cómo iba vestido?

—Llevaba una túnica verde oscuro, creo.

Kurt cerró los ojos y pasó una mano áspera por la barba de tres días que le crecía en el contorno de la mandíbula. Después de todo, entre los delirios y las mentiras del relato inverosímil de Gerta había sepultada una minúscula porción de verdad. Era improbable que ella hubiera matado al elfo, pero la confesante en serie podía haber visto al asesino... Y Kurt había ignorado sus afirmaciones.

El día iba de mal en peor, y los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez para su gusto. La humillación en el cuartel general, la huida tras el estúpido intento de recuperar la comisaría, la negativa de Jan a ayudarlo... y ahora aquello. Los elfos poseían su propio enclave en el interior de Marienburgo y no salían de allí en la medida de lo posible; no se mezclaban con humanos, medianos ni con el resto de las razas que poblaban las calles y los canales de la ciudad. Ver un elfo fuera de su distrito era un hecho singular, y la vida de la mayoría de los ciudadanos de Marienburgo podía transcurrir sin llegar a ver un elfo nunca.

Se conocía poco sobre ellos más allá de su longevidad y de sus capacidades sobrehumanas. El asesinato de un elfo era un suceso de lo más insólito, y nunca se había producido uno fuera de los muros del distrito élfico desde que Kurt había

llegado a Marienburgo. Sin duda, un crimen como aquél iba a provocar una tormenta política entre la élite dirigente de la ciudad y los problemas acuciarían a cualquiera que se viera envuelto en el caso hasta que se diera con el culpable y se entregara a los elfos para que le aplicaran su castigo. Pero todavía quedaba una posibilidad para que Kurt se salvara de aquella quema.

—¿Dónde encontraron el cuerpo?

—En Riddra, a los pies de una escalera, entre el Club de Caballeros y la sede del Gremio de Estibadores y Operarios Portuarios —respondió Bescheiden.

—Me refería a si lo encontraron dentro o fuera del agua.

Existía una estricta distinción jurisdiccional entre los crímenes cometidos en el agua y los que sucedían en la superficie. Los primeros eran conocidos como los crímenes mojados y eran investigados por la Guardia de Vigilancia Fluvial, mientras que los segundos —los crímenes secos— eran responsabilidad de los Gorras Negras. Si al menos la mitad del cuerpo del elfo se encontraba sumergido en el Bruynwarr cuando se descubrió el cadáver, Kurt y sus hombres podían evitarse la ingrata tarea de buscar al individuo que se había atrevido a matar a un elfo.

Bescheiden meneó la cabeza.

—Lo siento, capitán..., sólo tenía un pie en el agua.

Kurt blasfemó con tanta ira que su subordinado se vio obligado a retroceder.

Bescheiden sonrió.

—Y antes se pensaba que tenía un problema; ¿eh? Los amigotes del comandante se lanzarán sobre este caso como los Somormujos del Pantano sobre un barco cargado de viajeros extraviados.

—Parece que necesitarás ayuda.

Una voz familiar retumbó detrás de Kurt.

El capitán se volvió y vio a Jan aproximándose a grandes zancadas con la gorra negra de la guardia de vigilancia en la cabeza. El resto del uniforme no le favorecía tanto; la tela de la guerrera se tensaba para abarcar el amplio torso de Jan y la aún más voluminosa barriga. Kurt no pudo evitar sonreír al ver a su amigo, de nuevo embutido en el uniforme, y lo abrazó con afecto, dándole palmaditas en la espalda.

—¿No estabas jubilado?

Jan se encogió de hombros.

—Por mucho que disfrute bebiendo en El Pirata Danzarín en compañía de medianos e imbéciles, no es suficiente distracción, ni siquiera para alguien tan fácil de contentar como yo. Además, todos tenemos que morir de algo, ¿no? Y una forma tan buena como cualquier otra puede ser tratando de evitar que te maten.

—Ninguno de mis hombres va a morir en el Puente de los Tres Céntimos —sentenció Kurt.

El rostro de Jan se endureció.

—No hagas promesas que no puedas mantener. —Se percató de la presencia apesadumbrada de Bescheiden acechando a su alrededor—. Éste es de los tuyos, ¿verdad?

Kurt asintió y puso los ojos en blanco.

—Espera a conocer a los demás.

Jan rompió a reír.

—Contigo nunca hay nada fácil, ¿eh, Kurt? ¿O a partir de ahora debería llamarte «señor»?

—Capitán bastará.

—Pues que sea capitán. Veamos, ¿qué es eso que he oído sobre un elfo muerto en tu territorio?

—¿Cómo lo ha...? —empezó a preguntar Bescheiden.

—Ni se moleste en preguntar —le advirtió Kurt sin dejarle acabar—. El sargento Woxholt tiene la mejor red de soplones de todo Marienburgo, ¿no es así?

Jan se encogió de hombros.

—Vive aquí el tiempo suficiente y acabarás enterándote de todo y conociendo a todo el mundo. ¿Por dónde empezamos, capitán?

—Bescheiden, quiero que encuentre a Gerta Gestehen y la lleve a la comisaría. Puede que haya visto al asesino del elfo, o al menos quizá haya presenciado cómo se deshacían del cuerpo.

El enjuto guardia asintió y se alejó apresuradamente.

—No te creas una palabra de lo que diga —le aconsejó.

—Quizá no, pero si sabe algo sobre el asesino también la convierte en un objetivo. De momento el elfo muerto puede esperar. A menos que reciba una cura milagrosa o una intervención mágica, dudo que próximamente vaya a ningún lado —declaró Kurt—. Antes de empezar a resolver asesinatos debemos recuperar la comisaría.

* * *

Martin Faulheit era uno de los hombres más perezosos de Marienburgo. Había ingresado en los Gorras Negras porque parecía ofrecer el mejor sueldo en relación a la carga de trabajo y responsabilidad. Había arrastrado su cuerpo de una comisaría a otra cumpliendo exclusivamente con lo justo para conservar el empleo. Si le pedían que prolongara un segundo su turno, probablemente estaban exigiéndole algo que valía más que su puesto de trabajo; y si se le pedía que corriera peligros y se arriesgara a ser descuartizado o asesinado, ya era algo de un valor infinitamente superior a su puesto de trabajo. La apatía de su carácter era extensible a su aspecto físico. Un pegote de grasa de ganso mantenía su cabello, cada vez más escaso, aplastado hacia atrás

sobre la incipiente calva. La panza, forjada con el exceso de comida y cerveza, se precipitaba por encima del cinturón de un uniforme que rara vez lavaba, y el hedor de su aliento era peor que el de cualquier canal en bajamar, pues no se tomaba la molestia de lavarse los dientes. La única razón por la que Faulheit lucía barba y bigote era que le evitaban el esfuerzo de afeitarse. Por otra parte, no practicaba una corrupción activa —de hecho, no era activo en nada de lo que hacía, excepto en la pereza—, pero estaba dispuesto a aceptar un soborno si eso le ahorraba el trabajo de un arresto o correr cualquier tipo de peligro.

En todo el tiempo que llevaba en los Gorras Negras sólo un hombre había sido capaz de atemorizar a Faulheit hasta el punto de conseguir que cumpliera honradamente una jornada de trabajo. Cuando ese hombre apareció en el Puente de los Tres Céntimos junto al nuevo capitán, Faulheit sintió que se le caía el alma a los pies y se le hundía más allá de las catacumbas de la ciudad.

«¡Por los dientes de Taal! —musitó para sus adentros mientras el pánico se apoderaba de sus desagradables facciones—. ¡Él no! ¡Aquí no!»

Raufbold estaba pavoneándose por ahí, pero advirtió la consternación en el rostro de su colega.

—¿Qué ocurre?

—Es el sargento Woxholt —contestó Faulheit—. Nuestro maravilloso jefe se ha traído al sargento Woxholt.

El rostro engreído de Raufbold se puso blanco.

—Pero si se había jubilado...; oí que se había jubilado.

—Al parecer se ha jubilado de la jubilación.

Raufbold profirió una obscenidad y se puso firmes. El resto de los guardias se echaron a reír por el repentino cambio de actitud hasta que vieron a Woxholt avanzando hacia su posición. Uno a uno fueron enderezándose siguiendo el ejemplo de Raufbold, incluso Faulheit. Cuando el capitán y su sargento se reunieron con ellos en el centro del puente, todos los Gorras Negras formaban en línea, con los uniformes sin arrugas y una actitud inédita hasta entonces.

—Me parece que te han visto de lejos —dijo Kurt con una amplia sonrisa en el rostro—. ¡Te habrán reconocido, Jan!

Faulheit advirtió la mirada del sargento recorriendo el grupo de guardias con sus ojos penetrantes como el haz de luz de una farola en una noche sin luna. El guardia rechoncho cerró los ojos y deseó hacerse invisible, pero no le fue nada bien. Woxholt lo reconoció y estalló en carcajadas.

—¿Faulheit? Faulheit, ¿es usted? —La voz del hombretón retumbó.

—Responda al sargento —ordenó Kurt.

—Sí, señor —respondió Faulheit con una voz que apenas era un susurro.

—¿Qué ha sido eso, Faulheit? Ya no tengo el oído tan fino como antes —bramó

Woxholt.

—¡Sí, señor!

Woxholt se acercó a su presa, con una macabra sonrisa de satisfacción en el rostro.

—¿Qué me ha llamado, Faulheit, gusano asqueroso?

—Señor. Le he llamado señor, señor —Faulheit hizo el gesto de saludo sin saber muy bien a cuento de qué.

—¡Yo no soy ningún señor, yo soy sargento! —espetó Woxholt. Su voz emergió como una ráfaga de viento cálido que azotó la cara del guardia y le levantó el flequillo según brotaban las palabras de la boca—. ¡Puede llamar «señor» al capitán Schnell, si él lo desea así, pero a mi llámeme «sargento»! ¿He hablado claro?

—Sí, sargento —gimoteó Faulheit.

—¡No lo oigo!

—¡Sí, sargento!

—Mucho mejor.

Woxholt recorrió lentamente, retrocediendo y avanzando de nuevo, la apretada línea de guardias, suspirando y meneando la cabeza con gesto abatido.

—Por favor. ¡Oh, por favor! ¿Qué tenemos aquí? ¡Probablemente la peor selección de gandules rastreros e inadaptados que jamás hayan supuesto una vergüenza mayor para el uniforme de la guardia! ¡Aspirantes a héroes, monstruos con la piel cetrina, matones ávidos de sangre, cabrones, navajeros con alevosía y locos aletargados...! ¡Dudo que haya un solo guardia que valga la pena entre todos vosotros! ¿Tengo razón?

Ningún miembro del grupo severamente reprendido tuvo la osadía de contestar.

—¡Les he hecho una pregunta! ¿Tengo razón sobre ustedes?

—Sí, sargento —respondieron unos pocos hombres, sin alzar demasiado la voz.

—¡Tendrán que hablar más alto!

—¡Sí, sargento! —bramaron todos al unísono esta vez. Incluso Faulheit sintió que la sangre le bullía de furia y una neblina de ira roja le nublabla el juicio.

—Muy bien. Escuchen. Estoy seguro de que todos ustedes se han ganado que los envíen a este agujero, pero estoy igualmente seguro de que el capitán Schnell no lo merecía. Ha intentado darle ejemplo y la mayoría de ustedes, cobardes, no tuvo las agallas de ir con él. Pues bien, esta vez no tienen elección. Vamos a ir juntos a esa taberna y limpiaremos el lugar de toda la escoria que haya en su interior y no vista un uniforme de los Gorras Negras. ¿Alguien tiene alguna objeción?

Faulheit levantó mansamente la mano izquierda.

—Eh... sargento...

Woxholt resopló con sorna y avanzó pisando fuerte hacia el guardia.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

Faulheit sudaba a mares y se apretaba la mano contra el pecho.

—No me encuentro bien. Creo que necesito ver a un boticario antes de que el corazón se me pare por completo.

Woxholt sonrió.

—¿Es eso cierto? Bueno, entonces no hay tiempo que perder, ¿no? En marcha.

—¿Quiere decir que... puedo irme?

—No exactamente. Puede ir delante. Puede entrar el primero en la taberna.

—Pero yo...

—¿No quiere quedarse toda la gloria usted solo? No se preocupe, Faulheit, los demás irán inmediatamente detrás de usted.

Faulheit tragó saliva. «Debería pensarlo mejor antes de abrir la boca —pensó—. Siempre hay problemas que no valen este trabajo. ¡Por Manann, esto no vale más que mi vida!»

—Andando —ordenó Woxholt, señalándole las puertas abiertas de la antigua comisaría, en el lado opuesto del puente—. Muéstranos cómo marcha un hombre de verdad hacia una muerte casi segura.

Faulheit lanzó una mirada suplicante al capitán Schnell, pero no halló compasión alguna en el oficial. El rechoncho Gorra Negra extrajo la porra de la funda a regañadientes y caminó de puntillas en dirección a la taberna.

—¡Vamos! —bramó Woxholt—. ¡Todos en marcha!

Faulheit oyó otro grito de guerra cuando cargaba contra la puerta de dos hojas de la taberna, pero lo extraño del caso fue que reconoció aquella voz. Era la suya.

* * *

Kurt permaneció en el exterior mientras Jan y los nuevos agentes se enzarzaban en una batalla por el dominio de La Esperanza Perdida. Tras varios minutos de puños aporreando cuerpos, del estruendo de muebles haciéndose añicos y de alaridos de dolor, el sargento reapareció con una enorme sonrisa en el rostro.

—Ya no debe de quedar mucho —informó al capitán.

El cuerpo sin sentido de Abram Cobbius salió volando por una ventana del primer piso y aterrizó sobre los adoquines con un espantoso ruido seco. Scheusal se asomó por la ventana de la que había salido Cobbius y agitó con furia un puño hacia la figura derrumbada en el suelo. A Kurt y a Jan se les escapó la risa ante el espectáculo que estaban presenciando.

—Piensa que lo aflojamos un poco para cuando entrarais —dijo Kurt mientras el bullicio de la pelea amainaba.

—¿A qué te refieres con que lo aflojasteis?

Kurt señaló la taberna con el pulgar.

—Tú imagínate que ese lugar es un enorme tarro de arenques en escabeche al que no puedes quitarle la tapa. Yo la aflojé cuando entré antes. Entre nosotros, Scheusal, Narbig y yo, sacamos casi todos los matones que había dentro. Si entonces hubiéramos contado con el apoyo de varios hombres más, habríamos acabado el trabajo. Tú y los nuevos agentes lo habéis tenido más fácil. Lo aflojamos para vosotros.

—Si tú lo dices, capitán.

Kurt palmeó la espalda de su amigo.

—Una pregunta, ¿desde cuándo te queda tan ajustado el uniforme?

Jan se encogió de hombros.

—Debió de encogerse al lavarlo.

—Será eso —afirmó Kurt—. Gracias por acudir en mi auxilio.

La sonrisa de Jan desapareció.

—Recuerda esto que voy a decirte: sólo conocerás el verdadero valor de mi ayuda cuando todo acabe.

Una pregunta asomaba de los labios de Kurt cuando los alaridos de Faulheit pidiendo ayuda desde el interior reclamaron la atención de Jan.

—Ve a inspeccionar el cadáver del elfo mientras yo ayudo a los hombres a despejar la taberna. Para cuando regreses ya habremos recuperado la comisaría del Puente de los Tres Céntimos. Entonces empezarán los verdaderos problemas.

CINCO

A quien observara Marienburgo desde fuera podía parecerle que la Stadsraad, el parlamento de representantes electos, gestionaba y controlaba la ciudad. Para la mayoría de los habitantes de Marienburgo la Stadsraad estaba controlada por las Diez, las diez familias que poseían las empresas más prósperas de la ciudad. Y para aquellos que se ocupaban de los delitos —tanto mojados como secos— de Marienburgo, la ciudad estaba gestionada y controlada por dos organizaciones: el Sindicato de Estibadores y Operarios Portuarios y el grupúsculo que se reunía en el Club de Caballeros. Que las dos organizaciones tuvieran sus sedes en Riddra, la menor de las islas del distrito de Suddock, era un hecho insólito; y ya que los dos edificios fueran colindantes era un hecho demasiado insólito como para tratarse de una mera coincidencia.

En todo el tiempo que llevaba en la ciudad, Kurt apenas había tenido ocasión de medir personalmente el verdadero poder del sindicato, cuyos miembros controlaban hasta la última y más ínfima mercancía que entraba y salía por los muelles de Marienburgo. Ese control en la mayor ciudad comercial del Viejo Mundo representaba un arma de un poder tremendo. La mayor parte de las importaciones y exportaciones del Imperio pasaban por Marienburgo, de modo que si el sindicato quería podía paralizar el resto del Imperio. El dominio de los estibadores y de los operarios en el puerto era absoluto. Una vez que partían, los navíos eran una presa muy tentadora para los piratas y los provocadores de naufragios. Aun así, la mayoría de los capitanes prefería correr los riesgos que aguardaban en el mar que la tiranía de los sindicatos.

Los estibadores y los operarios ejercían un control despiadado en los muelles, pero el grupo que se reunía en el vecino Club de Caballeros de Marienburgo sacaba provecho de todos los delitos que se comerían en la ciudad. Era el centro neurálgico de toda acción ilegal y sede de la Liga de los Caballeros Emprendedores, una organización que se conocía comúnmente por el nombre abreviado de la Liga.

Esta entidad funcionaba como un sindicato de ladrones, contrabandistas y atracadores, como una asociación donde los criminales se encontraban con sus amos. La Liga arbitraba disputas entre bandas rivales y garantizaba que todo el mundo se concentrara en su verdadero propósito: aprovecharse de las miserias y los vicios del

prójimo. Kurt podía haber nacido en Altdorf, pero, como Gorra Negra, sabía perfectamente hasta qué punto la vida en Marienburgo dependía de la Liga. Sin embargo, nunca había tenido motivos para aventurarse por Riddra hasta aquel día, ni mucho menos por la escalera que separaba las sedes de las dos poderosas organizaciones y descendía hasta la orilla del Bruynwarr.

Ambos edificios guardaban un marcado contraste. La base de la Liga parecía poco más que una modesta taberna de dos pisos en el sur de Riddra, coronado por una cubierta de tejas y con una fachada ligeramente desconchada, y un observador eventual nunca podría imaginarse el poder que atesoraban las personas que se congregaban entre aquellas paredes. En comparación, la sede del gremio era un edificio fastuoso. Una mente inocente consideraría impropio que una asociación que supuestamente agrupaba a humildes trabajadores del puerto poseyera un edificio de aquella opulencia, donde cada piso era más amplio y estaba decorado con mayor profusión que el inferior.

Según se acercaba al escenario del crimen, Kurt examinó las dos construcciones en busca de rostros fisgoneando desde las ventanas o de alguna prueba de que las personas alojadas en ellos se habían enterado del hallazgo del cadáver en las inmediaciones de sus edificios. Pero, al parecer, nadie mostraba curiosidad por lo que ocurría en el exterior, y no cabía duda de que los residentes en Riddra no tenían ningún interés en acercarse a aquel lugar. La vida de los curiosos no era muy longeva en aquellos pasajes y calles adoquinados.

Dos figuras permanecían estáticas en la parte superior de la escalera, aunque mantenían las distancias entre sí, como si fueran dos extraños esperando el siguiente transbordador que atravesaba el Rijksweg. El hombre de la izquierda iba ataviado con una capa negra, cuya capucha reposaba sobre la espalda, dejando al descubierto una cabeza afeitada. Kurt aún no les veía los rostros, pero no tenía ninguna duda de que se trataba de Otto, el sacerdote de Morr que había conocido aquel mismo día.

La otra persona también vestía una capa, pero de una tela diferente y de un tono oscuro que no llegaba al negro. En este caso, las facciones del personaje permanecían ocultas a la mirada de Kurt bajo la capucha. El capitán avanzaba hacia ellos cuando la figura encapuchada se agachó y miró detenidamente algo que había cerca del escalón superior de la escalera. Kurt aceleró el paso brioso que llevaba y emprendió una carrera.

—¡No toque eso! —gritó.

—No tenía ninguna intención —respondió una voz femenina.

Las manos enguantadas echaron hacia atrás la capucha y revelaron la mata de pelo castaño y la sonrisa familiares de Belladonna Speer.

—Usted de nuevo —exclamó Kurt—. Supongo que la ha enviado el comandante. Le ha faltado tiempo.

Belladonna se puso en pie y se quitó los guantes.

—De hecho estoy aquí por su propio bien, capitán. —Tendió una mano amistosa a Kurt—. Me ofrecí voluntaria para incorporarme a su comisaría. Soy uno de los guardias asignados al Puente de los Tres Céntimos. —El capitán no le correspondió a la mano y Belladonna suspiró y retiró la suya—. Déjeme adivinar. Nunca antes había trabajado con una mujer. No cree que esté preparada para el trabajo y le preocupa que me meta en algún lío, ya sea con los demás agentes o con los criminales, que le cause problemas a usted y a las aspiraciones que alberga para la comisaría. ¿Verdad?

—Bueno... —respondió Kurt—. Sí. No estoy seguro de si disponemos de... eh... instalaciones para mujeres.

—Seguro que encontraremos una solución para eso —contestó Belladonna—. Deme hasta mañana a esta misma hora para demostrar mi valía. Si no lo convengo de que puedo ser de un gran valor para la comisaria, yo misma pediré el traslado al cuartel general o a cualquier otro lugar donde no lo moleste.

—Tendré que pensarlo.

Belladonna meneó la cabeza y resopló con frustración.

—De acuerdo, piénselo. Mientras tanto me gustaría examinar de cerca los escalones inferiores.

—No toque el cuerpo —le advirtió Otto cuando la mujer enfiló hacia la escalera.

—No tenía ninguna intención. Eso es responsabilidad suya, no mía.

Descendió con paso firme por la escalera.

—Menudo temperamento —señaló Otto con sequedad—. Su peor enemigo, sin duda.

—Eso vale para casi todo el mundo —respondió Kurt.

—No para mí —replicó el sacerdote.

Kurt obvió el comentario.

—¿Cómo se ha enterado del asesinato?

—Como siervo de Morr estoy en sintonía con este tipo de sucesos.

—Ya.

—Y oí desde mi ventana a una mujer entrada en carnes jactándose de su participación en el asesinato de un elfo. Dejó claro dónde se encontraba la víctima, así que acudí para ofrecer la ayuda que pudiera prestar.

—Gerta la Charlatana ataca de nuevo.

Otto frunció el ceño.

—¿Quiere decir que ya había asesinado con anterioridad?

Kurt le explicó las tendencias confesionales de aquella mujer.

—Un caso triste —declaró el sacerdote—. Un amor tan poderoso separado de su inspiradora fuente.

—En realidad he oído que el presunto amante de Gerta no la soporta. No me

sorprendería que se hubiera dejado atrapar sólo con el fin de que lo enviaran a la isla de Rijker y escapar así de sus atenciones.

Otto se encogió de hombros.

—Mis conocimientos sobre esa materia son escasos. Mi devoción recae en Morr y en las cuestiones de la muerte.

—¿Ha examinado el cuerpo?

—No a conciencia, pero puedo confirmar que el elfo fue asesinado... De un manera atroz.

—Todas las muertes son atroces.

Otto frunció la boca.

—Quizá sea así por definición, pero si algo he aprendido es que se trata de un campo que ofrece infinidad de posibilidades. La muerte puede ser atroz; sin embargo, no todas las muertes atroces son asesinatos.

—Si usted lo dice. —Kurt suspiró—. ¿Cómo lo mataron?

El sacerdote formó la aguja de un campanario uniendo los dedos a la altura del pecho.

—Eso no puedo decirlo.

—¿Por qué? ¿Es ese tipo de cosas que sólo puede decir de manera confidencial a la familia? ¿O necesita pasar más tiempo con el cuerpo para estar seguro de sus conclusiones?

—No me ha entendido —respondió Otto, y señaló la escalera—. Esa pobre alma fue asesinada de una manera que nunca antes había visto. Intervino un animal, pero también la hoja de una espada, y posiblemente también otros tipos de armas. Le desgarraron las cuerdas vocales a zarpazos en un ataque de una ferocidad inhumana. No obstante, la decisión de arrancárselas con la intención de poner fin a los gritos de auxilio de la víctima sugiere inteligencia, raciocinio. Creo que ésa fue una de las primeras heridas que le infligieron, quizá la segunda. A partir de entonces, el asesino se tomó su tiempo para deleitarse con la carnicería. Consistió en una celebración, casi en una prueba de fuerza. No hay duda de que el autor de esta atrocidad volverá a matar. Le ha cogido gusto.

Kurt se quedó mirando al sacerdote con incredulidad.

—¿Y todo eso lo ha visto en un breve examen del cuerpo?

—Un examen breve de este cuerpo en concreto, pero toda una vida dedicada al estudio de la muerte y de los moribundos.

—Punto para usted. Bueno, ya es hora de que vea con mis propios ojos el cadáver del elfo.

Kurt hizo el ademán de enfilarse hacia la escalera cuando sintió una mano en el hombro que lo retenía. Se volvió y se encontró con el rostro inquisitivo del sacerdote.

—Debería darle una oportunidad —dijo Otto en un tono suave—. Conozco un

poco a Belladonna Speer. Estudió nuestro oficio durante un tiempo antes de tomar otro camino. Esa joven posee unos conocimientos profundos sobre temas que la gente como usted considera arcanos o sobrenaturales. Puede que su actitud sea irritante, pero podría ser de un gran valor para su comisaría.

Aflojó la mano que apresaba al capitán con una fuerza sorprendente.

—Lo tendré en cuenta.

* * *

Belladonna estaba con un pie a cada lado del cuerpo sin vida del elfo, examinando una minúscula gota de sangre en la pared que se levantaba junto al cadáver, cuando oyó las pisadas de Kurt.

—No pise el charco de sangre del quinto escalón contando desde el agua —le advirtió sin molestarse en volver la mirada hacia el capitán.

—¿Qué charco de...? —La pregunta de Kurt quedó interrumpida por un asqueroso sonido de succión—. Ah. Este charco de sangre.

Belladonna meneó la cabeza.

—¿Por qué los Gorras Negras se empeñan en caminar por encima de las pruebas echando a perder las pistas que podrían ayudarlos a atrapar a los culpables de los delitos?

—Usted también es un Gorra Negra, ¿ya lo ha olvidado?

—Estaba generalizando —respondió, y añadió señalando la mancha de sangre de la pared—: No creo que esto saliera de un ser humano. Puede que de un animal, pero de un humano seguro que no.

—Tiene un elfo debajo. Quizá era suya —señaló Kurt.

—El sarcasmo es el ingenio del ignorante —sentenció Belladonna.

—Le convendría recordar que soy su superior, al menos en rango.

La joven sonrió a su pesar.

—Le pido disculpas, capitán Schnell.

—Discúlpeme usted a mí también —respondió Kurt—. Mi primer día y ya tengo un elfo muerto en mi zona. No puede decirse que sea un comienzo prometedor.

—Bueno, quizá le sirva de consuelo saber que nuestro amigo murió mucho antes de que usted recibiera el nuevo destino. La temperatura de su cuerpo sugiere que lleva aquí desde antes del amanecer.

—¿Eso no tendrá algo que ver con la marea?

—En circunstancias normales sí, pero el cuerpo fue arrojado a este lugar cuando la marea descendía. Quienquiera que pusiera el cuerpo aquí quería que lo encontraran los Gorras Negras, no la guardia fluvial.

Kurt resopló con desánimo.

—Dice que fue arrojado aquí. ¿Eso significa que lo mataron en otro lugar?

Belladonna señaló a su alrededor.

—Habría mucha más sangre. El elfo luchó por su vida. Fue un asesinato, de eso no le quepa duda.

—Otto opinaba lo mismo.

—Bueno, él debe de saberlo, ¿no cree? —Como no recibía respuesta de Kurt se volvió a él y lo descubrió mirándola detenidamente—. ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo?

—Otto tenía razón sobre usted. Ve cosas que los demás no vemos. ¿A qué se debe? Belladonna se encogió de hombros.

—Para mí, un asunto como éste es un rompecabezas, un enigma a la espera de ser resuelto.

Kurt sonrió.

—En ese caso, ¿qué más puede decirme sobre este enigma?

Belladonna se echó a un lado para que el capitán tuviera una visión completa del cadáver. El elfo estaba extremadamente pálido y su rostro parecía una máscara con un gesto de dolor y sufrimiento. La garganta era un amasijo de desgarrones y pedazos sueltos de carne, mientras que el abdomen exhibía un daño aún mayor. La misma brutalidad se apreciaba en las manos, cuya piel colgaba de los blanquecinos huesos descarnados. Curiosamente, un dedo rígido apuntaba al cielo, o quizá a los dos edificios que se asomaban encima del cadáver.

—Más que arrojarlo, lo colocaron aquí cuidadosamente. ¿Se ha fijado en el pie estirado hacia abajo, hacia el borde del agua? Eso hubiera enmarañado la cuestión de la jurisdicción, que depende de dónde se encuentre el cuerpo. Las manos revelan que el elfo se defendió luchando hasta el final. La garganta...

—Rebanada para silenciar sus gritos —señaló Kurt.

—¡Muy bien! —lo felicitó con admiración Belladonna.

—Otto me lo comentó.

—Ah. —Señaló el abdomen—. Hay dos tipos de heridas. Las más graves fueron causadas con ferocidad por un objeto dentado. Sin embargo, las heridas subyacentes parecen producidas por la hoja de un arma blanca, aunque no manejada por una mano experta. Alguien estuvo un buen rato entretenido rajándolo.

—¿De modo que estas heridas tenían el objetivo de disimular el primer ataque?

—Es posible —reconoció Belladonna.

Kurt frunció el ceño.

—¿Las heridas iniciales fueron la causa de la muerte?

—Fueron mortales, pero no necesariamente definitivas. Debería estudiar un poco más los cuerpos de los elfos antes de dar una respuesta concluyente a esa pregunta. Ésa es un área de especialización de Otto, no mía. Para serle sincera, me interesa más

lo que hay alrededor del cadáver y la información que puede proporcionarnos.

—¿Qué me dice del dedo apuntando hacia arriba?

—Alguien quiere enviar un mensaje al Gremio, o a la Liga... o quizá a ambos. Lo que fuera que colocó el cuerpo aquí sabía que la proximidad de las dos organizaciones evitaría que se descubriera enseguida. También sabía que no contaríamos con la ayuda de ningún testigo.

—Bueno, al menos en eso se equivocaban —musitó Kurt para sus adentros, y preguntó señalando el cuerpo—: ¿Ya ha acabado aquí abajo? Me gustaría que Otto examinara con detenimiento los despojos, a ver qué más encuentra.

—Para eso sería mejor que se lo llevara al templo. Cuando las noticias de lo ocurrido lleguen al distrito élfico, le quitarán el caso de las manos, y lo mismo ocurrirá con el cuerpo.

—Veo que entiende de política —señaló Kurt con admiración.

—Cuando se pasan tres años trabajando para el comandante, se aprenden un par de cosas. Si quiere, yo puedo ayudar a Otto a trasladar el cuerpo. Los sacerdotes de Morr tienen más fuerza de la que aparentan pero aun así, pasaría apuros para atravesar Stoessel con el elfo muerto sin llamar la atención.

—De acuerdo. Le diré que baje.

Kurt ascendió por la escalera subiendo de tres en tres los escalones.

—¿Dónde podemos encontrarlo en el caso de que surja algún contratiempo? —gritó Belladonna a su espalda.

—Realizando una visita de cortesía a un importante ciudadano local.

—¿Quién?

—¡Creo que ya es hora de que me presente a Adalbert Henschamnn!

* * *

Sacar a Abram Cobbius y sus matones borrachos de La Esperanza Perdida fue una tarea relativamente sencilla una vez que los habían dejado inconscientes a base de golpes. Más problemático para Jan resultó persuadir a las mujeres que ejercían su oficio en el piso superior de la taberna. Las seis señoras se habían atrincherado en la habitación central de la parte delantera del edificio, la que daba al Puente de los Tres Céntimos.

—No se pueden quedar ahí para siempre —les gritó Jan desde el otro lado de la robusta puerta de madera—. Esto era una comisaría de la guardia antes de que ustedes llegaran y ahora volverá a ser una comisaría. No es el sitio apropiado para un negocio de su naturaleza.

—Puede que no, pero necesitamos un lugar donde trabajar —le respondió a gritos

una de las mujeres—. Encuéntrenos otro sitio donde ganamos el pan y recuperará la habitación. ¡Hasta entonces no nos moveremos de donde estamos!

—Como quieran —contestó Jan, e hizo un gesto a Scheusal y a Narbig, a quienes había enviado en busca de unas tablas de madera, clavos y dos martillos—. Ya habéis oído a las damas; han decidido quedarse. Reforzad la puerta para asegurarnos de que sea así.

Los dos guardias se pusieron manos a la obra y clavaron las tablas a lo ancho de la puerta, de manera que quedó sellada, impidiendo que las mujeres pudieran cruzar la comisaría para entrar y salir aunque quisieran. Cuando por fin cesó el estruendo del martilleo, las mujeres exigieron que las informaran de cómo se suponía que iban a salir de allí.

—Les facilitaremos una escalera de cuerda —respondió Jan a viva voz—. Si quieren salir, háganlo por la ventana.

—¿Y qué pasa con los clientes?

Jan miró a los dos guardias en busca de sugerencias.

—Tienen derecho a trabajar, usted lo sabe —declaró Scheusal. Narbig no abrió la boca.

—Supongo que las visitas que reciban también pueden utilizar la escalera de cuerda —bramó Jan desde su lado de la doble barricada—; Aunque sólo hasta que les encontremos otro lugar. ¿Qué les parece?

—¡Está bien!

—¡Perfecto! Asunto arreglado, pues. —Jan se cruzó de brazos con la sensación de que lo habían embaucado y no sabía muy bien cómo.

—¡Eh, sargento...! ¿Cómo se llama? —gritó la portavoz de las mujeres.

—Woxholt... Jan Woxholt. ¿Y usted?

—Molly.

—¿Molly qué más?

Una risa irónica atravesó la puerta desde el otro lado.

—En nuestro ámbito profesional no necesitamos un apellido, sargento Woxholt, y aunque lo tuviéramos, nadie se interesa nunca por él.

—Siento oír eso. —Los chillidos femeninos que provenían del piso inferior desviaron la atención de Jan—. ¿Es una de vuestras chicas?

—No. Nosotras discutimos mejor —respondió Molly.

«Podrías haberme engatusado», pensó Jan para sus adentros.

—Probablemente ha venido a ver al capitán —gritó el sargento a la puerta—. Tendré que ocuparme de que no se vaya antes de que regrese. Que pase una buena tarde, Molly.

—Usted también, espero.

Satisfecho por el curioso acuerdo, Jan enfiló hacia las escaleras.

—¡Oiga, sargento! —gritó Molly. Jan se paró en seco—. Quería decirle que... es usted un buen tipo para tratarse de un Gorra Negra.

—Se lo agradezco —respondió, y reemprendió la marcha.

* * *

Kurt permaneció delante de la puerta del Club de Caballeros de Marienburgo sin saber muy bien qué hacer. Se trataba del centro neurálgico de todos los delitos que se cometían en la ciudad, las oficinas del Gremio del no-sé-nada, la sede de la Liga de Caballeros Emprendedores. ¿Debía entrar directamente o llamar a la puerta y esperar? Se recordó que la prudencia era la madre de la ciencia y dio tres golpecitos a la puerta. Una pequeña rejilla metálica se abrió en la puerta y un gran ojo lleno de legañas se clavó en él.

—¿Qué quiere? —le inquirió una voz áspera.

—Soy el capitán Schnell, de la guardia de vigilancia. Yo... —Kurt meditó a conciencia lo que diría a continuación; no deseaba que fueran las últimas palabras que pronunciara—. He venido a presentarle mis respetos a Adalbert Henschamnn.

—Casanova está ocupado en estos momentos —replicó el portero, que empezó a reírse de un chiste que sólo él entendía.

—¿En serio? —Y añadió sonriendo—: Ya había oído alguna vez que se referían a su jefe por ese apodo, aunque doy por supuesto que nadie se atreve a llamarlo así a la cara. Seguro que le interesará saber que su portero tiene el valor de utilizar ese sobrenombre y, no digamos ya, de hacerlo aquí mismo. —Kurt levantó la mirada hacia las ventanas del primer piso—. Quizá debería comunicarle esta revelación a gritos desde aquí, seguro que me oye desde sus aposentos.

—¡No! ¡No! —le suplicó el portero. El pánico le había abierto completamente el ojo—. Le dejaré entrar, pero no le cuente que lo he llamado así... Por favor.

Descorrió los pasadores apresuradamente y la puerta se abrió hacia dentro. Kurt entró con paso firme; una enorme sonrisa le recorría el rostro, con demasiada frecuencia dominado por un gesto taciturno.

—Será nuestro pequeño secreto, ¿eh? —prometió al portero tratando de no sobresaltarse con el orificio negro que debía ocupar el ojo derecho en su rostro.

Kurt echó un vistazo a su alrededor y le sorprendió que el interior del club no fuera tan diferente de cualquier otro bar de Marienburgo. Tenía el techo bajo, los listones de madera del suelo estaban cubiertos de cerveza y serrín, y una nube baja de humo hacía irrespirable la atmósfera. En las mesas se congregaba un hosco grupo de bellacos con cara de pocos amigos.

Una camarera dirigió la mirada hacia Kurt desde la barra, donde secaba una jarra

de peltre con un paño mugriento. Una chimenea emplazada en el fondo del bar era la única fuente de luz del local y alumbraba las escasas puertas de madera que conducían a las demás estancias del edificio. Una escalera, también de madera, invitó a Kurt a subir al primer piso. Había puesto el pie en el primer escalón cuando el portero se interpuso en su camino. El tuerto sacaba al menos una cabeza a Kurt y era de espaldas anchas; sin embargo, se agarraba las manos de manera tranquilizadora, como si se tratara de las manos de un padre nervioso.

—Por favor, capitán, no puede subir. Todavía no.

—Ya se lo he advertido y no se lo repetiré...

—No. De verdad, no puede subir. Casano... —empezó a decir el portero, que rápidamente se tapó la boca con la mano, horrorizado por pronunciar de nuevo el apodo—. Ahora mismo Henschamnn está en su momento de diversión.

Kurt suspiró.

—Entiendo. ¿Y normalmente cuánto dura su «diversión»?

—Es difícil saberlo, capitán.

—Menos del que yo tardo en llenar una jarra de cerveza —señaló la camarera desde la barra—. Pero le gusta que su visita pase con él casi toda la tarde. Lo ve como una forma de ensalzar su reputación con las damas.

—Bueno, yo no puedo perder toda la tarde esperándolo —insistió Kurt. Empujó a un lado al portero y reemprendió la ascensión con paso firme.

Había llegado hasta la mitad de la escalera que crujía bajo sus pisadas cuando se topó con otra figura corpulenta que le bloqueaba el paso. Kurt se quedó cara a cara con una terrorífica presencia femenina, gigante y robusta, que llevaba el cabello rubio pajizo recogido en unas trenzas que le caían por ambos lados de la cara.

—Ya has oído lo que te han dicho abajo —gruñó—. Nadie molesta al amo hasta que haya terminado.

—Pero yo...

—Nadie —repitió la mujer, crujiéndose los nudillos.

Debía de pesar el doble que Kurt, sus antebrazos parecían codillos y tenía la nariz rota; también disfrutaba de la ventaja de altura que le otorgaba su posición en la parte superior de la escalera. El conjunto no permitía presagiar que el capitán conseguiría cruzar al otro lado con facilidad.

—Muy bien —dijo Kurt sonriendo—. Dile a tu amo que vine a presentarle mis respetos, y que si quiere...

El resto de la frase se perdió en el olvido en cuanto la mujer más despampanante que Kurt había visto jamás apareció de una puerta que se abría detrás de la guardaespaldas. Tenía el cabello negro como una noche sin luna, y la palidez de su rostro poseía la perfección de la porcelana. El cautivador carmín de los labios combinaba con el llamativo corsé de seda bermellón que a duras penas contenía su

imponente busto. El resto de su atuendo también era de seda, aunque del mismo color negro que el resplandeciente cabello que envolvía sus hermosas facciones. Lanzó un beso dulce al interior de la habitación que abandonaba y enfiló hacia la escalera con el rostro radiante de buen humor e inteligencia. Se detuvo un momento antes de bajar el primer escalón y se ajustó el escote; una sonrisa irónica se le dibujó en los labios. Kurt no había visto nunca a aquella mujer, pero su apabullante presencia y su dominio de sí misma le dejaba pocas dudas respecto a su identidad.

—Gracias, Helga —exclamó la mujer. Su voz sonó cálida y suave como el céfiro a última hora de la tarde de un día de verano—. Creo que Adalbert ya está listo para recibir a las visitas.

—Muy bien, madame Von Tiezer —gruñó la guardaespaldas, y se hizo a un lado para permitir el paso a la mujer.

También Kurt se apartó para dejar vía libre a la cortesana, e inclinó discretamente la cabeza a modo de saludo. Para su sorpresa, la mujer se detuvo junto a él. El aroma a almizcle y a perfume dulzón se coló como un suspiro por los orificios de su nariz.

—Me parece que no nos conocemos. Me llamo Diede —susurró, y le ofreció la mano derecha.

Kurt la tomó y le besó los delicados nudillos forzando la vista para atrapar toda la belleza de aquella mujer.

—El placer es sólo mío —respondió Kurt, que a continuación se presentó. Ella se mostró intrigada.

—¿Algún parentesco con el viejo Barbas de Acero Schnell?

—Es mi padre. —Kurt reflexionó sobre las implicaciones de su pregunta—. ¿Conoce a mi padre?

Madame Von Tizier sonrió.

—En el ejercicio de mi profesión, no. Pero los hombres de auténtico valor y grandeza escasean en estos tiempos que corren. Hago todo lo que puedo por mantenerme al tanto de la llegada de gente distinguida a Marienburgo; me sorprende que no nos hayamos conocido antes.

—He sido ascendido a capitán esta misma mañana.

—¿Y ya viene esta tarde a visitar a Adalbert? —Arqueó una ceja en dirección a Kurt—. ¡Es usted un encanto! Le deseo lo mejor en sus empeños en el Puente de los Tres Céntimos, capitán Kurt Schnell. La tarea que tiene por delante no es nada fácil, y el triunfo será costoso, pero usted lo logrará.

—¿Cómo sabe usted que...?

Madame Von Tiezer apretó un dedo contra los labios del capitán para atajar la pregunta. El resto de su cuerpo se arrimó aún más a Kurt.

—Una cortesana de verdad está instruida en numerosas artes, debe cantar, ser una buena narradora de historias, saber escuchar y hablar lo mínimo. Algunas poseemos,

además, otras habilidades, como el don de la clarividencia y cosas por el estilo. Volveremos a vernos, capitán Schnell. Puede darlo por seguro.

Apartó el dedo de los labios de Kurt con un movimiento tan íntimo que Schnell estuvo a punto de ruborizarse, y se marchó por la escalera con la elegancia de una bailarina.

Helga carraspeó ostensiblemente para atraer la atención de Kurt. Cuando el capitán volvió la mirada hacia ella, la mujer estaba haciéndole señas con impaciencia para que la siguiera.

—¿Viene o qué?

* * *

Henschamnn esperaba a Schnell en la sala de reuniones de la Liga de los Caballeros Emprendedores, una cámara a la que a veces se referían en tono de broma como la Junta Directiva, el mismo nombre que recibía el consejo ejecutivo de la ciudad. En lo concerniente a los señores del crimen, ellos eran los auténticos gobernantes de Marienburgo, algo que se reflejaba en la decoración de la sala de reuniones: suelo de mármol blanco, suntuosos tapices y cortinaje en las paredes y ventanas, y una araña de cristal que pendía desde el techo revestido de terciopelo. La sala estaba dominada por una larga mesa de madera cuya superficie exhibía incrustaciones de oro que trazaban remolinos y arabescos. Diez sillas a juego flanqueaban la mesa, cuatro en cada costado y una en cada punta. Henschamnn había elegido la silla más alejada de la entrada, de cara a la puerta que comunicaba con el pasillo. Había otra puerta en la Junta Directiva, pero su existencia no era advertida a simple vista y su mecanismo de apertura sólo era conocido por tres personas vivas. El criminal más poderoso de todo Marienburgo aguardaba pacientemente, con las manos unidas por las palmas apoyadas sobre la mesa y una expresión de extrema naturalidad en el rostro.

La puerta se abrió y entró Helga con las facciones contraídas en el mismo gesto severo de siempre.

—El capitán Schnell, señor.

Henschamnn observó detenidamente al recién llegado según entraba en la sala. Parecía sonrojado, sin duda a causa de un encuentro cercano con Diede cuando la mujer abandonaba su compañía. Adoraba provocar a los hombres con su feminidad.

El Gorra Negra era más joven de lo que Henschamnn había esperado, aunque sus penetrantes y clarísimos ojos azules revelaban los horrores que habían presenciado en el pasado, y la cabeza afeitada sugería que era un hombre que no admitía oposición. Parecía estar en forma y tenía un cuerpo esbelto, de una constitución más nervuda que musculosa. Sin duda Schnell había probado los pecados en su momento, pero no

era esclavo de ellos, y los vicios que pudiera conservar no lo dominaban. El perfil de su mandíbula y el porte de su cuerpo, la desenvoltura que demostraba en un lugar desconocido... todo indicaba que se trataba de un hombre que había peleado para ascender en la vida, un hombre resuelto al que no era sencillo mangonear ni intimidar. «Un oponente interesante», concluyó Henschamnn. Si no se podía someter a Schnell, habría que aplastarlo.

—Bienvenido al Club de Caballeros de Marienburgo —exclamó Henschamnn, con una enorme sonrisa en el rostro—. ¿En qué puedo servirlo, capitán Schnell? Quizá esté interesado en hacerse miembro.

—He venido a presentarle mis respetos. Su nombre es conocido en toda la ciudad, por supuesto, pero sus negocios tienen mayor presencia aquí, en Suiddock. Simplemente consideré oportuno presentarme a usted como corresponde.

Henschamnn asintió, reconociendo su cortesía.

—Tengo entendido que tiene planeado reabrir la comisaría del Puente de los Tres Céntimos.

—De hecho, ya hemos pasado a la práctica —aclaró Kurt manteniendo un tono de voz neutral.

—Espero que los depravados que han estado frecuentando el edificio abandonado no le hayan causado demasiados problemas.

—Nada digno de mención,

—Me alegra oírle decir eso. —Henschamnn aguardó, pero Kurt seguía sin solicitarle un soborno ni propiciaba la ocasión para ofrecérselo—. Seguramente será costoso reacondicionar el interior de la comisaría después de tanto tiempo sin recibir ninguna atención. Quizá mis socios y yo podríamos realizar una contribución para los gastos.

Sacó una bolsa de piel llena de monedas de oro y empezó a derramarlas cuidadosamente sobre la mesa, pero el saquito se abrió de golpe y el valioso contenido se desparramó por toda la superficie de madera. Algunas monedas que habían salido rodando se precipitaron por el borde de la mesa y se detuvieron junto a las botas del visitante.

—Coincidirá conmigo en que esto será más que suficiente para cubrir el desembolso inicial que necesite realizar.

Un gesto de desdén cruzó fugazmente el rostro de Kurt.

—Una vez más debo rechazar su generosa oferta. La comisaría debe mantenerse con sus propios recursos si quiero que los planes que tengo para ella lleguen a buen puerto.

—¿En serio? ¿Y qué planes son éstos, si me permite el atrevimiento de preguntar? Kurt se cruzó de brazos.

—Recuperar Suiddock para la gente decente. Traer la ley a este territorio de calles

sin ley. Aniquilar el tiránico yugo del Gremio de Ladrones que somete esta ciudad casi por completo y expulsar a todos aquellos que hacen dinero extorsionando, aterrorizando y asesinando a ciudadanos inocentes. Quien se enfrente a nosotros irá directo a la isla de Rijker, o se encontrará bailando con Morr.

Henschamnn también se cruzó de brazos, parodiando la postura de su visitante.

—Un discurso impresionante. Seguro que incluso se cree de verdad que esas aspiraciones son factibles. Pero yo temería por la seguridad de quien intentara hacer respetar una lista de pretensiones y objetivos como la suya. Según dicen, los elementos criminales de esta ciudad pueden ser muy despiadados a la hora de practicar la vendetta. Por supuesto, yo lo desconozco todo sobre esa materia, pero he oído rumores que hablan de ese tipo de represalias.

—No me cabe duda... Casanova.

Henschamnn se puso en pie como un resorte. Se había quedado lívido de la ira.

—¿Cómo me ha llamado?

—Tenía entendido que la mayoría de la gente lo llamaba comúnmente por ese nombre. Algo relacionado con su reputación de donjuán. Por supuesto, yo no creo en esos rumores. Después de todo, ¿por qué un amante de su categoría necesitaría los servicios de una cortesana? Sólo alguien tan repulsivo que es incapaz de conseguir amor sin comprarlo recurriría a ese tipo de métodos para satisfacer sus deseos carnales.

El jefe del crimen miró fijamente a Schnell, bufando de rabia y luchando por contener su cólera.

—Capitán, me habían dicho que era un hombre inteligente y considerado, que había ascendido en la cadena de mando de los Gorras Negras a base de perspicacia e ingenio. Ahora veo que me habían informado mal. Dadas las circunstancias, creo que deberíamos hablar sin rodeos, de hombre a hombre.

—Será un placer —respondió Kurt, a quién ya se le había borrado todo rastro de ironía del rostro.

—Seguir por el camino que ha tomado lo conducirá a la destrucción total. No sólo la comisaria estará cerrada antes de que acabe el Geheimnistag, sino que todas las personas albergadas entre esas paredes perecerán sufriendo la agonía más atroz que pueda imaginarse. Usted quedará para el final; así gozará de la oportunidad de presenciar la muerte de sus colegas, uno a uno, antes de unirse a ellos en la otra vida —prometió Henschamnn.

—¿Debo considerar esto una amenaza?

—Una promesa, capitán Schnell. Considérelo una promesa.

Kurt se dirigió hacia Henschamnn con el rostro inexpresivo como el granito, y se detuvo a escasos pasos del jefe del crimen. Miró de arriba abajo a Henschamnn y espetó:

—Luché en la guerra contra el Caos. Peleé contra criaturas que sobrepasan sus peores pesadillas y me he enfrentado a demonios chupasangre en batallas que lo dejarían helado hasta la médula. Si cree que las amenazas de un vulgar delincuente harán tambalearse mi decisión, desgraciadamente los informes de sus espías sobre mí carecen de profundidad y precisión. —Acentuó su desprecio con un escupitajo al suelo de mármol que mediaba entre él y Henschamnn.

Helga se había mantenido roja de ira junto a la puerta, luchando por dominar su furia durante la conversación, pero los insultos de Kurt habían traspasado el límite y se abalanzó al borde la mesa con toda la intención de atacar al capitán. Sin embargo, Henschamnn le ordenó que se detuviera con un simple gesto, y la guardaespaldas regresó a su posición al lado de la puerta, mascullando cruentas e impetuosas amenazas para sus adentros.

—Tendrá que disculpar a Helga —dijo Henschamnn sonriendo hacia Kurt—. Está privada de mi sentido de la compostura en este tipo de situaciones.

—Si hubiera dado un paso más, ahora estaría muerta —aseveró Kurt.

La sonrisa de Henschamnn se borró.

—Creo que ya ha hablado suficiente para una primera visita, capitán Schnell. Lamentablemente, debo poner fin a la hospitalidad que le dispense. Por favor, no olvide lo que le he dicho sobre el destino de la comisaría del Puente de los Tres Céntimos y de todas las personas asignadas a ella. Sería una lástima sacrificar tantas vidas sobre el altar de sus pueriles e imposibles ambiciones.

—Los Gorras Negras han venido para quedarse —afirmó Kurt—. Acostúmbrese... Casanova.

El visitante giró sobre los talones y se marchó, seguido de cerca por Helga. Henschamnn permaneció sumido en la ira en la sala de reuniones. El jefe del crimen de Marienburgo esperó a que Schnell hubiera abandonado el edificio para destrozarse una de las sillas con incrustaciones de oro y cubrir de astillas el suelo de mármol blanco.

SEIS

Cuando Kurt regresó a la comisaría, se encontró la entrada bloqueada por una pila humeante de cerdos muertos y a una mujer que descendía desde el primer piso por una escalera de cuerda y que sólo se percató de su presencia y de su insignia de capitán en la guerrera cuando había puesto los pies en los adoquines de la calle.

—¿Ha pedido usted todos esos cerdos? —preguntó la mujer mientras se atusaba el encaracolado y rebelde pelo rojizo que le cubría la cara para recogerlo en una coleta —. ¡Están arruinándonos el negocio; nadie va a acercarse a este lugar!

—¿El negocio?

—Sí, los clientes se niegan a visitarnos mientras siga esta peste a carne muerta.

—Bueno, veré lo que puedo hacer al respecto —concedió Kurt, todavía dándole vueltas a lo que debía hacer aquella mujer bajando desde el primer piso por una escalera de cuerda.

—Yo misma hablaría con ese simpático sargento Woxholt, pero ahora anda ocupado con Gerta la Charlatana.

—¿En serio?

—Sí. Ni idea de adónde ha ido su jefe, el capitán Schnell.

Kurt se aclaró la garganta y dio unos golpecitos en su insignia de oficial. La mujer entrecerró los ojos mirando fijamente el símbolo e inmediatamente se echó atrás.

—¡Ah! ¡Entonces es usted el capitán Schnell! ¿No?

Kurt asintió, esperando que la actitud de la mujer cambiara ahora que sabía con quién estaba hablando. Y lo hizo, pero para peor.

—En ese caso, ¿no podría hacer que quitaran esos cerdos, por el amor de Shallya? ¡Sé que hay escasez de carne fresca por culpa de la guerra, pero estamos intentando ganarnos la vida! ¿Sabe?

—Y yo estoy intentando reabrir una comisaría de la guardia —respondió, ya con la paciencia agotada por las diatribas de su interlocutora—. ¡Dígame cómo se llama y por qué regenta una casa de mala reputación en el primer piso de mi edificio!

—¡Me llamo Molly y porque el sargento Woxholt nos dio su permiso!

—¿Les dio su permiso?

—¡Exacto! —Se cruzó de brazos con obstinación—. Si tiene algún problema con nuestra presencia, discúptalo con él, ¿entendido?

Una vez que había dado rienda suelta a su furia, Molly volvió a la escalera de cuerda y escaló hasta la ventana del primer piso. Antes de introducirse en la habitación lanzó un último comentario de despedida a Kurt.

—¡Y no se olvide de esos malditos cerdos!

Kurt contó hasta diez antes de llamar a gritos a su sargento. Woxholt emergió de la comisaría por la ventana de la planta baja pocos segundos después y corrió hacia Kurt con las manos tendidas en un gesto de súplica.

—Ya sé lo que vas a decirme. Estaba liado con Gerta cuando los carniceros descargaron todo esto aquí fuera. Acabo de enterarme. Dame veinte minutos y lo habremos recogido.

—¿Y respecto a nuestras invitadas femeninas del primer piso?

Jan puso los ojos en blanco.

—Es temporal. Hasta que les encontremos otro lugar donde trabajar, eso es todo.

—¿Por qué tenemos que...? —Kurt terminó ahí la frase. No tenía ningún deseo de alargar aquella conversación—. Da igual. Seguro que tienes tus razones.

—Las tengo —afirmó Jan. Se le escapó la mirada hacia la ventana central del primer piso—. ¿Con cuál de ellas has hablado?

—Molly. Menudo carácter, por cierto.

—¿Cómo es físicamente? —preguntó inocentemente el sargento.

Kurt fulminó a Jan con la mirada.

—¿Que cómo es físicamente?

—Todavía no la he visto. Sólo hemos hablado a través de la puerta de la habitación donde se han atrincherado.

—¿Que cómo es físicamente? —repitió Kurt.

La ira empezaba a dominar su voz.

Jan abrió los brazos.

—Mejor olvida la pregunta.

—Sí, más me vale.

Jan asintió.

—Bueno, ¿quieres que te haga de guía en un recorrido por la comisaría para conocer a los nuevos agentes y ver los medios que tenemos para trabajar? Todo está casi listo y en marcha...

—Eso si no tenemos en cuenta los cerdos que bloquean la entrada ni a las chicas de Molly ejerciendo su oficio en el piso de arriba.

—Dejando aparte esos asuntos, sí, todo está listo y en marcha —precisó Jan.

Kurt meneó la cabeza con desesperación.

—De acuerdo. Muy bien. Hazme de guía.

—Excelente. —Jan se dio la vuelta para conducir a Kurt al interior de la comisaría sin recordar la montaña de cerdos que impedían la entrada—. De momento

utilizaremos aquella ventana. Da al salón de la antigua taberna. He pensado que podríamos convertirla en la sala de atención a los ciudadanos. La barra es larga y podría servir como mostrador de recepción.

—Suenan bien —reconoció Kurt—. ¿Y qué hay de los cerdos?

Jan asintió y gritó a viva voz hacia el edificio:

—¡Scheusal! ¡Holismus! ¡Venid aquí fuera!

El hombretón bretoniano fue el primero en precipitarse torpemente por la ventana; salió a la carrera y se plantó en posición de firmes delante del capitán. Holismus era más delgado y probablemente tenía diez años menos que Scheusal, pero sus movimientos no fueron más ágiles y se tambaleó varias veces antes de unirse al grupo. El mugriento pelo rubio le caía sobre la cara marcada por la viruela, y el hedor a cerveza rancia de su aliento era notorio. Jan suspiró y meneó la cabeza antes de presentar a los dos hombres a Kurt.

—Creo que a Scheusal ya lo has conocido antes.

La mano que Kurt había tendido a Scheusal desapareció sepultada en el puño del hombretón.

—Peleó de una manera excelente...

—Jacques, capitán.

—Peleó de una manera excelente, Jacques. Teniendo en cuenta lo que el resto de capitanes me ha enviado, me sorprende que su oficial anterior le permitiera abandonar su comisaría.

—El capitán Rottenrow dijo que era un alborotador porque me peleé con otro Gorra Negra.

—Entiendo. ¿Y cuál fue el motivo de la pelea?

Scheusal apartó la mirada. Parecía terriblemente avergonzado por la respuesta.

—Puede contármelo, Scheusal. En lo que a mi respecta, todos los hombres destinados a esta comisaría empiezan con la hoja de servicios en blanco. Los errores que cometiera en el pasado se quedan en el pasado. Yo sólo lo juzgaré por lo que haga aquí.

—Fue por Raufbold. No paraba de hacer comentarios sobre mi acento. Decía que no me entendía.

—¿Raufbold? ¿Jorg Raufbold? —Kurt suspiró—. ¿El hombre que se autodenomina Jorg el Guapo?

—Ese mismo.

—De modo que el capitán Rottenrow ha preferido enviarlos aquí a los dos antes que tratar de resolver el problema. —Scheusal se encogió de hombros en un gesto de impotencia—. Bueno, Jacques, es una buena noticia contar con usted —dijo Kurt con una sonrisa en los labios—. Con hombres como usted respaldándome podemos conseguir grandes cosas en este lugar.

—Sí, capitán.

Jan se deslizó hacia el otro guardia de vigilancia.

—Y éste es Lothar Holismus.

El hombre saludó llevándose la mano a la frente; en el empeño estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Holismus? ¿Alguna relación con Joost Holismus, el último capitán de esta comisaría? —preguntó Kurt.

—Era mi hermano mayor —respondió arrastrando las palabras.

—Joost era uno de los mejores capturando ladrones de toda la ciudad —señaló. Espero que su hermano comparta con él algunas de sus habilidades.

Holismus hipó.

—¿Cuenta el tiempo que podía pasar hincando el codo?

—Por supuesto —respondió Kurt—. Lo que le he dicho a Jacques también es aplicable a usted, Lothar. No me interesa por qué lo han enviado al Puente de los Tres Céntimos o sus acciones pasadas. Para mí, su carrera empieza aquí y ahora, pero si quiere labrarse un futuro en cualquier rincón de esta ciudad, deberá controlar su afición a la bebida.

—Sí, capitán.

—Se acabaron las presentaciones —declaró Jan—. Quiero que saquéis esos cerdos de la entrada de la comisaría. Llevadlos al carnicero más cercano y que los pongan a curar; nos los apañaremos con las raciones.

Kurt frunció el ceño.

—Va contra mis principios aceptar nada de personas de la calaña de Henschamn, pero...

—Dudo que estén envenenados, pero habrá que examinarlos antes de comerlos.

—Bien pensado.

Woxholt puso manos a la obra a Scheusal y Holismus y luego condujo a Kurt hacia una de las ventanas de la planta baja.

—¿Qué te parecen?

—El bretoniano promete, si somos capaces de mantenerlo alejado de Raufbold. En cuanto al hermano de Joost... —Kurt meneó la cabeza—. He visto hombres tomando ese camino demasiadas veces. Sólo uno entre una docena consigue regresar.

—Había pensado darles el mando de un turno a cada uno —le confió Jan—. A Scheusal el vespertino y a Holismus el nocturno, y poner un par de hombres a sus órdenes a ver qué tal se desenvuelven.

—¿Y tú el turno diurno?

—Claro. Ya soy demasiado viejo para andar buscando problemas en mitad de la noche. ¡Por los dientes de Taal, si tengo que levantarme casi todas las noches un par de veces para vaciar la vejiga!

Kurt se detuvo un momento para observar a los agentes atareados con los cerdos.

—¿No crees que podrías estar precipitándote con ellos? ¿En serio te parecen capaces de asumir la responsabilidad?

Una sonrisita apareció en el rostro de Jan.

—Tuve la misma conversación con el primer capitán que te tuvo a sus órdenes cuando ingresaste en la guardia, y saliste bien parado, ¿no te parece? —Agarró del hombro a Kurt—. Confía en mí para hacer mi trabajo, ¿de acuerdo?

—Confío en ti, ya lo sabes.

—Entonces confía en mi buen ojo para estas cosas.

—Lo haré. Ya lo hago.

—De acuerdo.

Jan sostuvo la ventana abierta para que Kurt trepara al interior y luego fue detrás de él.

* * *

El salón de la taberna era más amplio de como Kurt lo recordaba de su breve visita anterior. A ese cambio de percepción ayudaba que la nube baja de humo se había disipado y que las antorchas llameantes colgadas a intervalos regulares a lo largo de las paredes mejoraban considerablemente la iluminación. Una larga barra de madera se prolongaba en un lado de la sala desde la ventana destrozada por la que había entrado Kurt. El resto de los guardias estaban amontonando en un rincón las sillas y las mesas que poco antes habían utilizado los clientes de la taberna, de modo que el suelo aparecía como una vasta superficie de madera desierta. Había un puñado de puertas en el salón; dos comunicaban con sendas escaleras que subían al primer piso, mientras que las otras ocultaban las que descendían a las entrañas del edificio.

—Arriba disponemos de seis habitaciones, tres dan a la fachada delantera y otras tres a la parte de trasera —explicó Jan.

—Con las chicas de Molly en el cuarto central delantero —puntualizó Kurt—. Ése iba a ser mi despacho.

—Cada cosa a su tiempo. Estoy pensando en poner cuatro celdas en el centro de esta sala, pegadas entre sí. Así quien esté en el mostrador tiene a la vista a los prisioneros y puede controlar lo que hagan en todo momento.

—No habrá mucha privacidad.

—Nadie pasará mucho tiempo encerrado aquí. Los borrachos se quedarán en una celda hasta que se despejen, las mujeres ocuparán otra, los hombres recién llegados la tercera y los que estén a la espera de ser trasladados a la isla de Rijker, la cuarta.

—Suenas sensato. ¿Y la gente que queremos interrogar o aislar?

—Hay cuatro cámaras en la parte de abajo. Suelen inundarse cuando sube la marea; por tanto no podemos mantener a nadie encerrado mucho tiempo allí, pero servirán para lo que dices.

Kurt asintió mostrando su conformidad.

—¿Y arriba?

—Salas de entrevistas con los testigos, una sala de interrogatorios para los sospechosos y luego los dormitorios para los hombres que los necesiten, más el cuarto para las necesidades.

—¿Qué pasa con Belladonna?

Llegó el turno para el desconcierto de Jan.

—¿Quién?

Kurt le habló sobre la intrigante joven que se había presentado voluntaria para incorporarse a la nueva comisaría y le explicó sus habilidades para descifrar las pistas del escenario de un crimen.

—Nunca había servido en la guardia con una mujer —señaló Jan—. ¿Sabrá desenvolverse entre los hombres? ¿Qué pasa si inicia una relación con alguno de ellos?

—Ha mantenido a raya al comandante durante tres años; creo que sabrá hacer frente a tipos como Jorg el Guapo y sus amigos.

Kurt examinó al resto de sus hombres mientras terminaban de apilar el mobiliario de la taberna.

—Cuéntame algo de los demás. ¿Quién va a ser nuestro mayor problema?

—Eso suena a que ya has conocido a Raufbold.

—Tuvimos una pequeña conversación. Realmente tiene una opinión muy elevada de sí mismo, aunque dudo que sea de mucha utilidad para la guardia.

Kurt desvió la mirada hacia el Gorra Negra que hablaba con Raufbold. Poseía un rostro agradable de rasgos afilados enmarcado en una cabellera castaña y el porte resuelto de una persona que sabía lo que quería.

—Me sorprende que hayas propuesto a Holismus antes que a él. Parece tener pasta de líder.

—Ése es Hans-Michael Mutig, de Tempelwijk. Al capitán Wout se le agotarían los elogios si empezara a hablar de él.

—Lo que nos lleva a la pregunta obvia: si Mutig es tan valioso, ¿por qué nos lo ha endosado Wout?

—Exacto. Dame un borracho y te diré dónde estás —respondió Jan—. Me da la impresión de que Mutig, detrás de todo ese descaro y esa bravuconería, es un hombre que aún no ha sido desenmascarado. Esconde algo.

Faulheit pasó resoplando y jadeando junto a Kurt y Jan mientras arrastraba la última mesa hacia el rincón. Su considerable panza le entorpecía los esfuerzos.

—Ya sabes lo que pienso de Martin Faulheit...; todo glotonería, nada de gloria.

Kurt golpeó cariñosamente la barriga de su sargento.

—Ya nadie está tan esbelto como antaño.

Jan metió tripa, provocando que su pecho se hinchara aún más.

—Yo tengo excusa. He estado jubilado hasta esta tarde. Lo de Faulheit es simple pereza, le basta con hacer lo mínimo para ir tirando. No me fío ni un pelo de él.

Dos guardias de vigilancia permanecían de pie junto a la ventana rota, contemplando ensimismados el Bruynwarr. Kurt reconoció al hombre de la izquierda, pero no había visto antes al otro guardia. Tenía una abundante cabellera negra, la nariz aguileña y unos ojos pequeños y oscuros.

—Narbig fue el otro voluntario además de Scheusal para el primer asalto a la taberna. Peleó bien a pesar de su exceso de peso.

—Las cicatrices son de hace un par de años, pero no le cuenta a nadie qué le ocurrió. Se niega a bajar a cualquier espacio subterráneo. Le han sancionado cuatro veces, por eso ha acabado aquí. Lo del miedo a meterse bajo tierra es una estupidez. Joaquim es uno de los mejores hombres que he adiestrado jamás —explicó Jan—. El otro también es problemático. Se llama Helmut Verletzung. Tiene el temperamento de una fiera enjaulada, a juzgar por los cardenales que lucía su última esposa cuando se atrevía a ir al mercado. Estuvo en la guardia fluvial una temporada, pero lo expulsaron por violento. Se ha especializado en robar a los pobres y a los débiles. Lo peor de todo es que Verletzung obtiene resultados. Para él el fin justifica los medios. Es un problema, de eso no hay duda.

Kurt frunció el ceño.

—Eso no diferencia a Verletzer del resto del grupo precisamente.

—Se llama Verletzung, no Verletzer —le corrigió.

—Por las barbas de Sigmar, ¿cómo tienes esa facilidad para recordar todos los nombres?

—He sido sargento durante quince años, tú llevas de capitán menos de quince horas. Deja que pase el tiempo, Kurt, y acabarás aprendiéndolos. Para ello se me ha ocurrido que lo mejor sería salir de patrulla con los hombres. No hay nada como patear las calles y los callejones con un agente nuevo para descubrir sus puntos fuertes y los débiles. Así hice contigo cuando ingresaste en la guardia.

Kurt asintió.

—Antes había otro hombre por aquí, uno pequeñito con cara de comadreja...

—¿Uno con bigotillo, con actitud como de humillación y los ojos libidinosos?

—Ese mismo.

—Willy Bescheiden. Valiente y astuto en la pelea, aunque tiene un problemita con el juego. A Willito le gustan demasiado los dados, pero la habilidad que demuestra en El Ancla y el Sol no se corresponde con su entusiasmo. Tiene línea directa con la Liga,

así que casi siempre está incluso mejor informado que yo de lo que sucede en Marienburgo. Sin embargo, esa línea directa tiene a Willy agarrado por el bolsillo. Huelga decir a quién se ha vendido para salvar el pellejo, y ya no digamos quién se beneficia de ello.

—¿Dónde está ahora?

—Arriba, vigilando que Gerta la Charlatana no se marche hasta que hayas tenido la oportunidad de hablar con ella.

—Por lo menos está haciendo algo útil —señaló Kurt, paseando la mirada por el grueso de la fuerza de su nueva comisaría—. ¿Es mi imaginación o hemos recibido la peor colección de matones, borrachos y cobardes de la ciudad?

Jan sonrió.

—Me parece que lo has resumido perfectamente. Hay un par de diamantes en bruto entre esta pandilla, pero la mayoría te clavarán un puñal por la espalda a la mínima oportunidad.

—Encantador. —Kurt advirtió que el día ya declinaba en el exterior de la comisaría—. Está empezando a anochecer. ¿Quieres empezar las patrullas esta noche o esperamos a mañana por la mañana?

—Ya que estamos, podríamos empezar hoy —sugirió su sargento.

—Me parece bien. Reúne a los hombres.

Jan saludó escuetamente y luego bramó a los guardias que formaran en dos filas en el centro de la sala. Holismus y Scheusal ya habían terminado de trasladar los cerdos y se unieron al grupo. Bescheiden fue el último en aparecer precipitadamente por la escalera oriental y se abrió un hueco en la primera fila.

—La he dejado hablando con Molly a través de la pared —dijo a modo de explicación, apuntando al techo con el pulgar—. Creo que están intercambiándose batallitas sobre hombres.

Kurt aguardó a que el silencio fuera absoluto antes de hablar.

—En primer lugar, quiero agradecerles a todos su ayuda en la recuperación de este edificio para sus fines legítimos. Si bien todavía no hemos tomado posesión de él por completo, podemos decir que los Gorras Negras vuelven a estar presentes en el Puente de los Tres Céntimos. Hace escasas horas les prometí que antes de que acabara el día esto sería de nuevo una comisaría de la guardia de vigilancia. Algunos de ustedes se rieron, hubo incluso quien se burló de mí. Sin embargo, he demostrado que tenía razón. Tomen esto como una lección si quieren: cuando digo que quiero algo, es que lo quiero, y cuando quiero algo, lo digo. Nunca les prometeré algo que no tenga intención de cumplir, y nunca les pediré algo que no haría yo mismo. Ahora, ya han oído suficientes discursos por hoy. El sargento Woxholt repartirá las asignaciones para los próximos días. Si alguno de ustedes quiere quejarse de los turnos, que lo discuta con él. Si alguno quiere quejarse del sargento Woxholt, mala suerte. El

sargento Woxholt es el mejor sargento de la guardia de vigilancia y somos afortunados de contar con él. ¿Sargento?

Jan dio un paso al frente. Una sonrisa irónica destacaba en su rostro preocupado.

—Cuando diga su nombre den un paso al frente y respondan alto y claro: «¡Sí, sargento!». ¿Entendido?

Algunos agentes mascullaron una respuesta ininteligible.

—¿He preguntado si lo han entendido? —insistió Jan, alzando el volumen de su voz.

—¡Sí, sargento! —bramaron los hombres al unísono.

—Así está mejor. Ahora, pasemos a los nombres. ¡Scheusal, Bescheiden y Verletzung! —El trío respondió a la llamada—. Harán el turno vespertino hasta que termine el Geheimnistag. Después evaluaré el trabajo en equipo de cada grupo y haré cambios en sus miembros si lo considero necesario. Tómense esto como un período de prueba, una oportunidad de demostrarme su valía. —Bescheiden alzó dócilmente una mano—. ¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Yo estaba asignado al turno diurno en mi comisaría anterior... —empezó a decir, hasta que la mirada del sargento lo cortó en seco.

—Ahora trabajaré en el turno vespertino, que empieza una hora antes de que se ponga el sol todos los días y acaba cuando el turno nocturno lo releve. ¿Scheusal?

—¿Sí, sargento? —respondió sorprendido el grandullón.

—Estará al mando del turno vespertino hasta nueva orden. Bescheiden y Verletzung responderán ante usted, usted responderá ante mí y yo, ante el capitán. Ésa será nuestra cadena de mando. ¿Queda claro? —Scheusal asintió—. Pueden regresar a la fila.

Cuando el turno vespertino se había reincorporado a la formación, sonaron otros tres nombres. Holismus, Raufbold y Narbig dieron un paso al frente obedeciendo la voz seca del sargento.

—Ustedes harán el turno nocturno. —Raufbold refunfuñó inmediatamente, pero un gruñido despectivo de Woxholt dejó mudo al vanidoso agente—. Tomarán el relevo del turno vespertino a medianoche y permanecerán de servicio hasta que el turno diurno los releve una hora antes del amanecer cada mañana. Holismus, usted estará al mando del turno nocturno.

Raufbold resopló con sorna al oír el nombramiento, pero ya había aprendido a mantener la boca cerrada.

Jan ordenó que el turno nocturno regresara a la fila y luego gritó los nombres de Mutig y Faulheit.

—Ustedes dos harán el turno diurno junto con otra agente, Belladonna Speer. Yo estaré al mando de este turno, ya que es el más largo y seguramente el que sufrirá el mayor ajeteo. No cometan ningún error. Las exigencias en esta comisaría los llevarán

hasta los límites de sus capacidades y más allá. Todo aquel que espere que su servicio como Gorra Negra en el Puente de los Tres Céntimos sea un paseo es un idiota y un bobo. Hay mucha gente que no nos quiere aquí y unos cuantos han decidido echarnos. Ése es su propósito. El nuestro es permanecer aquí. ¿Alguna pregunta?

Bescheiden hizo el ademán de levantar la mano, pero cambió de opinión, sin duda con el recuerdo presente de la reprimenda que se había llevado con la pregunta anterior.

—Muy bien. El grupo del turno vespertino que venga a verme después. Los del turno diurno pueden irse a casa, y espero verles mañana antes del amanecer. En cuanto al turno nocturno, en el piso de arriba hay catres repartidos por todas las habitaciones. Formen una cuadrilla y coloquen cuatro en un dormitorio. Pueden dormir allí hasta que empiece su turno. ¡Rompan filas!

El grupo se escindió en los tres grupos recién creados para los distintos turnos y los agentes se presentaron unos a otros e intercambiaron impresiones sobre la situación. Jan miró al capitán en busca de su aprobación.

—¿Contento?

Kurt asintió.

—Un buen inicio. —Paseó la mirada por los rostros expectantes del turno vespertino que merodeaba cerca de él—. Me parece que te esperan.

—Déjales que esperen un minuto más. En eso consiste buena parte de nuestro trabajo, esperar a que suceda algo malo, esperar un atraco o un asesinato, esperar a que un borracho regrese a su casa tambaleándose desde el puerto o la taberna y la empresa a golpes con su familia.

—Dudo que tengamos que esperar hasta la hora de cierre para que nos llegue el primer caso —afirmó Kurt—. Por cierto, será mejor que hable con Gerta la Charlatana antes de que se canse de las dotes para la conversación de Molly.

* * *

En cuanto el capitán desapareció en el piso superior, una brigada de elfos con el semblante implacable irrumpió en la comisaria, todos armados con espada, arco y flechas. El cabecilla exhibía una larga cabellera rubia que le caía por detrás de los hombros; sus ojos eran penetrantes y la boca severa. Ordenó a sus hermanos que se detuvieran con un simple gesto y los elfos se cuadraron con precisión marcial. Jan y los guardias de vigilancia enmudecieron, atónitos ante la repentina visita, e intercambiaron miradas de desconcierto. Raramente se avistaban elfos fuera de su distrito, y sin duda nunca habían sido vistos en Suiddock, por no hablar ya del Puente de los Tres Céntimos. De modo que el hecho de que aparecieran de aquella manera,

armados para el combate y una agresividad asesina a flor de piel, no presagiaba nada bueno.

El líder de los elfos puso los brazos en jarras, frunció el ceño y olisqueó desdeñosamente con su delicada nariz el aire viciado de la comisaría.

—¿Quién está al mando de este tugurio? —preguntó.

Todos miraron a Jan, que suspiró y dio un paso al frente.

—Nuestro capitán está arriba, hablando con la testigo de un importante crimen. Hasta que regrese yo estoy al mando.

—¿Cómo se llama?

Jan se cruzó de brazos.

—Puede llamarme sargento Woxholt. ¿Cómo le llaman a usted los humanos?

—Puede llamarme Tyramin Silvermoon. He venido a reclamar el cuerpo de mi hermano Arullen.

Jan inclinó la cabeza en señal de condolencia.

—Lamentamos su pérdida, Tyramin Silvermoon, hermano de Arullen. Pero el cuerpo no se encuentra aquí.

El ceño fruncido de Silvermoon se arrugó aún más y su mano derecha se deslizó hacia la empuñadura de la espada.

—Me dijeron que mi hermano fue encontrado a no más de doscientos pasos de este lugar. ¿Acaso no son ustedes los garantes de la ley, los encargados de que se aplique la justicia en esta parte de la ciudad?

—Lo somos, pero esta comisaría en la que estamos ahora era hasta hace unas horas un centro de vicio y perversión, no el lugar apropiado para un cadáver, y mucho menos para un hijo de la casa de los Silvermoon.

El elfo paseó la mirada por la antigua taberna sin perder el constante brillo de repugnancia de los ojos.

—Veo que dice la verdad, sargento Woxholt. Le creo, aunque la compañía que lo rodea y el lugar que lo alberga no son dignos de confianza.

Jan inclinó levemente la cabeza como agradecimiento al cumplido, a pesar de su mordacidad. Entretanto, la cabeza le bullía. La casa de los Silvermoon se encontraba entre los clanes élficos más poderosos e importantes. El hecho de que uno de sus hijos hubiera muerto allí suponía una auténtica calamidad para la ciudad. Si el culpable o los culpables no eran atrapados, y pronto, las consecuencias podrían ser desastrosas para cualquiera que se viera envuelto en el caso. Debía hacer lo imposible para calmar al hermano del elfo fallecido; de lo contrario sólo conseguiría crear más problemas a la comisaría en los días venideros. Jan hincó una rodilla en el suelo e hizo una venia.

—Podrá encontrar el cuerpo de su hermano en el templo de Morr, no muy lejos de aquí. Cuando lo desee, lo conduciré hasta él personalmente para asegurarme de que se le devuelve el cuerpo de Arullen sin demora alguna.

Silvermoon asintió complacido.

—Nos llevará ahora, sargento \Woxholt. Nuestros padres y el resto de las familias élficas están llorando la pérdida de mi hermano. Cuanto antes lo lleve de vuelta a la residencia de nuestro padre, mejor.

—Por supuesto —convino Jan—. Concédame un momento para organizar a mis hombres.

—Mis hermanos y yo estaremos esperando fuera, en el puente, donde el aire se ajusta mejor a nuestras preferencias.

Silvermoon condujo su brigada fuera de la comisaría, dejando sin palabras al atónito sargento.

Cuando desaparecieron, Jan maldijo entre dientes y se puso en pie.

—Bescheiden, quiero que vaya corriendo al templo de Morr en Stoessel. El sacerdote se llama Otto; dígame que voy a llevar una tropa de elfos furiosos para recoger el cuerpo. Puedo dar un rodeo por calles residenciales y retrasarlos un par de minutos, pero no más o se darán cuenta de que estoy entreteniéndolos. Otto tiene que dejar el cuerpo listo para entregárselo. Si ha extraído alguna prueba del cadáver que la esconda antes de que yo llegue con los elfos.

—¡Sí, sargento! —el diminuto Bescheiden enfiló hacia la puerta principal.

—¡No, idiota! —musitó Jan—. Si Silvermoon le ve saliendo por ahí, sospechará nuestras intenciones al instante. Tendrá que trepar por la ventana rota y caminar sigilosamente por el filo hasta el templo abandonado de al lado.

Bescheiden hizo lo que le habían ordenado sin dejar de refunfuñar y farfullar que no era una cabra de monte.

Jan echó un vistazo a los demás tratando de decidir quién merecía su confianza.

—Mutig, suba y cuénteles al capitán lo que sucede. Será mejor que de momento no se encuentre con los elfos; de ese modo seguirá con las manos limpias en este asunto. ¡Venga!

Mutig salió disparado hacia la escalera y subió los, escalones de dos en dos.

—Los demás ya conocen sus cometidos. Faulheit, puede irse a casa. Scheusal, lo dejo al mando hasta que regrese del templo. Los del turno de noche suban a preparar el dormitorio, y no confraternicen con Molly y sus chicas. Todo aquel al que pille visitándolas pasará una semana en el sótano barriendo el suelo durante la pleamar.

SIETE

Otto oraba junto al cuerpo de Arullen Silvermoon mientras Belladonna observaba con impaciencia desde el otro lado de la mesa de piedra.

—Oh, todopoderoso Morr, señor de los sueños, protector de los muertos, vela por esta alma y mantenla a salvo para que conserve la felicidad hasta que halle el sendero que la guiará hasta la vida que a todos nos aguarda más allá.

Belladonna asintió con la cabeza e hizo el ademán de desnudar el cadáver, pero Otto hizo una pausa en su invocación para detenerla. Luego prosiguió.

—Otorga la misma consideración a este elfo que nos otorgarías a cualquiera de nosotros. Concédele todo tu favor y tu sabiduría, que no luche contra la luz que agoniza y que acepte de buen grado el camino de la muerte y del más allá. Permite que los presentes inclinen sus cabezas y recen en silencio por el día que todos nosotros conozcamos tu gloria y durmamos el sueño eterno en el reino de los sueños y la muerte.

El sacerdote pelón miró fijamente a Belladonna, enfrente de él, hasta que la joven se adhirió a la plegaria, dejando caer la cabeza y murmurando unas palabras. Satisfecho, Otto continuó con sus oraciones.

—La verdad se ha revelado, y volverás junto a nosotros el día final. Oh, maravilloso Morr, y nos mostrarás...

—¡Venga! ¡Descanse! —protestó Belladonna—. Se ha pasado casi toda la tarde entonando una elegía por el elfo muerto, Otto. Ya basta. Además, los elfos tienen sus propios dioses. ¿De qué sirve implorar a Morr por nuestro amigo muerto?

—Es mi naturaleza, la naturaleza de mis semejantes. Es más, sé algo sobre los ritos funerarios de los elfos y mis oraciones no le harán ningún daño, incluso puede que sean beneficiosas.

Belladonna puso los ojos en blanco.

—He estudiado con uno de sus hermanos y él podía acabar estos rituales funerarios en el tiempo que le llevó a usted terminar el primer sacramento.

—Las prisas son una indecencia en todo lo relacionado con Morr —masculló el sacerdote—. Además, se sabe que las almas que han sido arrancadas injustamente de sus cuerpos mortales antes de tiempo regresan buscando justicia por los males que han padecido. Dadas las circunstancias, pensé que...

—Pensó que Morr guiaría el espíritu de este elfo de regreso a su cuerpo y así podríamos hacerle algunas preguntas —lo interrumpió la joven, rodeando la mesa de piedra para acercarse al sacerdote. Escudriñó el rostro marchito del elfo—. Lo siento, Otto, pero parece que no hay nadie en casa. ¿Así que va a dejarme examinar correctamente su ropa o me vuelvo a la comisaría y me pongo a hacer algo útil?

—No toque el cuerpo. Si no, tendré que empezar desde el principio...

Belladonna hizo un gesto para que se callara.

—No volvamos a empezar. Confíe en mí, no tocaré su preciado cadáver. Los muertos y los moribundos son su especialidad. Yo busco las pruebas de los vivos.

Otto se echó a un lado a regañadientes, pero no abandonó la capilla lateral en la que se encontraban y vigiló cada uno de los movimientos con los que Belladonna apartaba e inspeccionaba concienzudamente las prendas hechas jirones del elfo, examinando los forros y los pliegues en busca de cualquier pista sobre la identidad del asesino. Le tiritaban las manos a causa del frío que hacía en la cámara de piedra, iluminada únicamente por una fila de velas alojadas en unos cilindros metálicos suspendidos de las paredes. No había una sola ventana que comunicara con el mundo exterior y ni un rayo de sol penetraba bajo la maciza puerta de madera que comunicaba la capilla lateral con el resto del templo.

—¿Es necesario que haga el mismo frío aquí que en una tumba? —preguntó Belladonna, y se templó las manos y los dedos con una bocanada de su cálido aliento.

—Acabas acostumbrándote —respondió Otto—. Mantenemos los cuerpos aquí durante tres días hasta que son trasladados al lugar que les aguarda para su descanso definitivo. Muchas veces los amigos y los familiares tienen que recorrer muchos kilómetros para ver a sus seres queridos. Todos los templos de Morr están diseñados para que la temperatura en su interior sea lo más baja posible, de manera que los cuerpos se conserven y se reduzca al mínimo el hedor de su putrefacción. Por ese motivo los templos se levantan en las zonas penumbrosas, alejados de la luz directa del sol.

—Ahora me acuerdo. Ésa era una de las razones por las que dejé de acudir al templo, simplemente pasaba mucho frío. —Belladonna hizo una pausa mientras desabotonaba la túnica verde oscuro del elfo. Un solitario pelo había quedado atrapado en la sangre reseca detrás del botón. Con manos diestras recuperó el pelo y lo acercó a la vela más próxima para examinar su hallazgo a la luz de la llama—. Es humano. Y es de alguien que empieza a encanecer. El pelo fue cortado de un modo rudimentario, probablemente el propietario del cabello se lo cortó a sí mismo. Sin embargo no se ve la raíz en el otro extremo, lo que sugiere que es más probable que se cayera y no que fuera arrancado. La persona que mató a nuestra víctima rondará los cuarenta años y empieza a perder el pelo... Casi con toda seguridad, un hombre.

—¿Cómo puede deducir todo eso de un simple pelo? —preguntó Otto con

incredulidad.

Belladonna regresó al cuerpo y señaló dos manchas de sangre en la prenda del muerto.

—Sufrió dos ataques. Las manchas de sangre cambian de color a medida que se secan. Las heridas del estómago fueron las primeras. La sangre es más oscura, como lo era donde encontré el pelo. Todas las otras heridas fueron causadas después, como mínimo una hora más tarde. Las manchas del segundo ataque son mucho más claras. —Señaló las zonas oscurecidas en el cuello de la túnica, justo debajo del corte que le había rebanado la garganta—. ¿Lo ve?

Otto se inclinó y observó detenidamente la tela.

—Hay otro pelo incrustado en el tejido... pero es mucho más largo que el que ha encontrado usted.

Se apartó para que Belladonna lo viera, pero antes de que la joven pudiera acercarse lo suficiente para examinarlo, el ruido de un puño aporreando una puerta de madera retumbó por todo el templo.

—¿Hay alguien ahí dentro? —gritó un voz nasal desde el exterior—. ¡Soy Willy Bescheiden, de la comisaría del Puente de los Tres Céntimos! ¡Me envía el sargento Woxholt!

Belladonna se apartó del sacerdote y extrajo una daga de la funda que escondía bajo la capa.

—Voy con usted. Por lo que sabemos, Bescheiden podría estar involucrado en el asesinato del elfo.

—Lo dudo —replicó Otto—. Conozco a ese hombre y tiene el valor de un vendedor de salchichas.

El sacerdote salió con paso firme de la capilla lateral seguido de Belladonna y enfiló hacia la entrada principal del templo. Abrió un pequeño postigo en la enorme puerta de madera y se asomó al exterior, donde vislumbró la coronilla de Bescheiden con el pelo grasiento serpenteando por la incipiente calva.

—¿Qué desea?

—¡Los elfos están de camino para llevarse el cuerpo! El sargento los trae desde la comisaría dando un pequeño rodeo, pero me ha enviado para que le avise. Llegarán en cualquier... —La voz de Bescheiden cesó de golpe.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —susurró Otto.

—¡Ya llegan! ¡Tengo que irme!

Bescheiden se escabulló. El sonido de sus pisadas fue apagándose en la distancia y lo sustituyó el ruido acompasado de las zancadas de un grupo que se aproximaba. Otto cerró el postigo y frunció el ceño mientras cavilaba.

—Regrese junto al cuerpo y vístalo —apremió a Belladonna segundos después—. Si los elfos sospechan que ha estado toqueteándolo, tendremos problemas sin cuento.

—Pero no lo he tocado —protestó la joven.

—Ha estado en contacto físico con un elfo muerto. Eso no es algo que suceda a menudo y mucho menos tratándose de una humana. En lo que a mí respecta, su mera presencia aquí ya es una afrenta a la dignidad del elfo.

—Encantador —replicó Belladonna—. Estoy intentando determinar qué o quién mató a esa pobre alma y ellos van a encontrar una manera de culparme del ultraje de su cadáver.

—Son muchos los caminos que conducen a la muerte, Belladonna Speer. No permita que el suyo empiece aquí —le advirtió Otto.

—De acuerdo, lo dejaré exactamente igual que como lo encontramos —dijo Belladonna—. Pero no voy a esconderme cuando entren en la capilla. Soy un miembro de la guardia y tengo un motivo legítimo para estar aquí.

Regresó rápidamente junto al cadáver mientras Otto prestaba atención al sonido de los pasos de los elfos que se acercaban. Instantes después, las fuertes pisadas cesaron en el exterior del templo y un puño golpeó con dureza las puertas de madera.

* * *

—Los dos sabemos que no le robó la bolsa a un elfo. Nadie la cree, ni siquiera usted misma —insistió Kurt—. En cambio, sí vio algo relacionado con un elfo que encontraron muerto esta mañana, ¿verdad? De modo que, una de dos, o presencié cómo lo mataban, o cómo lo arrojaban a las escaleras que hay entre el edificio del Gremio de Estibadores y Operarios Portuarios y el del Club de Caballeros de Marienburgo.

Gerta Gestehen le sacó la lengua.

Kurt se arremangó la guerrera. Llevaba más de una hora encerrado en aquella habitación con la confesante más reincidente de la ciudad y todavía no le había sacado una palabra. Gerta estaba sentada junto a la ventana, contemplando el Puente de los Tres Céntimos, que se extendía debajo. Los faroleros andaban metidos en faena suministrando la exigua iluminación para las personas que demostraban el arrojo o la estupidez necesarios para atravesar tras la puesta del sol el famoso arco adoquinado. Un comerciante exhausto arrastraba un tenderete ambulante de madera, de regreso a casa tras un largo día vendiendo su género en una zona más próspera de Suiddock. Los adoquines eran una superficie implacable y exigían un sobreesfuerzo para hacer avanzar el carro, sobre todo si continuaba lleno del pesado cargamento tras un mal día de ventas. El aroma de la comida que llegaría a la mesa de la cena se colaba por la ventana abierta: estofado y salchichas, pan agrio y col hervida, con pimentón y granos de pimienta. El revoloteo de las sempiternas gaviotas ya no se distinguía en el cielo

oscuro, pero sus graznidos seguían rasgando el aire y crispando los nervios de Kurt. En competencia directa con los chillidos de las aves se encontraban los silbidos de Molly y sus chicas, que ofrecían un buen rato —y a buen precio— a todo macho que cruzaba el puente. «Cuanto antes les encontremos otra casa, mejor», pensó Kurt, antes de obligarse a centrarse en el asunto que tenía entre manos.

—¿Y bien? ¿Presenció el asesinato o no?

—No tiene ningún derecho a retenerme aquí —respondió la mujer, rompiendo por fin su silencio.

—¡Pero si sabe hablar! —exclamó Kurt, exultante.

—No he hecho nada malo —insistió Gerta.

—Creía que era la mejor carterista de todo Suiddock.

—Quizá me equivoqué.

—Quizá, pero cuando me abordó en la calle me contó cosas que sólo el asesino o un testigo podía saber. Me dijo que el elfo tenía una túnica de un oscuro color verde, y que su piel era como de porcelana.

—Una coincidencia.

—Me dijo que le había oído murmurar algo.

—Le mentí —soltó haciéndole mohines—. Ya está. ¿Contento? ¿Puedo irme ya?

—Se levantó de la silla, pero Kurt la empujó para devolverla al asiento, lo que no fue una tarea sencilla dadas las dimensiones de la mujer.

—No. No puede marcharse. Aunque no haya presenciado el asesinato, aunque no sepa qué aspecto tenían quienes arrojaron el cuerpo, todavía oyó las últimas palabras del elfo. Lo que dijo podría ser una pista vital, la clave para encontrar a sus asesinos. ¡Necesito saber qué dijo y usted no se marchará de aquí hasta que lo sepa!

Gerta se cruzó de brazos y sus facciones rechonchas se arrugaron.

—¿Y bien? —insistió Kurt.

—Diente y garra.

—¿Cómo?

—Fue lo que dijo... Diente y garra.

Kurt meditó aquellas enigmáticas palabras.

—¿Las había oído alguna vez?

—No exactamente —contestó Gerta.

—¿Eso significa que nunca las había oído o que sí?

—Yo personalmente no las había oído, pero conozco a un hombre que sí. También estaba allí. Me vendió esto. —Gerta rebuscó en el profundo valle que se formaba entre sus senos y extrajo un diminuto broche de plata y jade, delicadamente trabajado con materiales y gemas de la mejor calidad—. Me costó un dineral, se lo aseguro. No se consigue una pieza así todos los días. Tengo la intención de ponérmelo la noche que me reúna con mi Engelbert.

Kurt le arrebató el broche de sus dedos rollizos y lo examinó detenidamente sin hacer caso de sus berridos de protesta. El centro del broche albergaba el fragmento de una piedra preciosa de un pálido color verde que no pudo identificar. A diferencia de la mayoría de las joyas, no estaba tallada ni pulida, lo que podía hacerla pasar por la vulgar esquirra de una piedra. Sin embargo, cuando Kurt le dio la vuelta entre sus dedos, en el interior del fragmento de gema destelló fugazmente una luz que atrajo su mirada como si la piedra estuviera llamándolo, y sintió un movimiento en su interior, como si un poder invisible estuviera reclamándolo. Kurt arrancó la mirada del broche y apuntó a su prisionera con el dedo.

—El motivo por el que no ve una pieza así todos los días, Gerta, es porque parece hecha por elfos y para elfos. Nunca ve piezas como ésta, sin duda porque no se venden en las calles de Suiddock. ¿Quién le vendió esto y cuánto pagó por ello?

Gerta respondió un número de cuatro cifras. Kurt dio un resoplido de incredulidad y deslizó el broche en un bolsillo de la guerrera para ponerlo a buen resguardo. Gerta borró rápidamente un cero de la derecha del número; y otro cero a continuación.

—¿Compró un broche de un valor incalculable por veintisiete florines? —preguntó con un gruñido—. ¿No le pareció asombroso?

—Supongo que era una especie de ganga, pero el Dedos dijo que necesitaba juntar algo de metálico enseguida para... —Gerta se tapó la boca con la mano para evitar seguir hablando.

—Entonces el Dedos le vendió esto, ¿no? ¿El Dedos qué? ¿Cuál es su apellido?

Gerta se encogió de hombros.

—No importa si no me lo dice —le advirtió Kurt—. El sargento Woxholt no tardará en regresar y él conoce los nombres y los apodos de los ladrones, los borrachos y los mentirosos de todo Marienburgo. Sin embargo, si me lo dice ahora será mejor para usted. ¿Y bien?

—Blake. Su nombre es Dedos Blake.

Kurt esbozó una sonrisa.

—Eso está mejor. ¿Y dónde puedo encontrar a este tal Dedos Blake?

—Eso no voy a decírselo. Ni siquiera su sargento conocerá todos los escondrijos de Blake. Arrésteme por obstrucción a la justicia si quiere, pero nunca se lo diré.

—De acuerdo, queda arrestada —aseveró Kurt.

—¿En serio? —La alegría se esparció por el rostro de Gerta como los rayos de sol tras una tormenta eléctrica—. ¿Eso significa que... me enviarán a la isla de Rijker?

—No.

—¿No?

—Al menos de momento. Está ocultando una información que es vital para la investigación de un asesinato, de modo que la retendré aquí hasta que obtenga

algunas respuestas. Si la envío a la isla de Rijker, no conseguiré nada, y si le permito que se vaya a casa, los asesinos podrían decidir hacerle callar para siempre. Lo más seguro es retenerla en la comisaría bajo nuestra protección mientras se desarrolla la investigación.

—Pero ¿qué se supone que voy a hacer aquí? —protestó Gerta.

—¿Sabe cocinar?

—¡Por supuesto!

—Perfecto. Necesitamos una cocinera. Los hombres saldrán de sus turnos hambrientos y exhaustos. Por la presente, la condeno a siete días de trabajos forzados en la cocina de la comisaría de los Tres Céntimos.

Gerta parecía perpleja.

—Este lugar era una taberna por la mañana. ¿Hay un horno por lo menos?

Kurt se encogió de hombros.

—Todavía no he revisado todas las habitaciones, ¿cómo voy a saberlo? Quédese aquí. Enviaré a alguien a buscarla cuando lo averigüe. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo junto a la puerta—. Sé que esto no era lo que quería, pero probablemente la comisaría es el lugar más seguro para usted en estos momentos. —Se volvió a la mujer—. ¿Trato hecho?

—¿Tengo elección?

—No exactamente, pero creí que sería más fácil que intentar convencerla. Según había oído, Gerta Gestehen podía ser una mujer extremadamente tozuda.

—Está bien. Me quedo. Con la condición de que me envíe a Rijker cuando atrape al asesino.

Kurt sonrió.

—Veré lo que encuentro por ahí.

—¿Me devuelve el broche?

—No. Es una prueba.

* * *

Cuando Belladonna regresó a la capilla lateral, se topó con una presencia fantasmagórica flotando sobre el cadáver del elfo que descansaba sobre la mesa de piedra. El translúcido espectro se volvió hacia ella cuando cruzó la puerta y la Gorra Negra se detuvo en seco. «¡Por la dulce Shallya...! ¡Otto tenía razón!», exclamó, y fascinada por la inesperada aparición, se acercó al cadáver.

—¿Puedes oírme? ¿Puedes hablar? ¿Cómo te llamas?

La boca del fantasma se movió con una lentitud desesperante.

—Moon... —susurró—. SSSilver... moon.

—¿Te llamas Silvermoon? —preguntó Belladonna con dulzura.

—SSSí...

—¿Quién te mató?

—Dieeente... y... gaaarra...

—Y una hoja. Alguien te apuñaló con una hoja.

—SSSí...

—¿Quién te ha hecho esto?

—Gaaarra... Dieeente y gaaarra...

—Eso lo entiendo. Alguien utilizó los dientes y las garras para matarte —dijo Belladonna en voz baja y tranquilizadora—. Pero necesitamos saber quién te ha hecho esto para evitar que siga haciendo daño.

—Deteneedlosss...

—Sí, queremos detenerlos.

Belladonna advirtió gritos y voces altisonantes en el interior del templo. Otto había entretenido a los elfos cuanto había podido, pero ya estaban dentro. No disponía más que de unos segundos hasta que penetraran en la capilla lateral. Quién sabía lo que podía ocurrir si la descubrían interrogando al fantasma de su hermano fallecido.

—Descansa. Los detendremos, te lo prometo.

—Debéis deteneerlos...

—Te lo prometo —insistió Belladonna.

Las fuertes pisadas de los elfos aproximándose ya sonaban desde el pasillo que conducía a la capilla y el fantasma se desvaneció ante los ojos de Belladonna.

—Descansa en paz, Silvermoon. Descan...

Tyramin Silvermoon apartó al sacerdote y se abrió paso hasta el interior de la capilla lateral, donde encontró el cuerpo de su querido hermano pequeño acostado plácidamente sobre una mesa de piedra y con una expresión de reposo en el rostro. Una figura cubierta por una capucha y una capa estaba arrodillada en un extremo de la mesa con la cabeza respetuosamente inclinada y susurrando una oración por el alma del fallecido.

—¿Quién es ésa? —preguntó Tyramin, cuyo recelo se había acentuado con las tácticas de demora del siervo de Morr.

—Una Gorra Negra del Puente de los Tres Céntimos. Colaboró en el traslado del cuerpo de su hermano al templo para preservar su dignidad hasta que la familia viniera a reclamarlo. Ha custodiado el cadáver durante horas sin descanso ni tregua, y no ha permitido que nadie excepto yo se acercara a él.

Tyramin dejó caer la mano hacia la empuñadura de su espada, con un movimiento lo suficientemente ostensible como para que al sacerdote no le quedaran dudas sobre sus intenciones.

—¿Me jura que nadie más ha tocado el cuerpo de mi hermano?

Otto miró directamente a los ojos del encrespado elfo.

—Juro por mi alma y mi fe en Morr que todo lo que le he dicho es verdad. Sé la importancia que ustedes otorgan a la conservación de los restos mortales hasta que pueden ser transportados a su lugar de descanso final. He realizado rituales de purga y purificación, como ustedes tienen por costumbre en circunstancias como las actuales.

—El sacerdote hizo una reverencia y se hizo a un lado—. Vamos, Belladonna, demos intimidad a los hermanos.

Tyramin contempló a los dos humanos mientras abandonaban la cámara y luego ordenó a sus hombres que se apostaran en el otro lado de la puerta. Sólo cuando la capilla lateral quedó vacía se acercó al cadáver de su hermano. Cerró los ojos y dejó que los pensamientos y las emociones emanaran de su cuerpo para contactar con el espíritu de Arullen. Todo estaba como el sacerdote le había asegurado y el proceso de purga y purificación había sido completado, así que el cuerpo estaba listo para el traslado a Sith Rionnasänamishathir. En cierto modo, Tyramin estaba decepcionado. Hubiera deseado que quedara algo pendiente, alguien en quien descargar su cólera por el absurdo asesinato de su hermano, pero debería reservar aquella ira y aquella furia, convivir con el fuego de aquella cólera que ardía en su interior hasta el día que pudiera desatarlos contra el asesino de Arullen. De momento tendría que centrarse en los ritos funerarios, debería...

—Dieeente... y gaaarra...

Las palabras sonaron más como un eco en la gélida y sombría cámara que como si hubieran brotado directamente de una boca. Tyramin abrió completamente los ojos con la loca esperanza de ver que, de algún modo, su hermano pequeño seguía vivo. Pero el cuerpo de Arullen continuaba frío y sin vida, y la carne desgarrada y los huesos quebrados sólo eran una reliquia del espíritu que habían albergado en el pasado. Las palabras volvieron a sonar como un susurro en la cabeza de Tyramin. «Dieeente... y gaaarra...». Tyramin se permitió una sonrisa, consciente de que no volvería a sonreír en mucho, muchísimo tiempo. Aquellas tres sencillas palabras le decían todo lo que necesitaba para saber quiénes habían matado a Arullen. «Gracias, hermano. Gracias por indicarme el camino».

Ordenó a sus hermanos que se introdujeran en la capilla lateral y prepararan una camilla para transportar a Amllen a Sith Rionnasänamishathir, de regreso al lugar de descanso de sus ancestros, para que el más joven de los Silvermoon se reuniera con ellos en la vida que había más allá de ésta, en el mundo que había más allá de éste. Mientras la brigada cumplía con su cometido, Tyramin salió de la capilla y encontró al sacerdote hablando con la Gorra Negra.

—Gracias por respetar nuestros métodos y nuestros ritos. Desconocía que hubiera alguien fuera de las fronteras élficas que supiera celebrar nuestra liturgia. Y a usted le

agradezco que estuviera presente durante la ceremonia celebrada en memoria de mi hermano. Si alguno de ustedes o alguien a quien tengan en gran estima necesita alguna vez mi ayuda, acudan a las puertas de Sith Rionnasānamishathir y pregunten por mí. La casa de los Silvermoon está en deuda con ustedes.

El sacerdote inclinó la cabeza reconociendo el honor y el privilegio que acababa de concederle.

Para sorpresa de Tyramin, la Gorra Negra se alzó la capucha y le habló.

—Yo formo parte del equipo encargado de que la justicia recaiga sobre los asesinos de su hermano. Si me permite el atrevimiento, ¿cómo se llamaba?

—Arullen —respondió el elfo con emoción—. Se llamaba Arullen Silvermoon.

—Gracias. —Belladonna se cubrió de nuevo con la capucha e inclinó respetuosamente la cabeza.

Tyramin regresó a la capilla para supervisar los trabajos de su brigada, una vez más sorprendido por la amabilidad que les habían dispensado a él y a su hermano los humanos que aguardaban en el exterior. En su limitada experiencia, los hombres habían sido groseros, criaturas alcoholizadas más problemáticas que otra cosa. Quizá se había equivocado. Aun así, todavía no confiaba lo suficiente en ellos como para mencionarles que otros tres elfos continuaban desaparecidos. Todos habían sido amigos de Arullen y se les había visto alejarse juntos del distrito élfico. Tyramin no tenía ninguna duda de que también estaban muertos, y menos aún de quién los había matado. Un viejo enemigo volvía a asomar su repugnante cabeza a la ciudad, y esa aparición no presagiaba nada bueno para los habitantes de Marienburgo.



Belladonna relató al sargento Woxholt su encuentro con el espíritu del elfo muerto mientras regresaban al Puente de los Tres Céntimos. Hacía rato que sol se había puesto y Woxholt portaba una antorcha que les alumbraba el camino. Las farolas prendidas para iluminar las calles y los pasajes de Suiddock eran escasas y distantes entre sí, más aún a medida que uno se aproximaba al Puente de los Tres Céntimos.

—No paraba de decir que teníamos que detenerlos —reflexionó Belladonna en voz alta—. En ese momento pensé que simplemente era una muestra de que estaba de acuerdo conmigo cuando le aseguraba que los detendríamos. Pero ahora que lo pienso, quizá intentaba advertirme. Creo que Arullen Silvermoon tuvo más de un asesino.

- ¿Quiere decir un grupo de asesinos?

—No, me refiero a que sufrió varios ataques. Primero le rajaron el estómago, una herida mortal, pero escapó de esa persona. Después fue atacado por alguien o algo más, quizá por un grupo de agresores. El autor del primer ataque fue un hombre... que empieza a perder el pelo, cano, quizá de cuarenta años.

—¿Y del segundo ataque?

Belladonna se encogió de hombros.

—Arullen repetía constantemente una frase: diente y garra. ¿Qué le sugiere?

—Algún tipo de animal salvaje, o una criatura tan feroz que parezca un animal salvaje.

—Los animales suelen cazar en manada.

—Así lo hacen los Somormujos del Pantano —señaló Woxholt—. Y se sabe que una vez penetraron en la ciudad al caer la noche en busca de carne fresca y otros manjares.

—Sin duda la carne de elfo sería considerada un manjar por Koos y sus parientes mutantes. —Belladonna se detuvo en cuanto divisaron la comisaría—. Hay otra pregunta más obvia que todavía no nos hemos hecho: ¿En el nombre de Verena! ¿Qué hacía un elfo de la casa de Silvermoon en Suiddock tras la puesta del sol?

El sargento asintió.

—Yo mismo he estado preguntándome lo mismo. Creo que si lo supiéramos, haríamos un gran progreso en la persecución del asesino... o asesinos de Arullen. —Señaló la comisaría, donde una hilera de muchachas desvestidas en distintos grados descendía del primer piso por una escalera de cuerda—. Parece que el capitán ya ha encontrado un nuevo lugar al que Molly y sus chicas puedan llamar «hogar».

Kurt sujetaba una antorcha y animaba a las mujeres desde el extremo inferior de la escalera. Entretanto, los hombres del turno vespertino y los del nocturno trasladaban las camas de la comisaría al templo abandonado del edificio contiguo.

—Parecía la solución más lógica —explicó Kurt cuando Belladonna y el sargento se reunieron con él—. Nadie más se atreve a poner el pie en el templo porque es donde Joost Holismus se volvió loco hace cinco años. Al parecer, los vecinos creen que el lugar podría estar maldito, pero...

—Pero dijeron lo mismo sobre la comisaría y las chicas de Molly nunca tuvieron ningún problema en ella —afirmó Belladonna terminando la frase del capitán—. Una solución inteligente.

—Ha sido idea mía —aclaró Molly cuando saltó de la escalera y puso los pies en el suelo adoquinado. Se volvió a Kurt—. Ya baja la última chica y todas nuestras cosas están fuera. He quitado la barricada que bloqueaba la puerta por dentro, así que ya no deberían tener ningún problema para poder entrar en la habitación.

—Gracias por su comprensión —respondió Kurt.

—¡Ya ve! —contestó posando la mirada en el templo—. Usted no nos quiere

trabajando en su comisaria y sabe Manann que desde que llegó esta mañana no hemos tenido demasiados clientes. Además, ya le tenía echado yo el ojo a ese templo. Quizá invente mi propia religión... El culto a Molly.

Se alejó a grandes zancadas y se introdujo en el templo advirtiendo a gritos a Raufbold y a Narbig que tuvieran cuidado con la cama que trasportaban.

—¿Saben qué? No me extrañaría nada que creara una iglesia —observó Belladonna con sequedad.

—Perdonen —se disculpó una voz tímida.

La puerta principal de una de las casas fortificadas del otro lado del Puente de los Tres Céntimos permanecía abierta y, junto a ella, una mediana les hacía un gesto para que se acercaran. La mujer iba vestida de negro de los pies a la cabeza y en las manos aferraba una corona.

—Quiero denunciar un asesinato.

Woxholt se inclinó hacia Kurt y le susurró al oído, reprimiendo un bostezo:

—¿Quieres que me encargue yo de esto?

Kurt meneó la cabeza.

—Ve a casa y duerme un poco, viejo amigo. Pareces agotado. Yo puedo ocuparme de este asunto. Además, tienes que estar de vuelta antes del amanecer para supervisar el relevo de turnos.

—Tienes razón —convino el sargento, que esta vez no pudo contener el bostezo—. Te veré por la mañana.

Woxholt hizo un gesto de buenas noches a Belladonna con la cabeza y se alejó arrastrando los pies.

La joven miró a la vecina inquieta.

—¿Por qué no hablo yo con ella? Lo que sea que le preocupe, se sentirá más cómoda hablando con una mujer.

—Eso es cierto, pero si ha presenciado un asesinato...

—Entonces la traeré ante usted —prometió Belladonna, y añadió sonriendo—: No lo puede hacer todo usted, capitán. Debe aprender a delegar las tareas en sus subordinados. Además, así tendrá la oportunidad de echar un vistazo a los demás, ver cómo trabajan, averiguar sus puntos fuertes y los débiles.

—Debería ser capitán usted y no yo —afirmó Kurt con el ceño fruncido.

—No, gracias. Los hombres de la guardia no aceptarían a una mujer como jefe. Además, yo no quiero el puesto. Ya he visto lo que el poder hace con las personas y cómo corrompe a la mayoría de la gente.

—¿Cómo sabe que a mí no me corromperá?

—Leí el informe sobre usted antes de presentarme voluntaria para su comisaría. Sé lo que le ocurrió en Altdorf. Puede que hiciera muchas cosas en el pasado, pero nadie lo acusó de corrupción. Belladonna cruzó el puente en dirección a la mediana y

dejó a Kurt reflexionando sobre la sabiduría de sus palabras.

OCHO

Era cerca de medianoche cuando el primer ciudadano entró en la comisaría y miró a su alrededor admirado por la repentina transformación del edificio. Scheusal, Bescheiden y Verletzung estaban atareados levantando los calabozos en el antiguo salón de la taberna. Scheusal se esforzaba por no perder la paciencia con las continuas protestas de Bescheiden y el silencio adusto de Verletzung. Aun así, de vez en cuando afloraba el temperamento del gigantón bretoniano y cuando el ciudadano irrumpió en la comisaria, acababa de desatarse un torbellino de improperios.

—¡Que Shallya te salve si vuelves a golpearme el pulgar con el martillo! —bramó a Bescheiden con el rostro encendido de furia.

—¿Es culpa mía que pongas el dedo en la trayectoria del martillo? —replicó Bescheiden.

—¿Será culpa mía si te meto el martillo hasta el fondo por un sitio tan oscuro que el boticario necesitará una lámpara para sacártelo?

Scheusal estaba a punto de ejecutar su amenaza cuando Verletzung le dio unos golpecitos en el hombro y señaló la entrada.

—¿Qué pasa ahora?

El ciudadano vaciló cuando la mirada de Scheusal recayó en él, pero consiguió mantener la compostura.

—He oído que este lugar ha reabierto como comisaría.

—Por una vez los rumores son ciertos.

—No estaba seguro. Verá, todavía tienen colgado fuera el letrero de la taberna.

Scheusal suspiró.

—Willy, sube y pregúntale al capitán qué quiere hacer con el letrero de La Esperanza Perdida. Dile que no estamos convencidos de que ese nombre sea la mejor manera de animar a la gente para que acuda aquí con sus problemas.

—¡Enseguida!

Bescheiden lanzó el martillo a Verletzung y subió corriendo la escalera oriental. Scheusal se volvió de nuevo al ciudadano.

—Entonces, quiere denunciar un delito, ¿verdad? —preguntó con su marcado acento bretoniano.

—Eh... Sí. Creo que mi vecina está envuelta en un caso de contrabando.

—¿Y por qué piensa eso?

—¿Cuanta gente conoce que tenga veinte esclavos de Arabia en su casa de dos habitaciones?

—No demasiadas —admitió Scheusal—. ¿Cómo se llama su vecina y dónde vive?

El ciudadano dio un paso atrás y miró con perplejidad al Gorra Negra.

—¿Cree que estoy loco? Eso no voy a decírselo. Sabrá que he sido yo quien la ha denunciado.

—Entonces, ¿por qué ha venido aquí?

—Para que la obliguen a dejar de hacerlo. No entiendo por qué debería tener veinte esclavos cuando yo no tengo ninguno. ¡Es una injusticia, una completa injusticia! —Se cruzó de brazos como si ya hubiera dicho todo lo que necesitaban saber—. ¿Y bien? ¿Qué van a hacer al respecto?

Scheusal frunció la boca.

—Lo investigaremos con carácter de urgencia. Entretanto, le sugiero que tome buena nota de todas las entradas y salidas que observe en la propiedad de esa mujer, día y noche. Es la mejor forma de controlar los movimientos de esos... esclavos.

—Pero yo no sé leer ni escribir —reconoció el ciudadano.

—¿Sabe dibujar?

—Un poco... ¿Por qué?

—Quiero que me haga un dibujo de todos los esclavos que pasen por casa de su vecina. Así podremos rastrearlos. ¿Me hará ese favor?

—Supongo —respondió el ciudadano sin demasiado convencimiento.

—Ya hemos recibido varias denuncias sobre tráfico de esclavos. Es posible que se ofrezca una recompensa a quien aporte alguna información que represente un gran adelanto en la investigación de este terrible delito.

—¿Una recompensa?

Scheusal se dio unos golpecitos en su protuberante nariz con un dedo.

—Yo no le he contado nada, ¿eh?

—¡Por supuesto! —Ahora los ojos del ciudadano brillaban de avaricia y sin duda su imaginación había echado a volar planeando en qué se gastarían los florines—. ¿La recompensa será en florines?

—No me sorprendería que fueran florines de oro... Pero no vaya diciéndolo por ahí. Será nuestro secreto.

El visitante se golpeó un ala de la nariz con gesto conspirador.

—¡Puede contar conmigo! —Salió disparado del edificio, pero regresó al momento—. En cuanto a los dibujos... ¿al carboncillo o al pastel?

Scheusal frunció el ceño, como si estuviera meditando concienzudamente la respuesta.

—Carboncillo. Así podrá concentrarse en dibujar el retrato y no tendrá que

preocuparse de qué colores utilizar.

—¡Tiene razón!

El ciudadano abandonó la comisaría escopeteado. Scheusal y Verletzung todavía reían cuando Bescheiden regresó con el capitán.

—¡Por las barbas de Sigmar! ¿Qué es tan divertido? —preguntó Kurt.

Cuando los guardias se recuperaron lo suficiente para explicárselo, el capitán señaló que la comisaría carecía de fondos y, por supuesto, de dinero para recompensas. Para sorpresa de Kurt, fue el taciturno Verletzung quien le respondió.

—Usted no es de Suiddock, capitán, así que probablemente no lo entiende. Yo crecí aquí. Si quiere obtener cualquier tipo de información de forma voluntaria de los vecinos, tendrá que ofrecerles algo que valga la pena. Ellos esperan algún tipo de recompensa. Mientras crean que hay una retribución para la información más valiosa tendrá un flujo constante de gente entrando en la comisaría para darle algún soplo, con la esperanza de llevarse unas monedas.

—En Bretonia ocurría lo mismo —observó Scheusal—. Como capitán, usted decide quién le ha facilitado la mejor información y el premio que merece.

—¿Y de dónde saco el dinero para las recompensas?

Verletzung se encogió de hombros.

—Quédese con el dinero de los delincuentes. Considérelo un impuesto criminal.

—¿Robamos a los ladrones para pagar a los pobres por la información?

—Eso no es robar. Está confiscando un artículo robado.

Kurt frunció el ceño.

—Esto nunca ocurría en Goudberg.

—En Goudberg nunca ocurría nada —dijo Belladonna entrando en la comisaría. Escoltaba a la mediana del otro lado del puente—. ¿Por qué otro motivo creía que había disfrutado de una vida tan plácida allí?

La sonrisa de Verletzung se desvaneció.

—Capitán, ahora está usted en Suiddock. Aquí las reglas habituales no sirven. Si quiere acabar con los contrabandistas, los ladrones y los asesinos, tendrá que ser tan despiadado como ellos. Incluso más.

Kurt arrugó el entrecejo mientras meditaba las palabras de sus hombres. Tras unos instantes asintió, mostrando su conformidad.

—Corta la voz entre los del turno de noche cuando lleguen. Todo lo que lleven encima los criminales en el momento del arresto será confiscado como recaudación por sus actos ilegales... no importa lo grande o pequeño que sea. Y cuando acaben de levantar esa celda, retiren el cartel de fuera. Esto es una comisaría, no una taberna.

—¡Sí, capitán! —dijo Scheusal saludando con energía, e intercambió una mirada de aprobación con Verletzung. Era raro encontrarse con un capitán que escuchaba lo que le decían sus hombres, y más aún que pusiera en práctica sus sugerencias.



Belladonna solicitó al capitán que escuchara a la afligida mediana. Los tres subieron al primer piso y se introdujeron en la habitación que habían abandonado recientemente Molly y sus chicas. Kurt había improvisado un escritorio con la puerta que había arrancado de otra habitación, colocándola sobre el somier vacío de una cama. Belladonna indicó a la mediana que se sentara en una silla baja y ella se sentó a su lado. Kurt caminaba de un lado a otro junto a la ventana que se asomaba al Puente de los Tres Céntimos.

—Su nombre es Silvia Vink —informó Belladonna—. Su marido, Titus, murió ahogado hace dos días. Le dijeron que había sido un accidente, pero ella no lo cree. Está convencida de que su marido fue asesinado. Cuénteles al capitán por qué lo piensa, Silvia.

Cuando habló, la frágil voz de la mediana se quebró por la emoción, pero no se detuvo. Toqueteaba la corona con los dedos como si fueran las cuentas de un rosario, girándolo lentamente.

—Titus lleva... —empezó a decir, pero enseguida se corrigió—. Titus regentaba la pescadería que hay pegada a esta comisaría, en la entrada del puente por Riddra. Se la compró al antiguo propietario, herr Middendorp, en Jahrdrung. Mi marido era un mediano, como yo, pero igualaba a cualquier hombre en fuerza y valor. Plantó cara a la vida y siempre caminó con la cabeza bien alta, sin ninguna pretensión de ser algo que no era, y tampoco se dejaba avasallar por quien intentara tratarlo como si fuera menos que un hombre sólo por su tamaño. Yo estaba tan orgullosa de él, de todo lo que había conseguido... —Ahora las lágrimas descendían libremente por el rostro de Silvia, y su barbilla temblaba por la profunda pena.

Kurt hizo una pausa en su deambular por el despacho y ofreció una sonrisa reconfortante a la mujer.

—Continúe, frau Vink, por favor.

La mediana asintió y tragó saliva antes de proseguir.

—Hace un mes llegó un hombre a la pescadería. Afirmaba que herr Middendorp había estado pagándole un porcentaje de las ganancias como una medida de seguridad. El hombre le dijo que sólo necesitaba una cerilla descuidada por la noche o una partida de pescado podrido para hundirle la tienda y arruinarle el negocio. ¿Qué pasaría si Titus se ponía enfermo o si tenía un accidente y se rompía las dos piernas? No podría trabajar y tendría que cerrar la pescadería. El hombre le dijo que podía protegerlo, garantizarle que no le pasaría nada malo.

—En otras palabras, extorsión con amenazas —apuntó Kurt.

Silvia suspiró.

—Nunca había visto a Titus tan enfadado. Fue a ver a herr Middendorp para exigirle explicaciones de por qué no le había hablado de aquel hombre. Titus también habló con otros comerciantes y vendedores de los negocios vecinos. Todos le respondieron que era más fácil pagar a ese hombre que luchar contra él. Sólo había que entregarle ese diezmo y se acababan los problemas, todo el mundo feliz. Pero Titus no era feliz.

—¿Decidió enfrentarse a él?

—Mi marido había ahorrado toda la vida para comprarle la pescadería a herr Middendorp. Su sueño era tener su propio negocio. No entendía el motivo por el que debía pagarle una décima parte de sus ganancias a un extraño. Cuando el hombre regresó por su dinero, Titus se negó a entregárselo, caminó con paso firme hasta el centro del Puente de los Tres Céntimos y dijo a todo aquel que quiso escucharle que lo único que se necesitaba era el valor para plantar cara a los matones, que entonces los dejarían tranquilos. Llamó al hombre por todo tipo de nombres horribles y le dijo que los matones no tenían ningún poder sobre ellos.

Silvia frunció el ceño, tratando de recordar lo que había ocurrido después.

—Aquella noche estuve esperando a que Titus regresara después de cerrar la tienda... pero nunca llegó a casa. Pasé toda la noche en vela, esperando que entrara por la puerta en cualquier momento. Tenía la esperanza de que se hubiera metido en una taberna, se hubiera emborrachado y no supiera volver a casa. Al día siguiente oí que un mediano se había ahogado la noche anterior, y supe que se trataba de Titus. No sabía nadar. Nunca había aprendido. Decía que si los medianos hubieran estado hechos para nadar no tendríamos barcos ni pescadores.

—¿Cree que ahogaron a su marido con la intención de que sirviera de ejemplo para los demás?

—Sí —respondió Silvia.

—¿Tiene alguna prueba? —preguntó Kurt con una voz llena de amabilidad.

La mediana hizo una mueca.

—Ese hombre se presentó al día siguiente vanagloriándose de lo que había hecho. No le importa que se sepa que ahogó a mi marido. Ese hombre alardea de haber matado a Titus, se jacta de lo que hizo. Se cree inmune a cualquier castigo o acusación. Si tuviera la fuerza necesaria, lo ahogaría yo misma por lo que ha hecho. Sin embargo, vengo aquí con la esperanza de que ustedes lo castiguen por el asesinato de mi marido.

—¿Sabe cómo se llama ese hombre?

—Todo el mundo lo sabe. Abram Cobbius.

—Entiendo. —Kurt se asomó a la ventana y observó a las pocas personas que cruzaban el puente en la oscuridad. Un sereno caminaba lentamente haciendo sonar una campana y anunciando la medianoche—. Abram Cobbius... El primo de Lea-Jan

Cobbius, amo y señor del honorable Gremio de Estibadores y Operarios Portuarios.

—Sí. Ése es —confirmó Silvia.

—¿Se da cuenta de que acudiendo a nosotros está poniendo en peligro su vida, frau Vink?

La mediana asintió.

—Titus está muerto y Abram Cobbius se ha quedado con la pescadería alegando que mi marido se la legó en una nota de suicidio. Titus era un hombre sencillo, capitán... no sabía leer ni escribir, pero de ninguna manera me hubiera desheredado, aunque su vida corriera peligro. Ahora uno de los matones de Cobbius regenta la pescadería. Ha subido los precios hasta diez veces más. Ninguno de mis amigos de Suiddock puede permitirse ya comprar allí. Las únicas personas que entran en la tienda son matones o el servicio de casas ricas. Mientras tanto, yo carezco de ingresos, me he quedado sin marido y sin esperanza, y tampoco me queda nada que pueda perder. Declararé contra ese hombre si usted tiene el valor para detenerlo.

La pequeña mujer miró a Kurt con sus afligidos ojos, enrojecidos después de tantas lágrimas vertidas. Belladonna también observaba con detenimiento al capitán. Schnell sabía que la restitución de los Gorras Negras en el Puente de los Tres Céntimos no iba a ser tarea fácil, pero no había sido consciente de la premura con la que sus decisiones se convertirían en una cuestión de vida o muerte; no sólo para él y sus agentes, sino también para los ciudadanos comunes de Suiddock.

—Dígame, capitán —inquirió Silvia—, ¿tiene el valor?

—Sí —respondió Kurt—. Tengo el valor. Mis Gorras Negras arrestarán a Abram Cobbius y presentarán cargos contra él por el asesinato de su esposo. Tiene mi palabra.

* * *

Mientras Belladonna escoltaba a frau Vink de regreso a su casa, Kurt sacó al turno de noche de sus camas. El capitán se había ofrecido a la mediana para buscarle un lugar donde alojarse hasta que Cobbius estuviera entre rejas y dejara de representar una amenaza, pero ella había rechazado su propuesta. «Quiero estar presente cuando castiguen a ese monstruo —le había asegurado—. Mi Titus no se habría escondido de ellos y yo tampoco lo haré. Gracias por su ofrecimiento, pero no huiré».

Holismus, Narbig y Raufbold rezongaron cuando tuvieron que levantarse escasas horas después de haberse acostado, pero Kurt no mostró ninguna compasión hacia ellos.

—He estado de servicio desde antes del amanecer, y dudo que vea mi cama antes de la salida del sol; Ahora salgan de patrulla. Espero que cada uno de ustedes me

traiga tres personas arrestadas antes de que amanezca.

—¿Tres? —protestó Raufbold. Su cabello, normalmente lacio y brillante, aparecía ahora hecho una maraña—. ¡Por los dientes de Taal! ¿A quién vamos a detener a estas horas de la noche?

—A los borrachos —respondió Holismus, cuya voz revelaba una amarga experiencia.

—Y a los pecadores —añadió Narbig, que se fijó una daga corta con una correa en el costado izquierdo y abandonó con resolución el edificio, ansioso por iniciar la cacería.

Los otros dos guardias salieron dando tumbos minutos después, justo cuando regresaba Belladonna, que hizo oídos sordos a la proposición de Raufbold de acompañarla al interior de la comisaría.

La joven encontró a Kurt colocando una silla junto a la alargada barra de madera. Una brisa fresca que se colaba por la ventana rota arrastraba al amplio salón la fragancia del mar, que lentamente se imponía al persistente aroma a cerveza rancia y desesperación que habían supuesto el olor más habitual en la taberna La Esperanza Perdida. Belladonna se esforzó por reprimir un bostezo, pero a Kurt no le pasó desapercibido.

—¿Cuánto hace que no duerme?

—Eso mismo podría preguntarle yo a usted —replicó la guardia.

—Puede dormir en el somier de mi despacho —le sugirió Kurt—. Será mejor que compartir dormitorio con el resto de los agentes. No sé en cuántos puedo confiar, y alguno se merecería ingresar en la isla de Rijker, a juzgar por lo que Jan me ha contado sobre sus hojas de servicio.

Belladonna torció el gesto.

—Sólo Shallya sabe cómo Raufbold se ganó el apodo de Jorg el Guapo. Me pone la piel de gallina. Hay algo en él que me da mala espina.

—A mí casi todos los que han sido asignados a esta comisaría me dan mala espina. —Kurt suspiró y se dio cuenta de que Belladonna le dedicaba una ceja arqueada con ironía—. A excepción de los presentes, por supuesto.

La joven echó a reír.

—No, si probablemente tenga razón. Debo de estar loca por haberme presentado voluntaria para venir aquí.

—Lo ha hecho muy bien con la mediana viuda.

—Sólo necesitaba que alguien la escuchara.

—Eso es lo único que necesita casi todo el mundo para abrir su corazón. Raro es el Gorra Negra que les concede esa oportunidad a los ciudadanos.

—Está decidida a declarar contra Abram Cobbius sin importarle las consecuencias. Si queremos construir un caso contra él, deberíamos enviar a Otto

para que examinara el cuerpo de su marido. Si probamos que Titus no se ahogó o que si se ahogó fue contra su voluntad, tendremos la mitad del camino recorrido para lograr una condena.

—Una confesión decidiría el caso.

—Si ha estado fardando de lo que hizo con toda la gente del Puente de los Tres Céntimos, conseguir una confesión debería ser sencillo —señaló Belladonna.

Kurt asintió.

—De eso no tengo duda. Lo que determinará nuestro porvenir serán las consecuencias. Si el primo de Abram decide intervenir, carecemos de los hombres y los recursos necesarios para enfrentarnos al gremio. Lea-Jan Cobbius podría aplastarnos como moscas sin despeinarse.

—Pero prometió a la señora Vink que...

—Y mantendré mi promesa —afirmó Kurt—. Confío en que Lea-Jan pierda la paciencia con el matón de su primo y se convenza de que Abram es una vergüenza y una deshonra para el buen nombre de Cobbius.

—Tiene mucha fe en un hombre al que nunca ha visto.

Antes de que Belladonna pudiera continuar, Narbig regresó con los dos primeros arrestos de la comisaría; los tenía que mantener separados para evitar que se zurraran. Los dos estaban borrachos, con moratones y desnudos de cintura para abajo. Belladonna se cruzó de brazos y meneó la cabeza.

—¡Caramba! Parece que fuera hace más calor del que creía —dijo con una sonrisa irónica en los labios.

Los detenidos rápidamente se cubrieron sus partes púdicas con las manos, olvidando por completo la disputa que los había llevado a la comisaría. Kurt abrió la puerta de la celda y Narbig empujó al interior a la pareja de beodos.

—Embriaguez y desorden público —informó el guardia—. Los encontré peleándose en la entrada de El Gallo y el Toro, en el sur de Stoessel. Sugiero que pasen la noche en la celda durmiendo la mona y paguen una buena multa.

—Me parece bien —afirmó Kurt. Flanqueó la barra para alcanzar una pizarra y una tiza—. ¿Alguno le ha dicho cómo se llama?

Narbig señaló al borracho que tenía menos motivos para presumir.

—A ése le llaman el Guiño. Las razones son obvias...

—¡Nada de eso! —protestó el Guiño—. Nadie me llama así excepto este idiotaapestoso.

—Y su amigo es el Arañazos. Al parecer le gusta utilizar las uñas en las reyertas.

—He tenido nombres peores —señaló el Arañazos—. Además, cualquier cosa es mejor que el Guiño.

—Eso ya lo veo —bromeó Belladonna.

—¡Ya basta! —ordenó Kurt—. ¡Los de la celda, cerrad la boca u os duplicaré la

multa!

Los prisioneros refunfuñaron, pero se retiraron hacia los dos rincones del fondo de la celda y se conformaron con lanzarse miradas asesinas. Satisfecho, el capitán se volvió a sus hombres.

—Buen trabajo, Narbig, pero estoy seguro de que habrá muchos más como éstos donde los encontró.

El Gorra Negra del rostro marcado de cicatrices saludó con brío.

—Retomaré la ronda en busca de más.

Salió de la comisaría y Belladonna, que no podía reprimir sus bostezos, se quedó cara a cara con el capitán.

—Vaya a dormir un poco —insistió Kurt—. No me sirve de nada si no puede mantener los ojos abiertos.

—Ya voy, ya voy —contestó la joven, que pasó junto a la celda de camino a las escaleras occidentales.

—Y, Belladonna —dijo a su espalda Kurt—. Buen trabajo.

La Gorra Negra saludó y desapareció escaleras arriba.

* * *

La noche fluyó como las oscuras aguas del Rijksweg, trayendo consigo más detenidos y ocupantes para la única celda de la comisaría. Cuando el amanecer se desplegó sobre Marienburgo, el calabozo estaba lleno a rebosar de ladrones, rateros, borrachos, matones y forajidos. Narbig se reveló como un implacable cazador de ladrones, y a él se debieron la mitad de los arrestos, aunque Holismus tampoco le fue a la zaga. Raufbold, en cambio, tuvo menos éxito, y al despuntar el alba entró exhausto en la comisaría con una única presa en su poder. El detenido que lo acompañaba lucía cardenales y marcas de golpes, y tenía el rostro hecho papilla y ensangrentado. Kurt examinó detenidamente al arrestado y a su captor.

—¿Cuáles son los cargos?

Raufbold sonrió con suficiencia y con su habitual semblante engreído.

—Pillé a este canalla en el Luydenhoek tratando de vender un poco de sombra carmesí a un tipo que entraba en Suiddock.

—¿Dónde están las drogas?

El Gorra Negra se encogió de hombros.

—Debieron de caerse al río durante el forcejeo para arrestarlo.

—Por lo que veo, el detenido opuso resistencia. —Kurt agarró una mano de Raufbold y escudriñó los nudillos casi en carne viva del guardia—. Lanzó repetidamente la cabeza contra sus nudillos, agente. Ha tenido suerte de regresar vivo.

El rostro del guardia se ensombreció.

—¿Está llamándome mentiroso, capitán?

—¿Por qué? ¿No tiene la conciencia tranquila?

—Nada me mantiene despierto por las noches excepto el amor de algunas mujeres. —Raufbold se volvió al prisionero buscando su complicidad—. ¿Lo has oído? Nada me mantiene despierto excepto...

—Ahórrenoslo —lo interrumpió Kurt—. No tuvo gracia la primera vez. Y usted tampoco.

Se acercó al agente sin apartar la mirada de sus ojos.

—Si se acerca más, capitán, la gente se pensará que va a proponerme matrimonio —bromeó Raufbold.

—Tiene los ojos inyectados de sangre.

—Usted también los tendría así si se hubiera pasado la noche patrullando.

—Narbig y Holismus también han estado en las calles. ¿Por qué es usted el único con los ojos rojos?

Raufbold frunció el ceño un instante, hasta que la inspiración recorrió sus facciones de zorro. Agitó al detenido por el collar que lo apresaba.

—Ahora me acuerdo. Fue este delincuente del tres al cuarto. Me arrojó un puñado de sal a los ojos. Sí, eso fue lo que ocurrió... Me entró sal en los ojos. ¿Es un crimen eso?

Kurt señaló la celda atestada de gente.

—Métalo ahí si puede.

—¡Como ordene, capitán! —Raufbold saludó con afectación y cierto afeminamiento, y se alejó con paso firme.

—Y, Raufbold.

—¿Sí, capitán?

—Si vuelvo a pillarlo consumiendo sombra carmesí durante el servicio pasará los próximos diez años en Rijker.

—Sí, claro, capitán.

Indignado por la insolencia de Raufbold, Kurt salió a grandes Zancadas de la comisaría, se detuvo sobre los adoquines del Puente de los Tres Céntimos y bostezó con los brazos extendidos.

—¿Cómo llamas a esta hora? —preguntó una voz.

—Amanecer de un Backertag —respondió Kurt con una sonrisa mientras su sargento avanzaba con paso firme hacia el arco del puente—. Tenía entendido que el turno diurno debía estar aquí antes del amanecer, así que ya deberían estar listos para relevar al grupo de la noche.

Jan se encogió de hombros.

—Siguen parándome cada diez pasos. La gente me pregunta si es verdad que los

Gorras Negras han reabierto la comisaría del puente. Al parecer, ofrecemos recompensas por información sobre el asesinato del elfo. Cien florines de oro si los rumores son ciertos.

—No lo son, pero aceptaré toda la ayuda que se me ofrezca. —Kurt pasó el brazo por los anchos hombros de su sargento—. Creciste en el mismo pasaje que Lea-Jan Cobbius, ¿verdad?

—Sí, pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Por qué lo preguntas?

Kurt le explicó el asunto de la extorsión capitaneada por el familiar asesino de Cobbius, Abram, y la promesa que había hecho a la señora Vink.

—Así que lo que quieres es saber si Lea-Jan pondrá alguna objeción en que arrestemos a su primo, ¿no es eso?

—Más o menos.

El sargento frunció el entrecejo.

—No pasará nada por hacer un poco de ruido en la jaula de Abram, pero Lea-Jan es otra cosa.

—Eso he pensado yo. Por ahora tendremos que andamos con pies de plomo —replicó Kurt—. Hablando de jaulas, hemos tenido una noche movida en la comisaría.

Condujo a Jan al interior del edificio y escuchó con regocijo la ristra de improperios que profirió el sargento cuando vio, asombrado, la colección de bellacos y depravados que atestaban el calabozo.

—Habrà que meterlos en un barco para enviarlos a Rijker, y también tenemos que soltar a los que encerramos para que pasaran la noche aquí hasta que se despejaren. Eso nos devolverá algo de espacio. Cuando acabes te sugiero que pongas al resto de prisioneros a construir las otras tres celdas. Bajo una estrecha supervisión, por supuesto. Ah, y alguien podría buscar unos pantalones para el Guiño y el Arañazos. Tenía la intención de comerme unas salchichas para desayunar, pero esos dos me han hecho cambiar de idea.

—Bueno, otro día sin parar —certificó Jan antes de advertir que Kurt se arrastraba hacia las escaleras orientales—. ¿Adónde vas, capitán?

—A dormir un poco. El que me moleste estará cenando con Morr antes de que anochezca.

* * *

Hans-Michael Mutig llegó unos minutos más tarde, después de atravesar medio Marienburgo desde su casa, en Kruiersmuur, hasta la comisaría. Cuanto antes encontrara un nuevo alojamiento más próximo al Puente de los Tres Céntimos, mejor. Debería haberse sentido agraviado porque unos tipos como Scheusal y

Holismus hubieran sido elegidos antes que él como jefes de los turnos; después de todo, uno de esos puestos le correspondía a él, pero en el fondo Mutig se sentía aliviado. Odiaba las responsabilidades y odiaba tener a otros guardias a la espera de su orientación y liderazgo.

Toda su vida adulta se había desarrollado igual por culpa de sus bellas y afiladas facciones y su tendencia a destacar en cualquier grupo de hombres. La gente esperaba de él que fuera un líder, como si la altura y el aspecto físico fueran la única medida de un hombre. Mutig podía salir airoso y encumbrado de la mayoría de las situaciones en las que se veía involucrado como Gorra Negra debido a la autoridad que le otorgaba el uniforme y al hecho de que sacaba media cabeza a la mayoría de los hombres.

En la primera comisaría donde había estado destinado, se había granjeado la reputación de ser un luchador intrépido y peligroso. La verdad era que sólo había utilizado la porra con ferocidad una vez, y había sido con un tipo tan borracho que a duras penas se sostenía en pie. Había ocurrido el primer día que pasaba completo en la comisaría. Sabía que debía causar una primera impresión contundente, de modo que había buscado una taberna donde los clientes estuvieran más bebidos de lo que era razonable y había provocado una pelea con el matón más corpulento y borracho del salón. Mutig había hecho papilla a su contrincante y había arrastrado la mole ensangrentada hasta la comisaría como prueba de su destreza y su valentía. A partir de entonces, los comentarios sobre su brutalidad y su coraje se extendieron rápidamente entre los ciudadanos y todo el mundo entendió que debía pensárselo dos veces antes de enfrentarse a Mutig. Lo que nunca supieron fue que el Gorra Negra había estado una hora vomitando en un canal antes de entrar en la taberna, pues el terror ante la perspectiva de lo que estaba a punto de hacer lo había vencido y le había revuelto las tripas. Mutig era un cobarde, y lo sabía, pero como los tartamudos que encuentran nuevas vías para sugerir las palabras que no pueden pronunciar, Mutig había desarrollado un mecanismo de defensa para ocultar la extrema cobardía que le retorció los intestinos.

Cada vez que lo transferían a una comisaría nueva, Mutig repetía el mismo truco de zurrar a un matón borracho para escudar sus propios miedos internos, y aquél era el día que debía pasar por esa cruda experiencia una vez más, así que rezó por encontrar a la víctima propicia, alguien que no pudiera plantarle cara, alguien que no adivinara su flaqueza innata.

Sabía que si acababa el día vivo, su futuro en el Puente de los Tres Céntimos estaba asegurado; podría refugiarse detrás de su físico, y luego bastaba con preocuparse de permanecer siempre un paso por detrás de los demás cuando se ofrecieran voluntarios para las acciones peligrosas y ser el último en incorporarse a una reyerta tabernaria para poner paz. De esa manera conservaría la vida. De esa

manera nadie descubriría su ignominioso secreto. «Sólo pasa este día», se dijo para sus adentros.

Se introdujo en la comisaría del Puente de los Tres Céntimos y se topó con que el lugar se había convertido en una casa de locos invadida por hombres medio desnudos, ciudadanos encolerizados reclamando cien florines de oro por la información que poseían y visitantes varios que se empujaban en el tumulto para que los atendieran. Mutig estaba a punto de volver a la calle cuando se tropezó con el rostro somnoliento de Faulheit, que entraba a trompicones detrás de él.

—¡Mira por dónde vas! —espetó el orondo gruñón a Mutig antes de reparar en la altura del guardia—. Ah, eres tú. Perdona, no me había dado cuenta.

Mutig no estaba seguro de haber entendido a Faulheit, tal era el barullo de gritos y discusiones que reinaba en la comisaría.

—¿Qué has dicho?

De repente una botella de cristal vacía se hizo añicos detrás de la barra y silenció convincentemente a la muchedumbre. Mutig dio media vuelta y vio al sargento Woxholt encaramado a la barra, con los brazos cruzados y el gesto resuelto.

—¡Así está mucho mejor! —bramó—. Veamos. ¿Quién ha venido para reclamar el dinero de la recompensa por la información sobre el elfo asesinado? —La mayoría de los ciudadanos cortaron el aire con sus manos impacientes—. De acuerdo. Vayan todos al piso de abajo y allí los... —El repentino torrente de gente que enfiló hacia las escaleras que descendían al sótano del edificio ahogó el resto de la frase. Cuando el grueso del tumulto ya había desaparecido, Woxholt continuó su alocución—. Como estaba diciendo, los que tengan información deben ir abajo, donde un Gorra Negra los entrevistará. —Recorrió la sala con la mirada en busca de agentes y divisó a los dos agentes que rondaban por la entrada—. ¡Faulheit! Justo a tiempo. Me han dicho que sabe leer y escribir.

—Un poco —respondió Faulheit con reticencia.

—Bastará. Baje al sótano y empiece a tomar declaraciones.

—Pero debe de haber un centenar de personas allí abajo.

—He contado ciento veinte, así que no se tire todo el día con esto. Recuerde que la decisión de quién se queda con la recompensa corresponde al capitán. Si garantiza a alguien que se va a llevar los florines de oro, el dinero saldrá de su sueldo de los próximos diecisiete años. ¿Ha quedado claro?

—Sí, sargento —contestó Faulheit, que no paró de rezongar entre dientes mientras descendía al sótano.

—¡Mutig! —gritó Woxholt.

—¿Sí, sargento?

—Cuando el Guiño y el Arañazos acaben de ponerse los pantalones, acompáñelos a casa y espere con ellos mientras explican a sus mujeres dónde han pasado la noche y

el motivo de que lleven ropa prestada. Si alguno le da problemas arrójelo al Rijksweg. Después quédese patrullando las calles, ¿de acuerdo?

—Sí, sargento —respondió Mutig, y suspiró aliviado.

Con un poco de suerte, en el camino de vuelta encontraría alguna taberna donde los clientes se hubieran pasado toda la noche bebiendo y padecieran los estragos de la larga velada. Unos cuantos porrazos brutales y su reputación como el tipo duro del Puente de los Tres Céntimos quedaría establecida. Lo que más deseaba ahora era mitigar el dolor que el pánico le provocaba en la boca del estómago. Mutig se acercó a los dos detenidos medio desnudos esforzándose por poner un rostro valiente pese a sus miedos. «Sólo pasa el día».

NUEVE

La misiva remitida por los elfos llegó aquella mañana poco después que Belladonna. El emisario provenía del distrito élfico y se mantuvo en un silencio hermético. Había entrado en la comisaría como si fuera el dueño del lugar y escudriñaba los rostros de todos los que estaban en su interior.

—¡Tú! —bramó señalando con un dedo acusador a Belladonna.

La guardia estaba ayudando al sargento Woxholt a supervisar la construcción de las nuevas celdas a manos de los detenidos para asegurarse de que el resultado fuera satisfactorio.

—¡Tú eres la mujer que vigilaba ayer el cuerpo de nuestro hermano fallecido!

—Sí —reconoció Belladonna, intentando disipar la preocupación que pudiera reflejar su rostro.

¿Habrían descubierto los elfos la conversación que había mantenido con el espíritu del muerto? ¿Habría vuelto a hablar después de que ella lo invitara a descansar? Sabía demasiado poco sobre los rituales élficos para evaluar las posibilidades de que algo de todo eso hubiera sucedido, y el rostro del emisario permanecía impasible y no dejaba entrever cuáles podían ser sus intenciones. Belladonna se reservó sus opiniones, temerosa de ofrecer algún dato que empeorara su situación. Si ya era una mala noticia tener el cadáver de un elfo en la zona de uno, no digamos revelar que habías resucitado su espíritu y lo habías interrogado en busca de pistas para esclarecer la identidad del asesino.

—Porto una misiva de la casa de Silvermoon. Tú la leerás... ¡En voz alta!

El mensajero extrajo un rollo de pergamino grueso y amarillento anudado con un lazo negro y se lo tendió a Belladonna. La guardia lanzó una mirada al sargento, pero Jan simplemente se encogió de hombros y siguió observando desde un costado. Belladonna deslizó el lazo por el pergamino y desenrolló la misiva. Lo aferró de los extremos con la esperanza de que no le temblaran las manos.

—«La casa de los Silvermoon busca respuestas a las cuestiones todavía no resueltas surgidas del violento asesinato de Arullen Silvermoon, después de que fuera atraído para que abandonara el distrito élfico por una o varias personas sin identificar. Dichas respuestas deberán ser presentadas a la casa de los Silvermoon antes del día festivo conocido como Día del Misterio. De lo contrario, se producirá

una ruptura inexorable de las relaciones entre aquellos que habitan en Rionnasānamishathir y los que habitan más allá de sus muros. Tomen en serio esta misiva».

Belladonna examinó las dos caras del pergamino, pero aquélla era toda la información que contenía. Miró al mensajero.

—No sabemos nada nuevo sobre el asesinato de Arullen... Todavía.

—Entonces aún disponen de cinco puertas de sol para averiguar la verdad —replicó el elfo con severidad.

Inclinó la cabeza ante Belladonna, reconoció diligentemente la presencia del sargento y abandonó la comisaría.

—Encantador —comentó Woxholt con sequedad—. ¿Por qué tengo el presentimiento de que todavía no hemos oído la última palabra sobre este asunto?

—Porque no lo hemos hecho —señaló Kurt mientras descendía por las escaleras—. Los elfos son un pueblo orgulloso, pero saben que somos la mejor opción para descubrir quién mató a Arullen. Si mantienen la presión sobre nosotros, aumentan las probabilidades de que nos concentremos principalmente en este caso.

—¿No ibas a dormir? —preguntó el sargento.

—Y lo he hecho.

—Dos horas no son descanso suficiente, ni siquiera para ti.

—Pues tendrán que bastar —respondió Kurt—. Además, el ruido que proviene del sótano me ha despertado. ¿Alguno de nuestros ansiosos informantes nos ha revelado algo realmente útil?

Woxholt se encogió de hombros.

—Iré a averiguarlo si Belladonna y tú vigiláis a los prisioneros.

Kurt asintió. El sargento se perdió por las escaleras que descendían al sótano y su voz retumbante prorrumpió exigiendo silencio de las personas que colmaban las dependencias del piso inferior del edificio. Ya sin el sargento, el capitán se reunió con Belladonna junto a las nuevas celdas. Ya había tres acabadas y los peones forzosos trabajaban con empeño en el último calabozo.

—Tenemos que dejar de vernos así —sugirió la guardia con una sonrisa que le brotaba de los ojos.

—No.

—¿No qué? —preguntó Belladonna con la voz llena de inocencia. Kurt la agarró del brazo con brusquedad y cruzó la comisaría tirando de ella hasta la entrada del edificio—. ¡Me hace daño! —protestó tratando de soltarse el brazo.

—No coqueteo conmigo, y tampoco haga como si no se hubiera dado cuenta de que estaba haciéndolo —le advirtió Kurt—. Soy el capitán de esta comisaría. —Señaló a los ciudadanos que transitaban por la calle adoquinada, algunos de ellos observando con curiosidad el interior del edificio—. Mi primera y última prioridad son las

personas que trabajan aquí y las personas que hay fuera de estas paredes y a las que hemos jurado proteger. No tengo tiempo para juegos ni para cortejos. Si me hubieran dejado elegir, no habría aceptado una mujer entre mis Gorras Negras, pero Otto me convenció para que le diera una oportunidad y Jan también habló a su favor. Usted ha demostrado que posee unas cualidades de las que carecen los demás agentes, y eso la convierte en un gran valor para esta comisaría, pero nunca significará nada más para mí. ¿Ha entendido?

—Le encanta dar discursos, ¿verdad? Debería ser político en vez de Gorra Negra. Incluso Kurt tuvo que sonreír ante su comentario.

—Por favor, no me eche esa maldición.

—De acuerdo —respondió Belladonna—. Haré lo que me pide. Aun así, no espere que cambie mi forma de ser.

—Trato hecho —dijo Kurt con un suspiro.

—¡Capitán Schnell! —gritó una voz llena de autoridad—. ¡Capitán Schnell!

Belladonna miró por encima del hombro de Kurt y vio a un hombre de mediana edad vestido con ropa cara que se pavoneaba en la entrada de la comisaría. Su contorno voluminoso y su doble papada revelaban una vida rodeada de lujo, mientras que los notorios vasos capilares que exhibía su nariz y el bastón con el remate de plata sugerían una gran afición a la bebida, amaneramiento y posiblemente un caso de gota, la enfermedad de los ricos. La toga recargada y las demás galas clamaban a gritos lo obvio: el recién llegado era una persona adinerada y quería que todos lo supieran.

—Traigo un mensaje para usted.

El rostro de Kurt se avinagró mientras Belladonna estudiaba la nueva presencia.

—¿De quién?

—Quizá podríamos hablar dentro —sugirió el visitante señalando con afectación a su alrededor—, en un lugar alejado de las miradas de los curiosos, donde pudiéramos conversar en privado, de hombre a hombre.

—Lo que tenga que decirme puede decirlo en plena calle —contestó Kurt.

—Pues que así sea. Me llamo Oosterlee, Theodorus Oosterlee... Quizá haya oído hablar de mí.

Kurt meneó la cabeza, aunque sin duda aquel nombre removió la memoria de Belladonna. Hasta hacía cinco años la familia Oosterlee había sido uno de los principales importadores y exportadores de artículos de primera calidad de Marienburgo. Las más preciadas especias de Arabia, las mejores sedas de Oriente y todas las riquezas del Nuevo Mundo podían adquirirse pagando su debido precio en los almacenes Oosterlee. Sin embargo, la familia había caído en desgracia y estaba viviendo tiempos difíciles tras una serie de dolorosos escándalos. Theodorus Oosterlee había perdido todo su legado en el juego y se había visto forzado a incorporar socios capitalistas al negocio, hombres que, al parecer, eran infinitamente

menos escrupulosos de lo que había sido su padre en toda su vida. Oosterlee se había mantenido como la cabeza visible y respetable de la empresa, aunque lo que se comentaba entre las altas esferas sugería que el negocio no era más que una tapadera para contrabandistas y bandoleros de la peor calaña. En Marienburgo eso conducía irremediablemente a un hombre: Adalbert Henschamnn. Belladonna carraspeó intentando atraer la atención del capitán, pero Kurt decidió ignorarla.

—Quizá no —reconoció Oosterlee cuando vio que Kurt no le contestaba a la pregunta—. No importa. Represento a un grupo de hombres de negocios que se dedican al comercio en esta zona de la ciudad. Me han pedido que me acerque a usted para presentarle una propuesta de acuerdo, una especie de respaldo para su comisaría. Hay quien incluso estaría dispuesto a ir más allá y establecer un patronazgo... en el sentido arcaico y benévolo de la palabra, por supuesto.

—Por supuesto —contestó Kurt en un tono nada comprometedor.

Oosterlee pareció alentado por su respuesta. Aun así sintió la necesidad de limpiarse el sudor de la frente.

—El bochorno es exagerado para la hora en la que estamos, ¿no cree?

—A mí me parece que la brisa matinal es bastante refrescante —masculló Kurt, y dio un paso hacia su interlocutor—. Ha mencionado algo sobre un acuerdo.

—Sí, tiene toda la razón... Lo primero son los negocios. Así es como se hacen las cosas. —Oosterlee chasqueó la lengua—. A mis asociados y a mí nos gustaría ofrecerle un obsequio, si tiene a bien aceptarlo, en agradecimiento por los servicios que su comisaría está prestando a los ciudadanos de Suiddock. —Rio tontamente, como una niña pequeña. Las cuentas de sudor reaparecieron en su frente. En un intento por desviar la atención de su persona, pasó un dedo enguantado por la descascarillada cal que cubría la fachada de la comisaría—. Podría utilizar el dinero para darle una mano de pintura a este lugar, para adecentarlo un poco, ¿no le parece?

Kurt dio otro paso que lo acercó un poco más a Oosterlee. Su figura se elevaba por encima del orondo empresario.

—¿Cuánto?

—¡Disculpe!

—¿Cuánto... agradecimiento quieren demostrarnos sus amos?

Oosterlee tragó saliva intentando mantener la compostura.

—No estoy seguro de...

—¿Cuánto dinero? —espetó Kurt en un tono colérico—. Muéstreme lo que han enviado con su perrito faldero.

—Creo que no hay ninguna necesidad de ser grosero, mi querido amigo. Sólo he venido para...

—No soy amigo suyo, Oosterlee. La escoria como usted me revuelve el estómago. No son más que perritos falderos patéticos que corretean de un sitio a otro

cumpliendo las órdenes de sus amos, desesperados por complacerlos, más desesperados aún por recoger la mierda de sus mesas y darse un festín con los desechos de los parásitos que exprimen esta ciudad. —Agarró a Oosterlee por su opulenta vestimenta y rebuscó en los bolsillos del obeso comerciante hasta que finalmente extrajo una bolsa de piel atiborrada de monedas—. ¿Por casualidad no será éste el agradecimiento del que me hablaba?

—Bueno, yo no quería...

—¿Lo es? —gruñó Kurt, con el rostro tan cerca de Oosterlee que sus narices se tocaban.

—Sí —farfulló el mensajero.

Kurt lo soltó y Oosterlee retrocedió titubeando por los adoquines del Puente de los Tres Céntimos y se quedó observando con consternación cómo Kurt vaciaba en su mano la bolsa con los florines de oro.

—Obviamente, si no es suficiente, estoy seguro de que mis asociados estarán encantados de...

—¿Quién quiere ser rico? —gritó Kurt a las personas que había sobre el puente—. ¿Quién quiere un pellizco de la riqueza de este hombre? ¿Quién quiere un florín de oro cortesía de Theodorus Oosterlee y sus corruptos amos?

Belladonna miró a su alrededor. La gente que transitaba por el puente se había detenido, desconcertada por el súbito arrebató del capitán de los Gorras Negras. No obstante, sus expresiones mudaron en cuanto Kurt lanzó al aire el primer puñado de monedas de oro. Antes de que cayeran al suelo, vació el resto de la bolsa en la mano y lo arrojó hacia el cielo. Al instante siguiente, sobre el Puente de los Tres Céntimos llovían florines de oro. Las monedas rebotaban en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos todo el mundo estuvo arrodillado escarbando entre los desechos de los animales y los adoquines de piedra, recuperando todas las monedas que sus dedos les permitían. Oosterlee dejó escapar un alarido de consternación y también hincó las rodillas en el suelo, e intentó reclamar sin demasiada energía el dinero que había traído consigo. Molly y algunas de sus chicas, no tan orgullosas como para no hacerse con algún florín, acudieron corriendo desde el templo. También el hombre de la pescadería del lado opuesto de la comisaria abandonó su lugar de trabajo para recoger monedas. Sólo Kurt y Belladonna permanecían erguidos, observando el espectáculo que los rodeaba.

Cuando la última moneda fue recogida y la excitación se apaciguó, Oosterlee seguía arrastrándose por los adoquines, buscando con desesperación los florines que pudieran quedar. Kurt se interpuso en su recorrido y el orondo hombre de negocios tuvo que levantar la mirada.

—Capitán Schnell..., discúlpeme, no me di cuenta...

Kurt lanzó la rodilla derecha hacia delante y embistió la abundante papada de

Qosterlee, que cayó de espaldas y aterrizó produciendo un ruido sordo en la alcantarilla que transportaba orina y heces. Cuando Oosterlee intentó ponerse en pie, Kurt lo pisó con la bota para retenerlo en el suelo.

—Ahora escuche, Theodorus. Tengo un mensaje para sus amos de la Liga de los Caballeros Emprendedores o como sea el pomposo título con el que se autodenominen. No me comprarán y tampoco conseguirán un trato conmigo. Kurt Schnell no está en venta, ni por dinero, ni por cerveza, ni por sombra carmesí ni por ninguna otra mierda que pueda ofrecerme Adalbert Henschamnn. Estoy aquí para cumplir con mi trabajo, simple y llanamente. Si se mantienen fuera de mi camino yo no me meteré en el suyo, pero si vuelve a aparecer otro baboso como usted por aquí intentando ganarse mi comprensión, me veré obligado a emprender acciones drásticas. Espero que pueda recordar lo que acabo de decirle.

Oosterlee asintió con la cabeza. Tenía el terror esculpido en las facciones.

—Entonces ya puede regresar babeando al Club de Caballeros de Marienburgo y repetirle a Casanova lo que acabo de decirle.

Kurt levantó la bota del pecho de Oosterlee y se metió en la comisaría sin decir una palabra más.

El sargento esperaba en el interior con el gesto adusto e implacable. Nada más advertir su expresión, Belladonna se alejó y retomó la supervisión de los prisioneros que estaban dando los retoques finales a la última celda.

—¿Crees que ha sido sensato lo que has hecho? —inquirió Jan a Kurt—. No contamos con hombres suficientes para hacer frente a Henschamnn y sus compinches. Tenemos dos asesinatos por resolver, a los elfos echándonos el aliento en el cogote y el asunto de Cobbius.

—Lo ha iniciado Henschamnn. Empezó ordenando a sus esbirros que vaciaran una carretada de cerdos muertos en la entrada de la comisaría, y ahora ha enviado a ese jabalí abotargado de Oosterlee para que me sobornara.

—Hay un lugar y un momento para cada cosa —insistió Jan en voz baja—. Estás encendiendo demasiados fuegos y los dejas en nuestras manos para que los apaguemos. Y la mecha de tu temperamento no se ha alargado, ¿o me equivoco?

—Un hombre sabio me dijo una vez que la gente no cambia, simplemente desarrolla lo que ya es.

—¿Qué idiota te dijo eso?

Kurt sonrió.

—Fuiste tú, Jan.

El sargento meneó la cabeza con desesperación.

—¿Qué noticias tenemos de la gente del sótano que estaba tan ansiosa por cobrar su recompensa?

—Muchas más de lo que cabía esperar —respondió Jan—. Un montón de riñas

insignificantes entre vecinos, acusaciones de adulterio y bigamia y dedos acusadores. Comerciantes que tienen plomos en el fondo de las balanzas y pescaderos que aseguran que la captura de ayer todavía se mantiene fresca fuera de los barcos. Esa gente no ha tenido a nadie que escuchara sus quejas en casi cinco años, así que Faulheit ha tragado con todo.

—¿Algo que nos sirva? ¿Alguien ha mencionado a Dedos Blake o a Abram Cobbius?

—Unos cuantos afirman que Blake podría haberles levantado la bolsa, pero ninguno puede probarlo. Nadie parece saber dónde vive y nadie lo ha visto por lo menos desde ayer.

—¿Y respecto a Cobbius? —preguntó Kurt—. ¿Qué tenemos?

Jan suspiró.

—Si creemos lo que la gente dice, ese tipo es como una plaga que infecta todo y a todos los que están cerca de él. Ha estado jactándose de lo que hizo con Vink, amenazando con que era una demostración de que nadie podía tocarle un pelo. Los ciudadanos sienten pánico de Abram Cobbius y consideran que es absolutamente inmune, que está protegido desde las altas esferas por su primo Lea-Jan.

—Tenemos que demostrar que se equivocan. Si arrestamos a Abram, demostraremos que vamos en serio.

—Si arrestamos a Abram, acabaremos muertos —susurró el sargento—. ¡Y no quiero morir en este lugar!

Kurt miró detenidamente a su amigo más antiguo de Marienburgo.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Claro que hablo en serio.

—No. Tú estás convencido de que vas a morir aquí, en el Puente de los Tres Céntimos.

Jan no respondió, pero la expresión afligida de su rostro era elocuente.

—¿Por qué lo crees? —preguntó Kurt.

—Me echaron la buenaventura en Mitterfruhl —reconoció el sargento—. Todo lo que me dijo la vidente se ha cumplido... mi jubilación, que acudieras a mí en busca de ayuda, venir aquí. Me aseguró que si hacía lo que me pedías y arrestábamos a un hombre poderoso con la nariz rota, uno de nosotros moriría.

—¡Tonterías supersticiosas! ¿Y la creíste? ¿Cuánto pagaste a esa vidente?

—No aceptó mi dinero. Dijo que no sería correcto. Me aconsejó que lo guardara para los gastos de mi funeral.

Kurt meneó la cabeza.

—No voy a cambiar de idea sólo para evitar las predicciones de una vieja bruja desdentada. No me importa hasta qué punto te comiera el coco. Seguro que estaba a sueldo de Cobbius.

—Fue ayer cuando le rompiste la nariz, ¿recuerdas? —apuntó Jan—. La vidente me dijo todo eso mucho antes de que te ofrecieran la capitanía del Puente de los Tres Céntimos.

—Me da igual —reiteró Kurt—. Arrestar a Abram Cobbius es lo más importante que podemos hacer en estos momentos. De este modo mandaremos el mensaje a todo el mundo, tanto ciudadanos como criminales, de que vamos en serio. Si queremos ser algo más en Suiddock que una simple broma, tendremos que ocuparnos de lo peor que hay en este distrito.

—Estás cometiendo un error permitiendo una vez más que te venza la ira, Kurt —insistió Jan.

—Preferiría que me llamaras capitán Schnell cuando estemos de servicio —le espetó Kurt—. Puede que en el pasado fueras mi mentor, pero ahora soy tu superior, ¿o lo has olvidado?

—Sí, capitán.

—Así está mejor. Ya es hora de que salgas a patrullar las calles. Ve a ver qué tal se maneja Mutig en su primera ronda. Mientras lo buscas aprovecha para preguntar por ahí dónde podemos encontrar a Abram Cobbius.

Jan se cuadró y saludó a su antiguo pupilo, e inmediatamente abandonó la comisaría. Kurt descubrió a Belladonna mirándolo con perplejidad.

—No empiece —advirtió a la joven—. No estoy de humor.

* * *

Mutig invirtió toda la mañana en la búsqueda de una víctima que se ajustara a sus necesidades. La taberna que más prometía parecía ser El Descanso de Vollmer, una posada en el límite norte de Stoessel que contaba con una amplia terraza que se asomaba al Rijksweg. Mutig había reparado en media docena de hombres que habían entrado en la taberna dando tumbos y rayando la inconsciencia, y ninguno de ellos había conseguido salir aún.

Cuando el sol superó su cenit, el Gorra Negra decidió echar un vistazo por las ventanas grasientas de la posada. El receptor más prometedor de una tunda sin complicaciones estaba desplomado sobre la barra del salón. Exhibía dos cercos negros bajo los ojos y una hinchazón en el lugar que debía ocupar la nariz. Parecía como si alguien ya se hubiera encargado de los preliminares, aunque seguía al frente de la turba de borrachos que se tambaleaban a su alrededor, a juzgar por la manera que tenían de reírle los chistes y el respeto que mostraban por su físico. Era un hombre grande y feo, de amplio torso y con unos estrechos ojos de cerdo. No era ninguna belleza. Tenía algo que le resultaba vagamente familiar, pero fue incapaz de localizarlo

en su memoria, y seguramente carecía de importancia.

Mutig tenía la certeza de que podría tumbar a aquel bufón semiinconsciente de un golpe, pero decidió utilizar el acero revestido de la porra para mayor seguridad. No tenía sentido empezar una pelea si no se disponía de los medios para acabarla. Se separó de la ventana y contempló su reflejo en el cristal; se colocó correctamente la gorra negra en la cabeza. Sí. Las calles de Suiddock pronto se harían eco con admiración del nombre de Hans-Michael Mutig, y una vez que tuviera asegurada su reputación como el nuevo tipo duro del distrito no necesitaría volver a recurrir a la violencia. Lo único que le quedaba por hacer para que la diversión empezara de verdad era encontrar un lugar donde vaciar sus quejumbrosas tripas.

Cinco minutos después, Mutig entró a grandes zancadas en El Descanso de Vollmer y aguardó a que los parroquianos le prestaran atención. Sin embargo, la concurrencia estaba concentrada en su líder, que tragaba cerveza y se jactaba de que su primo le enseñaría a no sé qué advenedizo lo que significaba el auténtico poder. ¡Aquel mocoso cobarde había tenido el descaro de desahuciarlos de su propia taberna privada! Bueno, no tardaría en cambiar de opinión.

—¡Eh! —gritó Mutig, resuelto a causar una poderosa primera impresión—. ¿Quién de vosotros, escoria, quiere demostrar su hombría? —Caminó con paso firme en dirección al grupo de borrachos malencarados y enfiló directamente hacia la barra y el fanfarrón apoyado en ella—. Tú pareces un buen candidato —espetó al matón beodo con la nariz rota—. ¿Qué tal si te enseñó una lección que nunca olvidarás?

Mutig nunca supo qué lo golpeó. Sólo oyó el sonido de madera resquebrajándose como la cáscara de un huevo y poco más. Lo siguiente que advirtió fue un dolor intenso, seguido inmediatamente por una profundísima oscuridad.

* * *

Faulheit finalizó la entrevista con el último aspirante a soplón alrededor del mediodía. Trasladó la escasa información que había obtenido a Kurt y pidió permiso para salir a por algo de comer. Regresó caminando distraídamente poco después con un pastel que había comprado en un puesto que acababa de inaugurarse en el lado opuesto del puente.

—El propietario ha oído lo de su tendencia a lanzar florines de oro al aire y ha decidido probar suerte con la esperanza de que repita su actuación —explicó Faulheit al capitán cuando éste apareció en las escaleras atraído por el olor a carne humeante—. Creo que es el primer negocio que abre desde la última vez que cerró sus puertas la comisaría del Puente de los Tres Céntimos.

—Eso es bueno. Significa que estamos empezando a cambiar las cosas —replicó

Kurt pasándose la lengua por los labios. Olisqueó el aire con un gesto de aprobación sin apartar la mirada de la comida de Faulheit—. ¿Qué lleva el pastel?

—Cerdo largo y castañas, creo. Nunca antes había comido cerdo largo; está delicioso.

Belladonna regresó de acompañar a la puerta de la comisaría al último de los ciudadanos decepcionados. Ningún informante se había ganado la mítica bolsa de florines de oro, y la mayoría se mostraron aún más fastidiados cuando se enteraron de que el capitán había estado arrojando monedas por la calle. También la agente entró extasiada con el aroma de la comida de Faulheit.

—¿De qué decías que era? —preguntó Belladonna.

El guardia suspiró con frustración porque las constantes preguntas le impedían hincar el diente al pastel que estaba suscitando tanto interés.

—Por última vez, es de cerdo largo y castañas.

Belladonna se quedó lívida al instante.

—¿Has dicho... cerdo largo?

—¡Por el amor de Manann! ¡Sí!

Kurt reparó en el repentino cambio en el semblante de la joven.

—¿Qué ocurre?

—Cerdo largo... He oído que así es como llaman en el Nuevo Mundo a la gente que se comen.

Belladonna salió disparada hacia la puerta principal con el tiempo justo para vaciar el contenido de su estómago sobre los adoquines. En el interior, Faulheit miraba fijamente su pastel a medio comer, cada vez más horrorizado.

—No creerá que esto es... que tiene pedazos de...

Dejó caer lo que quedaba de pastel, que salió rodando por el suelo hasta detenerse junto al calabozo más cercano, donde uno de los detenidos agarró los restos de carne y masa y los engulló. Aquello superó a Faulheit, que enfiló rápidamente hacia la entrada y se unió a Belladonna en un coro de arcadas que devolvían con presteza el contenido de sus estómagos.

Kurt pasó junto a ellos y se detuvo un momento sólo para ordenar a Faulheit que echara un cubo de agua sobre los adoquines cuando acabaran de vomitar. El capitán cruzó el puente para reunirse con el vendedor del pastel, un hombre pelirrojo y con el rostro rubicundo cubierto por un blusón bermellón, de pie junto a su carro.

—¡Hola, capitán! —lo saludó el vendedor—. Ya lo he oído todo de usted. Yo... Se ha convertido en toda una celebridad en Suiddock, y en un tiempo récord... Quién lo iba a decir, ¿eh? ¿Le gustaría probar uno de mis pasteles? Se olvidará de la escasez de carne fresca en cuanto los pruebe. Tengo algunos sabores nuevos fascinantes con los que he estado probando: ajo y cartílago, nabo y ratón de agua, cerdo largo y...

El capitán aferró con fuerza al carro y lo volcó violentamente, y los pasteles se

desparramaron por el suelo adoquinado.

—¡Dígame, por las barbas de Sigmar! ¿Qué cree que está haciendo?

Kurt recogió un pastel y lo sujetó con repugnancia entre los dedos.

—¿De qué es éste?

—De cerdo largo y castañas —respondió el vendedor con orgullo—. Es el que más se ha vendido hoy.

—¿Y de dónde saca el cerdo largo para sus pasteles?

—Hay un cúter en el muelle llamado *Vela gris* que me lo trae fresco del océano todas las semanas. Ojalá me suministrara más, pero supongo que con los tiempos que corren, con la guerra y todo eso, se dedicará sobre todo al transporte de armamento. La carne fresca es lo primero que se acaba, por eso es tan difícil conseguirla...

Kurt partió el pastel en dos y ofreció una de las mitades al vendedor del rostro pecoso.

—Pruébelo usted mismo y dígame a qué le parece que sabe.

El hombre se metió un buen pedazo en la boca y masticó con alegría, con el ceño fruncido mientras pensaba.

—Bueno, es carne, eso es obvio. Tiene algo de cerdo, la verdad, aunque también distingo otros sabores.

En un principio, cuando Kurt le reveló lo que era el cerdo largo, el vendedor no le creyó, pero breves instantes después un velo de silencioso terror le cubrió el rostro y rápidamente arrojó al suelo el resto del pastel.

—¿Quiere decir que he estado vendiendo...? ¿Que lo que vendía era...? Oh, cielos...

—¿Qué lleva el *Vela gris* cuando se hace a la mar?

—Exploradores, comerciantes, mercaderes, aventureros... ya sabe, gente por el estilo.

—¿Y ha visto alguna vez a esas personas regresar a tierra?

—No, pero supongo que decidirían quedarse por ahí. Según me han dicho, lleva mucho tiempo divisar el Nuevo Mundo. Por lo que he oído, el viaje en barco puede durar meses o años.

—Si el viaje duran tanto, ¿cómo es que el *Vela gris* sale y regresa todas las semanas, eh?

El vendedor estaba apunto de contestar cuando se dio cuenta de que no tenía una respuesta para aquella pregunta.

—Ahora que lo dice, no lo sé.

Belladonna se había recuperado lo suficiente como para reunirse con Kurt junto al desbaratado carro de madera.

—¿Qué tenemos? —preguntó la agente.

—Un navío llamado *Vela gris* ha estado ofreciendo viajes al Nuevo Mundo —le

explicó Kurt—. Pero en vez de facilitar a la gente la experiencia de sus vidas, sospecho que los llevan a alta mar, donde los descuartizan y los traen de regreso al puerto como frescas piezas de cerdo largo. —Escudriñó el rostro turbado del vendedor y le preguntó—: ¿Quién es el dueño del *Vela gris*?

—El capitán Marius lleva el mando a bordo, pero creo que el propietario es Abram Cobbius.

Kurt torció el gesto.

—Menudo imperio se ha montado en el barrio.

—Y sospecho que todavía no hemos descubierto ni la mitad —indicó Belladonna—. Pero lo que sea que esté ocurriendo en el *Vela gris*, es un delito mojado, así que se sale de nuestra jurisdicción. ¿Tiene algún amigo en la guardia fluvial que se pueda encargar del caso?

El capitán asintió.

—Y que además me debe un favor. Le enviaré un mensaje sugiriéndole que investigue el *Vela gris*. Cuanto antes empecemos a apretarle las tuercas a Cobbius y sus negocios ilegales, mejor.

—No está acostumbrado a que lo desafíen, Kurt. No reaccionará bien —le advirtió.

—No empiece, ya he tenido bastante con Jan. Además, quiero a Abram Cobbius furioso y fuera de sus casillas. De ese modo cometerá antes un error y sobrepasará los límites... y entonces tendremos motivos para detenerlo. Y cuando eso suceda, unas cuantas horas en una celda interrogándolo le sacarán la verdad sobre lo que hizo con Vink. Quiero a ese animal encerrado en Rijker tanto tiempo que acabe pudriéndose.

* * *

Cuando Mutig recuperó la consciencia, olía mejor que veía dónde estaba. Todo era borroso a su alrededor, como si alguien le hubiera untado de grasa los globos oculares. Alcanzaba a oír murmullos broncos y risas distantes, pero en un principio no reconoció las voces. Sin embargo, el olor que penetraba por sus fosas nasales lo conocía muy bien. Era el hedor a cerveza rancia y a serrín, a humo de pipa y al sudor frío del pánico abyecto que flotaba en el aire como la neblina de la última hora de la tarde que provenía del mar. Otro olor se mezclaba con los primeros: el característico hedor ácido de la orina. Alguien no había podido controlar su vejiga. Mutig dejó caer la cabeza contra el pecho. Su visión continuaba siendo una masa de figuras borrosas y de formas imprecisas que oscilaban, pero descubrió una oscura mancha en su uniforme, alrededor de la entrepierna y de los muslos. Él era quien no había podido controlar la vejiga. Su humillación era total.

Intentó cubrirse, pero se encontró con que tenía los brazos atados a la espalda. Las cuerdas estaban tan apretadas que le habían cortado la circulación por las extremidades superiores, y las sentía como unos trozos inservibles de plomo. También le habían atado las piernas a la silla en la que estaba sentado, impidiéndole moverlas. Más cuerdas le mantenían el torso inmovilizado, de modo que no podía hacer nada más que forcejear inútilmente con ellas; cuando lo intentó sólo consiguió alertar de que había recuperado el sentido a las voces que murmuraban en torno a él.

—No podéis retenerme aquí —advirtió, y se sorprendió de lo débil y poco convincente que sonaron sus palabras, además del miedo que reflejaban. Se pasó la lengua por los labios en un intento de humedecer la piel agrietada y ensangrentada—. En la comisaría todo el mundo conoce la ruta de mi ronda. Vendrán a buscarme si no regreso pronto.

—Déjalos que vengan —replicó con desprecio una voz áspera.

Su interlocutor estaba plantado delante de él, pero el Gorra Negra era incapaz de distinguir sus facciones y entornó los ojos para intentar ver con mayor precisión, pero el esfuerzo le provocó un dolor punzante que le atravesó el cráneo.

—¿Qué te pasa, chaval?

—No te veo —respondió Mutig, cada vez más consciente de la opresión que sentía en el pecho y que no sabía si se debía a un dolor muscular, a una consecuencia del miedo o a algo peor—. ¿Quién eres?

El hombre se inclinó sobre el Gorra Negra. Estaban tan cerca que lo único que podía respirar Mutig era el rancio aliento de su oponente, que no era otro que el matón con los cercos negros alrededor de los ojos y la nariz rota, la persona a la que Mutig había retado.

—Me llamo Cobbius, gusano patético. —Se señaló con un dedo la trompa adherida a su rostro—. ¿Ves esto? Me lo hizo tu capitán ayer. No me sorprende que no me reconocieras cuando entraste. ¡Por el aspecto de mi cara debería estar flotando en las aguas cercanas al Doodkanaal!

Mutig se atragantó con su saliva cuando oyó el nombre de su captor.

De toda la gente que podía haber elegido para pelearse, de algún modo el destino lo había conducido hasta uno de los sádicos con peor reputación de Suiddock.

—Si me torturas, el capitán comprenderá que lo hiciste por ese motivo —le advirtió. Sus palabras reflejaban más valentía de la que sentía.

Cobbius se limitó a reír y sus hombres lo secundaron.

—¿Torturarte? ¡Una idea maravillosa! No se me había ocurrido. Estaba a punto de arrojar tu cuerpo a un cúter que yo me sé y convertirte en exquisitos pedazos de cerdo largo. Me encanta un buen trozo de cerdo largo. Pero me has dado...

Sus palabras quedaron interrumpidas por el sonido de pasos que se acercaban a la carrera, e inmediatamente se abrió con violencia la puerta de la taberna.

—¿Marius? ¿Por qué entras de esta manera, corriendo como si te persiguiera una manada de lobos de Ulric? La taberna está cerrada. ¿O es que no has leído el letrero que hay colgado fuera?

Una voz con el refinado acento bretoniano, desconocida para Mutig, respondió:

—Se trata de la guardia fluvial. Ha confiscado el *Vela gris* y está registrando la bodega. Yo he escapado porque estaba en tierra firme realizando una entrega en el mercado de carne.

—¿Por qué la guardia fluvial se interesaría por mi barco? —inquirió Cobbius en un tono cada vez más encolerizado.

—¡Se ha enterado de lo que hacemos a bordo! Me acerqué sigilosamente y oí de refilón a un grupo de agentes hablando en el muelle. Alguien ha debido de darles el soplo.

—Querrás decir que se ha enterado de lo que haces tú a bordo. El *Vela gris* es de mi propiedad, pero yo te lo arrendé, Marius. Tú eres el capitán. Eres el responsable de todo lo que ocurre a bordo.

—¡Pero yo seguía tus instrucciones, Cobbius!

—Es tu palabra contra la mía. Y yo cuento con mi primo para que declare a mi favor.

—Yo no conozco a tu primo —protestó Marius.

—Sí. Si que lo conoces. Él estuvo de testigo cuando te arrendé el *Vela gris*, ¿o no lo recuerdas?

—¡No! ¡Estás mintiendo!

Mutig oyó el brusco bufido del resto de los hombres que se encontraban en la taberna.

—¿Me acabas de llamar mentiroso? —preguntó Cobbius. Su voz revelaba una furia implacable.

—No. No era mi intención...

—¡Me has llamado mentiroso y lo has hecho delante de mis hombres!

—Por favor, estaba alterado, sólo intentaba...

—¡Nadie me llama mentiroso, maldito bretoniano profanador de tumbas cara de sapo!

Mutig oyó que un movimiento rápido y certero cortaba el aire antes de hundirse en su blanco. El golpe sonó como un cuchillo de trinchar atravesando una col, y alguien jadeó y gorjeó repetidamente antes de desplomarse como un peso muerto sobre el suelo de madera.

—¡Chúpate ésa, Marius! —gruñó Cobbius.

Los demás rompieron a reír. Se respiraba una sensación de alivio en la atmósfera reducida y viciada de la taberna.

Mutig tragó saliva temiéndose lo peor. Si ésa era la forma que Cobbius tenía de

lidar con los subalternos que le desagradaban, ¿cómo, en el nombre de Manann, trataría a un miembro de la guardia de vigilancia? La respuesta no tardó en llegar, aunque el Gorra Negra no halló en las palabras de su captor ningún motivo para tranquilizarse.

—Veamos, ¿dónde estaba antes de que ese idiota me interrumpiera?

—Tortura —apuntó uno de los hombres.

—Eso es. Tortura —repitió Cobbius. Se inclinó hacia delante y su rostro apareció perfectamente definido ante los ojos horrorizados e inundados de lágrimas de Mutig—. Dime, ¿sabes leer y escribir?

—SSSí —respondió el guardia—. Un po... poco.

—Eso esta bien. La educación es importante. A menudo desearía haber hecho el esfuerzo de estudiar un poco más. —Los hombres a su alrededor rieron; disfrutaban del buen humor de su amo. Abram les hizo callar y retomó el minucioso interrogatorio a Mutig—. Así pues, mi inoportuno invitado... ¿Con qué mano escribes, eh?

—Con la derecha —gimoteó Mutig, incapaz de ocultar su miedo por más tiempo.

—Que alguien me deje un cuchillo —solicitó a la concurrencia de la sala—. Y que esté bien afilado. No queremos pasarnos toda la tarde trinchando, ¿verdad? Estoy seguro de que este Gorra Negra tendrá que ir a algún sitio, tendrá cosas que hacer...

Mutig empezó a gritar y ya no paró hasta una hora después.

DIEZ

Lothar Holismus pensó que estaba soñando y que su conciencia lo torturaba de nuevo reproduciendo la pesadilla que lo había atormentado durante años. En el sueño de Lothar aparecía su hermano Joost susurrándole al oído que alcanzaría la salvación si se fundía con el Caos. Lothar había venerado a su hermano mayor, a quien había considerado una figura paterna, ya que nunca había conocido a su verdadero padre y, puesto que la diferencia de edad entre ambos era tan grande, Joost había asumido ese papel en el hogar de los Holismus de manera natural. Joost representaba todo lo que Lothar anhelaba ser: valiente, un líder carismático y una figura respetada en todo Suiddock. Nunca había sentido tanto orgullo en su vida como el día que habían nombrado a Joost capitán de la comisaría del Puente de los Tres Céntimos. Lothar había sido uno de los ciudadanos que se habían congregado a las puertas de la comisaría el día de la inauguración y había aclamado al nuevo capitán cuando había anunciado su intención de convertir aquel distrito en un lugar seguro para las mujeres y los hombres honrados, decentes y trabajadores de Marienburgo.

La crisis de Joost no había tardado en manifestarse. Cada vez dedicaba más tiempo a la comisaría, hasta el punto de que el resto de la familia Holismus se pasaba meses sin verlo. Ya por entonces, Lothar oía susurros advirtiéndole que su hermano no se encontraba bien, que incluso sufría un desequilibrio, que tomaba decisiones contrarias a la razón y que ponían en peligro las vidas de los Gorras Negras destinados en el Puente de los Tres Céntimos.

Un día, el joven Lothar había regresado a casa y se había encontrado a su madre sollozando en la cocina y estrujando un trozo de papel ensangrentado en el que sólo se leían tres palabras: «Sálvame Tu hijo». A pesar de que era casi ilegible, Lothar había distinguido la letra de Joost. Después de tranquilizar a su madre había salido disparado hacia la comisaría en busca de su hermano y había llegado a tiempo para presenciar cómo Joost hería de muerte a un Gorra Negra y luego, trastornado, se hundía una daga en el rostro. Lo último que alguien había visto del capitán Joost Holismus era que se arrojaba al agua desde el Puente de los Tres Céntimos y ya no regresaba a la superficie.

Sin embargo, todas las noches lo acuciaban las visiones de su hermano, rendido a la oscura tiranía del Caos. Descubrir que tu hermano, la persona a la que habías

venerado, podía asesinar a personas inocentes y suicidarse, y todo ello en nombre del Caos... había sido excesivo para Lothar, y el guardia se había refugiado en la bebida para ahogar las penas y escapar de la realidad.

De una de sus borracheras se había despertado convertido en miembro de la Guardia de Vigilancia Metropolitana; durante su estado de embriaguez absoluta se había alistado para servir los siguientes diez años en los Gorras Negras. Desde entonces había estado dando tumbos de una comisaría a otra, deshonorando el buen nombre de su familia y el uniforme que vestía. Lothar no se atrevía a echarse a dormir sin la ayuda del alcohol, pues, cuando dormía sobrio, Joost aparecía en sus sueños para mofarse de él y torturarlo. El en otro tiempo noble rostro era ahora una horrible parodia de sí mismo; sus facciones se habían retorcido y deformado, sus labios se habían contraído y su lengua era una negra y purulenta sombra en una boca que silbaba y escupía al hablar, como si una serpiente estuviera habitando el cuerpo de Joost. De modo que Lothar bebía hasta caer dormido todas las noches y así mantenía el demonio a raya. Impedía que apareciera el espectro de su hermano con cerveza o cualquier otra bebida más fuerte.

Cuando llegó al Puente de los Tres Céntimos, Lothar supo que era su última oportunidad de redención. Era toda una ironía que se tratara del mismo lugar que, al parecer, había provocado la vergüenza y el suicidio de su hermano, y había destrozado a su madre, cuya muerte, según había determinado el boticario, había sido causada por un ataque al corazón. No obstante, Lothar sabía que la había provocado un corazón roto.

En cuanto puso el pie en la comisaría, Lothar se prometió a sí mismo que no bebería, sin importar cómo se desarrollaran los acontecimientos ni hasta qué punto lo atormentaran las pesadillas. Si no quería acabar como Joost, debería dejar la botella y empezar a construirse una vida nueva. Lothar había recibido con agrado que el sargento Woxholt hubiera sugerido su nombre para el turno de noche. Esperaba que dormir durante el día mantendría alejado el fantasma de Joost, y mientras subía tambaleante junto a Raufbold y Narbig hacia el nuevo dormitorio que daba a la parte trasera de la comisaría, Lothar mantenía la esperanza de poder dormir de verdad por primera vez en años y despertarse sin resaca ni ver interrumpido su sueño con un doloroso martilleo en la cabeza.

Sólo cerrar los ojos y descansar por primera vez después de mucho, mucho tiempo.

—Yo puedo conducirte a la salvación —le susurró la voz sibilante y persuasiva.

—Déjame en paz —murmuró Lothar dormido, revolviéndose en el lecho.

—Acepta la salvación que te brindo y nunca más volverás a conocer el dolor o el miedo.

—¡Te he dicho que me dejes en paz! —gritó Lothar, despertándose sobresaltado e

incorporándose en la cama como un resorte, convencido de que encontraría la presencia fantasmal encima de él. Lo que descubrió, por el contrario, fue los rostros hoscos de Raufbold y Narbig, coléricos porque los había despertado.

—¡Para con eso, Holismus! —gruñó Raufbold desde su cama en el otro lado de la habitación—. Como no lo hagas tendré que ir yo a ocuparme del asunto. ¿Me has entendido?

El semblante malencarado de Narbig sugería que estaba más que dispuesto a secundario en el cumplimiento de su amenaza.

—Lo siento —masculló Lothar—. Supongo que he tenido una pesadilla.

—Vuelve a dormirte —susurró Narbig antes de darse la vuelta y desaparecer de la vista de Holismus. Raufbold lo imitó murmurando amenazas y maldiciones.

Lothar se dejó caer de nuevo en la cama y poco a poco sintió que los latidos acelerados de su corazón se calmaban. Bajo su cama se abría una ventana, desde donde se divisaba el Bruynwarr y el sur de Suiddock, que habían cubierto con una sábana para evitar el paso de la luz del sol, y Lothar tuvo la impresión de que una sombra cruzaba la tela. Sin embargo, resolvió que eso era algo imposible. El dormitorio se encontraba en el piso superior de la comisaría y al otro lado de la ventana no había nada más que la caída en vacío al canal secundario que comunicaba el Bruynwarr con el Rijksweg. No sobresalía ningún alféizar ni balcón, nada sobre lo que pudiera sostenerse alguien lo suficientemente loco como para trepar por uno de los edificios adyacentes y cruzar a la fachada de la comisaría. La luz volvió a oscilar en la sábana y atrapó la mirada de Lothar. Probablemente no se trataba más que de una gaviota que revoloteaba en el exterior y proyectaba su sombra en la ventana.

—Acepta la salvación que te brindo... —susurró la voz.

—¡Hey! ¿Habéis oído eso? —gritó Lothar—. ¡Jorg, Joachim! ¿Habéis oído esa voz?

—¿Qué voz? —preguntó cansinamente Narbig.

—¡No hemos oído ninguna maldita voz! —bramó Raufbold—. ¡Duérmete, por el amor de Manann!

Pero Lothar no podía dormir, no se atrevía a dormir. Sabía que su hermano había vuelto y lo acechaba en el filo del sueño, aguardando para revelarse en cuanto cayera dormido, y ya sólo le restaba esperar su regreso.

—Acepta la salvación que te brindo y nunca más volverás a conocer el dolor o el miedo —le silbó de nuevo la voz.

Convencido ya de que le susurraba desde el otro lado de la ventana, Lothar se dio la vuelta en la cama y con la mano temblorosa alcanzó una esquina de la sábana. Rozó con los dedos el burdo y áspero tejido. La luz del sol bañaba la ventana, y la inconfundible silueta de una cabeza humana se dibujaba nítidamente en la sábana. Lothar se llenó de valor, levantó el trozo de tela y descubrió un rostro que lo miraba fijamente. Tenía unos ojos que refulgían con malevolencia y una boca que exhibía la

parodia cruel de una sonrisa. Sus facciones retorcidas y deformadas goteaban, y su lengua negra se deslizaba y reptaba por los repugnantes labios contraídos.

—Ven conmigo, hermano —susurró Joost Holismus—. Ven conmigo y encuentra la salvación que he encontrado yo. ¡Fúndete con el Caos, Lothar!

* * *

—¿Cómo dices que me llamó? —bramó Henschamnn a la figura postrada en el suelo frente a él—. ¿Estás diciéndome que ese mocoso de Schnell me llamó «Casanova»? ¿Delante de toda la gente que pasaba por el Puente de los Tres Céntimos?

Oosterlee levantó la mirada y mantuvo la cabeza erguida el tiempo imprescindible para asentir confirmando sus palabras. Inmediatamente volvió a fijar la atención en los listones del suelo que se extendía bajo sus fofas piernas.

—¡Pagaré por insultarme de esa manera! Haré entender a ese advenedizo insolente que soy yo quien manda en Suiddock y en todos los que residen o trabajan aquí, que todo el mundo hace lo que yo diga y siempre que yo se lo permita. ¡Quienquiera que se atreva a volver a llamarme así recibirá una muerte atroz e ignominiosa!

Oosterlee deseó que el suelo de madera se lo tragara para no tener que continuar escuchando la explosión de cólera de Henschamnn. Ya era bastante vergonzante verse obligado a actuar como el chico de los recados de un vulgar criminal, por mucho poder que pudiera acumular ese criminal. El vástago de una notable familia de comerciantes nunca debería padecer una humillación igual. Resultaba tremendamente incómodo tener que postrarse delante de aquel psicópata consumado, sobre todo desde que Oosterlee conocía las tendencias de Henschamnn cuando alguien se presentaba con un informe insustancial o inoportuno.

No importaba que Adalbert fuera el jefe de la Liga de los Caballeros Emprendedores. Los ideales por los que se regía en aquel tipo de situaciones podían resumirse en tres palabras que, aunque sencillas, cortaban el aliento: apalea al mensajero. Y ahora Oosterlee era el mensajero, y la ira con la que Henschamnn imprecaba era evidente, pues se le habían hinchado las venas del cuello y de la sien.

La sarta de maldiciones e insultos continuó varios minutos más hasta que llegó a su fin por simple agotamiento. Henschamnn se hundió en la silla del extremo más alejado de la mesa de reuniones de la Junta Directiva y dejó al desdichado Oosterlee pegado al suelo junto a la puerta.

—No obstante, no hay por qué derribar a Schnell directamente. He estado haciendo ciertas promesas, así que el nuevo capitán puede campar a sus anchas cuanto quiera. Mejor hacerlo sufrir castigando a uno de sus hombres. ¿Tienes alguna

sugerencia?

Cuando Oosterlee se percató de que le había hecho una pregunta, volvió a levantar la cabeza.

—¿Me pide una sugerencia?

—Sí, necesito saber qué Gorra Negra de Schnell debería castigar en lugar del capitán.

—Había una mujer a su lado... joven, atractiva, hermosa a su manera. Estoy seguro de que su sufrimiento atormentaría enormemente al capitán si finalmente opta por ella.

—Lo haría, pero hasta hace nada era la niña de los ojos del comandante. Si le hago daño, podría malinterpretarse como una puñalada en el corazón del jefe de la Guardia de Vigilancia Metropolitana en vez de como un atentado a la figura del capitán Schnell. No, deberá ser uno de los otros. ¿Viste alguno más que pudiera ser un candidato adecuado?

Oosterlee meneó la cabeza sin atreverse a añadir nada más.

—Muy bien —aseveró Henschamnn levantándose de la silla—. Dejaré la decisión final a uno de mis matones. De todas formas, conviene delegar responsabilidades para luego poder negar las acusaciones y todas esas tonterías.

—En efecto.

Henschamnn se detuvo un momento junto a la figura postrada en el suelo.

—¿Y bien? ¿A qué esperas, bola de sebo?

—Hay otro punto en el informe que hasta ahora no he encontrado el modo de transmitirle.

—¡Por las barbas de Sigmar! ¡Trata de hablar con palabras sencillas por una vez en tu obesa e indigente existencia!

—Sí, claro. Se trata de los florines de oro que me dio como obsequio para el capitán...

—¿Qué has hecho con mis monedas? —preguntó Henschamnn frunciendo el ceño.

—Schnell me las arrebató de las manos y las lanzó al aire. Intenté recuperarlas, pero la inmensa mayoría cayó en manos de la chusma que frecuenta el Puente de los Tres Céntimos durante el día. —Oosterlee rebuscó en un bolsillo y extrajo tres solitarios florines—. Me temo que esto es todo lo que pude recuperar.

—Entonces ésa será tu paga.

—¿Cómo dice?

—Trágate las.

—Pero prometió que si hacía lo que me pedía, me perdonaría la deuda.

El rostro de Henschamnn se ensombreció.

—Has fracasado estrepitosamente en el cumplimiento de las tareas que te

encomendé. Así que, a partir de ahora, tu deuda se ha duplicado, como compensación de tu espectacular fracaso.

—¿Duplicado? —inquirió Oosterlee con la voz temblorosa a punto de quebrarse.

—Dejaré que te quedes con esos tres florines si te los tragas. Aquí y ahora.

El comerciante, postrado en el suelo, miró fijamente las monedas que sostenía en la palma rechoncha y sudorosa de la mano.

—En ese caso tendré que rechazar su generosa oferta y devolverle los Horines.

—No era una oferta, Oosterlee. Era una orden. Trágate las. Ahora.

Henschamnn contemplaba a su subalterno mientras éste intentaba tragarse la primera moneda. Casi inmediatamente, Oosterlee empezó a ahogarse; el florín de oro se le había atascado en la tráquea y se negaba a continuar descendiendo. El hombre tosía y escupía, y su respiración degeneró rápidamente en un desesperado jadeo que suplicaba ayuda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Henschamnn—. ¿Tienes problemas para tragarla?

Oosterlee asintió con el rostro cada vez más morado. Se agarraba la garganta con los dedos debilitados mientras hacía gestos para que le diera algo de beber. Henschamnn agarró una copa de plata con vino blanco y la derramó sobre la cabeza de Oosterlee, regocijándose con el escozor que el líquido provocaba en los ojos de su agonizante víctima.

—Helga, ¿puedes venir? Creo que mi invitado necesita ayuda.

La enorme y hombruna guardaespaldas irrumpió en la sala de reuniones y su rostro avinagrado se torció con desdén cuando vio a Oosterlee tirado en el suelo y a punto de perder el conocimiento.

—¿Era necesario hacer esto aquí? —preguntó la mujerona.

—Ayúdeme..., por fffavor... —jadeó Oosterlee.

Sus manos temblaron espasmódicamente y su cuerpo dio una sacudida, y luego otra que fue la última. Un charco de un líquido amarillo empezó a formarse debajo del cadáver de Oosterlee según se le relajaban los músculos y su vejiga vaciaba el orín que contenía.

—¿Lo ve? —preguntó la guardaespaldas señalando los excrementos en el suelo de madera—. Ahora no sólo tengo que deshacerme de este gordo, sino que también tengo que limpiar lo que ha soltado. Hubiera sido mucho más fácil si lo hubiese dejado en mis manos desde el principio.

—Entonces, ¿qué tendría de divertido? —se preguntó Henschamnn en voz alta—. Arroja esta vaca a la cámara privada del piso de abajo.

La «cámara privada» era una serie de puertas en la planta baja del Club de Caballeros de Marienburgo que supuestamente conducían a los inodoros del bar, aunque en realidad se abrían directamente al Bruynwarr, lo que suponía una desagradable sorpresa para los borrachos que cruzaban las puertas.

—Me da la sensación de que necesito un nuevo par de ojos y oídos en la comisaría del Puente de los Tres Céntimos.

Helga frunció el ceño.

—¿Esa comadreja de Bescheiden no es suficiente?

—Se venderá al mejor postor. Necesito alguien cuya lealtad esté fuera de toda cuestión.

La guardaespaldas se acarició la barbilla con gesto meditabundo.

—Uno de los Gorras Negras destinados en la comisaría compra sombra carmesí a nuestros traficantes. Controle su abastecimiento y lo tendrá controlado en cuerpo y alma.

Henschamnn sonrió, agradecido por aquella sugerencia.

—Estupendo. ¿Cómo se llama?

—Se hace llamar Jorg el Guapo.

* * *

Scheusal no tenía que reincorporarse al servicio hasta la puesta de sol, pero regresó a la comisaría antes de hora con la esperanza de volver a deleitarse con la comida de Gerta. La mujer se había ganado el favor de los Gorras Negras rápidamente, en parte debido a la desenfadada reivindicación de todos los crímenes que había cometido, aunque sobre todo gracias a la habilidad que había demostrado en la rudimentaria cocina de la comisaría. Era capaz de transformar los ingredientes más sencillos en un estofado que hacía la boca agua, mientras que su caldo de arenque y su pan de masa fermentada no tenían parangón.

Scheusal reparó además en que dedicaba muchos de sus pensamientos a Gerta desde que la mujer había llegado a la comisaría. Quizá se debiera a que el mismo Scheusal tenía una constitución más cercana a un barril de cerveza que al mástil de un velero, pero siempre había sentido debilidad por las mujeres con las caderas anchas y un buen trasero al que agarrarse. Eso por no hablar de la sonrisa de la cocinera, que era toda mejillas y hoyuelos, y un puñado de bonitas pecas en la nariz, todo ello enmarcado en una radiante cabellera. Scheusal incrementó la velocidad de sus pasos a medida que se acercaba a la comisaría y subió de tres en tres los escalones que conducían al primer piso, de modo que cuando entró en la cocina se quedó terriblemente consternado al encontrar a Bescheiden sonriendo dulcemente a Gerta y rogándole que le dejara meter mano a sus empanadillas.

—¿Qué has dicho? —inquirió Scheusal.

—Ha estado deleitándose con mis jugosas empanadillas —explicó Gerta con una sonrisa inocente.

Dejó de remover el guiso que preparaba en una olla profunda y levantó la tapa de una fuente para dejar a la vista un puñado de empanadillas de sebo en las que se entreveían las hierbas aromáticas y el enternecedor esmero en su elaboración. En el plato faltaban dos empanadillas y aún quedaba media docena para el guardia que acabara su turno y necesitara un plato caliente. Sin embargo, la mirada de Bescheiden estaba clavada en el escote, no demasiado discreto, de Gerta, que amenazaba con desparramar su contenido cada vez que se inclinaba sobre el fogón.

—Apuesto a que eso es lo que quiere —gruñó Scheusal, cuya mirada casi era merecedora de una acusación de homicidio sin premeditación—. Me alegro de verte aquí, con tanto tiempo de antelación a la hora de inicio de tu turno, Willito.

—Te pedí que no me llamaras así —protestó Bescheiden—. No es culpa mía ser más bajo que la mayoría.

—¿Quién ha dicho que estaba aludiendo a tu altura? —replicó Scheusal.

Gerta rio el comentario disimuladamente.

—¡Vaya par, siempre tan divertidos! ¡Nunca sé cuándo habláis en serio!

Scheusal pasó con aire despreocupado junto a la silla que ocupaba su colega, asegurándose de aplastar con el talón de la bota el pie izquierdo de Bescheiden. El diminuto guardia dio un grito ahogado de dolor y se le colmaron los ojos de lágrimas.

Aunque para entonces Gerta estaba ocupada cortando cebollas, advirtió el gemido del Gorra Negra, volvió la cabeza y reparó en las lágrimas que se deslizaban por el rostro de Bescheiden.

—Oh, pobrecito. Yo siempre lloro cuando corto cebollas. ¿A ti también te ocurre?

El agente asintió con resolución, y esperó a que Gerta se volviera para dedicar a Scheusal un gesto obscuro con los dedos. El hombretón contraatacó regresando distraídamente a la puerta y poniendo cuidado en pisar el otro pie de Bescheiden cuando pasó junto a él.

—Sí, Willito es todo un llorica. Las puestas de sol le hacen llorar.

Gerta movió la cabeza con aprobación y retomó su tarea.

—Me gustan los hombres que no tienen miedo de mostrar sus emociones. Mi amado siempre ha sido completamente sincero conmigo respecto a sus sentimientos.

Bescheiden resopló con incredulidad. El hombre al que Gerta se refería como «su amado» había sido uno de los mujeriegos con peor reputación de Marienburgo antes de que lo arrestaran y lo confinaran en la isla de Rijker. Scheusal posó la mirada en su colega y se cruzó la garganta con un dedo amenazador que dejaba claro lo que le ocurriría si se atrevía a contar a Gerta la verdad sobre Engelbert el Follador, como se le conocía entre los Gorras Negras. El hombrecito giró los ojos aunque asintió con la cabeza.

—Bueno, creo que será mejor que vaya a ver si alguien necesita ayuda abajo —dijo Bescheiden—. Sé que todavía quedan algunas horas para que empiece mi turno, pero

me gusta dar todo lo que llevo dentro.

—Honras el uniforme que vistes, Willito —susurró cariñosamente Gerta.

Bescheiden abandonó la cocina a grandes Zancadas con el rostro ensombrecido como un día de tormenta. Scheusal se concedió una sonrisa privada de triunfo cuando su rival desapareció y luego se acercó a Gerta.

—¿Has tenido noticias de tu amado últimamente? —se aventuró a preguntar.

—No. Nada desde el Mitterfruhl —admitió la cocinera—. Pero sé que piensa en mí. Yo siempre llevo a Engelbert en mi corazón.

Gerta rebuscó en el interior de la blusa que embutía su voluminoso busto y sacó un relicario que había tenido apretujado entre los pechos.

Abrió la tapa con un chasquido y mostró el interior del relicario a Scheusal. El hosco dibujo del camafeo tenía la mirada fija en el Gorra Negra; una única ceja recorría el rostro de Engelbert de lado a lado, como si fuera una oruga negra alargada, y sus labios dedicaban una mueca desdeñosa a quien hubiera estado dibujando el retrato.

—Siempre digo que es mucho más guapo de lo que sugiere el dibujo.

—Más le vale —musitó Scheusal.

—¿Decías, Jacques?

—Oh, nada. ¿Qué posibilidades tengo de hincarle el diente a una de tus famosas empanadillas, dime?



Kurt estaba furioso consigo mismo por haber humillado a Jan delante de Belladonna y de los presos. Ésa no era manera de tratar a sus subalternos, y mucho menos al mejor amigo que tenía en Marienburgo, al hombre que lo había ayudado a conseguir algo que poseía cierta apariencia de redención después de todo lo ocurrido. El exaltado temperamento de Kurt había supuesto su perdición en más ocasiones de las que hubiera deseado. El capitán permitía que la ira se impusiera a la razón y eran los demás quienes, sufrían las consecuencias.

Había combatido y había tratado de vencer ese demonio. A veces, sin embargo, una neblina roja lo envolvía y Kurt arremetía contra todo y contra todos los que estuvieran cerca de él. Ya le había pasado con Oosterlee, cuando la opción más sensata hubiera sido convertir al chico de los recados de Henschamnn en un arma contra su amo. ¿Qué tenía de malo que Jan creyera en las supersticiones? La gente que habitaba aquella ciudad atravesada por el agua tendía culto a una docena de creencias, ninguna de las cuales le sonaba convincente. Manann, Shallya, Ranald, Sigmar, Morr, Ulric... Había gente que los consideraba entes divinos. Para Kurt, por el contrario, no

eran más que simples nombres, apelativos muy prácticos en tiempos convulsos. Si bien había creído en alguno de esos dioses en el pasado, esa fe había sido aniquilada durante la guerra contra el Caos y se había derrumbado con lo que le había acontecido en Altdorf. Ya podía culpar al destino, a los dioses o a quien quisiera, Kurt sabía que él era el verdadero culpable de su pasado. Si quería construir con éxito una nueva vida debería hallar una nueva fe y una nueva fuerza de voluntad. Ya no podía seguir dejándose llevar por su temperamento.

Lo peor de su discusión con Jan era que el sargento tenía razón. Jan siempre tenía razón. Quizá en el momento podía parecer que se equivocaba, pero cuando se contemplaban los hechos con la perspectiva que daba el tiempo, se revelaba la sabiduría que contenían sus palabras. Darse cuenta de eso alimentó la ira de Kurt y sumó amargura a su arrepentimiento. Se disculparía en cuanto Jan regresara de su ronda y se aseguraría de hacerlo en público. Como el sargento le repetía con frecuencia, la auténtica medida del valor de un hombre radicaba en su capacidad para admitir los errores y responsabilizarse de ellos. No tenía por qué avergonzarse de reconocer que se había equivocado, sobre todo si servía para reparar la amistad más estrecha que Kurt había conocido desde Sara. No, no se pondría a pensar en Sara. Esas heridas todavía estaban demasiado frescas y seguían siendo terriblemente dolorosas.

De modo que casi se sintió aliviado cuando Molly entró en la comisaría procedente del templo.

—Capitán Schnell, ¿verdad? —preguntó en tono severo e implacable, con el rostro enmarcado en su cabellera rizada y rojiza.

—Sí, Molly. ¿Qué ocurre ahora?

—Todo iba bien hasta que uno de sus hombres entró tambaleándose en mi templo borracho como un miembro del Stadsraad y se enzarzó en una pelea con una mis mejores chicas. Astrid es una buena trabajadora que nunca crea problemas. Su hombre se ha encerrado con ella y no deja entrar a nadie. —La barbilla de Molly tembló ligeramente—. Me preocupa lo que pueda hacer a la pobre Astrid. Ella no haría daño a una mosca, pero él...

—¿De quién se trata? —preguntó Kurt sacando la porra de la funda prendida en un costado.

—Afirma que es el jefe del turno de noche, pero no me ha dicho su nombre.

—Holismus —señaló Belladonna mordiéndose el labio inferior—. Hace un rato lo vi salir dando tumbos. Lo siento, iba a decírselo, capitán, pero estaba ocupado...

—Eso no importa ahora. —Le interrumpió Kurt—. Espere aquí. Yo rescataré a Lothar de la botella en la que haya decidido ahogarse. —Se volvió a Molly—. Lléveme allí.

La mujer salió de la comisaría arremangándose la blusa y entró con paso decidido

en el templo, que el día anterior había exhibido un aspecto ruinoso, con bancos rotos y agujeros en el techo de paja, de modo que Kurt contempló con sorpresa el trabajo que habían realizado Molly y sus chicas desde entonces, redecorando el interior del edificio y reparando el techo. Molly condujo a Kurt por un salón profusamente amueblado, cruzaron una cortina de cuentas que dividía el templo en dos y recorrieron un pasillo con media docena de puertas a cada lado. Molly se detuvo junto a la última puerta del lado izquierdo y golpeó suavemente la madera con los nudillos.

—¿Astrid? ¿Sigues ahí?

—Sí —respondió la muchacha con la voz temblorosa y aterrorizada.

—Astrid, soy el capitán Schnell, de la comisaría de al lado. ¿Está Lothar Holismus contigo?

—Sólo me dijo su nombre de pila. Lothar. Recordaba haberlo visto ayer.

—¿Sigue ahí contigo?

—Sí. Se ha desplomado delante de la puerta y no puedo salir. No para de murmurar frases que no entiendo. Repite lo mismo todo el rato.

Kurt apoyó el hombro en la puerta e intentó abrirla de un empujón, pero la pesada pieza de madera no cedió.

—Astrid, ¿puedes pasar por encima de Lothar y abrir la cerradura?

—Tengo... Tengo miedo.

—Todo va bien, Astrid —la tranquilizó Molly—. No te ocurrirá nada. Sólo haz lo que te dice el capitán.

—¡Juuusto! —gritó una voz desde el interior de la habitación—. ¡Juuusto! ¡Juuusto!

—¡Holismus! ¿Eres tú? —bramó Kurt.

—¡Juuusto aquí...! —dijo el embriagado Gorra Negra, arrastrando las palabras.

—Holismus, ¿puedes abrir la cerradura para que entre? Quiero ayudarte.

—No puede ayudarme. Es demasiado tarde. Para todos nosotros. Ya llega.

—¿Quién llega, Holismus? ¿Quién es?

—¡Juuusto!

El capitán se dio de bruces con la realidad en cuanto cayó en la cuenta.

—No dice justo. Está diciendo Joost. Joost era su hermano mayor, Joost Holismus. Fue el capitán de la guardia de vigilancia del Puente de los Tres Céntimos hace algunos años.

Molly frunció el ceño.

—Pero ¿no se había ahogado?

—Esa fue la versión oficial —respondió Kurt recordando lo que habían sugerido los demás capitanes el día anterior en el despacho del comandante—. Lothar, ¿has visto a tu hermano Joost?

—Joost ha estado aquí...

—¿Aquí? ¿En el templo de Molly?

—En la comisaría. Joost se acercó a mí, me habló... Dijo que íbamos a morir todos...

—Ya se lo dije, llegó borracho —insistió Molly.

—Eso no lo dudo, pero Lothar llevaba cuatro días sin probar una gota —indicó Kurt.

—Entonces el síndrome de abstinencia está provocándole visiones. He visto gente que perdía la noción de la realidad y veía cosas durante su período de desintoxicación. Lo mejor que puede hacer es agarrarse otra vez a la botella —afirmó Molly.

—Para mí no es lo mejor —replicó Kurt—. Y tampoco para él. Si ha visto a su hermano, si, de hecho, está viéndolo y no son simplemente imaginaciones, es una impresión lo suficientemente fuerte como para arrojar a cualquiera al abismo.

—Capitán —susurró Lothar desde el otro lado de la puerta—. Lo he visto, lo juro. Pensé que sólo era una pesadilla más, pero Joost era real. No paraba de ofrecerse para conducirme a la salvación.

—Lothar, escuche, esto es importante. ¿Dónde lo ha visto?

—En el dormitorio. En el primer piso. Debió de trepar por la fachada del edificio. Estaba mojado, como si acabara de salir del canal. Creo que Narbig y Raufbold no lo vieron porque estaban durmiendo.

—Muy bien. Le creo —aseguró Kurt—. Ahora necesito que usted me crea a mí. A menos que abra esa puerta y libere a Astrid, será denunciado, sentenciado y probablemente pase el resto de sus días en Rijker. Pero estoy dispuesto a concederle otra oportunidad. Necesito su ayuda, Lothar. Juntos podemos salvar a su hermano. Pero para conseguirlo necesito que se mantenga sobrio. ¿Podrá hacer eso por mí? ¿O tengo que darme por vencido con usted y encerrarlo y arrojar al agua la llave de su celda?

Molly no recibió con agrado la propuesta del capitán.

—¿No va a arrestarlo? ¿Y qué pasa con la que está armando aquí, atemorizando a la pobre Astrid y destrozando los muebles?

—Si me ciñera a la ley, debería cerrar este lugar, por no hablar de que tendría que arrestarlas a usted y a las chicas —contestó Kurt—. Sin embargo, tanto yo como el resto de Suiddock tenemos problemas más apremiantes, así que he optado por aplicar en este lugar la política del vive y deja vivir. —Devolvió la mirada a la puerta—. ¿Y bien, Lothar? ¿Qué hacemos?

Una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió lentamente hacia dentro. Astrid salió como un ciclón de la habitación y se arrojó a los brazos de Molly. Kurt entró en el dormitorio y sacó a Lothar. El desolado Gorra Negra apestaba a cerveza, pero no le había puesto una mano encima a Astrid.

—Lléveselo de aquí —le instó Molly—. Y advierta al resto de sus hombres que tienen prohibida la entrada en mi establecimiento hasta que aprendan a beber.

—Mejor para mí —afirmó Kurt, y condujo a Lothar, que iba dando bandazos, fuera del local de Molly.

Los guardias salieron a la tenue luz de las últimas horas de la tarde y se toparon con un enorme carruaje que exhibía el emblema de la Guardia de Vigilancia Metropolitana estampado en un costado estacionado en el Puente de los Tres Céntimos. La presencia de aquel solemne vehículo había paralizado prácticamente el tráfico de los viandantes por el puente, y la multitud se agolpaba con la esperanza de descubrir qué importante visitante podía haberse detenido en el arco de un puente de tan mala fama. Algunos hombres con aire sospechoso y ataviados con uniformes desgastados se mezclaban entre el gentío e intentaban pasar desapercibidos, lo que resultaba una prueba irrefutable de que se trataba de desertores. Junto a ellos se apiñaban varios medianos que contemplaban con admiración los ornamentos tallados en las ruedas del carruaje. El cochero bajó del asiento de un salto y espantó a los medianos a patadas; luego abrió la puerta y desplegó los escalones que se abrían de dentro afuera. Una figura enjuta y con el rostro avinagrado surgió del interior y olisqueó el aire con desagrado. El hombre, elegantemente vestido, puso el pie en el suelo adoquinado y miró con desdén a Kurt.

—¡Maravilloso! Vengo a inspeccionar la comisaría de la guardia de vigilancia que acaba de reabrir sus puertas y me encuentro a mi capitán honorario recién ascendido abandonando, tambaleante y sosteniendo a uno de sus hombres embriagado, lo que tiene toda la apariencia de ser un burdel en el edificio contiguo —espetó el comandante—. Me alegra ver que está disfrutando de las prebendas que acarrea su cargo, capitán Schnell. ¡Pero quizá debería aconsejarle que se concentre en frenar la ola de crímenes que estamos padeciendo últimamente!

Kurt respiró hondo e hizo una venia a su comandante.

—Le pido disculpas, señor, pero no esperaba su visita tan pronto.

—Eso parece obvio —constestó el comandante, tapándose la nariz con un pañuelo de lino para enmascarar los olores—. ¿Y bien? ¿Va a invitarme a entrar en la comisaría o debo realizar mi inspección desde estos adoquines de aquí fuera?

—Por favor, pase. —Kurt dejó a Lothar apoyado contra la pared más cercana y se dirigió rápidamente hacia la entrada, pero antes de que pudiera acompañar a su superior al interior, Holismus se deslizó por la pared y ya roncaba cuando dio con sus huesos en el suelo.

Kurt bajó la cabeza, avergonzado. Lo habían pillado desprevenido y no tenía nada preparado. Empujó la puerta y la mantuvo abierta para que su distinguido visitante entrara.

—Bienvenido a la comisaría del Puente de los Tres Céntimos, señor —exclamó

Kurt proyectando la voz hacia el interior, con la esperanza de que Belladonna se percatara de la situación—. Confío en que reservará su veredicto definitivo sobre nuestros progresos en este lugar hasta ver todo lo que hemos logrado hasta ahora.

—No contaría con eso —contestó el comandante—. Ya estaba disgustado con su comportamiento antes de mi llegada. De hecho ése es el motivo de mi visita. Pero, al parecer, las cosas están mucho peor de lo que preveía. Esperemos que lo que vea a partir de ahora incline la balanza a su favor, capitán Schnell. De lo contrario, esta comisaría podría estar clausurada antes de que se ponga el sol y su nombre asociado a la vergüenza por el resto de sus días. Aunque si tenemos en cuenta su pasado en Altdorf, estoy seguro de que ya estará acostumbrado.

Sonrió y entró dándose aires en la comisaría, dejando a Kurt de pie en el suelo adoquinado, echando humo frente a una docena de ciudadanos perplejos.



Jan encontró los despojos de Mutig en un muelle en el norte del distrito electoral de Stoessel, de cara al Rijksweg. Al Gorra Negra le habían cercenado las dos piernas a la altura de las rodillas y casi un brazo completo, y le habían apretado unas correas de cuero alrededor de los muñones, lo que suponía una cruel prueba de que Mutig aún vivía cuando le habían realizado las brutales amputaciones. Había sido torturado; de eso no había duda. Alguien se había ensañado con el cuerpo del guardia de vigilancia con un entusiasmo feroz y se había deleitado con sus chillidos de agonía mientras le seccionaba las extremidades.

Si se hubiera tratado del cadáver de un criminal o de un prisionero de guerra, Jan habría considerado que aquel maltrato había formado parte de un espantoso interrogatorio. Sin embargo, la hoja de servicios de Mutig era intachable, aparte de la tendencia a ser citado por comportamiento violento justo cuando se incorporaba a un nuevo destino. Tenía reputación de matón, pero Jan albergaba sus sospechas respecto a ese tema e, independientemente de la veracidad de dicha reputación, no existía una razón cabal para el ultraje que Mutig había sufrido. Quienquiera que fuera el autor de aquello estaba mandando un mensaje y, para despejar cualquier duda, había grabado cruelmente cinco palabras en el torso del agente y le había desgarrado la guerrera para que las personas que encontraran el cuerpo tuvieran claro el significado de aquel asesinato. No era sutil, pero sí efectivo.

El sargento se acercó para leer el mensaje completo: «GORRAS NEGRAS FUERA DE SUIDDOCK». Había dos letras más grabadas en la piel de Mutig debajo de la palabra «SUIDDOCK». Jan meneó la cabeza, incapaz de creer que el sádico responsable de aquella atrocidad cometiera la temeridad de estampar su firma en el

cuerpo de su víctima. «AC». El sargento no tenía ninguna duda del nombre que se escondía tras aquellas iniciales: Abram Cobbius. «Kurt tenía razón —masculló Jan para sus adentros—. Cuanto antes arrestemos a ese animal, mejor para todos». Se arrodilló junto al cuerpo de Mutig y alargó una mano para cerrar delicadamente los ojos del cadáver, fijos en el horizonte.

—Todavía no estoy muerto —dijo entrecortadamente y con una voz áspera.

—¡Por los dientes de Taal! —exclamó Jan, que a punto estuvo de caerse de espaldas sobre el muelle del susto. Sin embargo, se recuperó rápidamente de la impresión y sacó un pequeño cuenco de calabaza seca del bolsillo de la guerrera; le quitó el cierre y derramó un poco del brandy bretoniano en la boca de Mutig. El Gorra Negra tosió un par de veces, regurgitando buena parte del líquido, aunque tragó lo suficiente para reanimarse levemente. Jan se quitó la guerrera y la colocó debajo de la cabeza de Mutig, proporcionándole una pizca de comodidad—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Cobbius... —El guardia de vigilancia se estremeció y su rostro se contrajo de dolor—. Abram Cobbius...

—¿Por qué?

Mutig casi sonrió.

—No lo reconocí... Buscaba a alguien para pelear...

Jan asintió.

—Zurras al matón más grande que encuentras el primer día en tu nueva comisaría y ya nadie te causa problemas, ¿no es eso?

—¿Cómo lo ha...?

—Reserva las fuerzas. —El sargento puso un dedo en los labios de Mutig para que no hablara—. Yo también he utilizado ese truco durante años, pero no deberías elegir locos sádicos como objetivo.

—Él me... me ha dicho... —Mutig empezó a toser y ladeó la cabeza.

De sus labios escaparon oscuras y terribles gotas de sangre y bilis que formaron un charco en el suelo del muelle.

—¿Dónde ha ocurrido?

Los ojos de Mutig lanzaron una mirada de soslayo hacia la taberna.

—Pero ya no está. Su primo lo llamó.

—¿Lea-Jan Cobbius?

Mutig asintió. Tenía la tez cada vez más pálida.

—Dile al capitán... que siento no...

Jan se inclinó para oír lo que le decía el Gorra Negra, pero Mutig ya estaba muerto.

ONCE

Kurt acompañó al comandante en su visita a la comisaría mientras Belladonna se ocupaba de Lothar. Aunque en ese momento las celdas estaban vacías, el comandante se mostró intrigado.

—¿Mantiene a los prisioneros a la vista de todos?

—Es una manera de que la gente que entre en la comisaría vea lo que ocurre con quienes quebrantan la ley —respondió Kurt, que ejerciendo su papel de guía condujo a su superior al primer piso—. Tenemos tres habitaciones orientadas al sur, al Bruynwarr, y tres habitaciones que dan a la parte delantera, al Puente de los Tres Céntimos. He asignado una cámara de las que dan al sur como dormitorio para los hombres, y el cuarto adyacente, como lavabo. El turno de noche está durmiendo en estos momentos. El turno vespertino puede desplazarse a sus casas entre los períodos de servicio. El cuarto restante en la parte trasera del edificio funciona como sala de interrogatorios y comedor. En el otro lado tenemos la cocina, mi despacho y las dependencias para mujeres.

—¿Dependencias para mujeres? —preguntó con sorna el comandante—. No se ajusta demasiado al protocolo que rige una comisaría de la guardia de vigilancia, ¿no le parece?

—Con todos mis respetos, señor. Usted asignó a Belladonna Speer a esta comisaría, así que tuvimos que habilitar unas dependencias para ella. Además hemos contratado los servicios de otra mujer, Gerta Gestehen, que cocina para todos.

—¿Gestehen? Creo que he oído ese nombre antes.

Kurt suspiró.

—Probablemente la conoce como Gerta la Charlatana. Entró en la comisaría y confesó que estaba relacionada con el asesinato del elfo, Arullen Silvermoon.

El comandante puso los ojos en blanco.

—Esa mujer goza de una triste fama entre los Gorras Negras por sus desenfrenadas confesiones. No me diga que es usted tan estúpido como para tragarse una de sus estrambóticas revelaciones.

—Su historia era falsa, como de costumbre, pero tenía en su poder una prueba que la relaciona con la víctima. Creemos que pudo haberla adquirido del asesino o de alguien que por lo menos presencié cómo se deshacían del cuerpo. Hasta que

encontremos a ese individuo mantendremos a Gerta aquí. Es el lugar más seguro para ella.

—Crea eso si quiere, pero dudo que los ciudadanos más sensatos compartan su opinión, Schnell.

—Puede ser...

—¡Basta! —espetó el comandante—. Ya he visto suficiente de este agujero. Lléveme a su despacho, capitán. Tenemos que hablar. Aunque sería más preciso decir que yo tengo que hablar y usted tiene que escuchar. —Kurt lo guio hasta el destartado despacho. Las tres sillas y el improvisado escritorio no causaron muy buena impresión al comandante—. Siéntese, Schnell. Lo que tengo que decirle no nos llevará demasiado tiempo, siempre y cuando esté dispuesto a escucharlo.

—Yo siempre estoy dispuesto a...

—¡No me interrumpa! —gruñó el comandante, que se paseó lentamente en círculo por la habitación como si estuviera marcando su territorio—. En primer lugar, creo que necesita de manera apremiante algunas lecciones sobre tacto y diplomacia. Por lo que me han contado, desde que ayer llegó a este lugar sus únicos éxitos se cuentan entre los nuevos enemigos que ha conseguido granjearse. En el espacio de un día ha vuelto más gente en contra de usted, de esta comisaría y de todas las personas que trabajan en ella que la mayoría de los capitanes de la guardia de vigilancia en toda su carrera. ¿Se ha propuesto que maten a alguien?

—No, señor, pero yo...

—¡Le he dicho que no me interrumpa!

Kurt cerró la boca, dispuesto a permanecer callado y aguantar todos los agravios y las advertencias que habían motivado la visita del comandante. Discutir con aquel hombre no aportaría nada bueno a la comisaría.

—Así está mejor —aseveró el comandante tras una prolongada pausa—. Como le decía, se ha creado una lista nada corta de enemigos que no van sólo contra usted sino, por extensión, contra la Guardia de Vigilancia Metropolitana de todo Marienburgo. Tengo miembros de la Stadsraad reclamándome su cabeza, mientras que la mitad de los comerciantes de la ciudad han firmado una solicitud para su degradación. Francamente, me sorprende que el Gremio de Estibadores y Operarios Portuarios no lo haya amenazado con bloquear Suiddock. Es la única de las fuerzas más poderosas del distrito que no ha puesto el grito en el cielo contra usted. A menos que aprenda a actuar con mayor discreción, dudo que llegue vivo al Geheimnistag. — Se detuvo junto a una de las ventanas que se asomaban al Puente de los Tres Céntimos—. ¿Y bien? ¿Qué tiene que decir en su favor?

Kurt respiró hondo antes de hablar, tomándose el tiempo necesario para elegir cuidadosamente las palabras.

—Imagino que la mayoría, si no todas esas quejas, tienen un único origen:

Adalbert Henschamnn. Ayer le hice una visita y le comuniqué que los días en que su Liga de los Caballeros Emprendedores podía robar y extorsionar impunemente a los ciudadanos de Suiddock se habían acabado. No recibió con agrado mis palabras.

—No me sorprende. ¿Henschamnn lo amenazó?

—Por supuesto. También mandó a un gordo llamado Oosterlee para que me sobornara. Nada de todo eso le funcionó.

El comandante miró fijamente a Kurt.

—¿Theodorus Oosterlee?

—El mismo. Estaba henchido de vanidad. Le bajé los humos.

—Theodorus Oosterlee era uno de mis amigos más antiguos —señaló el comandante, sin ningún rastro de sentimiento en la voz ni ningún trazo de emoción en su rostro impasible ni en su gélida e inexpresiva mirada.

—Ha dicho era... en pasado. ¿Oosterlee está muerto?

—La guardia fluvial encontró su cadáver hace una hora flotando en el canal secundario que hay detrás de la comisaría. Me sorprende que no se haya enterado.

Kurt se encogió de hombros.

—Todavía tengo que presentarme a mi homólogo de la guardia fluvial de Suiddock.

—Quizá le vendría mejor empezar a establecer ese tipo de alianzas en vez de centrar sus esfuerzos en fastidiar a uno de los hombres más poderosos de la ciudad, Schnell. —El comandante se volvió de nuevo hacia la ventana, al parecer concentrado en la observación de los transeúntes que trataban de proseguir su camino por el escaso espacio que dejaba libre su vehículo. Un soldado lisiado se abrió paso apoyado en una muleta que sustituía su pierna izquierda; el uniforme raído le colgaba sobre el cuerpo escuálido—. ¿Qué ha descubierto sobre el asesinato del elfo?

—Se llamaba Arullen Silvermoon.

—De hecho, la casa de los Silvermoon me exige respuestas y yo no tengo nada que ofrecerles.

Kurt se encogió de hombros.

—Yo tampoco, señor. Ya se les ha comunicado toda la información que hemos recopilado hasta ahora.

—¿Toda la información? ¿Incluso lo de esa mujer llamada Gerta la Charlatana?

—¿Lo de Dedos Blake? No. Eso todavía no. Aún estamos tratando de encontrar al sujeto, pero parece que se lo ha tragado la tierra. No importa la cantidad que ofrezcamos como recompensa, nadie dice una palabra sobre él.

—Claro, su famosa recompensa de cien florines de oro. ¿Quién le facilita ese dinero?

—Tenemos pensado confiscar los activos de los criminales y emplearlos para financiar los informantes.

—¿Y qué me dice de los Gorras Negras de los demás distritos? ¿Cómo se supone que van a mantener contentos a sus soplones si usted está ofreciendo una pequeña fortuna a un pordiosero cualquiera que entre de la calle con chismorreos y rumores?

—Sólo pagaremos la cantidad íntegra a quien aporte la información precisa que nos conduzca al asesino del elfo.

—Eso no es lo que la gente comenta en otras partes de la ciudad, Schnell. Con sus payasadas ha generado más problemas en todo Marienburgo de los que pueda imaginarse. Había decidido visitarlo con la esperanza de hacerle entrar en razón. En cambio, me lo he encontrado saliendo dando tumbos de un prostíbulo junto a uno de sus hombres, un miembro de la guardia completamente borracho la tarde de un Backertag. ¿Qué debo hacer al respecto?

—Holismus había visto a su hermano y...

—¿Holismus? ¿Está diciéndome que vio a Joost Holismus? ¡Eso es imposible! ¡Ese hombre está muerto!

—Su hermano dice lo contrario.

—¡Su hermano es un borracho y uno no puede fiarse de los borrachos, Schnell!

Kurt se mordió la lengua para no repetir los rumores que había oído sobre el brandy que corría por las venas de la esposa del comandante. Si tomaba ese camino le esperaba un cese fulminante, y eso no hacía ningún bien a nadie.

—Considere esto como un aviso, tanto para usted como para la comisaría — continuó el comandante—. O encuentra un modo de trabajar con la comunidad local, con toda la comunidad local, o aténgase a las consecuencias.

Kurt se puso en pie, incapaz de seguir conteniendo su ira.

—¿Es una orden, señor?

—Sí, es una orden.

—¿Está ordenándome que rinda pleitesía a los tipos como Henschamnn y sus compinches, que les permita robar y extorsionar y amenazar y asesinar a su conveniencia?

—¡No, claro que no, capitán! ¡Estoy diciéndole que haga su trabajo sin perturbar el desarrollo cotidiano del distrito!

El comandante pasó a grandes zancadas junto a Kurt de camino a la puerta del despacho, pero el capitán lo agarró del brazo y lo retuvo con fuerza.

—¿Quién lo ha enviado para advertirme? —preguntó Kurt.

—¿Cómo se atreve? ¡Suélteme inmediatamente, hombre!

—¿Quién está presionándolo, señor? ¿El Stadsraad o el mismo Henschamnn en persona?

El comandante entornó los ojos.

—¿Qué ha dicho?

Kurt le liberó el brazo.

—Ya me ha oído.

—Esto no se me olvida, Schnell. A partir de ahora esta comisaría y sus Gorras Negras quedan a su suerte. No espere ningún tipo de cooperación o asistencia de las otras comisarías, otras guarniciones, otros distritos u otras divisiones de la Guardia de Vigilancia Metropolitana. Si este lugar estalla en llamas, puede que vengamos a ver cómo arden, pero nada más. ¡Se acordará de ello cuando su temperamento los deje a usted y a sus hombres bailando con el mismísimo Morr!

El comandante abandonó indignado el despacho mascullando entre dientes imprecaciones que ruborizarían a un estibador.

Kurt salió detrás de él para tratar de impedir que nadie más saliera malparado. Ya había quemado demasiadas naves y no había ninguna necesidad de que alguien más sufriera la ira del comandante. Descendieron atropelladamente los escalones de madera que conducían a la planta baja del edificio, donde Belladonna aguardaba hecha un manojo de nervios junto a Faulheit. Los dos agentes estaban lívidos, como si hubieran oído todas y cada una de las palabras que se habían pronunciado en el despacho de Kurt. Sin embargo, el capitán no tardó en darse cuenta de que el motivo de su angustia era otro, mucho más horrible.

Jan estaba de pie en la entrada de la comisaría sosteniendo contra el pecho el cadáver mutilado de Mutig.

* * *

Raufbold había salido furtivamente de la comisaría en cuanto se había enterado de que el comandante estaba en el edificio. No porque temiera a aquel viejo detestable, sino porque consideró aquella inesperada visita como una oportunidad. Raufbold sabía que la presencia del comandante mantendría al resto de los Gorras Negras de la comisaría ocupados y distraídos, lo que le permitía satisfacer sus imperiosas ansias.

Desde que lo habían enviado al Puente de los Tres Céntimos le había resultado imposible deleitarse con el dulce y abrasador sabor de la sombra carmesí recorriéndole los pulmones. Por supuesto, se había agenciado la droga que había confiscado a aquel delincuente de poca monta, pero su sombra carmesí era de escasa calidad. Ahora esa vieja y familiar necesidad empezaba a manifestarse. La primera señal aparecía en las manos; los dedos le temblaban como si estuvieran asustados. A continuación brotaba el sudor, y una delgada y brillante capa de transpiración nerviosa le cubría la piel y le empapaba la ropa. Si no las colmaba, sus ansias le provocaban calambres en el estómago, le nublaban la visión y le embravecían su ya de por sí exaltado temperamento. Finalmente, el dolor y el delirio se apoderaban de él y era capaz de acabar con quien se cruzara en su camino y de descuartizar a cualquiera

que contara con los medios para calmar su vicio. A lo largo de su vida como Gorra Negra, Raufbold había visto a algunos adictos a la sombra carmesí sufriendo los síntomas del síndrome de abstinencia; eran unos desgraciados que ni siquiera merecían desprecio ni lástima, lo más bajo; y él no tenía ninguna intención de seguir sus pasos.

Raufbold se escabulló del Puente de los Tres Céntimos en dirección a Riddra, sabedor de que allí no tendría problemas para encontrar una dosis de su demonio personal. En una ciudad donde mucha gente sobrevivía gracias a toda clase de estupefacientes, Riddra era el centro de traficantes y suministros. Los opiáceos que llegaban de contrabando desde Nippon se descargaban allí, y en la pequeña isla también se encontraba el antro de consumo de narcóticos más infame: El Loto Dorado.

Si se daban por ciertos los rumores, la mayoría de las figuras destacadas e influyentes de la ciudad visitaba aquel edificio, ocupado ilegalmente en las inmediaciones del Puente de los Tres Céntimos y cuya fachada pasaba totalmente desapercibida, para saciar sus repugnantes hábitos. Por supuesto, ellos iban al caer el sol y normalmente en barco, y utilizaban una entrada secreta en un callejón lateral.

Raufbold sabía que era conveniente no poner el pie en el edificio de madera y piedra, e incluso cruzar la calle adoquinada para evitar pasar cerca de él. Aseguraba un cuento de viejas que quien pasara por delante de la puerta de El Loto Dorado se convertiría en un adicto, tal era el poder de los oscuros humos que se filtraban desde el edificio.

La verdad era que Raufbold cruzó la calle simplemente porque todo el mundo lo hacía. Ningún ciudadano respetable pasaba junto a El Loto Dorado de día. Además, la sombra carmesí era una de las pocas drogas que no podían encontrarse en la casa de sueños. Por esa razón había que localizar a un traficante entre la gente que trataba de pasar inadvertida en los angostos pasajes y callejones que poblaban las sombras de Riddra. La sombra carmesí se extraía de las hojas de roble sangriento de Estalia. El follaje se machacaba en un laborioso proceso con el mortero hasta convertirlo en una pasta que luego se dejaba secar y se cortaba. El resultado se vendía como un fino polvo que los adictos se frotaban en las encías, esnifaban por la nariz o mezclaban con otras hierbas para fumarlo en pipa.

Raufbold ya no tenía tiempo para la afectación de fumar en pipa. En sus inicios como consumidor de sombra carmesí disfrutaba con el ritual de cargar y encender la pipa, pero ahora agarraría el polvo de las manos de quien se lo suministrara e iría directo al grano, restregándose por las encías una y otra vez hasta que se le cubrieran los dientes de sangre, y esperaría aquel viaje que no admitía comparación con ninguna otra experiencia.

Mientras pateaba las calles de Riddra en busca de un rostro familiar, Raufbold iba

rumiando que al menos había obtenido algo positivo de su nuevo destino, ya que no tendría que sufrir la larga caminata cruzando todo Marienburgo para conseguir una dosis de su vicio favorito. Por otra parte, debería elegir con cuidado a sus proveedores; tenían que ser discretos. Lo último que deseaba era que su traficante apareciera un día detenido en la comisaría y tratara de evitar una temporada en Rijker revelando el nombre de su cliente Gorra Negra. Sí. La discreción era crucial, y para ello tenía que encontrar a Marcel Roos. El traficante bretoniano tenía la costumbre de ofrecer a sus clientes un descuento especial por la sombra carmesí si accedían a leer su novela en doce volúmenes sobre el arte, la memoria, el tiempo y las galletitas dulces. Roos estaba convencido de que algún día se convertiría en un célebre escritor y de que su gran obra sería aclamada en todo el Viejo Mundo por su aguda perspicacia y su elevada poesía. El hecho de que poca gente supiera leer, y posiblemente fueran menos aún los que buscaran literatura mientras saciaban su adicción, no parecía preocupar a Roos, que clamaba continuamente que la historia reconocería su genio. Raufbold había sido su cliente habitual durante cerca de un año y a menudo le había prometido comprarle un ejemplar de su obra maestra. Algún día tenía que cumplir aquella promesa.

Raufbold divisó a Roos matando el tiempo entre las sombras de la orilla más occidental de Riddra, haciendo garabatos en un diario encuadernado en piel, y reparó en el revelador bulto de una bolsa con drogas en los pliegues de su capa.

—¡Marcel! ¡Estás ahí! He estado dándole vueltas a lo de tu novela y me he decidido.

—¿Sí? —inquirió el traficante con el rostro iluminado, pero entonces reconoció a Raufbold—. ¡Ah! Eres tú.

—¿Ésta es manera de tratar a uno de tus clientes más leales?

Roos retomó la escritura.

—Hoy no puedo venderte nada, Jorg.

—¿Por qué no? Mis florines de oro valen lo mismo que los de cualquiera.

—Órdenes. Ningún traficante de Suiddock tiene permiso para venderte un sólo grano de sombra carmesí.

—¿Órdenes? ¿Órdenes de quién?

Roos se encogió de hombros.

—No conozco los detalles, pero el mensaje fue transmitido por la guardaespaldas personal de Henschamnn, Helga, así que ya puedes hacerte una idea. Hoy tu dinero no vale nada para nosotros... ni mañana.

—¿Por qué?

—Eso tendrás que preguntárselo a Helga. Mi problema no es saber el porqué, mi problema es hacer lo que me dicen si no quiero morir.

Raufbold sacó una daga y la colocó sobre el diario de Roos, impidiéndole seguir

escribiendo.

—Te mataré antes de que escribas una palabra más si no me vendes lo que necesito, Marcel. ¿Cómo te suena eso?

Roos tragó saliva y meneó la cabeza a pesar de la amenaza.

—Tú me asustas, Jorg, pero Henschamnn me aterroriza. Ya sabes lo que hace con quien osa desobedecerle.

Raufbold levantó la capa del traficante con la punta de la daga y dejó al descubierto el bulto de la bolsa.

—¿Qué puede detenerme para que no te mate y te arrebatte la bolsa de sombra carmesí?

—Es sal. Pruébalo si no me crees. Helga se llevó toda mi mercancía y la de los demás traficantes de Suiddock. Matarme no te servirá de nada, Jorg.

El Gorra Negra rasgó la bolsa y hundió un dedo en el contenido que se derramaba por el agujero; se frotó las encías con los cristales blancos, pero era sal, tal y como Roos le había advertido. Con una frustración galopante, Raufbold alzó la daga y apretó la punta contra la mandíbula del traficante.

—¿Por qué? ¿Por qué cortar el suministro de sombra carmesí en todo Suiddock sólo para que yo no la consiga?

—Helga dijo que quería enviarte un mensaje. Si quieres tu droga, tendrás que ir a buscarla. Está esperándote en el Club de Caballeros de Marienburgo.

Roos tragó saliva. Gotas de sudor se deslizaban por su rostro.

—¿Por qué? —inquirió Raufbold. Sus manos empezaban a temblar de manera incontrolable. La ansiedad era cada vez más intensa y había empeorado al saber que le negaban el suministro—. ¿Por qué?

—¡No lo sé, Jorg, por favor! Te he dicho todo lo que sé.

—No es suficiente —gruñó el Gorra Negra.

La ira se apoderó de él y apretó la daga hundiéndola en la cabeza de Roos hasta que la empuñadura se topó con el hueso de la mandíbula. El traficante intentó gritar, pero la hoja le había perforado la lengua.

Todavía insatisfecho, Raufbold giró el cuchillo sintiendo cómo la punta rechinaba cuando rozaba los huesos y los nervios, hasta que algo frágil se resquebrajó y la hoja se hundió en el cráneo. El cuerpo del traficante se sacudía y se revolvía, y sus dedos bailaban enloquecidos. Raufbold extrajo la daga y una mezcla de sangre y vísceras salió pulverizada junto a la hoja metálica. Roos perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre los adoquines, produciendo un repugnante ruido sordo. Un charco carmesí empezó a formarse alrededor de su cabeza.

Cuando el Gorra Negra se dio cuenta de lo que la ansiedad lo había empujado a hacer, echó un vistazo a su alrededor por si alguien había presenciado su crimen, pero todo el mundo sabía que en aquella parte de Suiddock convenía ocuparse únicamente

de los propios asuntos.

Raufbold limpió la daga en la capa de Roos sin darse cuenta de que la punta de la hoja se había partido. Se quedó unos instantes inmóvil. El sudor le bañaba el rostro; el corazón le latía con fuerza y sus inspiraciones eran breves y fatigadas. Seguramente Roos le había dicho la verdad, nadie mentiría a un adicto a la sombra carmesí que lo amenazaba con un cuchillo, pero Raufbold no estaba dispuesto a entrar en la trampa que le habían tendido. Antes tenía que encontrar otro traficante y asegurarse de que no le quedaba más opción. Se miró las manos temblorosas; apenas podía distinguir sus contornos. Los síntomas de la abstinencia se acentuaban. Debía darse prisa.

* * *

El comandante no perdió el tiempo en conmisericordias por el cuerpo de Mutig y, señalando triunfalmente el cadáver, espetó con sorna a Kurt:

—¿Lo ve? Éstas son las consecuencias de su prepotencia, capitán Schnell. ¡Uno de sus agentes ha sido asesinado y usted tiene las manos manchadas con su sangre! Bueno, estoy seguro de que el sacrificio de este pobre hombre no es más que el primero de los muchos que se sucederán en este lugar, todos sacrificados en el altar de su ego. Recuerde lo que le dije, capitán, nadie en la guardia de vigilancia moverá un dedo para ayudarlos a usted ni a ninguno de sus Gorras Negras. Así como tampoco espere reemplazos o refuerzos. ¡Está solo!

El comandante salió de la comisaría a grandes zancadas en dirección al carruaje, con cuidado de no rozar el cadáver de Mutig. En cuestión de segundos el vehículo había desaparecido y el chirrido de las ruedas de madera en el suelo adoquinado del puente se confundió con los inevitables graznidos de las gaviotas que revoloteaban en el cielo.

Jan entró tambaleante en la comisaría y depositó los restos de Mutig al final del largo mostrador.

—Ha sido Abram Cobbius —masculló—. Me lo dijo instantes antes de morir.

Kurt envió a Faulheit en busca de Otto. Entretanto, Belladonna examinó la ropa y el torso del recluta torturado.

—Esto debió de llevarles horas —apuntó la agente con voz afligida—. Lo mantuvieron con vida todo el tiempo, obligándolo a mirar mientras le cortaban las piernas y el brazo. Nunca había visto una crueldad igual.

—Yo sí —replicó Kurt. Sus pensamientos habían volado a otro tiempo y otro lugar—. Pero esta vez el asesino ha actuado por puro placer, esto no es ningún sacrificio al culto del Caos ni un acto de apaciguamiento.

—¿A qué se refería el comandante? —preguntó Jan—. ¿Nada de refuerzos?

—Henschamnn ha estado pidiendo favores por toda la ciudad con la intención de aislarnos.

—Quizá, pero el comandante no nos abandonaría a nuestra suerte sin una buena excusa.

Kurt torció el gesto.

—Lo acusé de ser el lacayo de Henschamnn.

El semblante del sargento se ensombreció.

—Has firmado nuestras sentencias de muerte, Kurt. Te das cuenta, ¿verdad?

—Cobbius asesinó a Mutig. ¡Tú mismo lo has dicho!

—¡No estoy hablando de Mutig, que Shallya cuide de su alma! ¡Estoy hablando de tu necesidad autodestructiva de demostrar tu valía sin importarte las consecuencias! ¡Hay mucho más en juego que tu reputación, maldita sea!

—¡Basta! —Belladonna se interpuso entre los dos viejos amigos antes de que decidieran resolver sus diferencias con los puños en vez de con las palabras—. Discutir no traerá de vuelta a Mutig y no cambiará la decisión del comandante. Tenemos que salir adelante con lo que tenemos, pase lo que pase.

Los guardias se miraron fijamente, todavía dispuestos a dar rienda suelta a su cólera de manera violenta. Kurt parpadeó y apartó la mirada de su antiguo mentor.

—Jan, lo siento. Yo no quería... Lo lamento.

—Tienes razones para lamentarlo, capitán, pero Belladonna tiene razón. Deberíamos luchar contra nuestros enemigos, no entre nosotros.

—Así está mejor —aseveró la agente.

Kurt clavó la mirada en el rostro salpicado de sangre de Mutig.

—Si hubiéramos arrestado a Cobbius, ahora estaría vivo.

—Eso es cierto, pero Mutig fue el arquitecto de su propia muerte —afirmó Jan y explicó de qué modo el Gorra Negra había elegido erróneamente el blanco que ensalzaría su valor—. Ahora Cobbius sabe que lo buscamos. Se esconderá bajo tierra, sin duda protegido por su primo Lea-Jan. Tendremos que esperar hasta que se nos presente la oportunidad de atraparlo.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —preguntó Kurt.

—Seguiremos con nuestro trabajo. Si se corre la voz sobre el asesinato de Mutig y lo que le hicieron, se levantará la veda contra los Gorras Negras de Suiddock. De momento debemos continuar con nuestras vidas como si todo fuera normal.

Faulheit regresó acompañado de Otto. El sacerdote se acercó al cuerpo de Mutig con reverencia, pero el horror lo venció cuando descubrió lo que habían hecho con el Gorra Negra. Movié la cabeza con consternación.

—Que el gran Morr se apiade de nosotros —musitó Otto antes de taparse la boca con la mano.

El sacerdote se tambaleó y perdió el equilibrio. Puso la mirada en blanco y

parpadeó repetidamente hasta que sus ojos ya no se abrieron. Belladonna fue la primera en llegar junto a él, se arrodilló a su lado y pegó la oreja al pecho de Otto para auscultarlo.

—Se ha desmayado, no es nada grave —explicó la agente instantes después mientras incorporaba el cuerpo del sacerdote para colocarlo en una posición más cómoda sobre el suelo de madera—. La gente como él posee una sensibilidad más agudizada con los muertos, absorbe algo del dolor que sufrieron los fallecidos en sus últimos momentos de vida, reconforta sus almas y los guía en su camino. —Lanzó una mirada al cadáver que yacía en el mostrador—. Lo que le sucedió a Mutig, los tormentos que padeció, ha sido excesivo para Otto y su cuerpo se ha apagado como si se accionara un mecanismo de defensa.

—No lo tuve en cuenta —se disculpó Kurt.

—No tenía por qué saberlo —susurró Belladonna posando una mano reconfortante en el hombro del capitán. Otto se revolvió a los pies de Kurt y sus labios musitaron conjuros silenciosos. Parpadeó y abrió los ojos de nuevo—. No intente levantarse —le advirtió Belladonna—. Ha reaccionado a la impresión de ver el sufrimiento de Mutig.

El sacerdote se pasó la lengua por los labios resecaos.

—No me había dado cuenta de lo terrible que podía ser. Raramente las personas de mi oficio se topan con una atrocidad como ésta, con semejante agonía. —Respiró hondo—. Su fantasma invadió mis pensamientos por un momento y se apoderó de mí.

Belladonna lo ayudó a ponerse en pie y lo acompañó para que examinara el cuerpo. Otto cerró los ojos y extendió las dos manos por encima de Mutig. Inspiró y espiró lentamente. Su gesto era de completa concentración.

—Todavía puedo oír en mi cabeza los ecos debilitados de su espíritu. Mutig murió aterrorizado, pero no murió solo.

—Yo estaba con él.

—Bien. Eso lo reconfortó justo antes de morir. —El sacerdote se tambaleó y dio un paso atrás, pero esta vez Belladonna estaba allí para asistirlo. Otto abrió los ojos y miró directamente a Kurt—. Mutig tiene que decirle algo, capitán Schnell. Tiene un mensaje para todos los Gorras Negras.

—¿Qué mensaje?

—Tengan cuidado con las catacumbas. La piedra, el diente y la garra esperan allí. La fatalidad aguarda. Tengan cuidado... —Otto se estremeció—. Su tormento ha llegado a su fin, pero siento que el suyo está aún por llegar, capitán.

—Me temo que tiene razón —admitió Kurt.

—¿Qué quiere hacer con los restos mortales de Mutig?

—A todos los Gorras Negras les corresponde por ley un lugar de reposo en la

cripta del cuartel general, pero dudo que actualmente ninguno de nosotros sea bien recibido allí. ¿Puede conservarlo en su templo un par de días, hasta que el comandante se tranquilice?

Otto asintió.

—Necesitaré ayuda para trasladar el cuerpo al templo.

—Faulheit lo acompañará —señaló Kurt. Se volvió a Belladonna antes de que la agente pudiera protestar—. Sé que quiere examinar el cuerpo en busca de pruebas, pero eso tendrá que esperar. Antes necesita dormir. Es una orden.

Belladonna subió las escaleras sin molestarse en disimular su disgusto porque le dijeran lo que tenía que hacer. Mientras Faulheit ayudaba a Otto a preparar el cuerpo para su viaje final, Kurt se llevó a Jan a un lado.

—El comandante tenía razón en una cosa: apenas hemos progresado en la identificación del asesino de Arullen Silvermoon. Tengo mis sospechas sobre los culpables, pero ninguna prueba. Tenemos que encontrar a este tal Dedos Blake, el ladrón que vendió el broche a Gerta. ¿Alguna sugerencia?

—El turno vespertino llegará pronto, pero estarán demasiado ocupados con las habituales peleas de borrachos y las reyertas en las tabernas —respondió Jan—. ¿Te queda algo del dinero de los sobornos?

—No.

—Lástima. Podríamos haberlo utilizado para contratar a un viejo amigo mío, Sam Warble.

—¿El mediano detective?

Jan asintió.

—Es capaz de encontrar a gente e introducirse en lugares que a nosotros nos resultan imposibles, pero no es barato. Treinta florines al día, más los gastos. Por supuesto, me debe un favor...

Kurt no pudo evitar una sonrisa.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Digamos simplemente que está relacionado con veintisiete salchichas de arenque, una guía de taxidermia para principiantes y una camarera llamada Brünnhilde que acusó a Sam de asesinato. Yo la convencí para que cambiara de opinión.

—¿Crees que Warble puede encontrar a Blake?

—Quizá. Por lo menos nos hará algunas recomendaciones útiles.

—A lo mejor también podría encontrar a Abram Cobbius si se lo pidiéramos.

Jan meneó la cabeza.

—Encontrar a Cobbius no es ningún problema. Se habrá cobijado en la sede del gremio. Sólo tenemos que esperar a que se aburra y salga en busca de diversión.

—Confiaré en lo que dices —señaló Kurt—. Si estás dispuesto a canjear el favor

que Warble te debe, ve a buscarlo y pídele que encuentre a nuestro ladrón desaparecido. Cada vez que subo al primer piso Gerta me pregunta por los progresos que hemos realizado en el caso. No puedo mantenerla aquí de manera indefinida y no me atrevo a permitir que regrese a las calles. Además, si sigo comiendo sus platos, es probable que mande al fondo del canal el próximo taxi fluvial en el que me suba.

—Sé cómo te sientes —dijo Jan golpeándose la voluminosa barriga—. Podría llevarme algo de tiempo dar con Warble. Probaré primero en los aposentos de Sam en el Winkelmarkt. Si no está allí, lo más probable es que se encuentre comiendo en una taberna de medianos que hay cerca del distrito élfico. Ya sabes cómo les gusta su comida a los medianos.

* * *

Raufbold tenía calambres en el estómago y apenas veía por dónde iba cuando entró tambaleándose en el Club de Caballeros de Marienburgo. Había abordado a otros dos traficantes después del incidente con Roos, pero siempre recibía la misma respuesta, así que si quería sombra carmesí tendría que acudir a Helga. Ahora estaba delante de la escalera que conducía al primer piso del club. La fornida rubia lo miraba con asco. La guerrera de Raufbold estaba empapada de sudor; le temblaban las manos como a un barquero que intentara atravesar con su embarcación una red de pesca, y su corazón palpitaba como si estuviera decidido a saltar de su pecho en cualquier momento.

—Por... por favor. —El Gorra Negra oyó su propia voz débil y poco convincente suplicando—: Necesito un poco de sombra carmesí... por favor...

La guardaespaldas descruzó los brazos y extendió uno con una diminuta bolsa de piel que meneó en la cara de Raufbold, quien hizo un intento desesperado por agarrar la droga, pero Helga fue más rápida que él y el agente cayó de bruces contra la escalera de madera y se rasguñó una mejilla.

—Me das asco —le esperó la mujer olisqueando el aire.

—Por favor —imploró él levantándose torpemente—. Haré lo que me pidas. ¡Lo que sea!

—¿Lo que sea?

—¡Sí!

—¿Traicionar a tus colegas de la guardia? ¿Robarles y mentirles?

—¡Sí!

—¿Asesinarlos?

Raufbold no dudó un instante.

—¡Sí! —Habría vendido los testículos por el alivio amargo de la sombra carmesí, a

pesar de que sabía que sus efectos sólo durarían un día o dos como mucho—. ¡Haré lo que sea!

Helga sonrió, un gesto que no quedaba muy bien en sus facciones avinagradas; abrió la bolsita y vació el contenido en los escalones que ascendían frente al Gorra Negra. Raufbold se arrojó hacia delante, palpó los minúsculos cristales con las manos pegajosas y se metió la sombra carmesí en la boca. Cuando le resultó imposible recoger la droga con los dedos, pegó el rostro a la escalera y lamió los polvos que quedaban junto con la mugre y la porquería que habían dejado a su paso los zapatos de los visitantes del club en los días precedentes. Helga bajó los escalones y se agachó desmañadamente junto a Raufbold. Hincó una rodilla en el suelo y pegó su rostro rechoncho y fofo al del Gorra Negra.

—Ahora escúchame, asqueroso y repugnante gusano. Desde este momento me perteneces, eres mío. Me enviarás un informe cada hora con todo lo que ocurra en esa comisaría. Habrá un mensajero merodeando por el retrete de la antigua taberna ala espera de tu información. También será el encargado de transmitirme las órdenes cuando las haya. Obedece sin hacer preguntas y tendrás toda la sombra carmesí que tu corazoncito enfermo y aturdido desee. Desvíate de las instrucciones y nunca más encontrarás una sola persona en toda la ciudad dispuesta a apaciguar tus ansias. ¿Ha quedado claro? —Raufbold asintió. Todos sus problemas se habían disipado como una nube de humo—. Entonces lárgate y nunca vuelvas a deshonorar este lugar con tu presencia.



Scheusal, Bescheiden y Verletzung aparecieron puntuales para incorporarse al turno vespertino y, para alivio de Kurt, sobrios. Después de las penalidades que había sufrido con Lothar y el asesinato de Mutig, lo último que se necesitaba en la comisaría era otro agente desaparecido o con el temperamento exaltado. El capitán informó al trío de los acontecimientos y les advirtió que no patrullaran por las inmediaciones de la sede del gremio.

—Si ven a Abram Cobbius en la calle, no traten de hacerse los héroes y no se enfrenten solos a él. Limítense a vigilar sus movimientos y envíen un mensaje a la comisaría informando de su posición y de lo que hacen. ¿Han entendido?

Satisfecho porque habían comprendido sus instrucciones, Kurt dejó que Scheusal se encargara de las asignaciones de las rondas vespertinas. El bretoniano demostró su buen hacer y envió a Bescheiden al este, a Luydenhoek, y emplazó al malencarado Verletzung en la más peligrosa isla de Riddra. Scheusal se reservó la patrulla de Stoessel para sí mismo, una decisión muy sensata dadas las circunstancias. Miró al

capitán buscando su aprobación y Kurt le dio el visto bueno con agrado. Jan había tenido razón, como siempre. Quizá Scheusal no tenía mucho que decir, pero no había duda de que escuchaba y aprendía. Sus músculos escondían un cerebro aparentemente intuitivo. «Tengo suerte de contar con Scheusal —pensó Kurt—. Con media docena más como él me las apañaría bien».

El regreso de Jan coincidió con la partida del turno vespertino y el sargento se despidió de ellos recordándoles que tuvieran cuidado en calles. Ya dentro de la comisaría buscó a Kurt.

—Me temo que no ha habido suerte con Warble —informó al capitán.

—¿Pensaba que te debía un favor?

—Me lo debía, y todavía me lo debe. Sam está metido hasta el cuello en un asunto de contrabando, algo relacionado con una estatua de oro macizo con forma de pájaro. De todas formas, me sugirió algunos lugares donde deberíamos buscar a nuestro ladrón, y también me explicó cómo distinguirlo entre la multitud. Blake tiene la nariz aguileña, el pelo negro rizado y, al parecer, Dedos es algo más que un mote. —Kurt sonrió aguardando pacientemente el resto de la historia—. Blake tiene seis dedos en cada mano. En condiciones normales, un individuo con una mutación de esa clase tendría encima a los cazadores de brujas, pero oculta los dedos de más con unos guantes especiales. Nadie ha visto jamás a Blake sin los guantes, así que la gente empezó a especular sobre qué le ocurriría en las manos. De ahí el apodo de Dedos.

—Entonces, ¿cómo sabe Warble que...?

El sargento levantó las manos y meneó la cabeza.

—Créeme, no quieras conocer los detalles. Todo lo que me dijo Sam fue que Blake sólo se quitaba los guantes en el excusado. Ya no quise seguir preguntando.

—Bueno. Está bien. Así pues, ¿qué lugares frecuenta nuestro amigo con la docena de dedos?

—La Taberna del Concejal, en Paleisbuurt, La Cabra y el Armiño, en Goudberg, y el Club de Caballeros de Marienburgo, en Riddra. Ya me he pasado por los dos primeros, por eso he tardado tanto en regresar.

—Entonces queda el dominio de Henschamnn, y dudo que mi visita sea bienvenida en los próximos días. —Kurt suspiró.

Jan se dio unos golpecitos en la nariz.

—No es necesario introducirse en el club para averiguar si Blake entra y sale del edificio.

DOCE

Verletzung estaba helado y empapado, y no era una sensación muy agradable. Una espesa neblina había llegado desde el mar poco después del anochecer y ahora Suiddock estaba envuelta en la niebla, que flotaba sobre el distrito como una mortaja gris, atenuando la oscuridad de la noche. También había espantado a los borrachos y a los idiotas que a Verletzung le gustaba apresar durante sus patrullas. De acuerdo con su esquema mental, la importancia de una vida se medía por su capacidad para conseguir el poder y para utilizarlo. Esa forma de pensar había arraigado en él cuando todavía era un muchacho que crecía en la desalentadora zona conocida como Doodkanaal. El padre de Verletzung se había pasado toda la vida pescando cadáveres de los incontables canales secundarios y principales que se extendían entre las numerosas islas de aquel distrito electoral.

El gobierno de Marienburgo pagaba al padre del pequeño Helmut por mantener las vías fluviales desatascadas y libres de cuerpos putrefactos y purulentos. A cambio, por esa repugnante tarea, los carroñeros profesionales podían quedarse con todo lo que encontraran en los cadáveres.

Un día, Verletzung padre descubrió el cadáver de un mediano con cien florines de oro cosidos en el forro del jubón. El peso había mantenido el cuerpo hundido durante más de una semana hasta que por fin el cadáver hinchado había salido a flote como un corcho. El padre de Helmut se había agarrado una cogorza de mil demonios con aquel dinero, que suponía el mayor hallazgo en toda su cruel, terrible y repugnante existencia. Pero había alardeado demasiado de su buena suerte mientras paladeaba un brandy bretoniano en una taberna atestada de rebanadores de gargantas, y cuando se despertó muchas horas después en una alcantarilla sin la chaqueta ni la bolsa con el dinero, el resentido Verletzung padre había enfilado hacia casa y había descargado toda su vergüenza en la familia.

El pequeño Helmut, que entonces tenía ocho años, había recibido golpes durante una hora, hasta que su padre empezó a desquitarse con la madre, que acabó muriendo por culpa de las heridas producidas por la paliza. Aun así, Verletzung padre nunca fue acusado de su asesinato. Cuando los Gorras Negras acudieron a la casa, había alegado que la había golpeado en defensa propia. Un gesto con la cabeza y un guiño fue todo lo que había necesitado el borracho para librarse de la justicia.

Helmut esperó diez años para vengarse de su padre. Esperó a que ya no tuviera las fuerzas necesarias para defenderse y lo molió a golpes y luego lo ahogó en el canal valiéndose de cien florines de oro para hundir el cuerpo. «Ahí tienes, padre —había susurrado al oído de su progenitor mientras el cuerpo se sumergía en el agua del Doodkanaal—. Ahí tienes tus preciadas monedas. Espero que las disfrutes».

Después, Helmut había esperado tres días encerrado en casa a que llamaran a la puerta y que los hombres con las gorras negras se lo llevaran detenido. Si había justicia en aquella ciudad atravesada por el agua, debería sufrir las consecuencias de su asesinato premeditado y a sangre fría. Pero Helmut había llegado a la conclusión de que la justicia no existía en Marienburgo. Uno podía cometer un asesinato impunemente si era lo bastante listo o afortunado, o rico para pagar un soborno a los Gorras Negras. Nadie se había presentado para arrestarlo por el ansiado asesinato de su padre, nadie había preguntado siquiera qué le había ocurrido. Como era de esperar, una semana después el cadáver hinchado había aparecido flotando en el Doodkanaal y los hombres que habían ocupado su puesto como limpiadores del canal lo despojaron de todo lo que llevaba. A nadie le importó. Nadie comentó nada sobre el asesinato.

Helmut había entendido aquello como una señal y lo aplicaba en la Guardia de Vigilancia Metropolitana, de modo que había decidido que impondría los castigos y tomaría represalias donde y cuando lo creyera conveniente. Las personas que gozaban de poder sobre los demás eran las que decidían entre la vida y la muerte de los demás. La moralidad, tanto la correcta como la incorrecta, carecían de significado para Helmut Verletzung desde el día que se había incorporado a los Gorras Negras.

A medida que dejaba atrás la infancia de palizas y moratones, crecía el placer que encontraba haciendo sufrir a los demás. Cogía lo que quería, como había hecho su padre. Sin embargo, había un aspecto en la vida de su padre que no tenía ningún deseo de imitar: el trabajo en las aguas que bañaban Marienburgo. Durante su infancia, el hogar familiar en el Doodkanaal siempre había estado dominado por la humedad. Habían vivido en un sótano por debajo del nivel del mar y la humedad se filtraba por el suelo y las paredes.

El moho se extendía por el techo como una infección negra e insidiosa que pretendía obstruir los pulmones de los desgraciados que vivían en aquel tugurio. El padre de Helmut llegaba todas las noches y se sentaba con los pies húmedos en alto delante del fuego, así que la vivienda, de una única pieza, apestaba al alcantarillado que desembocaba directamente en los canales donde trabajaba. Verletzung padre sufría una tos crónica, una tos áspera y bronca que enfurecía al muchacho, y Helmut juró que, por muchas vueltas que diera su vida, nunca volvería a soportar un sufrimiento como el que provocaba vivir constantemente empapado.

Y ahora, allí estaba, helado y empapado una vez más, patrullando las calles de

Suiddock. Para alumbrarse el camino y darse un poco de calor sólo contaba con la débil llama de una lámpara suspendida de un palo. ¡Por la dulce Shallya, cómo odiaba aquellas condiciones! Aquel tipo de neblinas húmedas podían mantenerse suspendidas sobre Marienburgo durante días si el viento no las arrastraba. Daba igual lo seco que saliera de casa, era poner un pie en la calle y antes de caminar cincuenta pasos ya estaba calado hasta los huesos. Y cuando regresaba a un lugar cálido, el mismo olor a frío y humedad que lo había atormentado en su niñez se introducía rápidamente por sus orificios nasales y en cuestión de segundos aquel olor lo transportaba a las noches horripilantes y los días funestos de su infancia, cuando su padre, borracho, los martirizaba y los torturaba a él y a su madre. Verse obligado a revivir aquellos recuerdos, aunque sólo fuera un instante, era la idea que Verletzung tenía del Purgatorio, y en esos momentos hubiera dado cualquier cosa por tener el cuerpo caliente y seco.

Oyó la campana de un templo tocando en la distancia y contó cuidadosamente las campanadas. Cuando sonó la última, no estaba seguro de cuántas habían sido. ¿Once o doce? Si habían sido once, todavía le quedaba otra hora sumido en aquella tortura de frío y humedad. Si era medianoche, en cambio, podía regresar a la comisaría y ceder al turno de noche su lugar en las calles adoquinadas. Verletzung tomó una decisión fatídica. No sabía con certeza si eran las doce, pero ya no le importaba; regresaría a la comisaría. Si el sargento Woxholt, Scheusal o aquel capitán idiota querían amonestarlo por abandono del servicio, allá ellos, porque una hora más con aquella niebla le resultaba insoportable.

Verletzung se ciñó la capa empapada a los hombros y emprendió el camino de regreso al Puente de los Tres Céntimos. Habría apagado la linterna con gusto considerando su poca utilidad en aquella condenada neblina, pero no estaba seguro de saber regresar a la comisaría sin ella. Además, no tenía ningún deseo de doblar una esquina equivocada o resbalar en los adoquines y caer en uno de los canales secundarios o principales. Así que mantuvo la linterna delante de él suspendida del pesado y poco práctico palo.

Verletzung no vio tan bien como oyó las distantes figuras furtivas. Corrían produciendo un extraño sonido doble; uno era un ruido acolchado muy parecido al golpeteo amortiguado del cuero contra la piedra, y el otro, una especie de roce o arañazo. Debían de ser al menos una docena de figuras, a juzgar por los sonidos que advertía el Gorra Negra. Corrían en su misma dirección, alejándose de él. Verletzung salió a la carrera detrás de ellos y la linterna se meció y se balanceó prendida del punto de anclaje al palo.

Nunca llegó a ver las figuras con claridad, al menos no con la suficiente como para dar una descripción de su aspecto. Pero había algo perturbador en ellas, una cualidad siniestra que le puso los pelos de la nuca como escarpías y la piel de gallina. En un

momento dado, una de las figuras se volvió hacia él y el Gorra Negra pudo ver el rostro fugazmente. Tenía los ojos negros, redondos y brillantes como cuentas, una dentadura feroz y algo más, algo que no parecía humano. Pero Verletzung sólo lo vio un instante, y no pudo distinguir los detalles por culpa de la maldita neblina. La figura miró al frente de nuevo y de pronto todas las criaturas se habían esfumado, habían desaparecido, y sus sonidos eran imperceptibles para los oídos de su perseguidor. Verletzung aminoró el paso y finalmente se detuvo; de repente había perdido la noción de su cuerpo y de sus sentidos. Esperó a que sus ojos se acostumbraran al espacio que lo envolvía, pero todo rastro de las figuras furtivas se había desvanecido en la noche neblinosa.

Profirió una maldición. Y volvió a maldecir cuando se dio cuenta de que estaba totalmente desorientado. Sabía que todavía se encontraba en Riddra, pues no había cruzado el Puente de los Tres Céntimos, que era el único paso por tierra de entrada y salida de la pequeña isla. Se planteó volver sobre sus pasos a pesar del improbable éxito de la empresa. A quienesquiera que hubiera estado persiguiendo conocían mucho mejor que él aquellos callejones y pasajes; lo habían arrastrado en una alegre cacería hasta aquel oscuro rincón de Riddra antes de desaparecer, y ahora él estaba completamente perdido. Por eso se sintió aliviado cuando oyó las enérgicas pisadas que se dirigían hacia él y la voz de un hombre que maldecía la niebla.



Belladonna se despertó al amanecer. Su sueño se vio interrumpido por los guardias del turno nocturno, que entraban a trompicones en su dormitorio, después de una larga noche patrullando las traicioneras calles de Suiddock. Se vistió rápidamente y se dirigió a la planta baja de la comisaría. Cuando llegó se sobresaltó al descubrir que había estado durmiendo desde la tarde anterior. Una densa neblina flotaba sobre el Puente de los Tres Céntimos, y el viento que pudiera disipar aquella niebla que se había instalado en tierra durante la noche brillaba por su ausencia. Faulheit era una figura triste y desamparada detrás del mostrador con la mirada fija en cinco borrachos que dormitaban en los calabozos.

—¿Una noche movida? —preguntó Belladonna con alegría.

Faulheit meneó la cabeza.

—La neblina llegó poco antes de la medianoche. A partir de entonces nadie veía lo suficiente como para crear problemas. Con un poco de suerte esta niebla nos regalará un día tranquilo.

—No contaría con ello. ¿Tienes idea de dónde están el capitán o el sargento?

—No.

Belladonna reparó en una nota colgada en la pared detrás de la cabeza de Faulheit.

—¿No has leído esa nota?

—¿Hay una nota? —Se volvió y vio la nota por primera vez. Luego se encogió de hombros con desazón—. No hubiera cambiado nada que la viera antes. No sé leer.

—Pensaba que hoy en día era un requisito para los Gorras Negras tener al menos unos conocimientos básicos de escritura.

—Sí. Bueno... —Frunció el ceño.

—Deja que adivine... No podías perder el tiempo asistiendo a clase.

—Sólo leen los sacerdotes y los ricos —masculló Faulheit—. Yo no necesito leer para hacer mi trabajo.

—No si consideras que tu trabajo consiste en estar aquí encerrado para evitar los problemas que puedas encontrarte en el exterior —aseveró Belladonna, que pasó junto a él y agarró la nota. La leyó en voz alta para que el agente se enterara:

Estoy haciendo guardia con Woxholt en el CCM Debería estar de regreso antes del inicio del turno diurno.

CAPITAN SCHNELL.

—¿El CCM?

—El Club de Caballeros de Marienburgo —aclaró Kurt entrando en la comisaría seguido por un abochornado Jan. Ambos estaban calados hasta los huesos y tiritando. Su llegada venía acompañada por los habituales graznidos de las gaviotas—. Nos hemos pasado doce horas vigilando ese lugar, ocultos en las sombras. Podríamos haber estado mirando el Bruynwarr y no hubiera cambiado nada. ¡Cuando nos envolvió esta maldita niebla ya no se veía nada!

—¿Cómo iba a saber yo el tiempo que haría? —protestó el sargento.

—Podríamos haber tenido a Dedos Blake a un palmo y no lo habríamos visto. —Kurt se quitó la capa y la arrojó al mostrador. El agua salió pulverizada de la prenda y duchó a Faulheit—. Bueno, ¿alguna novedad mientras nosotros perdíamos el tiempo en Riddra?

Faulheit se cuadró, impulsado por un arrebató de importancia.

—Cuando relevé a Holismus del turno de noche, no tenía nada de lo que informar, capitán. Se ha arrestado cinco hombres en el transcurso de la noche por perturbar la paz. Todos están durmiendo la mona encerrados en los calabozos.

—Perfecto. Cuando se despierten, múlteles con cualquier cosa que lleven en los bolsillos hasta un máximo de un florín y échelos. Andamos escasos de personal y tampoco podemos permitirnos el lujo de alimentarlos. ¿Algo más?

—Verletzung no había regresado de su ronda al finalizar el turno de noche. Y aún no lo ha hecho.

—¿Por qué?

Faulheit se encogió de hombros y volvió a su posición anterior apoyado sobre el mostrador de recepción.

—¡Por el amor de Shallya! —bramó Kurt—. ¡No me diga que ha desertado!

Jan meneó la cabeza.

—Eso no parece propio de Verletzung. Tiene un temperamento violento y la reputación de intimidar a los que son más débiles que él, pero no es un desertor.

Un carro de madera cruzó traqueteando el Puente de los Tres Céntimos y se detuvo en la entrada de la comisaría. Jan lanzó un vistazo por las puertas abiertas.

—Quizá se perdió persiguiendo a un sospechoso durante la noche —continuó Jan—. La neblina era más espesa en Riddra.

—Eso no hace falta que me lo recuerdes —replicó de mala gana el capitán.

—¡Entrega para la comisaría de la guardia de vigilancia del Puente de los Tres Céntimos! —gritó una voz desde el exterior.

Instantes después alguien salió corriendo y sus pisadas se desvanecieron en la neblina. Kurt escudriñó el carro estacionado en la entrada de la comisaría con el gesto resuelto.

—Si se trata de otro cargamento de cerdos, zumbaré a quien los haya enviado —juró antes de salir al puente. Belladonna lo siguió, con curiosidad por ver lo que habían dejado.

Jan iba a desprenderse de la capa cuando un grito de Kurt requirió su presencia junto al carro. El sargento salió disparado y derrapó en el suelo adoquinado. La superficie resbaladiza estuvo a punto de suponer su perdición. Impactó con el carro y se inclinó para apoyarse en él, pero el impulso lo arrojó al interior del vehículo y lo dejó cara a cara con Helmut Verletzung, cuyos ojos sin vida devolvían una mirada acusadora al sargento. La flecha de una ballesta estaba sepultada en la garganta del cadáver, y la punta metálica sobresalía de su nuez. Alguien había atado a la flecha un trozo de papel con un cordel. Jan alargó una mano para tocar la piel de Verletzung. Estaba helado y empapado, y el único rastro de sangre que se advertía era una oscura mancha carmesí en la guerrera.

—Lleva horas muerto.

—¡Maldita sea! —gritó Kurt a la neblina. Jan le pasó la nota. Kurt desenrolló el pergamino y leyó en voz alta: «DOS MENOS. QUEDAN OCHO».

—¿Una advertencia o una promesa? —preguntó Belladonna.

—Un mensaje —afirmó el capitán—. Ni más ni menos.

—No podemos dejar a Verletzung aquí fuera —señaló Jan.

—¿Crees que no lo sé? —gruñó Kurt apretando los dientes. Descargó repetidamente el puño contra el borde del carro. La ira y la frustración empezaban a inflamarle las facciones. Finalmente la furia de Kurt se apaciguó y apartó la mirada

del rostro del muerto—. Hemos perdido dos hombres en otros tantos días. El comandante se niega a facilitarnos reemplazos, así que tendremos que arreglárnoslas con los turnos como buenamente podamos. Holismus sigue afectado después de ver ayer a su hermano, eso si fue su hermano lo que vio, así que no tiene sentido mantenerlo al cargo del turno de noche. La muerte de Mutig también nos merma el turno diurno...

—Yo puedo hacerme cargo de sus patrullas —sugirió Belladonna.

—¿Está segura?

—No, pero debemos mantener nuestra presencia en las calles.

—¿Qué pasa con Gerta la Charlatana? —preguntó Jan.

—¿Qué pasa con ella?

—Es un gran valor para la comisaría, sobre todo por su buena mano en la cocina, pero la mayor parte del tiempo está arriba, sentada, sin hacer nada. Podríamos ponerla en la recepción para que nos sustituyera cuando no estemos en la comisaría.

—Tomé la decisión de que se quedara en la comisaría para protegerla, ¿recuerdas? —señaló Kurt.

—¿Protegerla de qué? No hemos avanzado en la detención de Dedos Blake ni en la resolución del asesinato del elfo, y mientras tanto están asesinando a nuestros hombres en las calles —dijo Jan en voz baja y en un tono apremiante—. Creo que nosotros corremos más peligro que ella, capitán.

—Quizá tengas razón —reconoció Kurt, y dejó que su mirada regresara distraídamente a Verletzung—. De acuerdo. Habla con Gerta y averigua si le interesaría entrar en nómina.

Belladonna rompió a reír.

—Eso si el comandante vuelve a abrirnos el grifo del dinero.

—Mmm... eso es culpa mía. Nunca he sido muy político. Prefiero tener a mis enemigos cara a cara que adulándome como si fueran mis amigos y luego recibir una cuchillada por la espalda.

—Es increíble que hayas aguantado tanto tiempo en Marienburgo —comentó Jan. Kurt asintió sin apartar la mirada de Verletzung.

—Belladonna, ¿puede extraerle la flecha del cuello?

—¿Para qué? ¿Qué piensa hacer con ella?

—Quiero que se la lleve a un brujo de la Orden Dorada. Terfel es bajito, gordo y tiene unos hábitos repugnantes, pero también tiene buen ojo con los metales. Quizá pueda decirnos quién fabricó la flecha, e incluso quién la disparó. Eso sí, vaya con cuidado; tiene las manos muy largas.

Belladonna asintió con una sonrisa irónica en los labios.

—No se preocupe. Ya me encontré gente igual o peor en otras ocasiones, cuando era la guardiana del despacho del comandante. Sé manejarme con ese tipo de

personas.

Se subió al carro. Empujó el proyectil para que el resto de la flecha atravesara la garganta de Verletzung hasta que por fin el asta salió de la herida, produciendo un ruido como de desagüe que helaba la sangre.

Jan se estremeció con aquel sonido.

—¿Qué hacemos con el cuerpo de Helmut? Ya no le quedaban familiares vivos en la ciudad, al menos nadie que yo conociera.

—Llevaré el cuerpo a Otto —dijo Kurt—. Un sacerdote de Morr puede descubrir más de un cadáver de lo que muchos de nosotros podríamos averiguar de una persona viva. Quiero que te quedes aquí y te pongas al mando de la comisaría. Envía a Faulheit a patrullar las calles. Se le ve muy cómodo ahí dentro; veamos cómo se desenvuelve con el frío y la humedad del exterior.

Jan asintió, sin duda conforme con las órdenes.

—¿Cómo es que conoces a Terfel? —preguntó el sargento suavemente—. Pensaba que era el secreto mejor guardado de Suiddock.

Kurt sonrió.

—Estuvo estudiando en Altdorf una temporada. Decidió abandonar la ciudad cuando lo azotaron públicamente por intentar vender oro falso a los comerciantes locales. No creo que la alquimia fuera la asignatura en la que más destacara.

—Eso ya lo sabía —insistió Jan—. Lo que te preguntó es que cómo es que lo conoces.

El capitán estaba a punto de contestar, pero lo interrumpió Belladonna, que saltó del carro sosteniendo triunfalmente la flecha de ballesta para que los hombres la vieran.

—Tenía razón; esto no se parece a ninguna aleación que conozca. Necesitamos un experto en metales para que lo identifique.

—Entonces Terfel es nuestro hombre. Lo encontrará al otro lado de Luydenhoek, pasado el puente del norte. Allí regenta una pequeña forja, así que sólo tiene que buscar la nube de humo negro que desprende. —Kurt escudriñó el cielo. El sol empezaba a calentar a través de la niebla con la promesa de un día despejado—. Con un poco de suerte esta neblina se habrá disipado cuando llegue allí.

Belladonna asintió y partió apresuradamente.

* * *

Mientras la niebla se desvanecía lentamente, el Puente de los Tres Céntimos y las calles que desembocaban en él empezaban a llenarse de vida con la llegada de los comerciantes y los vendedores ambulantes, de los ciudadanos y los marineros.

Enseguida se cubrirían los adoquines con el flujo de gente que se abría paso a empujones para llegar a su destino. El cadáver de un Gorra Negra merecía un lugar de descanso mejor. Jan entró en la comisaría en busca de una sábana para cubrir el cuerpo de Verletzung. Kurt se quedó donde estaba observando al recluta muerto, pero su soledad no se prolongaría.

—¿Capitán Schnell? —inquirió una voz altiva, patricia.

Kurt levantó la mirada y vio a un cazador de brujas al otro lado del carro. Llevaba una capa ceñida al cuerpo y un sombrero de ala ancha que proyectaba sombras en su rostro adusto.

—Ése es mi nombre; ¿cuál es el suyo?

El cazador de brujas flanqueó el carro para reunirse con Kurt. La larga capa se arremolinó alrededor de su cuerpo.

—Soy el hermano Nathaniel, del Templo de la Corte. Me facilitará toda la asistencia que precise o aténgase a las consecuencias.

El capitán se cruzó de brazos y miró con el ceño fruncido al recién llegado.

—Ahórreme las amenazas y ese comportamiento inquietante, hermano Nathaniel. Esto no es el Imperio. ¿Qué quiere de mí?

Nathaniel torció el gesto con ira.

—Soy yo quien hace las preguntas.

—Pero yo no tengo ninguna obligación de contestarlas hasta que me muestre su permiso oficial del Stadsraad para operar en la ciudad de Marienburgo. —Kurt extendió una mano—. Porque tiene un permiso, ¿verdad?

El cazador de brujas sacó un pedazo de vitela plegado y lo estrelló contra la palma de la mano del capitán. Kurt lo abrió y leyó el texto grabado en el trozo de piel con una caligrafía ornamentada. También se fijó en los sellos oficiales, tanto el del Stadsraad como el del despacho del comandante de la guardia de vigilancia.

—Bueno, parece que todo está en orden —dijo en un tono desdeñoso, doblando el permiso y devolviéndoselo a la figura que tenía plantada delante, fulminándola con la mirada.

—Me han llegado noticias de que hay un hereje corrompido por el Caos viviendo en este puente o en sus alrededores.

—¿Le han llegado noticias? —Kurt se acarició la barbilla—. Mmm... Herejes, herejes... No puedo confirmarle que haya visto alguno por aquí, y menos aún corrompido por el Caos, como ha dicho usted de manera tan ampulosa.

—¡No discuta conmigo, capitán, o las cosas se le pondrán feas!

—Si no le importa, ¿podría ser más concreto? Quizá unas vagas amenazas y unas pistas confusas sean todo lo que necesitan los de su clase como justificación para intervenir más allá de Marienburgo, pero en esta ciudad creemos en los hechos y en la verdad, no en la herejía.

—Certifico que está obstaculizando mi investigación —le espetó el cazador de brujas—. Tomo nota de su actitud, capitán Schnell, y mis hermanos se enterarán de la insolencia de sus modales.

Como Kurt no le contestaba, su interlocutor miró a su alrededor para comprobar si alguien más estaba escuchándole antes de continuar:

—¡Jost Holismus!

»Estuvo al mando de esta comisaría de los Gorras Negras hasta que murió ahogado.

»Ésa fue la versión oficial, como todos saben. El heroico capitán se sacrificó para salvar Suiddock. Eso no son más que mentiras y propaganda que difundieron sus superiores para evitar que el pánico se extendiera por el distrito.

—Creame, hay cosas mucho peores a dos pasos del Puente de los Tres Céntimos que un capitán enloquecido por el Caos que se da un chapuzón y ya no regresa.

—¡Herejía! —exclamó entre dientes Nathaniel.

—Frío, frío. Cosas más fuertes —replicó Kurt—. ¡Vamos, vaya al grano!

—Está bien —asintió el cazador de brujas, estirando todo el cuerpo—. Sé que el hermano de Joost Holismus lo vio ayer. Llevábamos tiempo sospechando que el ahogamiento del capitán había resultado demasiado conveniente. Ahora disponemos de la prueba que confirma que era mentira. Todo aquel que preste socorro a un hereje adorador del Caos debe someterse a mi poder como inquisidor. Mis hermanos y yo estaremos vigilando este lugar. Si Joost Holismus regresa, deberá notificarnoslo inmediatamente. De lo contrario, las consecuencias para usted y sus Gorras Negras serán nefastas. Reduciremos a cenizas la comisaría y usted se convertirá en mi prisionero y recibirá el castigo que yo considere oportuno.

Kurt asintió con la cabeza.

—Sí, sí, todo eso ya lo había oído antes. Gracias por su visita. No se preocupe, lo avisaré si Joost aparece para charlar un rato y tomarse una jarra de cerveza. Mientras tanto, ¡fuera de mi puente!

Nathaniel dio un paso adelante para acercarse al capitán con el rostro desencajado por la ira y el odio.

—¡Se está pasando, Schnell!

—He mirado la muerte a los ojos más veces de las que querría recordar y he luchado contra la tiranía que usted afirma combatir en la guerra contra las fuerzas de Archaon, así que no necesito que un matón de mierda con ínfulas, un libro de oraciones y un aliento que apesta me diga cómo he de llevar mi comisaría o intente asustarme. ¡Váyase con el cuento a otro!

—Esto no acaba aquí —prometió el cazador de brujas cuando ya enfilaba sulfurado hacia Stoessel.

—¡Largo de aquí! —le gritó Kurt a la espalda.

Jan apareció en la comisaría justo a tiempo para presenciar los coletazos de la desafortunada conversación.

—Veo que sigues esforzándote por entablar amistades y relaciones con gente influyente —señaló con ironía, y desplegó una sábana de un oscuro color ceniciento sobre el cuerpo de Verletzung que protegió el cadáver de las miradas de los curiosos—. ¿Quién era ése?

—El hermano Nathaniel, del Templo de la Corte —masculló Kurt.

—¿Un cazador de brujas?

—¡Uh... uhuh!

Jan puso los ojos en blanco.

—¿Queda alguien a quien no hayas agraviado todavía? Dame una lista y los invitaré a la comisaría; así podrás insultarlos a todos a la vez y te ahorrarás tener que hacerlo de uno en uno.

—Había oído decir que el sarcasmo es el ingenio del gruñón —replicó Kurt.

—Por lo menos yo todavía conservo mi ingenio —respondió el sargento—. ¿Te has empeñado en que todo y todos en esta ciudad te consideren un enemigo? —Jan posó una mano en el hombro de Kurt—. Sé que estás furioso por la pérdida de otro hombre, pero ¿dar rienda suelta a tu ira con un cazador de brujas? Yo te he enseñado a hacerlo mucho mejor.

—No pude controlarme —reconoció el capitán—. He visto a demasiados hombres y mujeres de buen corazón sufrir inútilmente al servicio de la pesquisa obsesiva de un cazador de brujas.

—Mira quién fue a hablar.

Kurt no pudo evitar la risa, aunque su gesto risueño rápidamente se desvaneció. Sacó el cuerpo de Verletzung del carro asegurándose de que la sábana lo envolvía y lo mantenía oculto, pero el peso del cadáver le hizo tambalearse y tuvo que rectificar la postura para recobrar el equilibrio.

—¿Necesitas ayuda para llevarlo? —preguntó Jan.

—No, ya me las arreglo solo. Le debo un entierro digno a Verletzung, si no algo más. —Lanzó un vistazo a la comisaría—. No sé cuánto tiempo estaré con Otto en el Templo de Morr, así que será mejor que salgas a patrullar y dejes claro a la gente que nos quedamos. Ambos tenemos que darles ejemplo..., a ellos y al resto de la comisaría.

* * *

La niebla ya se había disipado cuando Belladonna llegó al extremo oriental de Luydenhoek, y el cielo bailaba con su brillante y eléctrico azul en las aguas que lamían

la orilla de la isla. En medio de todo aquel esplendor azul, no fue complicado localizar las nubes negras que escupía una chimenea al final de un pasaje desierto. Belladonna se guio por los gases impregnados de hollín para dar con su origen: un edificio achaparrado de aspecto dudoso del que procedía un torrente constante de maldiciones y blasfemias proferidas por una voz bronca.

La agente esperó a que se produjera una pausa en la ristra de impropiedades para golpear la gruesa puerta de madera con los nudillos. Las maledicciones se reanudaron y sonaron cada vez más cerca de la entrada, acompañadas por el ruido de fuertes pisadas. La puerta chirrió al abrirse y apareció un hombre enfurruñado y con el rostro rojo de rabia que medía lo mismo a lo ancho que a lo alto. Su altura no era mayor que la de un mediano, pero no había duda de que era un humano a pesar de su corta estatura.

—¿Qué quieres? —gruñó nada más aparecer en la puerta aferrando en la mano peluda un trozo de metal humeante.

—Me envía mi capitán de la guardia de vigilancia —respondió Belladonna, esforzándose para que no se le notara el miedo en la voz.

El gesto agresivo del forjador se suavizó en cuanto reparó en las bellas y llamativas facciones de la guardia.

—Ah, ¿sí?

Belladonna extrajo la flecha de ballesta con la punta metálica.

—Dijo que sólo había un hombre en todo Marienburgo capaz de identificar la aleación empleada para fabricar esto..., un brujo llamado Terfel.

La oronda figura se acercó a Belladonna y arqueó las cejas sugerentemente.

—Los halagos abrirán las puertas a la mayoría de la gente, querida, pero con una cara como la tuya no tienes por qué preocuparte. Estoy a tu entera disposición.

—Mi capitán también dijo que tenía algunos hábitos repugnantes y las manos muy largas, que anduviera con cuidado.

Terfel hizo lo que pudo para parecer consternado por aquellas acusaciones.

—¿En serio? ¿Y quién es ese capitán de la guardia de vigilancia que ha difamado con una crueldad tan gratuita y de esa terrible manera mi buen nombre?

Belladonna sonrió.

—Schnell. El capitán Kurt Schnell.

—¡Ah! —El hombrecito se rascó el cogote pelado y se sorbió la nariz—. Bueno, en ese caso será mejor que entres. ¿Cómo te llamas, amorcito?

—Belladonna Speer —contestó la agente, agachando la cabeza para introducirse en los dominios del brujo—. Y si no saca la mano de mi capa, se encontrará una daga clavada en ella en cualquier momento.

—Oh. Me gustas, tienes carácter —replicó Terfel con entusiasmo retirando sus entrometidos dedos mientras seguía ala agente al interior del taller de techos bajos—.

¿Por qué no te sientas y dejas que el bueno del viejo Terfel eche un vistazo a esa flecha que traes, eh?

—Lo haría encantada, pero me da la impresión de que no hay un lugar seguro donde sentarse —observó Belladonna tosiendo educadamente.

Lo más parecido al interior de la morada de Terfel era un choque frontal entre una biblioteca y una fundición. Los libros se apilaban desde el suelo hasta el techo ocupando la mitad del espacio disponible, y las columnas de volúmenes amenazaban con derrumbarse en cualquier momento, lo mismo que los fardos de papeles garabateados con letra delgada e insegura y con ininteligibles diagramas. El resto de la estancia estaba dedicado a una fragua, complementada con una chimenea en la que el fuego ardía con vivacidad y de la que partía un enorme tubo que atravesaba el techo. También había una colección interminable de metales. En un rincón se apilaban los lingotes macizos, mientras que los sacos de mena y arena estaban diseminados por el suelo, cubierto por caños, barras y trabajos en metales de todas las formas y tamaños. Alguna bocanada de humo escapaba ocasionalmente de la aspiración de la chimenea y se quedaba flotando en la habitación, de manera que el aire sabía a fuego y metal.

—Espera, abriré un par de ventanas —dijo Terfel a su invitada.

Se dirigió apresuradamente a la más cercana y se tropezó con una pila de tomos encuadernados en piel. El brujo se dedicó una ristra de insultos por el caos que acababa de formar mientras abría los vanos que daban al mundo exterior, permitiendo que el necesario aire fresco penetrara en la atmósfera sofocante. Satisfecho por los resultados, Terfel regresó junto a Belladonna y colocó en el suelo los antiguos grimorios que ocupaban una silla, se sacó un trapo mugriento de la manga y lo pasó por el asiento de cuero.

—Prueba ésta a ver si se ajusta a tus medidas.

Belladonna se sentó cuidadosamente en la silla. Una vez sentada, su mirada y la de Terfel quedaron a la misma altura. El brujo se cruzó de brazos y esbozó una sonrisita de complicidad.

—Bueno, echemos un vistazo a esa misteriosa flecha que traes, ¿eh?

TRECE

Otto contempló los restos mortales de Helmut Verletzung.

—No sé qué podría añadir a lo que resulta obvio a simple vista. Murió por la flecha de arco o ballesta que le dispararon en el cuello y que sesgó la conexión del cerebro con el resto del cuerpo, así que Morr debió de reclamarlo en cuestión de segundos. Su hombre estaba de cara a la persona que lo mató. Si utilizó un arco y una flecha no debía de estar a más de veinte pasos..., que serían menos en el caso de que se tratara de una ballesta.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó Kurt abrazándose el cuerpo para tratar de entrar en calor. En la capilla lateral del templo hacía el frío de una tumba, y aquello era lo único que el capitán podía hacer para detener el castañeteo de sus dientes—. Me refiero a la distancia del disparo.

Otto señaló el pequeño orificio de entrada de la flecha.

—La ballesta dispara las flechas con una velocidad mayor que la mayoría de los arcos, aunque no de todos. Yo diría que lo mataron con una ballesta. —Kurt asintió, conforme con el veredicto del sacerdote—. Murió antes de la medianoche a juzgar por la baja temperatura y la rigidez del cuerpo. —Giró levemente el cadáver y señaló unas oscuras manchas de color morado en la piel—. Después de que lo mataran estuvo acostado de espaldas varias horas. Cuando un cuerpo muere, la sangre se estanca en su punto más bajo.

—¿Algo más?

—No. Lo siento.

El capitán frunció el ceño.

—Creía que podía hacer que los muertos le hablaran.

—Morr se vale de mi cuerpo para dar voz a quienes perdieron la vida de una manera injusta... a veces. —Otto cerró los ojos y musitó unas palabras, pero el cuerpo de Verletzung permaneció inmóvil—. Lo siento, pero el espíritu de este hombre se marchó hace mucho tiempo. Puede que incluso lo abandonara antes de que muriera.

—No lo entiendo —reconoció Kurt, con una frustración evidente en su laconismo.

—Algunos abandonan su fe en la vida antes de que la vida los abandone a ellos.

—¿Los sacerdotes siempre tienen que emplear acertijos y parábolas cuando

hablan?

Otto se encogió de hombros.

—Es nuestra naturaleza, capitán. —Bordeó la mesa donde yacía el cuerpo y se detuvo delante de los pies de Verletzung. Lo primero que hizo fue despojar al cadáver de las botas de piel—. Si continúan asesinando a sus hombres con esta prontitud, acabaré teniendo yo más en mi templo que usted en su... —Otto se calló repentinamente. Sus ojos se abrieron como platos y empezó a bufar.

—¿Qué ocurre?

El sacerdote levantó una mano demandando silencio. Toda su energía se hallaba concentrada en las botas de la víctima.

—Sabía que este hombre fue asesinado en una cloaca, ¿verdad?

—No —admitió Kurt—. No sabemos nada de dónde murió, excepto que probablemente lo hizo en Riddra.

—Pues así es. Lo mataron bajo tierra. Pero su cuerpo fue abandonado en la calle. Ya ha visto las marcas de los adoquines en la sangre que se le había acumulado debajo de la piel.

—Sí, pero ¿cómo sabe que lo asesinaron en una cloaca? No desprende ningún olor que lo delate.

Otto sonrió; sus finos labios se fruncieron.

—La humedad impregnó la ropa y la piel, y el agua que las empapaba las limpió durante la noche. —Sostuvo las botas en alto—. Pero las costuras de estas botas están cubiertas de heces. Y huele a algo más, algo dulce y nauseabundo... —El sacerdote apretó el rostro contra la piel del calzado y aspiró profundamente los pestilentes aromas que se ocultaban en las costuras—. Drogas, opiáceos... Me parece que es loto negro.

—Sólo hay un sitio en Riddra donde se trafique con eso —aseveró Kurt con los ojos brillantes ante el descubrimiento—. La casa de sueños El Loto Dorado.

—El modo en que se mezcla el opiáceo con el olor de heces humanas... —reflexionó Otto en voz alta—, creo que estaba en las cloacas que se extienden debajo de El Loto Dorado o muy cerca de ellas cuando lo asesinaron. Los asesinos debieron de devolver el cuerpo a la superficie con la esperanza de ocultar ese dato. —Sonrió para sus adentros—. Y casi lo consiguen.

—Pero ¿por qué tomarse las molestias de dejarlo en la superficie? —se preguntó Kurt—. ¿Por qué no simplemente abandonar el cuerpo en la cloaca? Era bastante improbable que lo encontráramos allí abajo, y al final las corrientes marinas habrían acabado por arrastrarlo al mar. Hubiera sido el crimen perfecto.

—Yo puedo decirle lo que observo e intuyo, pero no puedo hablar de los motivos o los pensamientos de quienes cometieron el asesinato, capitán. Ése es su terreno, no el mío.

—Tiene razón. —Kurt se pasó una mano cansina por el rastrojo que lucía en la barbilla y de pronto se dio cuenta de lo poco que había dormido desde que había llegado a Suiddock. Ni siquiera había tenido tiempo para afeitarse desde su ascenso—. Sin duda tiene un olfato más fino que yo para las pistas. ¿Le importaría venir conmigo a Riddra y ayudarme a buscar el lugar en el que mataron a Verletzung? Podríamos hallar pistas que nos conduzcan a los asesinos y nos ayuden a llevarlos ante la justicia.

Otto juntó sus manos formando un triángulo.

—Lo ayudaré, capitán, pero algún día, cuando me surja la necesidad, tendrá que ayudarme usted... sin preguntas ni titubeos.

—Por supuesto.

El sacerdote sonrió con benevolencia.

—No tiene ni idea de lo que le pediré cuando llegue el momento.

—Eso no importa —insistió Kurt—. Yo nunca rompo una promesa, por muy costoso que pueda resultarme.

—Ya había oído eso sobre usted de boca de otros. —Otto dejó las botas junto a los pies del muerto—. Muy bien. Debo cerrar el templo antes de marcharnos. En otras partes de Marienburgo los acólitos de Morr no tienen motivos para cerrar las puertas con llave, pues pueden confiar en que nadie osará profanar la santidad del templo. Pero esto es Suiddock, y la amarga experiencia me ha enseñado que aquí esas circunstancias no siempre se dan.

—¡Si lo sabré yo! —afirmó Kurt, que echó una última ojeada al cadáver del guardia antes de marcharse.



Mientras calentaba la punta metálica de la flecha en el fuego, Terfel paseaba la mirada por la hermosa figura de Belladonna. A pesar del nada favorecedor uniforme de Gorra Negra, no había duda de que era una joven bella. El brujo se preguntó cómo habría acabado en un trabajo como aquél. Sin embargo, la hechura resuelta de su mandíbula y la mirada penetrante de sus cálidos ojos sugerían que no conseguiría con preguntas directas las respuestas que perseguía, así que Terfel optó por una táctica indirecta.

—Entonces, ¿conoces bien al capitán Schnell? —preguntó mientras echaba aire con el fuelle.

—Lo conocí hace un par de días, cuando lo pusieron al mando de la comisaría del Puente de los Tres Céntimos.

—¿Y qué opinas de él?

Belladonna frunció el ceño; el gesto le dibujó diminutas arrugas en el entrecejo.

—Parece valiente y resuelto, tiene confianza en sí mismo. Imagino que será bravo en la batalla y leal hasta la muerte. Pero su temperamento... algún día podría acarrearle la ruina. —Hizo una pausa para pensar—. Sí, ésa sería mi impresión.

Terfel asintió sin dar su propia opinión sobre el capitán.

—Yo lo conocí en Altdorf.

—¿En serio?

—Su padre contrató mis servicios durante un tiempo. Para un trabajo relacionado con metales preciosos y cosas así.

—Nunca he visto al general Erwin Schnell, pero he oído que fue un gran guerrero.

—Sí. Les hubiera ido muy bien contar con el viejo Barbas de Acero en la guerra contra el Caos —señaló el brujo girando la flecha sobre el fuego y dejando que las llamas ablandaran el asta metálica—. Fue una pena lo que les ocurrió a Kurt y a su hermano en el campo de batalla. Creo que su padre nunca se ha recuperado de la conmoción.

Belladonna se levantó de la silla.

—¿Ya está lista la flecha para el examen?

—Casi —respondió Terfel, manteniendo el tono despreocupado en la voz, pero observando detenidamente el rostro de la muchacha—. Por supuesto, el comportamiento de Kurt no debería haber sido una sorpresa para nadie..., sobre todo después del incidente con su esposa, Sara. Nunca conocí todos los detalles, pero sé que después de eso el viejo Barbas de Acero repudió a Kurt.

Belladonna hizo todo lo posible por ignorar aquellos comentarios.

—Demuestra un oído muy agudo para los cotilleos y las insinuaciones, Terfel. ¿Es así de habilidoso en temas metalúrgicos?

—Yo coqueteo con los cotilleos y con las mujeres —confesó—, pero los metales son mi primer amor. —El brujo sacó la flecha de las llamas y la sostuvo en alto para estudiar el asta incandescente que el calor había blanqueado. Unos diminutos puntos negros brillaban en el metal, como si estuvieran vivos—. ¿Ves eso? ¿Ves esas partículas que se mueven en la aleación?

—Sí, las veo —respondió la mujer con un ligero rasgo de admiración en la voz.

—Es sumamente extraño. Es... Tendrás suerte si vuelves a verlo alguna vez en toda tu vida.

Belladonna seguía mirando detenidamente el asta, pero ya empezaba a enfriarse y la superficie se oscurecía, haciendo imposible distinguir los puntos negros.

—¿Por qué? ¿Qué lo hace tan especial?

Terfel puso de nuevo la flecha en el fuego.

—Los puntos me indican que la aleación contiene un extraño tipo de hierro que se produce a partir de la fundición de una carísima arena negra que se importa de una determinada playa de Arabia. Cuando se utiliza en la fabricación de puntas de flecha o

en proyectiles de ballesta, esta aleación permite que el arma perfora cualquier armadura, cualquier piel, casi cualquier protección imaginable. Es como un guante que envuelve un puño, ocultando su poderío. Cuando se dispara una flecha como ésta, ya sea con arco o con ballesta, atraviesa su blanco como un cuchillo afilado atraviesa una salchicha.

—Nunca había oído hablar de una aleación así —dijo Belladonna.

—Por eso te envió el capitán Schnell. Mi conocimiento de los metales casi no tiene rival.

—¿Quién importa esa arena negra a Marienburgo?

El brujo pareció avergonzado ante aquella pregunta.

—Sí. Temía que me preguntaras eso. Sólo hay dos personas en toda la ciudad que se abastezcan de ella regularmente...; yo mismo y Adalbert Henschamnn.

—Una intrigante yuxtaposición de personalidades.

—Bueno, verás, no es estrictamente legal sacar arena negra de esa parte de Arabia. El lugar pertenece a un caudillo sanguinario que no ve con buenos ojos que su playa mengüe.

—¿Cada cuánto tiempo consigue un cargamento?

Terfel meneó la cabeza con consternación.

—Me has entendido mal. Sólo puedo permitirme comprar una bolsita al año, y si hubiera harina en esa bolsa en vez de arena, ni siquiera te alcanzaría para preparar un panecillo. Si te soy sincero, ahora mismo no me queda. Me tenían que entregar una remesa la semana pasada, pero un estibador con el cerebro de un mosquito me dejó cincuenta kilos por error. Pensé que era mi día de suerte, hasta que recibí la visita de una mujer hosca con los músculos del tamaño de mi cabeza que me sugirió que depositara la arena junto a la entrada de un túnel subterráneo en Riddra. Tuve que cargar con ella hasta allí aprovechando la oscuridad para que nadie me descubriera. Henschamnn podría haberme enviado alguno de sus matones para transportar la pesada carga, pero no.

Belladonna escuchó con atención las palabras de Terfel y esperó unos instantes antes de hacerle otra pregunta.

—Ese túnel, ¿adónde conducía?

—Yo qué sé. —El brujo se encogió de hombros—. Los rumores afirman que el viejo Casanova utiliza la red de túneles que recorren las catacumbas y las cloacas de Suiddock para transportar furtivamente el contrabando por todo el distrito. Podría pensarse que no tiene ninguna necesidad de molestarse en hacerlo así, pues la mitad de la ciudad es suya, pero a Henschamnn le gusta conservar las manos limpias. Lo extraño es, sin embargo, que últimamente sus hombres no han utilizado los túneles con tanta frecuencia. Los he visto merodeando por ahí con carros y carruajes, e incluso utilizando los taxis fluviales.

—¿Podría enseñarme dónde está esa entrada al túnel?

—¡Estás de broma! No voy a arriesgarme a que me rajen el cuello por ti, cariño..., a menos que estés dispuesta a que valga la pena...

Terfel enseguida notó la punta de la daga pinchándole el cuello por debajo de la mandíbula, con la firme amenaza de perforarle la piel.

—Ya le advertí lo que le ocurriría si esos deditos asquerosos se deslizaban por debajo de mi capa, ¿verdad? —repuso Belladonna con dulzura.

—Así es —respondió Terfel, retirando las manos—. Lo siento.

—Cometa el mismo error otra vez y se quedará sin manos.

—Lo pillo —afirmó el brujo, que tragó saliva mientras la guardia apartaba la hoja de su garganta—. ¿Qué tal si te dibujo un mapa del lugar en el que dejé la arena? Así tú obtendrás lo que quieres y yo me evitaré que tú o alguno de los matones más sanguinarios de Henschamnn me rajéis el cuello. ¿Trato hecho?

* * *

Kurt y Otto hicieron un alto en la comisaría, donde el capitán se procuró una espada corta del alijo de armas que habían dejado los anteriores ocupantes del edificio. Otto declinó el arma que le ofreció el capitán y prefirió continuar con su báculo de madera. «Soy sacerdote, no un luchador», se justificó. Kurt explicó a Gerta adónde se dirigían por si acaso tardaban en regresar y salieron de la comisaria del Puente de los Tres Céntimos. Acababan de poner el pie en Riddra cuando encontraron a Faulheit deambulando por las inmediaciones, intentando evitar meterse en problemas. Kurt estaba a punto de enviar a su perezoso agente de vuelta a la comisaría cuando se le ocurrió una idea mejor.

—¿Qué opina de las cloacas? —le preguntó el capitán pasándole el brazo por los hombros.

—Bueno, me parece que están llenas de...

—Me refería a si le gustaría ayudarnos a explorar las cloacas —le aclaró Kurt.

Faulheit miró infructuosamente al impassible sacerdote en busca de ayuda. Quizá porque se dio cuenta de que no le quedaba alternativa, el Gorra Negra suspiró cansinamente con resignación y preguntó:

—¿A qué cloaca tengo que bajar?

—A la que está junto a la casa de sueños El Loto Dorado.

—¡Genial! —exclamó el agente.

—No se preocupe —lo tranquilizó Kurt—. Nosotros vamos con usted.

Recorrieron con paso firme las calles atestadas provocando las miradas de curiosidad y los cuchicheos de los ciudadanos. No era frecuente ver Gorras Negras en

aquella isla, y mucho menos en pareja. Sin embargo, verlos acompañados por un sacerdote de Morr sólo podía significar que alguien moriría de manera inminente. El capitán no tenía ninguna duda de que ya habría corrido la voz sobre la muerte de Verletzung y la amenaza grabada en su cadáver, pues en Marienburgo los chismes volaban más rápido que las gaviotas. Por otra parte, le subió ligeramente el ánimo comprobar la reacción de la gente común a su paso. Kurt sentía que su presencia todavía no se había asentado fuera de las paredes de la comisaría, pero eso no era una tarea sencilla si disponía de tan pocos hombres a su mando.

En cuestión de minutos se plantaron en el exterior de El Loto Dorado. El enfermizo y empalagoso olor a vicio se filtraba desde el edificio de madera y piedra de tres plantas. Kurt sabía lo que sucedía en su interior, pero era la primera vez que contemplaba el infame antro de consumo de narcóticos a la luz del día. Las vigas de madera tenían una desasosegante y horrorosa inclinación, como si la estructura estuviera a punto de desmoronarse. La casa se sueños tenía un aspecto horrible, ruinoso; su fachada no daba idea de las fortunas que gastaban en su interior algunas de las personas más poderosas de la ciudad. El loto dorado pintado en la puerta principal era la única pista de lo que ocurría dentro del edificio, eso y el hedor a sufrimiento que procedía del interior. «Algún día volveré y derruiré este lugar —se prometió Kurt—. Pero hoy no». Tendría que esperar mientras otros asuntos más apremiantes requirieran todo su tiempo y su energía.

—La entrada de la cloaca... ¿Dónde estará? —se preguntó el capitán en voz alta.

Otto olisqueó el aire. Era capaz de distinguir el olor requerido entre muchos otros, como el aroma de las salchichas que asaban en un puesto cercano, la horrible fetidez del antro donde se consumían las drogas o el perfume de la ropa tendida en una cuerda que se extendía para atrapar la luz del sol de una ventana a otra del primer piso de un edificio vecino.

—Al girar esa esquina —afirmó el sacerdote—. Cerca de donde termina Riddra y empieza el Rijksweg.

Kurt dobló la esquina detrás del sacerdote asegurándose de que Faulheit no se quedaba atrás, y fue el capitán quien vio la entrada de la cloaca oculta por la sombra de El Loto Dorado. Le habían retirado la tapa, que yacía en el suelo adoquinado, junto a la apertura.

—Alguien ha estado recientemente ahí abajo —aseveró Kurt.

—Y puede que sigan —señaló Otto.

—Baje a echar un vistazo, capitán —sugirió Faulheit—. Yo me quedaré aquí para cubrirle la salida.

—Si hay alguien esperándonos en la cloaca, lo necesitaré a mi lado, Faulheit —le dijo Kurt dándole una palmada en el hombro—. De hecho, ¿por qué no va usted delante y me enseña cómo se baja?

—Lo haría, pero usted es el Gorra Negra de mayor rango, así que...

—Es una orden Faulheit. Abajo.

Faulheit se posicionó desmañadamente sobre el agujero circular que se abría en el pasaje adoquinado, rezongando y se introdujo por él, apretando sus anchas caderas para que cupieran por el hueco. Instantes después se oyó un sonoro plaf y un grito angustioso, a los que siguió el silencio.

—¡Faulheit! ¿Qué tal ahí abajo?

—¡Si hubiera sabido adónde tendría que ir hoy, me habría traído una pinza para la nariz! —gritó una desdichada voz desde la cloaca—. No veo a nadie, aunque en realidad apenas veo nada.

Kurt bajó por la escalera metálica que descendía por el agujero circular hasta poco antes de dar con el turbio y fétido líquido que se arremolinaba en la base del túnel. Por la altura que las aguas alcanzaban en las botas de Faulheit dedujo que la distancia que lo separaba del suelo no era excesiva, así que se dejó caer sobre el agua y a punto estuvo de perder el equilibrio cuando pisó las resbaladizas baldosas del túnel. Kurt prefirió no preguntarse lo que hacía que sus botas patinaran por el suelo del túnel, aunque su imaginación no se refrenó tanto. Tal y como Faulheit le había dado a entender, el hedor en la cloaca era insoportable. Los desperdicios de miles de personas fluctuaban alrededor de sus tobillos empujados por los movimientos de la marea. Kurt se tapó la cara con un brazo y sepultó la nariz y la boca en la parte interior del codo para evitar buena parte del hedor. Blandió la espada en la otra mano y recorrió el túnel circular con la mirada mientras Otto descendía por la escalera. El sacerdote aterrizó en el agua con la agilidad de un gato y utilizó su báculo de madera como punto de equilibrio adicional para moverse por el traicionero túnel. Como en el caso de sus compañeros, el rostro de Otto se contrajo en cuanto la fetidez le atacó los sentidos.

—Y yo que pensaba que el hedor de los muertos era fuerte... —comentó el sacerdote con sequedad.

—Sólo nos quedaremos el tiempo imprescindible —informó Kurt a sus acompañantes.

—¿Me ha visto quejarme? —preguntó Faulheit levantando la mirada. La luz se deslizaba al interior del túnel desde el agujero que se abría encima de sus cabezas. Sin embargo, las paredes también irradiaban un débil destello verde que iluminaba la cloaca y confería al trío una palidez enfermiza—. ¿Cómo es que podemos ver? Debería haber una oscuridad casi total.

Otto examinó las paredes con interés.

—Sospecho que es una especie de fosforescencia natural.

—Perfecto. No encendería una cerilla aquí abajo por nada del mundo —confesó Kurt—. Puede que el gas que producen todos estos olores de la cloaca sólo necesiten

una chispa para estallar. Tengan cuidado con lo que hacen, ¿entendido? —El Gorra Negra y el sacerdote asintieron—. Bien. Faulheit, usted quédese aquí. Si ve algo o a alguien sospechoso, pida auxilio.

—Eso puedo hacerlo —afirmó el guardia.

—Otto, ¿me acompaña? —Kurt no quería dar la impresión de que daba órdenes a Otto como si se tratara de un Gorra Negra más, pero el sacerdote asintió sin vacilar—. Bien. Vamos.

Los dos hombres avanzaron hacia el interior de la isla, dejando el Rijksweg a sus espaldas. Otto se apoyaba en el báculo mientras que Kurt se esforzaba por no perder el equilibrio; lo último que deseaba era resbalar y caerse, lo que lo hubiera dejado empapado de aguas fecales. Se estremeció con sólo pensarlo y aceleró el paso seguido de cerca por el sacerdote. Los ruidos de la calle se atenuaban a medida que se alejaban de la entrada de la cloaca por el túnel, que giraba a la izquierda. Más adelante apareció una bifurcación con dos túneles que formaban un ángulo recto entre sí. Kurt se detuvo cuando llegaron al cruce y esperó a que Otto lo alcanzara.

—¿Prefiere que inspeccionemos primero alguno de los dos en concreto?

La respuesta del sacerdote no fue inmediata. Ladeó la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Escuche —susurró Otto.

Kurt hizo lo que le pidió y no tardó en oírlo también. Era el chapoteo de los pasos de alguien que se aproximaba por el túnel de la izquierda. El capitán se colocó a un lado de la boca del túnel, dejando a Otto en el otro lado, y se prepararon para abordar lo que fuera que se acercaba. El chapoteo sonó cada vez más alto y cercano hasta que de repente cesó poco antes de llegar a donde aguardaban Otto y Kurt.

—¿Hola? —preguntó una voz con nerviosismo—. ¿Hay alguien?

—¿Belladonna? —musitó Kurt, sorprendido—. ¿Es usted?

La Gorra Negra apareció por el túnel de la izquierda aferrando una daga en una mano y una ballesta cargada en la otra.

—¿Qué hacen aquí abajo? —preguntó mirándolos maravillada.

—Estamos buscando al asesino de Verletzung. ¿Usted también?

Belladonna asintió.

—No he tenido suerte en la búsqueda de la persona que disparó a Helmut con esta ballesta, pero tengo el nombre del asesino: Didier Deschamp. A juzgar por el nombre, probablemente sea de origen bretoniano.

Otto resopló con sorna.

—¿Eso es imposible! ¿Cómo puede saberlo? A menos que se permita de vez en cuando el ejercicio de la brujería o de otras prácticas blasfemas.

—No es necesaria la brujería, bastan los poderes de la observación. Eso es todo. —Belladonna giró la ballesta para mostrarles el nombre «Didier Deschamp» grabado

con fuego en la culata de madera.

—Ah —exclamó el sacerdote, que por una vez pareció avergonzado—. Entiendo.

—No tiene por qué disculparse —replicó Belladonna sonriendo.

—¿Dónde la encontró? —preguntó Kurt.

Belladonna señaló a su espalda con el pulgar.

—A unos veinte pasos por el túnel, en una cámara donde convergen varios pasadizos. Terfel encontró una conexión entre la ballesta y estos túneles. Al parecer, los matones de Henschamnn los utilizan para transportar el contrabando de la peor clase. Ya sabe a lo que me refiero, polvo de momia, sombra carmesí, cadáveres de orcos congelados. Así que bajé con la esperanza de...

Sus palabras quedaron interrumpidas por el ruido que producía alguien que corría hacia ellos. Casi inmediatamente apareció Faulheit doblando la esquina. El obeso guardia mantenía con dificultad el equilibrio en las aguas repletas de heces y tenía las facciones contraídas en un gesto de terror. Se tambaleó y cayó de bruces sobre la repugnante sopa, pero volvió a ponerse en pie y continuó la carrera hacia ellos.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —susurró Kurt cuando Faulheit llegó a su altura.

—¡Media docena de hombres! ¡Vienen por ahí!

—¿Por qué no les dio el alto? No deberían estar aquí abajo.

—No me gusta discutir cuando me superan en número. ¡Además, iban armados para hacer la guerra, no para rendirse!

—¿Lo han visto?

—Creo que no —respondió jadeando—. Estaban demasiado ocupados buscando algo.

Otto miró la ballesta que Belladonna tenía en las manos.

—Quizá Deschamp ha regresado para recuperar el arma del crimen. A lo mejor se le cayó en la oscuridad después de matar a su colega.

Kurt miró detenidamente por encima de Faulheit para tratar de averiguar si alguien había doblado ya la esquina. Todavía no, pero se distinguían numerosas sombras en la pared de la curva que sugerían que los intrusos no estaban muy lejos.

—Repleguémonos. Debemos encontrar un lugar más adecuado para plantarles cara por si fuera necesario.

El aterrorizado guardia clavó los ojos en su capitán.

—¿Quiere que nos internemos en la cloaca?

—No tenemos opción. No podemos defender esta bifurcación si nos superan en número. Es mejor retrasarse hasta un lugar donde podamos hacernos fuertes si hay que combatir. ¡En marcha!

—¿Por qué túnel?

—¿Encontraremos un sitio propicio para defendernos por donde ha venido usted?

Belladonna caviló un momento.

—El tramo en el que encontré la ballesta servirá. Se abre en una especie de cámara de la que parten otros tres túneles. Además hay unos salientes a cada lado de la entrada del pasadizo; eso nos concederá la ventaja de la altura a dos de nosotros en el caso de necesitarla.

—Suenan bien —dijo Kurt—. ¡Llévenos allí!

* * *

Didier Deschamp empezaba a arrepentirse del paseíto por las cloacas. Se había asustado al encontrarse con aquel Gorra Negra que había estado persiguiéndolo por los túneles la noche anterior y le había entrado el pánico. El asesinato había sido un acto reflejo, ni más ni menos. Si hubiera podido, habría dejado el cuerpo allí abajo con la esperanza de que las altas mareas que se producían con el equinoccio de otoño en Mittherbest lo arrastraran al mar. Pero su jefe había dictado órdenes estrictas sobre las operaciones que tenían lugar en los túneles y dejar cadáveres en las cloacas no estaba permitido. De modo que Didier se había visto obligado a arrastrar el cuerpo del Gorra Negra durante una eternidad hasta que por fin encontró una apertura por la que pudo abandonar las cloacas. Hasta que no depositó el cadáver sobre el suelo adoquinado no se dio cuenta de que había perdido la ballesta. Para entonces ya era demasiado tarde para regresar por el arma. La marea habría subido y sería imposible moverse por los pasadizos, así que tuvo que aguantar una hora de gritos y reprimendas de su jefe beodo; a lo que había seguido la recuperación del cuerpo y su entrega en la comisaría del Puente de los Tres Céntimos con una adecuada nota de amenaza prendida del cadáver.

¿El mayor error de Didier? Mencionar la pérdida del arma delante de su jefe todavía ofendido. Esa estupidez le había supuesto un rapapolvo, y allí estaba ahora, en las condenadas cloacas de nuevo, buscando la condenada ballesta de un lado para otro en compañía de cinco matones hoscos. Didier llevaba despierto desde el día anterior al amanecer, no había comido nada en todo ese tiempo, tenía los pies hundidos en heces humanas y ni siquiera tenía la certeza de que estuviera en el túnel correcto. Tampoco le ayudaba la sospecha cada vez más viva de que los cinco musculosos matones tenían órdenes de matarlo nada más encontrar el arma. Didier andaba ocupado barruntando cómo librarse de sus guardaespaldas cuando uno de los matones, un gigantón llamado Fokkes, descubrió la apertura al final de las escaleras que subían a las calles de Riddra.

—Hay alguien más aquí abajo —señaló Fokkes, desenfundando un cuchillo curvo brutalmente mellado que llevaba prendido de la cintura—. Podrían seguir aquí,

esperándonos.

—¿Qué? ¿Crees que es una emboscada? —preguntó Didier, y una vez más se lamentó por no haber aprendido a pensar antes de abrir la boca y hacerlo siempre al revés. Si poseyera ese talento, no había duda de que mejorarían sus perspectivas de sobrevivir a aquella excursión—. Pero ¿cómo podían saber que íbamos a venir aquí y ahora?

Fokkes reflexionó unos instantes y luego se encogió de hombros.

—Podrían seguir aquí.

—Entonces hay que estar en guardia —respondió Didier, agradecido por la oportunidad que se le brindaba de desenvainar la daga—. Además, creo que no estamos lejos del lugar donde perdí la ballesta. Reconozco este tramo de las cloacas. Tenemos que doblar la esquina y en la próxima bifurcación tomar el túnel de la izquierda.

Didier se abrió paso entre sus acompañantes y tomó la delantera, con la esperanza de que su falta de sutileza serviría como advertencia a quien estuviera acompañándolos en las cloacas. Lo último que deseaba era una pelea en una cámara subterránea cubierta de excrementos humanos. «¡Por los dientes de Taal! ¡Yo sé leer y escribir! —dijo para sus adentros—. Me merezco algo mejor que acabar mis días en un lugar como éste». Los matones lo seguían de cerca, un hecho que no ayudaba a apaciguarle los nervios. El grupo superó la curva del túnel y enseguida llegó al punto en el que se escindía. Didier iba a internarse con resolución por el túnel de la izquierda cuando Fokkes lo retuvo.

—¿Has oído eso? —susurró el hombretón.

—¿Oído el qué?

—El ruido de alguien desenfundando una espada.

Didier se quedó inmóvil y aguzó el oído, pero no oyó nada más que el goteo de aguas negras.

—Vamos, cuanto antes encontremos la ballesta antes saldremos de aquí, ¿de acuerdo?

Fokkes meneó la cabeza.

—Yo voy delante, luego los demás y tú, al final. Si hay enemigos aquí abajo, quiero tener a mi espalda alguien que no suelte su arma a la mínima señal de problemas.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera. ¡Tú eres el líder, ilumínanos! —contestó Didier, enfurruñado.

El musculoso gigantón frunció el ceño.

—Si no lo haces por tu bien, hazlo por el nuestro, ¿quieres?

—¡Por supuesto, como usted mande! ¡Por el bien de Fokkes!

Fokkes respiró hondo y los orificios de la nariz se le dilataron. Dio media vuelta y

se internó por el túnel izquierdo. Los otros cuatro matones lo siguieron con las dagas y las ballestas prestas. Didier se entretuvo un momento detrás de ellos; no quería estar demasiado cerca del grupo por si acaso surgían problemas. «Huir y vivir para luchar otro día», así pensaba y así había conseguido vivir más tiempo que la mayoría de los criminales de Marienburgo.



Kurt se había colocado en el enladrillado que sobresalía del borde izquierdo de la boca del túnel. Por su parte, Otto ocupaba el saliente de la derecha. Belladonna, con la ballesta de Didier en las manos, se había acurrucado debajo de Kurt, en un rincón de la cámara que se mantenía oculto por la oscuridad. Finalmente, Faulheit aguardaba armado con una daga en un rincón debajo de Otto.

El ruido de los hombres que se aproximaban se atenuó a medida que se acercaban a la cámara, aunque el cuarteto que los esperaba lo oía con claridad. Kurt buscó la mirada de sus compañeros y les hizo un gesto con la cabeza, apretando la empuñadura de su espada corta. Cuando el primero de los matones emergió del túnel, Kurt levantó el puño para pedir a los demás que aguantaran hasta el último momento antes de lanzar el ataque.

Apareció un segundo hombre, tan grande e intimidante como el primero. Y un tercero. Tenían puesta toda la atención delante y no advirtieron al cuarteto oculto en los flancos. Un cuarto hombre salió del túnel y miró a su alrededor; sus ojos se posaron directamente en el rostro de Otto. El sacerdote se llevó un dedo a los labios para que el recién llegado se mantuviera callado. El matón frunció el entrecejo con perplejidad.

—Es aquí —afirmó una voz insidiosa desde el interior del túnel—. Reconozco esa cámara en la que estáis. Ahí es donde maté al idiota del Gorra Negra.

—¡Por el amor de Shallya, cállate! —masculló el primer hombre que había aparecido por el túnel.

Observando a los hombres que iban emergiendo del pasadizo, a Kurt se le había ocurrido que no tenía ningún motivo real para considerarlos peligrosos. Tras el hallazgo de Belladonna de la ballesta, tanto él como los demás habían dado por descontado que los tipos que venían detrás de ellos estaban relacionados con el asesinato de Verletzung. ¿Y si se habían precipitado en sus conclusiones y estaban a punto de atacar a un grupo de personas inocentes que habían bajado a las cloacas por algún motivo desconocido? Sin embargo, las palabras que acababa de pronunciar aquella voz pérfida borraron de un plumazo todas las dudas que todavía perduraban en el capitán.

Uno de aquellos cabrones había matado a Verletzung en aquel mismo lugar, y ahora estaban allí para borrar todas las pruebas de su crimen. No merecían piedad, y no tenía ninguna intención de concedérsela.

—¡Ahora! —gritó a los demás.

Saltó del enladrillado enarbolando la espada en el aire. Con el primer tajo arrancó de los hombros la cabeza del cuarto hombre, y con otro golpe de la hoja le cercenó la nariz al quinto hombre según emergía del túnel, y que todavía no se había enterado de lo que ocurría. Didier se derrumbó sobre las aguas fecales —a las que se habían unido los residuos de su colega decapitado— agarrándose la herida, de la que salía la sangre carmesí.

Belladonna había disparado la ballesta de Didier en cuanto Kurt había dado la orden de atacar. La flecha se había incrustado en el costado del primer hombre, pero eso sólo lo alertó de la presencia de la agente. El matón se dio la vuelta y se arrojó encima de la joven, que quedó aplastada contra el rincón, y sin aire; sus rodillas cedieron y los ojos le hicieron chiribitas antes de que la oscuridad la amenazara con imponerse. Las manos de Belladonna buscaron una flecha para cargar la ballesta, pero el hediondo líquido que la salpicaba por todas partes hacía que sus dedos estuvieran resbaladizos y torpes.

A Faulheit le temblaban tanto las manos que se le escurrió la daga antes de poder utilizarla. El segundo matón se dio media vuelta y empezó a reírse de él antes de iniciar el ataque con una mirada asesina. Un poderoso puño tomó impulso para aporrear el rostro aterrorizado de Faulheit contra la pared del túnel, pero el atemorizado Gorra Negra perdió el equilibrio y cayó en las aguas residuales. Su agresor ya había lanzado el puñetazo y no pudo dar marcha atrás, así que impactó con tal velocidad en la pared que se rompió todos los huesos de la mano. Su grito de dolor retumbó en la pequeña cámara cuadrada con tanta fuerza que estuvo a punto de reventar los tímpanos de todos los demás. Faulheit intuyó que era una oportunidad para escapar, así que se arrastró hasta el túnel que le quedaba más cerca y se internó aún más en las catacumbas que se extendían por debajo de Riddra. La oscuridad lo envolvía. La superficie en la que apoyaba las manos y las rodillas se convirtió de manera abrupta en una pendiente descendente y Faulheit se precipitó por ella pidiendo a gritos que alguien lo ayudara.

Otto permanecía encaramado en el saliente y aprovechaba la ventaja de la altura y la longitud de su báculo de madera para enfrentarse al enemigo desde una distancia de seguridad. Varias veces aporreó la cabeza del tercer hombre con el bastón hasta que el cráneo del matón se resquebrajó como la cáscara de un huevo podrido. Con una sucesión similar de contundentes golpes acabó con el sufrimiento del segundo hombre. Como puntilla, clavó la punta del báculo en el cuello del hombre sin nariz y mantuvo el rostro ensangrentado hundido en las aguas residuales hasta que el alma de

aquel desgraciado dejó de forcejear. Sólo entonces bajó al suelo del túnel. Iba a ayudar a Kurt cuando un quejido de terror que provenía de las inmediaciones captó su atención.

Kurt había visto a Belladonna acurrucada en el rincón y embistió con su espada la espalda del agresor de la agente. La hoja se hundió hasta la empuñadura, pero el gigantón todavía arremetía contra Belladonna. Kurt giró la espada en la herida y eso llamó la atención del matón, que se dio media vuelta y le arreó un manotazo a Kurt. El capitán impactó contra una pared de ladrillo y se derrumbó en las aguas fecales casi sin aliento. Desde allí vio horrorizado que el hombretón se encaraba de nuevo con Belladonna para asestarle el golpe mortal.

—¡No!

Los ojos de la joven se cruzaron un instante con los del capitán y le sonrió. Entonces sacó la ballesta del agua turbia y disparó la flecha directamente en el entrecejo de su atacante. El extremo metálico del asta sobresalía de su cabeza como una espeluznante mancha, y el matón se tambaleó y se desplomó de espaldas sobre los cuerpos de sus compañeros. Belladonna se puso en pie, fue tambaleándose hasta Kurt y lo ayudó a levantarse.

—¿Qué ha ocurrido con Faulheit y Otto? —preguntó la agente.

—Faulheit huyó nada más empezar la lucha —respondió Kurt—. Pero no sé que ha sido de Otto.

—Oí un ruido —contestó el sacerdote saliendo de un túnel y arrastrando a una criatura empapada a su espalda—, y encontré esto agazapado entre las sombras. Dice que se llama Deschamp.

—¿Didier Deschamp? —masculló Kurt.

—Depende de quién lo pregunte —respondió el pequeño prisionero, calado hasta los huesos de aguas residuales.

Belladonna pasó la ballesta al capitán y Kurt sujetó en alto la culata para que se viera el nombre grabado con fuego en la madera.

—¿El mismo hombre que anoche se dejó la ballesta aquí después de matar a uno de mis Gorras Negras?

—Fue en defensa propia —aseguró Didier, esforzándose por sonreírles de una manera adulatoria.

—Creo que sus palabras exactas fueron: «Ahí es donde maté al idiota del Gorra Negra». Si mi oído oyó bien hace unos minutos —observó Otto.

El prisionero se estremeció.

—Yo estaba..., estaba fardando. Eso es. Estaba fardando con esos matones. —Miró la pila de hombres despatarrados en el suelo—. Sinceramente, creo que me trajeron aquí para matarme.

—Es una pena que los interrumpiéramos —señaló Belladonna.

—Puedo explicarlo todo —reconoció Didier—. De verdad, puedo explicarlo.

Kurt recuperó su espada del cuerpo más cercano y la sostuvo debajo del rostro sin barbilla de Didier, de modo que la hoja se hundía en la piel icterica del asesino.

—Empiece a hablar, Deschamp..., y le sugiero que lo que diga valga la pena.

CATORCE

Jan regresaba a la comisaría arrastrando a dos hoscos jóvenes por el cuello, uno bajo cada brazo, que había descubierto vendiendo lo que aseguraban que era un afrodisiaco envasado en unas diminutas botellas de arcilla que podía convertir al más debilucho de los hombres en un embravecido animal de alcoba. La pareja estaba sacando un lucrativo provecho de las amas de casa ávidas de acción hasta la intervención del sargento. Cuando las mujeres congregadas a su alrededor protestaron, Jan había obligado a los dos muchachos a beberse varias botellitas de su producto, y como era de esperar, ninguno de los dos se había transformado en una bestia enloquecida de pasión por la ingesta de tamaña sobredosis.

—¿Qué contienen? —les preguntó Jan a viva voz para asegurarse de que toda la gente que presenciaba el espectáculo le oía.

—Jugo de remolacha —admitió en un susurro uno de los vendedores.

—Más alto, para que te oiga todo el mundo —le pidió el sargento retorciéndole una oreja.

—¡Por el amor de Shallya, es jugo de remolacha! ¡Vendemos jugo de remolacha!

Un gruñido de desilusión se propagó entre las mujeres, que habían meneado las cabezas y se habían dispersado murmurando su disgusto por la juventud de aquellos días y la vergüenza que representaban aquellos muchachos para sus familias. Jan había pisoteado todos los envases y luego había llevado a los culpables al Puente de los Tres Céntimos.

—Creo que vuestros padres tendrán algo que decir sobre la forma que tenéis de invertir vuestros esfuerzos —les dijo el sargento.

—Lo dudo —respondió uno de los jóvenes—. Mi madre jura que el jugo de remolacha es un afrodisíaco.

—Sea como fuere, dudo que un boticario apruebe vuestros métodos. Además, la venta de productos de manera fraudulenta es un grave delito en una ciudad de comerciantes —replicó Jan.

Pero su determinación de castigarlos se esfumó en cuanto vio lo que estaba ocurriendo en el puente. Raufbold y Bescheiden estaban discutiendo con Scheusal delante de la comisaría, observados desde la entrada por Narbig. Holismus estaba sentado en los adoquines agarrando una botella con las manos temblorosas, mientras

que Gerta estaba de pie a su lado, junto a un saco lleno a rebosar de provisiones y un montón de cacharros de cocina.

—¡En el nombre de Mannan! ¿Qué ocurre aquí? —inquirió el sargento.

—¡Nos largamos! —le espetó Bescheiden—. ¡No nos quedamos en ese edificio ni un segundo más! ¡Todo el mundo decía que estaba maldito y tenía razón!

—Baje la voz —le advirtió Ian.

—¿Por qué? ¡No tenemos por qué quedarnos aquí a esperar que nos maten como a Verletzung y a Mutig!

El sargento ya estaba a un paso del guardia con cara de comadreja. Jan soltó a sus dos prisioneros, que aprovecharon para huir. Narbig hizo el ademán de detenerlos, pero Jan meneó la cabeza.

—No se moleste —bramó el sargento, y dirigió la atención a los demás Gorras Negras—. ¿Piensan todos lo mismo? ¿Willito está hablando en nombre de todos o sólo del suyo propio?

—Ojalá la gente dejara de llamarme Willito —musitó Bescheiden.

—Usted ya ha dicho todo lo que tenía que decir —gruñó Jan—. Vuelva a abrir ese purulento orificio que tienes por boca y le meteré el puño por la garganta hasta que le haga cosquillas en los intestinos. ¿Queda claro? —Bescheiden asintió, pero no hizo nada por disimular su desacuerdo con la situación. El sargento paseó la mirada por los demás hombres—. Bueno, ¿todos piensan lo mismo? ¿Están tan asustados de su propia sombra como para huir como unos niñitos cobardicas?

Raufbold dio un paso al frente, como siempre sin temor a dar su opinión.

—No vinimos aquí para que nos rajaran la garganta o nos desmembraran por culpa de una vendetta entre Schnell y Abram Cobbius.

—Para usted, capitán Schnell. ¿Y quién ha dicho que Cobbius fuera el responsable de la muerte de Verletzung?

—Todo encaja, ¿no? —insistió Raufbold—. Hizo una carnicería con Mutig, incluso grabó las iniciales en su cuerpo, y entregaron el cadáver de Verletzung en la puerta principal de la comisaría con una nota que prometía que nos matarían a todos. Pues bien, yo me doy cuenta cuando no me quieren en un sitio, y eso es precisamente lo que ocurre en Suiddock. En este distrito funcionaban las cosas antes de que llegáramos, y volverán a hacerlo cuando nos marchemos.

—No nos vamos a ningún lado —aseguró Jan—. ¿Qué clase de hombres son ustedes que ponen los pies en polvorosa en cuanto alguien los amenaza? ¿Desde cuándo los Gorras Negras ceden a las intimidaciones y las amenazas vanas?

—¿Estás llamando amenazas vanas a lo que les ocurrió a Hans-Michael y a Helmut? —preguntó con desdén Raufbold.

—No, lo llamo por lo que es: asesinato. Y me quedaré aquí hasta que vea a los responsables respondiendo ante la justicia. Ésa es la diferencia entre usted y yo, Jorg el

Guapo. Yo no necesito tragarme un puñado de sombra carmesí para encontrar el valor. Sí, así es, el capitán y yo lo sabemos todo sobre su secretito. Él quería concederle la oportunidad de que empezara de cero, pero le ha faltado tiempo para hacer una tontería como ésa, ¿no es así?

Raufbold bufó.

—No lo he probado desde...

—¡Mentiroso! —esperó Jan. Agarró a Raufbold por la mandíbula y se la apretó para obligar al Gorra Negra a que abriera la boca. Tenía las encías teñidas de un fulgurante carmesí, una prueba irrefutable de que había consumido el narcótico—. ¿Cuánto hace que consumiste por última vez? ¿Un día? ¿Unas horas? —El sargento empujó a Raufbold para apartarlo de él—. ¡Me da asco!

—¿Y qué pasa con mi hermano? —preguntó Holismus desde los adoquines, arrastrando las palabras—. Sufrió la maldición de este lugar. El Caos lo infectó, y aquí estoy yo ahora. Y ha vuelto para rondarme.

—Todos tenemos nuestros propios demonios a los que debemos hacer frente —contestó Jan—. Nuestros trapos sucios, las culpas que cargamos sobre los hombros. Ninguno de nosotros es perfecto, ni mucho menos. Pero eso no significa que debamos claudicar a nuestros miedos, y tampoco deberíamos entregar esta comisaría a los tipos como Abram Cobbius o Adalbert Henschamnn. No digo que no viera a su hermano, Lothar. Lo que le ocurrió a Joost fue una tragedia. Pero eso no significa que a usted tenga que pasarle lo mismo. Debemos resistir contra el Caos y contra la gente como Cobbius y Casanova. ¡Hombres de su calaña han gobernado este distrito y la mayor parte de esta ciudad una maldita eternidad!

* * *

—Yo trabajaba en el muelle —explicó Didier, completamente consciente de la ballesta cargada que le apuntaba al pecho. Los dos Gorras Negras y el repulsivo sacerdote de Morr lo mantenían inmovilizado en un rincón de la cámara de la cloaca. «Cuando alguien está apuntándote al corazón con una ballesta, le dices todo lo que quiere oír», razonó Didier. En su caso, lo que decía se correspondía con la verdad, aunque eso se debía más a una mera coincidencia que a una elección personal—. Pero nadie puede trabajar en el muelle si antes no se afilia al gremio, así que me afilié. No sé cuáles fueron mis méritos, pero Cobbius decidió que podría convertirme en un soldado de infantería válido para sus actividades. Siempre necesita reclutas nuevos, y si tienes un poco de cerebro, bueno, eso ayuda.

—¿Cobbius? ¿Te refieres a Lea-Jan Cobbius? —inquirió el otro Gorra Negra. Didier meneó la cabeza.

—No, no a él. A su primo. Lea-Jan Cobbius nunca se mancha las manos. Sin embargo, a Abram le importa un pimiento quién se entere de lo que hace. No hace mucho vi cómo ahogaba a un mediano pescadero sólo para arrebatarse el negocio sin tener que pagarle un céntimo.

Didier se dio cuenta de las miradas que intercambiaron sus captores y sintió que tenía alguna esperanza. Ya debían de saber lo que había sucedido con el mediano, pero él estaba proporcionándoles la confirmación de un testigo presencial. Su cotización estaba subiendo, y a una velocidad mayor que la marea de aguas residuales que les bañaba los tobillos.

—Después de matarlo, Abram no hizo más que jactarse de lo que había hecho como si ahogar a un mediano indefenso lo convirtiera en el hombre más importante de Suiddock.

El sacerdote tenía el entrecejo fruncido, al parecer sumido en profundos pensamientos.

—¿Por qué un matón como Cobbius querría hacerse con el control de una pescadería?

Didier se sonrió.

—¿Como tapadera para su negocio de tráfico de drogas? Abram posee una flota de barcos pesqueros que salen al mar y se reúnen con contrabandistas que regresan de otros países. Ocultan la droga en el pescado y la venden en la tienda... justo al lado de su comisaría.

—Por eso el nuevo encargado de la pescadería ha subido tanto los precios — señaló Belladonna al darse cuenta de la jugada—. Cobbius no vende el pescado, vende la droga. El pescado sólo es el envase que oculta la mercancía.

—Eso es. Abram no es la persona más inteligente del mundo, pero tiene la astucia propia de un animal.

—Torturar y matar a uno de mis guardias no es demasiado astuto. Y grabarle las iniciales en el pecho cuando ya agonizaba... es como una bestia marcando su territorio —aseveró el capitán.

Didier se encogió de hombros y sonrió.

—Como les he dicho, no es el miembro más inteligente de la familia Cobbius.

—¿Le parece divertido?

El prisionero bajó la mirada, de modo que sus captores no le veían la expresión.

—No. Y tampoco a Lea-Jan. En cuanto se enteró de lo que su primo estaba haciendo lo sacó de las calles. Desde entonces Abram está refugiado en el bar de los miembros del gremio, donde los hombres de Lea-Jan pueden tenerlo vigilarlo. Pero Abram empieza a aburrirse y acabará encontrando una forma de escabullirse para salir en busca de un poco de diversión. Ésa será su oportunidad para atraparlo.

—¿Qué más? —dijo el capitán.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Didier, tomándose el tiempo para tratar de discernir lo que sus captores querían que les contara.

—¿Por qué mató a Verletzung?

—Estaba siguiéndome. Creía que se trataba de algo más peligroso.

—¿Como qué?

Didier meneó la cabeza.

—No voy a decir nada más sobre ese asunto. No mientras sigamos aquí abajo. Si me llevan a la superficie, puede que les cuente algo más, pero no voy a continuar hablando de ello hasta que me saquen de estos túneles.

Se cruzó de brazos tratando de demostrar toda la resolución de la que fue capaz. El capitán de la guardia lo miró lleno de ira. Luego hizo un gesto al sacerdote para que vigilara a Didier y los dos Gorras Negras se retiraron al otro lado de la cámara y cuchichearon en voz tan baja que Didier fue incapaz de oír ni una palabra. Finalmente regresó la pareja de guardias, que sin duda había llegado a algún tipo de acuerdo.

—¿Qué nos costará hacerle hablar? —preguntó el capitán.

—Ya se lo he dicho. Primero llévenme arriba y luego ya veremos.

—No me refiero a lo que sea que lo tiene tan atemorizado. Quiero que me hable de Abram Cobbius.

Didier se encogió de hombros.

—¿Cuál es su oferta?

—No lo ejecutaremos públicamente por el asesinato de Verletzung.

—¡Eso es intolerable! —protestó el prisionero—. ¡No puede probar que haya matado a nadie!

—Todos hemos oído su confesión —replicó Belladonna.

—Además, yo tengo en mi poder el cadáver —musitó el sacerdote—. Ya sabe lo que se dice sobre los siervos de Morr, ¿verdad? Podemos hacer que los muertos hablen. Imagínese en el Puente de los Tres Céntimos con todos y cada uno de los ciudadanos de Suiddock observándolo mientras su víctima regresa del mundo de los muertos para acusarlo de ser su asesino. La gente se ensañaría con usted, y dudo que la guardia pudiera protegerlo de una muchedumbre enfervorizada.

—Probablemente mis hombres se unirían a la muchedumbre —apuntó el capitán con una sonrisa.

—Eso no es justo —dijo quejumbrosamente Didier, a punto de romper a llorar de desesperación.

—¿Fue justo que matara a mi agente?

—Ya se lo he dicho, no sabía que era un Gorra Negra. Pensé que era uno de esos... —El prisionero se derrumbó, presa del terror—. ¡Por favor, tienen que sacarme de aquí! ¡No puedo soportar más tiempo en estas cloacas! ¡Por favor!

—Quizá deberíamos dejarlo aquí abajo un par de días —sugirió Belladonna al capitán—. Atarlo a esos cadáveres, a ver lo bien que se lo pasa con sus camaradas muertos.

—¡Por Manann! ¡Cualquier cosa menos eso! ¡Les diré lo que quieran!

—¿Declarará como testigo contra Abram Cobbius?

—¡Sí! ¡Lo que sea! ¡Si quieren, también les entregaré a su jefe! —suplicó Didier. El miedo le había arrebatado la última pizca de dignidad que le quedaba—. ¡Incluso les daré al mismísimo Adalbert Henschamnn...! ¡Pero sáquenme de aquí!

—¿Abram Cobbius es uno de los lugartenientes de Henschamnn? —preguntó el capitán.

—Sí, claro que lo es. Es...

El prisionero se detuvo. Se había dado cuenta de su error demasiado tarde. El capitán sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, Deschamp. Me ha alegrado el día.

Didier sintió que le cedían las piernas, su espalda se deslizó por la pared y se desmoronó sobre las aguas residuales, que se agitaron a su alrededor.

—Si me obliga a repetirlo en público, soy hombre muerto —musitó.

—Lo dice como si eso tuviera que importarnos —contestó la Gorra Negra—, pero no es así.

Didier tembló. Sus manos se hundieron en el hediondo líquido.

—No lo entienden. Henschamnn no me matará. Hará que me torturen los guardias de Rijker, y cuando tenga los nervios totalmente destrozados, quizá se moleste en matarme. Pero hasta que eso suceda estaré esperándolo, consciente de que va a ocurrir. Viviré angustiado cada día, cada hora, cada minuto. No lo soportaré —se lamentó.

Su voz se había ido apagando hasta no ser más que un susurro. Sus manos rozaron algo metálico y afilado sepultado en las aguas fecales... ¡Una daga! Alguien debía de haberla perdido y ahora estaba en su poder. Didier cerró la mano alrededor de la empuñadura. Recuperó un último halo de esperanza y se puso en pie apretándose contra el cuello el arma que acababa de encontrar.

—¡Ya no tiene por qué ser así!

El sacerdote lo miró con una ceja arqueada.

—¿Pretendes suicidarte?

—¿Qué cree usted? —gritó Didier, dispuesto a clavarse la daga en la garganta.

—Le recomiendo que se haga el corte de arriba abajo y no de lado a lado. De lo contrario notará que la tráquea es sorprendentemente resistente para esa hoja tan fina. En cambio, si se abre un agujero en la vena azul que se extiende en vertical junto a la tráquea, se desangrará y morirá en pocos segundos. Por supuesto, la elección es suya.

—¿Qué clase de morbosos es usted, capaz de explicarle a un hombre la mejor manera de suicidarse? —preguntó Didier entre sollozos. Le temblaba la mano que debía sujetar con firmeza la daga.

—Vivo entre muertos. Camino bajo sus sombras —respondió el sacerdote—. He visto a hombres que morían con el valor reflejado en el rostro y a otros que perdían la dignidad en cuanto la oscuridad los reclamaba. Sólo estoy ofreciéndole las enseñanzas de mi experiencia. Aunque dudo que usted tenga el coraje de matarse, Deschamp.

—Está jugando con fuego —le advirtió entre dientes el capitán.

—¡No me asusta morir! —bramó Didier.

—Puede que no, pero es usted demasiado débil para suicidarse —señaló el sacerdote—. Suelte la daga.

El prisionero apretó la daga, como si fuera a hundírsela en el cuello, pero la fuerza de voluntad lo abandonó. El arma saltó de su mano y regresó a las aguas residuales. Didier rompió a llorar, absolutamente avergonzado, por el recuerdo de su valor perdido y vio cómo se relajaban sus captores. La Gorra Negra bajó levemente la ballesta.

—¿Y ahora qué? —preguntó el capitán.

—Vuelva a la comisaría con Deschamp. No lo meta en uno de los calabozos de la planta baja, encadénelo en mi despacho y cierre la puerta con llave para que nadie tenga acceso a él. Puede contarle al sargento Woxholt lo que nos ha dicho Deschamp, pero a nadie más. Por lo que sabemos, Henschamnn tiene un soplón infiltrado en los Gorras Negras, y, si se entera, informará de la captura de Deschamp y entonces tendremos problemas de verdad. Cuando la seguridad de Deschamp esté garantizada, diga al sargento que envíe un guardia para que vigile la sede del gremio hasta mi regreso. Pero que no hagan ningún movimiento para detener a Cobbius hasta que yo vuelva.

—¿Vuelva? ¿De dónde?

Señaló el resto de los túneles con el pulgar.

—Tengo que ir a buscar a Faulheit. Ya hemos perdido dos hombres gracias a Cobbius y a este amiguito suyo. No puedo permitirme perder ninguno más, aunque sean tan vagos y perezosos como Martin Faulheit. —Se volvió a Otto—. ¿Puede ayudar a Belladonna a llevar al prisionero al Puente de los Tres Céntimos? Sé que no es responsabilidad suya, pero...

El sacerdote asintió antes de que Kurt acabara la frase.

—Será un honor.

—Gracias. —Miró a Deschamp—. Como les cause algún problema tendrá que responder ante mí.

Didier se echó a reír.

—Métase por esos túneles y sabrá lo que son problemas de verdad.

No había acabado de pronunciar la última palabra cuando se encontró la punta de la espada corta del capitán oprimiéndole el pecho.

—¿A qué se refiere? ¿Qué hay ahí abajo?

—Ya lo verá. Ahora, que viva para poder contarlo... eso ya es otro asunto, capitán.

* * *

Una multitud de ciudadanos se había congregado para presenciar la disputa entre Jan y sus hombres. Se había corrido la voz de que los Gorras Negras iban a abandonar el Puente de los Tres Céntimos escasos días después de su llegada y la gente llegaba para abuchearlos o vitorearlos según su grado de simpatía hacia la guardia. Jan luchaba para levantar el ánimo de sus hombres. El sargento paseó brevemente la mirada en torno a él y advirtió el corro que se había formado para observarlos a él y al resto de guardias a la espera de la resolución del conflicto.

—Miren a su alrededor. Ésos son los ciudadanos a los que se supone que deberían servir. Ésa es la gente que les paga los sueldos. Se merecen algo mejor que ver cómo salimos huyendo con el rabo entre las piernas simplemente porque los poderes establecidos en Suiddock han decidido atemorizarnos. Probablemente ésta sea la última oportunidad que tenga la guardia de establecerse en el distrito. Si nos vamos ahora, las posibilidades del contingente que envíen para sustituirnos serán nulas. ¡Nadie creará en ellos porque ustedes huyeron por pies en cuanto las cosas se pusieron feas!

—¿Dónde está el capitán? —inquirió Bescheiden—. ¿Cómo es que está dándonos usted el gran discurso sobre por qué deberíamos quedarnos? ¿Por qué no está aquí el todopoderoso Kurt Schnell para convencernos, eh?

—Le repito que para usted es el capitán Schnell —gruñó Jan—. Aprenda a mostrarle el respeto que se merece o tendré que enseñarle a hacerlo a golpes.

—Se ha metido en las cloacas para buscar pistas del asesinato de Verletzung —señaló Gerta.

—Ahí tienen —aseveró Jan—. ¡Ha salido a cumplir con su trabajo! ¿Por qué no hacen ustedes lo mismo?

—Alguien les dijo que se iba a cerrar la comisaría —respondió Scheusal—. Yo no lo creí, pero a algunos les faltó tiempo para recoger sus cosas y salir disparados.

—¿Quién les dijo eso? —preguntó Jan a Raufbold. Pero el Gorra Negra se encogió de hombros. Lo mismo hizo Bescheiden cuando el sargento desvió la mirada hacia él. Jan meneó la cabeza, indignado con sus hombres—. Si se marchan ahora, sus nombres serán sinónimo de cobardía el resto de sus días. Incluso cuando la gente ya

no recuerde sus nombres ni sus rostros, siempre recordarán a los guardias que al primer indicio de peligro huyeron, a los Gorras Negras que no tuvieron agallas para aguantar y pelear. E incluso cuando todo el mundo haya olvidado eso, todavía habrá una persona que sabrá que son unos cobardes: ustedes mismos. ¡No podemos negar la existencia del miedo, pero no pueden dejar que gobierne sus vidas!

Narbig dio un paso al frente y rompió su acostumbrada taciturnidad.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¡Nos quedamos! —bramó el sargento echando fuego por la boca—. ¡Estaremos aquí para ver cómo acaba todo esto, como quiera que sea! Conozco al capitán Schnell desde el día que llegó a esta ciudad y es un hombre que nunca huye de una batalla, sino que aguanta hasta el final. ¿Quién está dispuesto a cumplir con su deber? ¿Quién va a resistir por el bien de la gente de Suiddock?

—Yo, sargento —respondió inmediatamente Scheusal. Narbig se acercó a su colega e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Yo me quedo —dijo Gerta—. Si no puedo estar con mi Engelbert, este lugar es tan bueno como cualquier otro.

Holismus se puso en pie tambaleándose. Todavía sujetaba la botella en una mano, pero con la otra saludó a Jan.

—Estoy con usted, sargento.

Jan miró a Raufbold y a Bescheiden.

—¿Qué dicen ustedes?

Raufbold se encogió de hombros.

—Supongo que yo también me quedo.

Bescheiden miró sorprendido a su colega.

—Si Jorg el Guapo se queda, yo también.

—Genial —exclamó el sargento—. Tenemos dos hombres menos, así que estoy reorganizando los turnos hasta que el comandante se digne a mandarnos refuerzos. A partir de ahora tendremos que dividirnos en dos turnos: uno diurno y otro nocturno. Raufbold, usted estará en el turno de día con Speer, Faulheit y yo. Scheusal, estará al mando del turno de noche. Narbig, Bescheiden y Holismus le presentarán sus informes. ¿Alguna pregunta? —Jan esperó, pero la única respuesta que obtuvo fue el silencio—. Bien. Ya conocen sus asignaciones, así que todo el mundo en marcha. Raufbold, sal a hacer la ronda.

—¡Pero si estuve trabajando en el turno de noche hasta el amanecer!

—Mala suerte. Con toda la sombra carmesí que hay en su organismo no necesitará dormir en días. Vamos, a hacer la ronda. Les veré en las calles. Los demás, prepárense para el turno de noche. Desde ahora las patrullas nocturnas se realizarán en pareja, así podrán apoyarse en sus compañeros. ¡Vamos!

Los miembros del turno nocturno entraron indolentemente en la comisaría.

Narbig y Holismus ayudaron a Gerta a introducir las provisiones y los cacharros de la cocina. Raufbold se fue muy ofendido hacia Stoessel, farfullando entre dientes. El sargento contemplaba cómo se alejaba con una satisfacción silenciosa. Luego llevó la mirada a los ciudadanos congregados.

—Bueno, ¿qué esperan? ¡Circulen! ¡No hay nada que ver aquí!

* * *

Kurt esperó a que Otto y Belladonna se marcharan con Deschamp antes de emprender la búsqueda de Faulheit. Si las crípticas advertencias del prisionero sobre los sucesos que le aguardaban en los túneles eran reales, Kurt no quería que sus acompañantes regresaran para rescatarlo. Prefería plantar cara en solitario a lo que se encontrara en su camino que arriesgar la vida de los tres. Se introdujo en el túnel en el que se había internado Faulheit blandiendo la espada corta, lista para atacar. Había oído un chillido de terror proferido por Faulheit poco después de ver al orondo Gorra Negra arrastrándose hacia el interior del túnel, lo que sugería que le aguardaba una sorpresa no muy lejos de la entrada abovedada.

Kurt dio otro paso adelante y su pie patinó en el suelo, que de forma abrupta iniciaba una caída en pendiente. Intentó enderezarse, pero perdió el equilibrio y se desplomó, y el impacto lo tiró hacia delante. De pronto estaba deslizándose con los pies por delante por una pronunciada rampa que lo arrastraba hacia la oscuridad. Justo cuando Kurt empezaba a acostumbrarse a los efectos deslizantes, el túnel llegó a su fin y cayó a una cámara con las paredes de ladrillo, en medio de una pila de huesos y pedacitos de pellejo.

—¡Por los dientes de Taal! —exclamó.

Intentó salir del montón de restos de cuerpos putrefactos y ponerse en pie. Cuando se enderezó, reparó en las brillantes luces verdes que resplandecían encima de él. Pero no se trataba de ningún fenómeno de fosforescencia. Aquella luz provenía de millares de minúsculas figuras que se arrastraban por el techo. Detrás de ellas divisó más huesos y restos humanos que se mantenían por encima del suelo anegado por las aguas residuales gracias a un juego de hilos formado por pieles y tendones. Kurt comprendió que había ido a parar a algún tipo de osario, a un depósito de carne y sangre para un monstruo de una clase que sólo Sigmar conocía.

—¿Capitán? ¿Es usted? —preguntó una débil voz desde la penumbra.

Kurt se dio media vuelta y localizó a su agente desaparecido, encogido en un rincón, abrazándose las rodillas, aterrorizado.

—¿Faulheit? ¿Está herido?

El obeso Gorra Negra meneó la cabeza. El pánico le había marcado el rostro con

regueros de lágrimas.

—Todavía no han venido por mí —respondió, y señaló el rincón opuesto de la cámara—. Él no fue tan afortunado.

El capitán se volvió y miró en la dirección que le indicaba Faulheit. Había un cuerpo humano... o lo que quedaba de él. Le habían cercenado las piernas, una por completo y la otra a la altura de la rodilla, de la que también habían arrancado la carne dejando al aire el fémur descarnado. El hueso mostraba trazas de arañazos. «No, no son arañazos —pensó Kurt—. Son marcas de mordiscos». Unos feroces incisivos habían roído el hueso, ávidos por desgajar hasta el último bocado de carne. Uno de los brazos mostraba el mismo destrozo; la extremidad superior derecha, sin embargo, continuaba intacta. El rostro tenía un aspecto repugnante; algo se había dado un festín con las mejillas y las había devorado hasta alcanzar la boca y devorarle la lengua. Kurt se las vio y se las deseó para reprimir las arcadas que le provocó la visión de las cuencas vacías que debían contener los ojos del muerto. Quizá lo más horroroso de todo era que aquella persona había sido encadenada a la pared para evitar que escapara. Kurt reconoció los candados utilizados para amarrar las cadenas; eran del tipo común que vendían los ferreteros por todo Marienburgo, lo que indicaba que los captores habían bajado desde la superficie para ofrecer a aquel desdichado como sacrificio a lo que fuera que habitara en las catacumbas que se extendían por debajo de Suiddock. El capitán rezó silenciosamente para que la víctima no hubiera permanecido con vida mucho tiempo, pues el horror de ser comido vivo lentamente lo habría vuelto loco.

A pesar del estado lamentable del cuerpo, algo despertó la memoria de Kurt. El capitán se acercó al cadáver, tropezó con un cráneo sumergido en el agua y acabó desplomado en el suelo, empapado. Sin embargo, el líquido que había allí abajo era en su mayor parte agua de mar y no el mejunje de aguas residuales que lo había bañado en el túnel del que había caído. Aquello sugería que las catacumbas se inundaban habitualmente con la pleamar. ¿Cuánto quedaría para que la marea volviera a subir? Kurt era incapaz de calcularlo con precisión, sobre todo después del tiempo que llevaba bajo tierra y que ya le parecía una eternidad. Cuanto antes saliera de allí con Faulheit, mejor.

La caída había dejado a Kurt al lado del desventurado cuerpo medio devorado, así que el capitán aprovechó para examinar el rostro del encadenado, toda vez que ya se le había pasado la impresión inicial causada por su aspecto. Distinguió una mata de pelo negro y rizado que cubría el cuero cabelludo y el perfil aguileño de la nariz. Una idea inquietante se le vino a la cabeza. Alargó el brazo hacia la mano que conservaba el cadáver y descubrió que estaba enguantada; retiró el guante y, en efecto, vio seis dedos en lugar de cinco.

—¡Dedos Blake! —exclamó el capitán—. ¿Qué estaría haciendo aquí?

—¿Dedos qué? —preguntó Faulheit.

—Es demasiada coincidencia —musitó Kurt para sí—. Alguien debió de enterarse de su participación en el asesinato del elfo y trajo aquí a Blake a sabiendas de lo que le ocurriría.

—Capitán —susurró el recluta—, ¡tenemos que salir de aquí!

—No. Pero no fue cualquier persona..., fue Deschamp. Por eso estuvo anoche en las catacumbas. Debió de deshacerse de Blake aquí y cuando regresaba a la superficie se topó con Verletzung... El plan era que Blake simplemente desapareciese. —Kurt se puso en pie, acudió junto a Faulheit y le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse—. Vamos. Tenemos que marcharnos de este lugar.

El Gorra Negra se levantó del rincón.

—¡Eso estaba diciéndole!

—Bien. —Kurt escudriñó la apertura que había en la parte superior de la pared del osario—. No hay muchas opciones de regresar por ahí arriba. —La cámara disponía de dos salidas que se abrían desde el suelo, una a la derecha y la otra a la izquierda—. ¿Tiene alguna preferencia?

Faulheit meneó la cabeza.

—He olido el aroma del mar que venía de allí —dijo señalando la salida de la derecha—, y he oído un ruido de movimientos que provenía desde el otro lado. Pero no puedo darle una respuesta alentadora.

El capitán respiró hondo y asintió.

—Eso me basta. ¡Por la derecha!

* * *

Belladonna agradecía la ayuda de Otto en el traslado de Deschamp a la comisaría. El prisionero había tratado de escapar dos veces antes de abandonar las cloacas y el sacerdote lo había arrastrado de vuelta. Después de subir a pulso a Deschamp por la escalera hasta el callejón que corría junto a El Loto Dorado, Otto se quitó el cordón de cuero que llevaba alrededor de la cintura y lo utilizó para maniatar al detenido. Deschamp reaccionó con gritos contra la brutalidad de los Gorras Negras y suplicando a los transeúntes que intercedieran en su favor. Belladonna no tardó en hartarse de sus lloriqueos y dio el alto, se quitó la bota izquierda, se sacó el calcetín y le tapó la boca.

—Gracias, Morr, por esto —musitó Otto.

El imposible trío completó el resto del viaje en silencio, aunque los acompañaron los murmullos de perplejidad de la gente que transitaba por las calles adoquinadas y los graznidos de las gaviotas que trazaban círculos sobre sus cabezas. Cuando llegaron

a la comisaría, Otto recuperó su cinturón y se despidió de Belladonna, que introdujo al preso a empellones en el edificio. En el interior, Woxholt y Gerta charlaban junto al mostrador.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó el sargento.

Belladonna sacó el calcetín de la boca de Deschamp para que el detenido pudiera presentarse. Sin embargo, lo que hizo fue descargar una ristra de maldiciones e insultos tan groseros que los borrachos y los carteristas encerrados en los calabozos sintieron vergüenza ajena.

—Todo un encanto —señaló Woxholt—. Gerta, ¿tiene algo para lavar la boca de este caballero?

—Hay una pastilla de jabón en el lavabo, aunque ha estado en contacto con los pies de Bescheiden.

—Servirá perfectamente —afirmó el sargento, y empujó a Deschamp hacia las escaleras orientales.

Belladonna los siguió al primer piso, explicando a Woxholt las instrucciones de Kurt.

—¿Este gusano repugnante está dispuesto a declarar contra Cobbius y Casanova? —preguntó Woxholt.

—Siempre que consigamos mantenerlo con vida —respondió la guardia.

Encontraron unos grilletes y encadenaron a Deschamp al escritorio del capitán. El sargento echó la llave a la puerta del despacho y se la guardó en un bolsillo, bostezando efusivamente. Las oscuras ojeras bajo los ojos de Woxholt subrayaban su agotamiento.

—Debería ir a descansar un poco —le sugirió Belladonna—. Yo puedo velar por la comisaría un par de horas.

—Estoy al mando del turno diurno —respondió el sargento—. Es responsabilidad mía...

—No será de ninguna utilidad a nadie si cae desplomado en mitad del trabajo. — Lo interrumpió la joven—. Duerma un poco. Ahora.

El sargento sonrió.

—¿Quién la ha puesto al mando?

—Llámelo una manifestación de mi instinto maternal —dijo Belladonna—. Créame, no es algo que ocurra con frecuencia.

—Eso espero. Gerta ha estado haciendo de madre de la comisaría desde que llegó, y no necesitamos otra.

—No cambie de tema y vaya a descansar.

—¡Ya voy! —Woxholt enfiló con parsimonia hacia el dormitorio de los guardias de vigilancia. Al llegar a la puerta se volvió a la agente—. Raufbold ha salido a hacer la ronda, pero no debería tardar en regresar. Mándelo a vigilar la sede del gremio hasta

el inicio del turno de noche.

* * *

Kurt y Faulheit avanzaban sigilosamente por las catacumbas, cada vez más conscientes de los perturbadores ruidos que se producían en las inmediaciones. Los sonidos de rozaduras y arañazos retumbaban en los túneles, como garras o zarpas raspando la roca, y unos chillidos agudos e inhumanos rasgaban el aire y mantenían los nervios de los dos Gorras Negras a flor de piel. La fragancia del mar era más intensa por momentos y las catacumbas empezaban a clarear, lo que era motivo de esperanza a pesar de que el volumen de los ruidos no dejaba de crecer. La pareja de guardias siguió adelante, aliviados porque el camino que seguían ascendía paulatinamente. Por fin doblaron una esquina y divisaron un agujero en la pared, a través de cuya rejilla oxidada se vislumbraba el cielo gris, así que apretaron el paso, ansiosos por salir de aquellas opresivas catacumbas. Kurt tenía la sensación de que había pasado horas recorriendo el subsuelo. Ahora, finalmente, tenía una vía de escape al alcance de la mano.

El capitán llegó el primero a la abertura y echó un vistazo al exterior. El agua lamía el muro justamente debajo de la ventana, de modo que seguían por debajo del nivel de la calle. A lo lejos divisó una isla, pero el agua que se extendía entre ella y Riddra estaba mucho más picada de lo que se veía habitualmente en el Rijksweg.

—Es la isla de Rijker —adivinó—. Hemos debido caminar en dirección oeste todo este tiempo. Estamos en la otra punta de Riddra.

—Como si me importara —replicó Faulheit—. ¿Salimos de aquí o qué?

El capitán retrocedió para tener una visión completa de los barrotes que atravesaban el agujero de la pared. Formaban parte de un marco sujeto al muro, aunque las juntas estaban corroídas tras años de exposición al agua del mar y a los elementos.

—Écheme una mano. Intentaré arrancar los barrotes.

Faulheit agarró de un lado y Kurt del otro, y ambos tiraron con fuerza. Sin embargo, el marco no cedió.

—Tenemos que encontrar una manera mejor de hacer palanca. Apoye las piernas contra la pared y tire más fuerte.

Faulheit hizo lo que le ordenó el capitán, imitando su ejemplo. Tiraron y tiraron, y aunque el marco crujió y protestó, los barrotes permanecieron en su sitio.

—Esto no va bien —afirmó Faulheit, jadeando, cuando ya había cejado en su empeño—. Nunca lo moveremos. Tenemos que buscar otra salida.

Como si se tratara de una respuesta a sus palabras, un nuevo chillido de voracidad

animal estalló en las catacumbas que tenían a sus espaldas. Entretanto, la marea seguía subiendo y empezaba a bañar la base de la ventana, y las primeras gotas de agua de mar se colaron en el interior. En pocos minutos esas gotas se convertirían en una riada y los Gorras Negras tendrían que huir de allí.

—No creo que haya otra salida —gruñó Kurt—, ¡así que vuelva a intentarlo!

Reemprendieron su batalla desigual contra los barrotes. El capitán se apuntaló con los pies en la pared y dejó caer todo el peso hacia atrás. Faulheit hizo lo mismo y obtuvo la recompensa del primer barroto arrancado.

—¡Ha saltado! —exclamó Kurt—. ¡Siga tirando, no se detenga!

El marco cedió y los dos Gorras Negras salieron despedidos contra el suelo, donde permanecieron unos instantes para recuperar el aliento. Cuando Kurt iba a ponerse en pie, algo atrapó su atención y se quedó inmóvil observando detenidamente el techo de piedra que tenía justo encima. Faulheit se levantó y comparó las medidas de su voluminosa cintura con la anchura de la ventana.

—Creo que quepo. —Se volvió al capitán, que continuaba sentado en el suelo—. ¿Qué ocurre? ¡Creía que íbamos a salir!

—Espere un momento.

Kurt señaló una serie de inscripciones y dibujos grabados en las piedras que formaban el techo. Las imágenes eran rudimentarias, no del tipo que henchirían de orgullo a un artista, pero no por ello la historia que narraban perdía vitalidad. Relataban la llegada de unos elfos en unos barcos enormes a un grupo de rocas. Las rocas se convertían después en castillos, y entre los castillos se tendían puentes. También aparecían humanos y otras figuras más pequeñas. El asentamiento se transformaba rápidamente en un cúmulo de gente y construcciones, y evolucionaba hacia la anarquía organizada de una ciudad. Todas aquellas viñetas estaban recorridas por debajo por una serie de símbolos recurrentes que en algunos tramos eran muy abundantes y en otros se reducían a unos pocos, que fluían y refluían como la marea.

—Es la historia de la ciudad —apuntó Kurt—. Es la historia de la fundación y el crecimiento de Marienburgo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Faulheit, señalando los símbolos que se repetían debajo de las pinturas.

—Una vez vi unos parecidos a éstos —explicó Kurt con un escalofrío—. Son la marca de una raza de monstruos, de unas criaturas terroríficas que sólo deberían habitar en las pesadillas y las leyendas..., ser materia de mitos y fábulas. Bestias que cazan en manada y se alimentan de carne humana, bichos maléficos que caminan a dos patas y alcanzan la altura de un ser humano. —Miró a Faulheit—. Ya sabe de lo que hablo, ¿verdad? —El Gorra Negra meneó la cabeza, pero sus ojos no mintieron—. Dígalo, Faulheit.

El guardia tragó saliva, y cuando las pronunció, sus palabras sonaron como un

susurro.

—Los hombres rata.

QUINCE

El sol estaba poniéndose cuando Kurt y Faulheit pudieron regresar al Puente de los Tres Céntimos. La marea ya se colaba por el hueco cuando por fin divisaron a un barquero navegando por las proximidades de la punta occidental de Riddra. Los Gorras Negras le hicieron señas para que acudiera en su rescate y treparon para encaramarse a su pequeña embarcación, que Faulheit estuvo a punto de hacer volcar. Kurt ofreció al barquero el doble de la tarifa habitual para que los llevara directamente al canal secundario cercano al Puente de los Tres Céntimos, y una vez allí los dos guardias pusieron el pie en tierra firme y se encaminaron hacia la comisaría.

En ningún momento intercambiaron una palabra sobre lo que habían visto en las catacumbas ni sobre sus descubrimientos. Kurt meditaba las terribles implicaciones del hallazgo, mientras que Faulheit simplemente estaba aterrorizado, con el rostro pálido y las manos temblorosas por el miedo.

Cuando tuvieron la comisaría a la vista, Kurt agarró del hombro a su compañero.

—No le cuente a nadie lo que hemos visto en las catacumbas. Si la gente se entera de que esa cosa..., esas cosas podrían estar viviendo bajo el suelo de Suiddock, se desencadenaría un ataque de pánico colectivo que tiraría por los suelos todo el trabajo que hemos realizado aquí hasta el momento.

Faulheit clavó los ojos abiertos como platos en el capitán.

—¿Lo dice en serio? ¿De verdad cree que podemos quedarnos aquí?

—No sabemos a ciencia cierta si esas cosas siguen en las catacumbas. Podrían haberse marchado.

—Usted las oyó... Los dos las oímos. Y vi lo que le ocurrió a Dedos Blake, ¡igual que usted!

—Escúcheme —le suplicó Kurt—. La mayoría de la gente de esta ciudad ni siquiera sabe que existen esas criaturas. ¡Por los dientes de Taal! Yo mismo nunca he visto una, y espero no verla nunca. Pero incluso, aunque todavía estén allí abajo, y que conste que no estoy afirmando que así sea, eso no las convierte en una amenaza para nosotros.

—Mantendré la boca cerrada con una condición —musitó Faulheit.

—Hable.

—Quiero el traslado. No me importa la comisaría ni su ubicación. Envíeme al Doodkanaal si es necesario. Pero quiero largarme del Puente de los Tres Céntimos. Ahora. Hoy.

Kurt asintió.

—Enviaré un correo al cuartel general con la petición de su traslado. Pero no recibirá una respuesta hoy, eso lo sabe tan bien como yo. Los traslados tardan como mínimo tres semanas en ser efectivos.

—Quiero estar fuera de esta comisaría para el Geheimnstag —gruñó el guardia—. Si me lo garantiza, no diré una palabra de lo que sé. ¿Trato hecho?

El capitán suspiró.

—Trato hecho. —Kurt le tendió una mano amistosa—. ¿Nos damos la mano?

—Simplemente envíe el correo —respondió Faulheit, y se introdujo en la comisaría.

Kurt lo siguió al interior del edificio y encontró a Belladonna bostezando, desplomada en la recepción. La agente se puso firmes nada más ver aparecer a Kurt.

—¡Ha regresado! ¿Dónde estaba Faulheit?

—Se lo diré, pero no aquí —respondió, tan bajito que Gerta no pudo oírlo desde su posición en la otra punta del mostrador—. ¿Dónde está Jan?

—Durmiendo. Raufbold está vigilando la sede del gremio, y acabo de enviar a Scheusal y a Bescheiden para que lo releven. —A continuación le explicó el nuevo sistema de turnos implantado por el sargento—. Narbig y Holismus están patrullando la zona comprendida por Stoessel y Luydenhoek. Woxholt quería que las rondas se hicieran en pareja.

—Una decisión sensata —afirmó Kurt, y advirtió que Belladonna reprimía otro bostezo—. No se quede despierta hasta tarde, ¿de acuerdo?

La agente sonrió.

—Ocuparme de la recepción no es lo que yo entiendo por diversión, y no es la razón por la que me ofrecí para venir a su comisaría. Si quisiera estar detrás de un escritorio, podría haberme quedado en el cuartel general.

El capitán caminó hasta la entrada.

—Venga conmigo y tendrá toda la diversión que desee.

—¿Adónde va?

—A arrestar a Abram Cobbuis por los asesinatos de Mutig y el mediano Vink... ¿Viene?

Belladonna rompió a reír.

—¡No me lo perdería por nada del mundo! ¡Faulheit!

El orondo guardia estaba charlando con uno de los presos del calabozo y se dio media vuelta.

—¡Queda al mando hasta que regresen Narbig y Holismus! —le espetó la guardia

de vigilancia, que salió disparada de la comisaría antes de que Faulheit tuviera tiempo de quejarse de que su turno acababa de concluir.

* * *

Abram estaba hasta las narices de permanecer encerrado en la sede del gremio. Se sentía como si estuviera bajo arresto domiciliario en el ostentoso edificio sin poder salir y disfrutar de los dudosos placeres que podían obtenerse en Riddra a cambio de dinero. Después de todo, él era un Cobbius, una familia que había trabajado en los muelles y embarcaderos de Suiddock durante generaciones. Abram estaba acostumbrado a respirar la fragancia del mar y a oír los graznidos de las gaviotas y, sin embargo, se había pasado los últimos dos días viviendo a todo lujo y ya empezaba a anquilosarse, si es que eran dos días los que llevaba, porque podían ser más o menos, pues la vida entre las paredes del edificio de la sede poseía la cualidad de la intemporalidad, lo que le impedía calcular los días que habían transcurrido. La mayoría de las ventanas de la sede del gremio tenían los postigos cerrados o estaban cubiertas por pesadas cortinas que evitaban que se viera desde fuera lo que ocurría en el interior. Apenas había diferencias entre la noche y el día, ya que el bar para los miembros del gremio servía bebidas las veinticuatro horas del día y el burdel privado funcionaba sin descanso de sol a sol. «Nunca cerramos», había sido la sugerencia de Abram para el nombre del burdel. Se había divertido con su ocurrencia durante horas, pero incluso ese chiste empezaba a aburrirlo. Quería salir.

El primo de Abram se había reunido con él en la sala de juntas dos veces desde el inicio de su encierro. La primera ocasión había sido poco después de su llegada a la sede. Ya se habían visto varias veces en el pasado, pero Abram nunca se había visto honrado con una invitación al santuario de Lea-Jan.

El mobiliario de la sala era sencillo, y nada sugería que su ocupante se encontrara entre los hombres más poderosos de Marienburgo. Lea-Jan era alto y desgarrado, y fuerte de complexión a pesar de que ya debía de contar por lo menos sesenta primaveras. El pelo blanco como la nieve y rapado casi al cero era la pista más certera sobre su edad, y sus ojos grises como el acero eran mucho más aterradores de lo que Abram recordaba.

Lea-Jan había recibido a su primo con afecto y le había preguntado cuánto tiempo pensaba permanecer allí. El Cobbius joven no había sido muy preciso con su respuesta y tampoco había mencionado que habían sido los hombres de Lea-Jan quienes lo habían sacado de las calles de Suiddock y lo habían confinado en la sede del gremio. Hasta Lea-Jan habían llegado noticias sobre la lenta y dilatada muerte del idiota Gorra Negra que había desafiado a Abram en El Descanso de Vollmer.

También lo sabía todo sobre el mediano que había ahogado, y había dado a entender que alardear de su relación en un accidente tan desgraciado quizá no era inteligente. Abram había asentido, consciente de que no le convenía rebatir el consejo de su primo. Después se habían despedido en términos amistosos, aunque Abram no había tenido ninguna duda de que Lea-Jan lo acogía muy a su pesar.

La segunda entrevista había sido considerablemente menos cordial. Lea-Jan estaba furioso por lo que el imbécil de Deschamp había hecho en las cloacas. Eso ya de por sí era una mala noticia, pero también estaba enterado de la decisión de Abram de entregar el cadáver del Gorra Negra en la comisaría y del contenido de la nota amenazante que lo había acompañado. Lea-Jan estaba sentado detrás de su escritorio cuando Abram fue llevado ante él con el rostro desencajado por la ira. Abram había tratado de disculparse, pero Lea-Jan no había querido escucharlo.

—Entiendo que te has dejado engatusar por Henschamnn y su Liga de los Caballeros Emprendedores.

Abram había abierto la boca para desmentir aquella afirmación, pero la había cerrado inmediatamente, sabedor de que una mentira sólo le supondría una caída en su esperanza de vida. Así que se había limitado a asentir con los ojos clavados en el suelo para evitar la mirada envenenada de su primo.

—Idiota. El gremio pervive y prospera porque no se mezcla en esos manejos —le espetó Lea-Jan—. Los hombres como Casanova vienen y van. El gremio, sin embargo, es eterno. Y para seguir así debe dirigir con mano de hierro los puertos de esta ciudad. Son el alma de Marienburgo y, por definición, del Imperio. Lo que hacen nuestros estibadores y operarios portuarios repercute en la vida de muchas personas. En comparación, Henschamnn es un vulgar ladronzuelo que cualquier día recibirá una puñalada por la espalda de otro ladronzuelo. Su tiempo al frente de lo que se denomina el sindicato del crimen es limitado. El gremio ha ejercido el poder real en esta ciudad durante más de un siglo, pero tus actos amenazan con dejarlo en evidencia y ponerlo en peligro, y eso es algo que no puedo tolerar.

—Lo siento, primo —farfulló Abram—. No me di cuenta.

—Eso es obvio —replicó Lea-Jan con un desagrado hiriente—. Si no corriera la misma sangre por nuestras venas, ya estarías flotando boca abajo en cualquier canal secundario de los alrededores del Doodkanaal. Tal y como están las cosas, no tengo ningún deseo de ver a tu madre, mi tía, llorando por el bobo de su hijo. Mis fuentes me han informado de que la comisaría del Puente de los Tres Céntimos no resistirá más allá del Día del Misterio. Si esa información se revela exacta, podrás volver al mundo exterior como un hombre libre.

—Gracias, primo —respondió Abram antes de reparar en el significado último de las palabras de Lea-Jan—. ¿Un hombre libre? ¿Quieres decir que ya no seré miembro del gremio?

—Te has alineado con Henschamnn, de modo que has elegido tu destino. De momento seguiré ocupándome de tus trapos sucios, pero a partir del Geheimnistag me lavaré las manos en todo lo relacionado con tus asuntos. Hasta entonces puedes quedarte aquí y disfrutar de mi protección. Eres libre de tomar todo lo que desees de lo que albergan estas paredes. Ahora bien, como pongas un pie fuera de este edificio no me responsabilizaré de las consecuencias.

Abram salió del despacho de Lea-Jan caminando de espaldas, sin atreverse a mirar a los ojos a su primo. Desde entonces había intentado deleitarse con los vinos, las mujeres y las canciones de los que disponía a su antojo, pero la alegría se había marchitado. La pérdida de la condición de miembro del gremio implicaba la pérdida de su privilegiado estatus. Todavía podría echar mano de su nombre durante algún tiempo, pero no tardaría en correr la voz sobre la postura que Lea-Jan había adoptado respecto a él. Un futuro funesto se cernía sobre él y le había impedido disfrutar de aquellos días en el paraíso. Esa diversión se veía dificultada aún más por los dos guardaespaldas de su primo, que lo vigilaban las veinticuatro horas del día para evitar que escapara del edificio.

Abram se emborrachó como nunca antes y decidió que sólo le quedaba una salida: cruzar los adoquines que separaban la sede del gremio del Club de Caballeros de Marienburgo. Cuanto antes se uniera a Henschamnn, mejores serían sus perspectivas, así que sólo necesitaba deshacerse de sus sombras gemelas.

Abram aguardó a que uno de los dos escoltas se fuera al excusado y entonces ofreció al segundo una copa de una licorera de cristal que contenía *aquavir*. El hosco guardaespaldas la rechazó y se volvió asqueado, momento que aprovechó Abram para estamparle la licorera en la cabeza y dejarlo sin sentido. De esa manera resultaba mucho más sencillo salir del edificio, a pesar de que la visión doble y la falta de equilibrio no eran de gran ayuda. Por fin encontró una puerta que daba a la calle y la abrió esperando, en cierta manera, que la radiante luz del sol lo cegaría; sin embargo, fuera estaba oscuro y nublado, y apenas se vislumbraba el azul en el cielo morado, una señal inequívoca de que había pasado una hora desde que el sol se había puesto y ya empezaba a anochecer o, por el contrario, que estaba amaneciendo y el sol aparecería en breves momentos. Aunque eso a Abram le daba igual, pues sólo pretendía recorrer como buenamente pudiera los veinte pasos que lo separaban del Club de Caballeros de Merienburgo. Se llenó los pulmones con el aire marino, salió de su refugio e inmediatamente se desplomó de bruces sobre la calle adoquinada, lo que causó que se rompiera la nariz por segunda vez en pocos días.

* * *

Scheusal bostezó y se desperezó; dio un par de patadas al suelo de la calle para desentumecer las piernas cansadas. Bescheiden y él se habían pasado la noche vigilando la fachada occidental de la sede del gremio, esperando en vano que Abram Cobbius asomara su desagradable rostro. Bescheiden se había escabullido un par de veces, en principio para vaciar la vejiga, pero Scheusal albergaba sus propias sospechas al respecto. No se fiaba un pelo del guardia con cara de comadreja y no le hubiera sorprendido lo más mínimo que Willito hubiera estado realizando maliciosas visitas al cercano Club de Caballeros de Marienburgo para informar sobre sus actividades. Scheusal se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar Bescheiden por unos florines y supuso que todo el mundo tenía su precio, aunque, ¿cuánto florines costaría convencer por completo a Bescheiden?

Scheusal sabía que el capitán y Belladonna estaban merodeando por la cara occidental del edificio. Habían acordado una señal para comunicarse: dos silbidos largos seguidos por uno corto cada hora. Si alguna de las parejas de vigilantes atisbaba al escurridizo Cobbius, silbaría para que la otra acudiera en su ayuda.

Como la mayoría de los Gorras Negras destinados en el Puente de los Tres Céntimos, Scheusal se había dado cuenta de que el capitán y Belladonna pasaban mucho tiempo juntos, lo que había dado pie a una lista nada corta de chismorreos obscenos iniciada por Raufbold y Faulheit. Scheusal, sin embargo, consideraba que estaba más fundamentada en la envidia que en la realidad, pues tenía el hábito de observar a la gente, sus costumbres y su manera de relacionarse. Podía decirse un montón de cosas a partir de la postura que adoptaban los cuerpos cuando dos personas hablaban y de cómo reaccionaban respecto al cuerpo del interlocutor. Belladonna se sentía cómoda con el capitán, su presencia le transmitía seguridad, como si fueran viejos amigos. Por su parte, el capitán mantenía el cuerpo erguido y era más formal con ella, como si fuera consciente de su feminidad y se esforzara por demostrar que eso no significaba nada para él. No, no eran amantes, por mucho que Jorg el Guapo y Martin lo proclamaran a los cuatro vientos en el dormitorio de la comisaría.

Estaba a punto de amanecer cuando Bescheiden se escabulló para su tercera evacuación de vejiga y dejó solo a Scheusal, que esperaba con impaciencia el final del turno para poder echar una cabezada. Le parecía imposible que fuera Konistag y que sólo hiciera tres días que la guardia había regresado al Puente de los Tres Céntimos, aunque... Sus cavilaciones cesaron de manera abrupta cuando una puerta se abrió en la planta baja de la sede del gremio y la luz amarilla se desparramó alrededor de la figura corpulenta de un hombre. La silueta miró al cielo unos instantes y salió dando tumbos a la calle. La luz de una farola de gas le bañó el rostro y Scheusal dio un grito ahogado. ¡Era Cobbius! El Gorra Negra se palpó los bolsillos buscando el silbato que los agentes recibían como parte del equipo en el momento de su incorporación al

cuerpo. Lo sacó de la guerrera y se lo llevó a los labios para convocar al capitán y a Belladonna con un silbido estridente. Pero cuando miró de nuevo hacia la puerta, no había ni rastro de Cobbius. «Por la dulce Shallya, no me digas que lo he perdido», se lamentó Scheusal.

Avanzó pesadamente en dirección a la puerta, corriendo todo lo rápido que su voluminoso físico le permitía, y cuando llegó a las inmediaciones de la entrada vio un cuerpo despatarrado boca abajo sobre los adoquines, con un charco cada vez mayor debajo de la cabeza. «Por favor, no dejes que Cobbius muera», rezó. Se arrodilló junto al cuerpo y descubrió con alivio que Abram roncaba. No estaba muerto, sino borracho como una cuba, y la sangre manaba de su nariz. Scheusal se llevó de nuevo el silbato a la boca y sopló con todas sus fuerzas, y sólo se relajó cuando oyó el sonido de pisadas y vio a Kurt corriendo hacia él. «Ha sido más fácil de lo que esperaba», se dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

* * *

Tuvieron que trasladar a Cobbius al Puente de los Tres Céntimos entre los cuatro, medio cargando con él, medio arrastrando su cuerpo empapado de cerveza. El sol ya se elevaba en el cielo de Marienburgo cuando el cuarteto de Gorras Negras entró en la comisaría y arrojó a Abram en el suelo, a los pies de Jan. El sargento se cruzó de brazos y fijó la mirada en el preso, que seguía roncando.

—Buen trabajo —felicitó a Kurt y a los demás—. No podía haber sido más sencillo reducirlo.

—Te sorprendería —replicó Kurt sonriendo—. ¿Dónde sugieres que lo metamos?

Jan paseó la mirada por los calabozos, desde donde media docena de vagabundos, borrachos y cortabolsas miraban asombrados a Cobbius.

—Ahí no, eso seguro. No creo que podamos mantener su arresto en secreto mucho tiempo, pero tenerlo a la vista sería una manera de pedir problemas a gritos, y creo que ya hemos tenido suficientes. Eso sólo nos deja la opción del piso de arriba.

—Quizá no —dijo Belladonna—. Hay que tener en cuenta a quién tenemos en el despacho del capitán.

—Sigue allí, ¿verdad? —preguntó Kurt mirando al techo.

—Nuestro amigo está perfectamente —confirmó Jan—. Se ha pasado la noche llorando y quejándose, pero sigue entre nosotros. Amenaza con retractarse de su declaración si no le damos de comer pronto.

—¿Ya ha firmado una declaración?

—Todavía no. Estaba esperando a que regresaras —respondió el sargento—. ¿Qué tal si ponemos al campeón de ronquidos de Suiddock en el sótano? De momento

podemos encadenar a Cobbius a la pared. —Jan olisqueó el aire y torció el gesto ante el penetrante olor a cerveza que desprendía el cuerpo de Cobbius—. Seguramente cuando suba la marea acabará con las piernas empapadas, pero no creo que en su caso un baño gratuito esté de más.

Kurt asintió.

—Scheusal, Bescheiden, arrastren a nuestro amigo al sótano y encadénelo. Cuando acaben, pueden ir a dormir. Han hecho un buen trabajo.

—¿No deberíamos apostar a alguien para que lo vigilara? —preguntó Scheusal, golpeando a Cobbius suavemente con la bota.

—El turno de día se encargará —respondió Jan—. Ustedes váyanse.

Cuando los dos guardias desaparecieron, llevando a rastras al prisionero, Kurt hizo un gesto a Jan y a Belladonna para que lo acompañaran al piso de arriba y se reunieron en el comedor, donde aceptaron agradecidos la bebida caliente y el desayuno que les preparó Gerta. Kurt informó a sus colegas de todo lo que había descubierto en las catacumbas y concluyó su parlamento con el nombre que tanto había aterrorizado a Faulheit. Belladonna puso los ojos en blanco con incredulidad.

—¿Hombres rata? No hablará en serio, ¿verdad, capitán? Son una leyenda, una pesadilla que los hermanos se cuentan para asustarse cuando se meten en la cama. Es decir, ¿de verdad cree que hay toda una raza de hombres rata viviendo en ciudades subterráneas bajo el suelo del Imperio y que han pasado desapercibidas durante siglos?

—Sólo porque nunca los hayamos visto no significa que no existan —replicó Kurt.

—Yo creo en lo que veo, huelo, toco, saboreo u oigo —afirmó Belladonna—. Los asuntos de fe son cosa de los sacerdotes y los fanáticos. Yo creo en lo que percibo por los sentidos, ni más ni menos. Ése es uno de los motivos por los que abandone mis estudios en los templos de Morr.

La fe ciega puede impedirte ver la verdad.

El capitán se volvió a Jan.

—¿En qué crees tú?

El sargento se encogió de hombros.

—Si tú crees en esos hombres rata, yo también. No necesito ver cómo sale el sol cada día para saber que también saldrá al día siguiente. Además, si lo que has visto es cierto, explicaría una presencia que he estado notando desde que puse el pie en esta comisaría, una presencia furiosa y poseedora de un maléfico odio que percibo cada vez con mayor intensidad, casi como si el diablo estuviera royendo los cimientos de este lugar, ávido por algo que no puede alcanzar. —Se dio cuenta de que Kurt y Belladonna lo miraban perplejos—. Bueno, me has preguntado en qué creo yo y te he respondido con sinceridad.

—Está bien —dijo Kurt, encogiéndose de hombros—. No he visto a esos hombres

rata con mis propios ojos, pero sí he visto lo que son capaces de hacer y tenemos que estar agradecidos de que se queden debajo del suelo. Aquí arriba todavía podemos sentirnos a salvo de ellos.

Belladonna acabó su desayuno y apartó el plato.

—Por el bien de la discusión, demos por hecho que esas criaturas existen. ¿Podrían ser las responsables de la muerte de Arullen Silvermoon? —Les explicó su descubrimiento de los dos cabellos de distinto origen en el cuerpo del elfo—. No he tenido la oportunidad de examinar el segundo pelo, pero, a primera vista... es decir... no parecía humano.

—Por lo que sé sobre los hombres rata, no tienen la costumbre de atacar elfos solitarios y arrojar sus cuerpos a la superficie —señaló Kurt.

—Quizá el elfo se introdujo por equivocación en las catacumbas y los vio —conjeturó Jan—. Lo siguieron hasta el exterior y lo mataron. Eso explicaría que el cuerpo de Silvermoon apareciera donde lo hizo.

—Sufrió dos ataques —apuntó Belladonna—. Estoy segura de que el primer agresor fue un hombre de unos cuarenta años, que empieza a perder su cabello cano y que lo atacó con un arma blanca. El ataque no humano fue posterior.

Kurt chasqueó los dedos y un velo de comprensión se extendió por su rostro.

—Terfel dijo que Henschamnn había utilizado las catacumbas y las cloacas para mover sus artículos de contrabando por debajo de Suiddock, ¿verdad? —Belladonna asintió—. Eso no podría haber sucedido con los hombres rata allí abajo, a menos que Henschamnn hubiera llegado a algún tipo de acuerdo con ellos. Cuando examinó el lugar donde habían arrojado el cuerpo del elfo, Belladonna, usted afirmó que había sido depositado. Quizá quien lo puso allí estaba mandándole un mensaje a Henschamnn.

—¿Qué clase de mensaje? —se preguntó la joven en voz alta.

—No lo sé —admitió el capitán—, pero conozco a un hombre que sí lo sabe.

* * *

Didier se moría de hambre. Lo habían tenido toda la noche encadenado al escritorio del despacho de Kurt y nadie le había ofrecido nada de comer. Por si no era suficiente, alguien estaba cocinando la comida con el aroma más delicioso que había penetrado por sus fosas nasales. Gritó pidiendo ayuda, pero nadie se presentó. ¿Qué era aquello? ¿Algún tipo de venganza porque había matado al Gorra Negra en las cloacas? Él no había tenido ninguna intención de matarlo, había sido un golpe de fortuna más que otra cosa. Así que cuando oyó que abrían la cerradura de la puerta del despacho, Didier estaba dispuesto a contar a sus captores lo que quisieran a cambio de comida.

El capitán de la guardia fue el primero en cruzar la puerta, seguido por la joven Gorra Negra y por el sargento de la comisaría. Los tres miraron fijamente a Didier, como si fuera la inoportuna porquería que se acabaran de quitar de la suela de las botas. El preso olisqueó el aire y comprendió que debía de desprender un hedor nauseabundo. No le sorprendía, pues llevaba dos días sin bañarse y casi todo ese tiempo lo había pasado caminando por aguas residuales.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Cuándo van a darme de comer?

—Le daremos toda la comida que quiera —le respondió el capitán.

—¡Ya era hora, demonios! —musitó Didier.

—También le hemos conseguido un buen remojón y quizá algo de ropa limpia —añadió el sargento.

—Suenan bien... pero antes, la comida, ¿de acuerdo?

—Estamos pensando en encadenarlo en el sótano, junto a su amigo Cobbius —dijo Belladonna.

Didier se quedó como un pasmarote.

—¿Abram Cobbius...? ¿Lo han arrestado? ¿Está aquí, en la comisaría?

—Lo trajimos esta mañana —explicó la agente sonriendo—. Debía de estar aburrido en la sede del gremio y decidió salir a dar una vuelta... Justo como usted nos dijo. Nos aseguraremos de contarle lo útil que nos resultó usted en cuanto se le pase la borrachera, así que estoy segura de que después de oírlo ustedes dos tendrán mucho de que hablar.

—¡No puede hacer eso! ¡Me matará!

—Igual que usted mató a Verletzung —señaló el capitán.

—¿A quién?

—El Gorra Negra que asesinó en la cloaca...; ¿lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo. Yo... —Didier se derrumbó. El miedo, el hambre y la desesperación se habían llevado lo mejor de él. Cuando dejó de gimotear levantó la vista hacia sus torturadores—. ¿Qué quieren?

—Así está mejor —dijo el capitán, cerrando la puerta y girando la llave—. Díganos lo que necesitamos saber y le conseguiremos comida, ropa limpia y un baño.

—Si nos hace perder el tiempo, lo encadenaremos junto a su amiguito Cobbius —añadió el sargento.

—Está bien. Lo que sea... Pregúntenme.

—Cuéntenos lo de las criaturas que habitan en las catacumbas. Háblenos de los hombres rata.

Didier se manchó la ropa interior con la sola mención del nombre de aquellos seres.

* * *

Raufbold se encontró con el mensajero de Henschamnn en el lavabo de la comisaría poco después del amanecer.

—Dile a tu jefe que el capitán Schnell ha arrestado a Abram Cobbius. El idiota estaba borracho y sigue durmiendo la mona, pero eso cambiará pronto. Si Henschamnn quiere cerrarle la boca o sacarlo de la celda, será mejor que se dé prisa.

El mensajero le pasó un trozo de papel enrollado y cerrado por los extremos por un agujero en la pared del retrete. Raufbold rasgó el minúsculo envoltorio, se vació el contenido directamente en la boca y se restregó con un dedo rollizo la sombra carmesí por las encías. El mensajero ya se había ido cuando la droga empezó a hacerle efecto.

* * *

Kurt no permitió a Deschamp limpiarse antes de hablar, de modo que el prisionero habló hasta agotar lo poco que sabía sobre los malignos hombres rata.

—Henschamnn lleva años utilizando las cloacas para pasar contrabando durante el día. Poco después de que el último capitán de la guardia de Suiddock intentara matarse ahogándose, un grupo de matones de Henschamnn descubrieron un agujero de entrada a las catacumbas. Los rumores sobre una ciudad subterránea siempre habían existido, pero nadie los había tomado en serio. Henschamnn envió dos docenas de hombres para explorarla... Sólo regresó vivo uno. Los hombres rata lo habían enviado como emisario, infectado por una especie de plaga que le carcomía la carne y le dejaba los huesos al aire. Sólo vivió lo suficiente para entregar el mensaje: «Encuentra el corazón de la piedra o todo Marienburgo correrá la misma suerte».

—¿«Encuentra el corazón de la piedra»? ¿Qué es eso? —inquirió Kurt.

Deschamp meneó la cabeza.

—Nadie lo sabía, así que Henschamnn envió otra partida de hombres, esta vez todos cubiertos de armaduras y con las armas necesarias para iniciar una pequeña guerra. Todos desaparecieron excepto uno, que regresó arrastrándose de las cloacas con un rollo de pergamino escrito con sangre. Henschamnn nunca permitió que nadie lo leyera, pero a partir de entonces empezamos a depositar sacrificios humanos en la entrada de las catacumbas.

—¿Fue el caso de Dedos Blake?

El preso asintió.

—Su Gorra Negra me vio entrando en las cloacas con el cuerpo, me siguió hasta

las catacumbas y me plantó cara cuando ya me iba. No tenía otra opción que matarlo.

—Ahórrenos las súplicas en su defensa —espetó Kurt—. ¿Por qué eligieron a Blake como sacrificio para los hombres rata?

Deschamp se encogió de hombros.

—Yo sólo cumplía las órdenes de Cobbius. Él se encargaba de los trabajos sucios de Henschamnn sin hacer preguntas. Me dijeron que buscara algún tipo de broche en el cuerpo de Blake antes de llevarlo a las catacumbas, pero no encontré nada en su cadáver.

Kurt dio un paso atrás. Ahora lo entendía todo. Por fin las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, aunque la imagen que se formaba era mucho más aterradora de lo que nunca habría imaginado. La muerte de Arullen Silvermoon había dejado de ser un simple asesinato. Lo que había en juego era infinitamente más importante que su carrera en la Guardia de Vigilancia Metropolitana o incluso que la comisaría del Puente de los Tres Céntimos. Deseaba compartir sus sospechas con Belladonna y Jan, pero sabía que lo mejor que podía hacer de momento era guardarse sus temores para sí mismo. Los otros dos agentes se habían percatado de su reacción, pero fueron lo suficientemente inteligentes como para no comentarlo delante de Deschamp, y Jan resolvió tomar la iniciativa en el interrogatorio. Belladonna, por su parte, escudriñaba las reacciones del preso a cada una de las preguntas, tratando de averiguar algo más de lo que decían sus palabras.

—¿Qué querían los hombres rata? —preguntó Jan—. ¿Dónde está esa piedra?

—No lo sé —insistió Deschamp—. Yo soy un mandado, un empleado. Si quieren saber algo más sobre esas criaturas, hablen con Abram Cobbius; él las ha visto. Yo no.

—¿Cuándo las vio?

El preso se encogió de hombros.

—Hace unas semanas. Cada vez son más osadas y se atreven a acercarse más a la superficie. Por eso tuve que cargar con el cuerpo de su Gorra Negra hasta el exterior. Henschamnn había prohibido arrojar cuerpos a las cloacas. Seguimos depositando los sacrificios humanos en las catacumbas, pero ahí termina todo. Cobbius me dijo que Henschamnn no quiere que alimentemos al enemigo.

—¿Qué aspecto tienen esas criaturas? —preguntó Belladonna.

—Se lo acabo de decir, no lo sé... No las he visto, ¿de acuerdo?

—¿Cómo sabemos que nos dice la verdad?

—¿Por qué iba a mentir? —respondió gimoteando Deschamp—. Estaré muerto antes del Geheimnstag...

—¿Cómo está tan seguro?

Deschamp la miró con los ojos bañados en lágrimas.

—No lo entiende, ¿verdad? Henschamnn no puede permitir que Abram Cobbius continúe bajo su custodia. Sabe demasiado. La Liga asaltará este lugar antes de que

anochezca. Si no pueden rescatar a Abram, lo matarán... o harán que lo maten. Todo aquel que se interpone en su camino sólo puede acabar muerto. —Deschamp apartó la mirada—. Todos ustedes ya están muertos, aunque todavía no se han dado cuenta. En cambio, yo sí.

—¿Cómo está tan seguro? —gruñó Jan.

—Por lo menos uno, si no más, de sus guardias es un traidor. Así opera Henschamnn, comprando la complicidad de sus enemigos. Si no es capaz de sobornar a las altas esferas, compra a los subalternos e inicia la conquista desde dentro. Así llegó al poder de la Liga y así compró a la Stadsraad. Y ése es el motivo de que tenga a Abram Cobbius como empleado, como primer paso en su campaña para hacerse también con el control del gremio.

—Y ahora me dirá que también quiere convertir esta comisaría en su juguete.

Deschamp resopló y meneó la cabeza.

—¡Ya lo ha hecho! ¡Por los dientes de Taal, pero si probablemente la reapertura de esta comisaría fue idea suya, como parte de un plan mayor que a ustedes se les escapa! Todos ustedes no son más que los títeres de su representación, que utiliza y sacrificará en el caso de necesitarlo. Henschamnn se mueve en un nivel que ustedes no comprenden porque no tienen ni idea de lo que está en juego. —Paseó la mirada por la sala—. Este lugar y toda la gente que hay en su interior están a su merced de un modo u otro. Tiene en nómina a la mitad de los capitanes de la Guardia de Vigilancia Metropolitana de esta ciudad, y a la otra mitad la manipula, tanto si son o no conscientes de ello. Ni siquiera su comandante es inmune a Casanova.

Jan meneó la cabeza, desestimando la declaración del preso.

—Nunca había oído tantas tonterías juntas en mi vida. ¡Ahora nos dirá que el cielo es verde y que Henschamnn puede manejar la luna a su antojo!

—¡Crea lo que quiera! —espetó Deschamp—. Yo conozco la verdad.

* * *

Kurt salió de su despacho seguido por Jan y Belladonna. El sargento enfiló hacia la cocina y se disculpó con Gerta antes de pedirle que se encargara de Deschamp. Ella accedió, aunque su lenguaje fue lo más alejado de lo que sería propio de una dama en cuanto descubrió el repugnante estado en el que se encontraba el prisionero. El capitán esperó a que Gerta se llevara a Deschamp al piso de abajo para hablar con Jan y con Belladonna.

—Creo que sé por qué Arullen Silvermoon se encontraba en las catacumbas y por qué lo mataron.

—¿Se trataba de un sacrificio para los hombres rata? —sugirió Jan.

—En cierta manera, sí —empezó a explicar el capitán, pero decidió no continuar—. Para serles sinceros, es mejor para ambos, para su seguridad, que no sepan más. Por lo menos de momento.

—Parece que hable en clave —señaló Belladonna—. Es casi peor que una conversación con Otto.

Kurt asintió.

—Tiene razón. Debería hablar con Otto.

—No, no me refería a...

—¿Puede ir a buscarlo y traerlo?

—Supongo —respondió la joven—. ¿Cuándo quiere que...?

—Ahora —dijo Kurt—. Cuanto antes, mejor.

—¡De acuerdo! —Belladonna tomó el camino de las escaleras sin añadir una palabra. La frustración era evidente en su rostro.

—Bueno, ya te la has quitado de encima —dijo Jan—, aunque yo no me ahorraría una disculpa para calmarla cuando regrese. Bueno, ¿qué querías decirme que no podía oír ella?

—Nada —respondió Kurt—. Necesito hablar con Otto. Eso es todo.

El sargento no se conformaba con aquella respuesta.

—Algo que dijo Deschamp te asustó. ¿Qué fue?

Kurt posó una mano en el hombro de su amigo.

—Sinceramente, estarás más seguro si no lo sabes.

Jan meneó la cabeza.

—Te dije que este lugar sería la tumba para uno de nosotros.

—Todavía tengo la esperanza de que estés equivocado.

—¡Capitán! —gritó Raufbold desde el pie de la escalera—. ¡Ha venido una mediana a visitarlo!

Kurt y Jan bajaron a la recepción, donde los aguardaba Silvia Vink. Todavía iba ataviada con el riguroso negro del luto, y llevaba un rollo de pergamino en las manos diminutas.

—¿Es verdad lo que la gente comenta en la calle? ¿Ha arrestado a Abram Cobbius y lo ha acusado del asesinato de mi marido?

—Sí. También tendrá que responder de al menos otro asesinato y de muchos delitos más.

La viuda sonrió.

—Gracias. No creía que lo haría, ni usted ni nadie. Si ya es difícil encontrar a un hombre que cumpla su palabra, lo es mucho más cuando eres un mediano. Gracias, capitán Schnell, de todo corazón. Seguro que mi marido también se lo agradece desde dondequiera que esté.

—De nada —respondió Kurt, conmovido por la fuerza de sus palabras. Esperaba

que la señora Vink se marchase, pero no se movió de donde estaba; las manos le temblaban—. ¿Desea algo más?

La mediana asintió con lágrimas en los ojos.

—Ahora que sé lo que ha hecho por mí, esto me resulta mucho más difícil, pero es el precio que debo pagar para recuperar la pescadería de mi marido.

—No la entiendo...

La señora Vink tendió la mano con el rollo.

—Me pidieron que le entregara esto en mano. A cambio recibiría la escritura de la pescadería. La reabriré después del Geheimnstag.

—Es una noticia estupenda, pero ¿por qué no abrirla antes?

Después de enterarse de lo que ocultaba el pescado en su interior, Kurt había planeado realizar una redada en la pescadería que se encontraba al lado de la comisaría; sin embargo, el local había permanecido cerrado toda la mañana.

La señora Vink meneó la cabeza.

—Dudo que nadie cruce el Puente de los Tres Céntimos hoy ni mañana, y mucho menos que se detenga a comprar pescado. No lo harán hasta que... Bueno, lea el mensaje y lo entenderá. —Apretó la palma de la mano suave y cálida en las enormes manos de Kurt—. Adiós, capitán Schnell. Ha sido un honor conocerlo.

La mediana salió apresuradamente de la comisaría y cruzó el puente de regreso a su casa; la puerta se cerró de un portazo y a continuación se oyó el sonido de los cerrojos que cerraban aquella casa para el mundo.

—¿De qué iba esto? —preguntó Raufbold, desconcertado.

—No estoy seguro —reconoció Kurt.

El capitán se acercó a la entrada de la comisaría y echó un vistazo al exterior. A aquellas horas del día era normal que los adoquines del Puente de los Tres Céntimos estuvieran tomados por ciudadanos, comerciantes, vagabundos y visitantes que iban de Stoessel a Riddra o a la inversa. Por el contrario, el lugar estaba casi desierto, y la poca gente que cruzaba el puente lo hacía apresuradamente, con la mirada resuelta y fija al frente; nadie se atrevía a volverse hacia la comisaría. Kurt desenrolló el pergamino y leyó el mensaje; a continuación se lo pasó al sargento, que leyó y relejó las palabras; su rostro se endurecía a medida que comprendía el fondo del escrito.

—Deberías leerlo en voz alta para que todo el mundo se entere —le sugirió Kurt—. Es mejor que lo sepan ahora a que se enteren por los chismorreos y los murmullos que oigan en la calle.

—¿Estás seguro? —preguntó Jan.

El capitán asintió, así que el sargento procedió a cumplir la orden.

—«A la atención del capitán y de todos los guardias de la comisaría del Puente de los Tres Céntimos: liberen a Abram Cobbius antes de la puesta de sol o aténganse a las consecuencias».

—En otras palabras: nos rendimos o morimos —señaló Kurt.

DIECISÉIS

Otto estaba buscando orientación por medio de la oración cuando Belladonna llegó al templo. Desde hacía varios días advertía que una oscuridad acechaba sus pensamientos, una presencia maligna que no podía explicar con palabras y que lo perturbaba. Ya había sentido aquella presencia en el pasado, pero nunca con aquella fuerza ni con aquella avidez inhumana. Algo ominoso se cernía sobre Suiddock, algo que amenazaba con destruir el distrito. Si Suiddock se extinguía, poco después también sucumbiría buena parte de la ciudad. El distrito era lo más parecido al corazón de Marienburgo, el centro neurálgico de la economía de la ciudad, basada en el comercio. Si se destruía eso, el resto de Marienburgo sufriría... Y cuando Marienburgo sufría también lo hacía todo el Imperio. Otto se estremeció, como si la oscuridad hubiera avanzado otro paso hacia él.

Un puño golpeó la puerta del templo y el sacerdote se sobresaltó, pero se sintió aliviado cuando vio que era Belladonna.

—El capitán quiere verlo —le dijo la agente.

Otto abrió la puerta para que entrara, pero la Gorra Negra permaneció fuera, inmóvil.

—Ahora.

El sacerdote, perplejo por el tono apremiante de la joven, se puso la capa, se cubrió la cabeza con la capucha y siguió a Belladonna al Puente de los Tres Céntimos. En el horizonte empezaban a acumularse nubes negras, un oscuro presagio de la tormenta que se avecinaba. A su llegada, la comisaria era una olla de grillos en la que el capitán exigía a gritos silencio a sus agentes. Los guardia parecían asustados, y Otto comprendió el motivo en cuanto puso el pie en el interior del edificio.

—No tenemos ninguna elección —gritó Kurt a sus hombres—. Si cedemos a las amenazas de Henschamnn, el nombre de la Guardia de Vigilancia Metropolitana se perpetuará como un mal chiste en Suiddock por el resto de nuestros días... Y lo mismo ocurrirá en muchas partes de la ciudad.

—Prefiero ser un chiste vivo que un héroe muerto —respondió a viva voz Faulheit. Varios agentes más secundaron atronadoramente sus palabras—. No puede esperar que nos quedemos aquí sabiendo que la Liga viene de camino para matarnos.

—Henschamnn no se atrevería a lanzar un ataque abierto a una comisaría —

replicó el capitán—. Y aunque lo hiciera, ya he enviado una petición de refuerzos a todas y cada una de las comisarías de la ciudad. Estaremos preparados para un ataque de cualquier índole.

—¿Cómo sabe que los refuerzos llegarán a tiempo? —demandó Raufbold.

—No lo sé —reconoció Kurt—, pero no creo que el comandante permita que la Liga cometa una masacre con nosotros. Sabe que eso supondría un suicidio político para su carrera... ¡Y si hay algo que le importe al comandante es su carrera! —Esta afirmación provocó un murmullo de conformidad en el tumulto de Gorras Negras—. Sólo tenemos una opción —sostuvo ante sus hombres—, pero no es sencilla. Podemos cortar por lo sano y huir, y que se nos recuerde para siempre como unos cobardes, o, quedarnos y luchar y demostrar a todo el mundo que estaban equivocados. Yo sé que prefiero morir peleando por algo en lo que creo que vivir como un cobarde temeroso de su propia sombra.

Otto escudriñó los rostros de los guardias. Las tornas estaban cambiando, pero todavía no parecían convencidos.

—Aunque huyamos, los matones de Henschamnn podrían buscarnos y cobrarse venganza. ¿En serio creen que el problema se esfumará si hacemos lo que nos pide y nos vamos con la cola entre las piernas? ¿No les parece más probable que irán a cazarnos y nos matarán uno a uno para dar ejemplo al resto de la ciudad? Si Henschamnn nos deja salir indemnes, perderá prestigio... y nunca deja con vida a nadie que lo haya avergonzado.

Raufbold se destacó del grupo de agentes.

—¿Por qué no hace lo que le pide y libera a Abram Cobbius? ¿Acaso vale la pena ir a la guerra por un solo criminal en un distrito que está repleto de criminales?

—Podríamos hacerlo —afirmó Kurt, y añadió sosteniendo una llave prendida a una cadena metálica que llevaba colgada al cuello—: Podría bajar con ella y utilizarla para liberar a Cobbius ahora mismo, pero ¿qué ganaríamos con eso? ¿Qué ayuda supone a los ciudadanos de Suiddock que devolvamos a las calles a un asesino para salvar nuestro pellejo? Cobbius ahogó a un mediano para convertir la pescadería de aquí al lado en un centro de distribución de estupefacientes. Y todos ustedes han visto lo que le ocurrió a Mutig. Cobbius debió de torturarlo durante horas y le cortó las extremidades cuando todavía estaba vivo, obligando a Hans-Michael a contemplar cómo lo despedazaban. ¿Les gustaría que alguien más pasara por ello? Porque eso es lo que conseguirán si liberan a Abram Cobbius. Ese hombre se merece pudrirse por todos los pecados que ha cometido, por todas las leyes que ha quebrantado, y tengo la intención de ver cómo prueba el sabor de la justicia... y ninguna intención de liberarlo. Nunca entregaré esta comisaría, ni a Cobbius, ni a Henschamnn ni a cualquier otro matón que crea que puede conseguir todo lo que quiera mediante el asesinato, las patrañas, el robo y la coacción. No tenemos por qué doblegarnos ante

gente como ésa nunca más. Debemos aguantar y dar ejemplo. Tenemos que hacer lo correcto, aquí y ahora. Hay que mantenerse firme. Es nuestro trabajo. —Dio un paso, con los ojos desorbitados por la pasión, hacia Raufbold, que evitó la confrontación con el capitán—. Quien tenga algún problema que venga a verme. Los demás, vuelvan al trabajo. ¡Retírense!

El sacerdote observó a los guardias mientras se disgregaban murmurando entre ellos y haciendo gestos de aprobación, al parecer influidos por la fuerza de las palabras de Kurt. Cuando el grupo se dispersó, Otto y Belladonna se acercaron al capitán.

—¿Quería verme? —preguntó el sacerdote.

—Sí. Gracias por venir tan rápido —respondió Kurt, ya con el rostro más relajado.

—Eso tiene que agradecerse a Belladonna.

Kurt dedicó un gesto de agradecimiento con la cabeza a la agente.

—Hay otra cosa que podría hacer —sugirió a la guardia—. El sargento Woxholt está en el sótano vigilando a Cobbius. Baje con Faulheit y releven a Jan, y díganle que lo espero en mi despacho. —La joven asintió y dio media vuelta—. Ah, Belladonna... Siento haber sido tan brusco con usted antes. Si mis sospechas son fundadas, Henschamnn y sus compinches podrían ser el menor de nuestros problemas. No era mi intención desahogar mis preocupaciones en usted. Lo siento.

—Disculpas aceptadas —respondió Belladonna, y se alejó rápidamente.

Otto se quedó observándola.

—No me diga que el vástago del viejo Barbas de Acero está aprendiendo el arte de la diplomacia...

—La única diplomacia en la que cree mi padre requiere una espada, un arco o una ballesta —gruñó Kurt—. Las palabras amables nunca le reportaron demasiados favores ni en el ejército ni en casa. —Paseó la mirada por el resto de Gorras Negras, pero todos estaban concentrados en sus propios problemas—. Subamos a mi despacho. Tengo que enseñarle una cosa.

* * *

Belladonna bajó al sótano seguida por el reacio Faulheit, que rezongaba por tener que volver a los subterráneos de la comisaria.

—Me pasé medio día ahí abajo escuchando a docenas de ciudadanos quejándose de sus vecinos y tratando de convencerme de que sabían algo sobre el asesino del elfo —dijo con voz quejumbrosa—. No veo por qué tienen que elegirme a mí para hacer de niñera del maldito Cobbius. Además, no tardará en subir la marea y este lugar siempre se inunda cuando eso sucede.

Belladonna estaba a punto de sugerirle dónde podía meterse sus lloriqueos cuando un olor que advirtió la detuvo. La joven distinguió el regusto metálico y el hedor a putrefacción en el aire. Hizo un gesto a Faulheit para que no hablara y preparó la ballesta que había pertenecido a Deschamp y que llevaba colgada a la espalda por una correa de piel junto con un improvisado cartucho con un puñado de flechas metálicas. Belladonna se apoyó la ballesta contra el pecho e insertó con habilidad el cartucho. Faulheit extrajo la porra maciza que le colgaba del costado derecho, también listo para la acción, aunque no tan ansioso por correr hacia ella. La pareja se deslizó por los escalones que restaban y atravesó el penumbroso pasillo que conducía al sótano. Delante de ellos había cuatro aberturas sin puertas que daban a cuatro cámaras distintas.

Cobbius había sido encadenado a la pared de una sala orientada al sur con varias ventanas con barrotes a ras de suelo. Cuando la marea alcanzaba su punto más alto, el agua del canal secundario solía subir lo suficiente como para introducirse en el sótano a través de aquellas ventanas y empapar los pies de quien se encontrara en su interior. Eso hacía especialmente desagradable el encarcelamiento en el sótano y era un recurso de disuasión contra los presos que se negaban a permanecer en los calabozos a la vista de todos. Belladonna fue acercándose a la sala que ocupaba Cobbius, agradecida de que la marea no hubiera alcanzado aún su punto álgido, ya que caminar chapoteando con el agua a la altura del tobillo no era una buena manera de pasar inadvertido. Se inclinó contra la pared junto a la entrada, sujetando con firmeza la ballesta y preparándose mentalmente para irrumpir en la habitación. Faulheit estaba a su espalda, blandiendo la porra y respirando hondo. Belladonna le hizo un gesto y se arrojó a la sala gritando que quien estuviera allí dentro no moviera un pelo. Lo que vio le hizo retroceder de horror.

* * *

Otto examinó el diminuto broche de plata y jade, admirado con el delicado trabajo del engaste y las piedras.

—Fíjese en la piedra que hay en el centro —le apuntó Kurt, que estaba de pie junto a la ventana de su despacho, contemplando los adoquines del Puente de los Tres Céntimos. Era mediodía, aunque las nubes que se acumulaban en el cielo de Marienburgo habían tapado el sol, y el puente debería estar viviendo uno de sus momentos de mayor actividad del día. Sin embargo, la calle parecía un asentamiento de enanos la mañana siguiente a un Fin de Keg, y apenas había un alma atravesándolo —. ¿Qué cree que es?

El sacerdote frunció el entrecejo.

—Soy un acólito de Morr, no un comerciante de piedras preciosas.

—Mírelo detenidamente —le sugirió Kurt.

Otto escudriñó la piedra central del broche. Era minúscula, algo mayor que una esquirra. A primera vista parecía una esmeralda, pero en estado bruto, lo que impedía determinar con certeza su color real. A medida que los ojos del sacerdote penetraban en el fragmento de la piedra preciosa, el temblor de sus manos aumentaba.

—Esto es... ¿De dónde lo ha sacado?

—Gerta la Charlatana se lo compró a Dedos Blake. Sospecho que él lo encontró cerca del cuerpo de Arullen Silvermoon. Sobre cómo llegó el broche a las manos de Silvermoon no tengo ni idea. Sabemos que estuvo en las cloacas, puede que incluso en las catacumbas. Quizá lo encontró allí. No lo sé. Creo que los monstruos que lo mataron andaban detrás de ese broche, del poder que posee.

Otto dejó la joya en el escritorio del capitán como si tuviera miedo de que lo infectara.

—La gema sin pulir del centro es piedra bruja —afirmó el sacerdote con gravedad—. No hay un solo mortal que pueda admirarla o poseerla durante un periodo prolongado sin sucumbir a las fuerzas del Caos.

—Lo he llevado en el bolsillo de mi guerrera y apenas he advertido su poder sobre mí. Es una suerte que no haya mantenido más que un breve contacto con ella, aun así, se introdujo en mi cerebro y me impelió a matar a todo el mundo. He sentido esos impulsos autodestructivos casi desde que puse el pie en esta comisaria y no comprendía el motivo. Estoy convencido de que el broche es el responsable.

Otto frunció el ceño.

—Ha dicho que los monstruos mataron a Arullen Silvermoon. ¿Qué monstruos?

—Los hombres rata.

—Que Morr nos proteja —musitó el sacerdote—. ¿Está seguro?

—Completamente —aseveró Kurt—. Esa diminuta esquirra de piedra bruja tiene un significado especial para ellos. Han estado saliendo de sus guaridas en las catacumbas para buscarla, y cada vez se atreven a acercarse más a la superficie. Se han arriesgado a ser descubiertos en su empeño por recuperar ese fragmento incrustado en el centro del broche. Sospecho que forma parte de una pieza mayor, de un bloque de piedra bruja que precisa de ese fragmento para completarse. Quizá se trate de un tipo poco común de piedra bruja, de uno con un poder infinitamente mayor que cualquier otra piedra bruja que haya conocido ningún mortal. Desconozco el fondo del asunto, y quizá nunca llegue a conocerlo, pero hay algo que si sé: mientras esa esquirra continúe en Suiddock, todos corremos peligro.

—Entonces destrúyala.

El capitán meneó la cabeza.

—Ojalá pudiera, pero no creo que eso sea posible. Quizá haya sido por una

cuestión de suerte o de destino, pero he sido enviado a este lugar en concreto y en este preciso momento, y tengo que ocuparme de este asunto. Es mi deber.

Otto se puso en pie.

—Si tiene razón, conservar este broche aquí es una invitación a los hombres rata para que ataquen este lugar.

—De momento tendrán que ponerse en la cola.

—Entonces, ¿qué intenciones tiene?

Kurt sonrió al sacerdote.

—Es gracioso que me haga esa pregunta.

* * *

La figura encorvada apretaba una hoja contra la garganta de Abram Cobbius. Afortunadamente, el prisionero continuaba dormido; de lo contrario era muy probable que llegados a aquel punto ya hubiera estado muerto. El sargento Woxholt yacía desplomado sobre el suelo del sótano, con un tajo en la frente, del que le brotaba la sangre.

—Suelte el cuchillo —espetó Belladonna, sorprendida por el tono autoritario de su voz y sosteniendo la ballesta confiscada apuntando a la cabeza del intruso.

—Diente y garra, garra y diente —dijo entre dientes la figura, cuyo rostro permanecía oculto por la capucha de su capa.

Belladonna recordó que aquello era lo que el elfo asesinado le había dicho. Fijó la mirada en la hoja ceñida a la piel de Cobbius. Estaba despuntada, y también distinguió las marcas típicas del cuchillo de un elfo en la empuñadura.

—Le robaste ese cuchillo a Arullen Silvermoon, ¿verdad? ¿He acertado?

—Él nos lo entregó —dijo entre dientes el intruso; sus palabras salían de su boca como un silbido. Tenía el acento genuino de Suiddock, más brusco y menos culto que los del resto de Marienburgo, de modo que el visitante era nativo del distrito—. También nos dio su sangre.

—Mataste al elfo con su propia arma —dijo Belladonna, comprendiendo lo que había ocurrido.

—Debíamos alimentarla para hallar la salvación. —El intruso apretó un poco más la hoja contra el cuello de Cobbius—. Éste es el culpable, él nos obligó a decir dónde estaba el fragmento de la piedra, nos obligó a contarle. Yo era amigo de la casa de Silvermoon cuando todavía era simplemente un hombre. Joost... —Belladonna sabía que la piel de Cobbius no tardaría en ceder y que su vida se escaparía por la sangre que derramaría—. Tenemos que alimentar a la roca grande otra vez.

—¡Date la vuelta! —le exigió Belladonna—. ¡Déjame verte el rostro!

La figura encorvada giró la cabeza para encarar a la joven. Su semblante contraído era el de un hombre, pero sus facciones estaban tan retorcidas y deformadas que resultaba imposible reconocer aquella cara. Tenía los labios reventados y torcidos en una mueca que parecía una sonrisa, y su lengua negra y supurante se deslizaba una y otra vez, entrando y saliendo de su boca negra y repugnante.

—¿Ya eres feliz? —espetó a la agente.

Belladonna se esforzó por reprimir las arcadas y se tragó de nuevo la bilis que ascendía desde su estómago. Advirtió un movimiento a su espalda y vio en la entrada a Faulheit, todavía fuera de la sala y de cuya presencia el intruso no se había percatado.

—Ve a buscar ayuda —dijo entre dientes—. ¡Ve a buscar ayuda!

—¿Qué has dicho? —inquirió la figura encapuchada con una voz que sonó como el gruñido de un animal.

—Buscar ayuda... yo puedo buscarte ayuda —respondió Belladonna, aliviada al oír que Faulheit se escabullía en dirección al piso de arriba. Ahora sólo debía evitar que aquel loco matara de nuevo—. ¿Cómo te llamas?

—Joost Holismus —respondió el intruso, y señaló a su alrededor—. ¡Éste era mi dominio!

* * *

Kurt y el sacerdote bajaban del primer piso por las escaleras cuando Faulheit llegó corriendo desde el sótano. El exhausto Gorra Negra explicó entre jadeos lo que estaba ocurriendo en la planta subterránea y el capitán y Otto se dirigieron apresuradamente hacia allí, con todo el sigilo del que fueron capaces. Los ritos de un hombre a daban a enmascarar sus pasos de aproximación, si bien las amenazas que profería dejaban poco lugar a las esperanzas de una resolución que no implicara un baño de sangre.

—¡Hubo un tiempo en el que yo gobernaba este lugar! Era mío, mi dominio, mi reino. Entonces miré fijamente la piedra vi el verdadero camino, la verdadera luz... ¡El camino hacia el Caos es el camino de la virtud! Me rendí a él, entregué mi alma a su gloria... y el Caos se llevó mi rostro, mi humanidad. ¡También se llevará el tuyo, el de todos vosotros si continuáis aquí! ¡Tómalo como una advertencia!

—Háblame de la piedra —le solicitó Belladonna.

—No hay tiempo... ¡Ya vienen!

Kurt y el sacerdote se detuvieron, temerosos de que los descubriera si se acercaban más.

—¿Quién viene? ¿Quiénes son?

—Son una legión, un ejército, una horda de alimañas voraces que vienen para

darse un festín con vuestros cuerpos y vuestras almas. ¡Os devorarán como si fuerais carroña, saciarán su apetito con vuestra carne y vuestra sangre!

—¿Estás hablando de... los hombres rata?

Un hombre gritó y su bramido sonó como el chillido de un animal malherido y horrorizado.

—¡No pronuncies su nombre en voz alta; podrías convocarlos! Todos estos años he estado evitándolos ocultándome entre sus sombras. Pero ahora vienen hacia aquí y nadie podrá zafarse de su cólera. Vuestras vidas están a su disposición. ¡Pero antes, mi hoja debe probar la sangre!

—¡Joost, no!

* * *

Cuando el capitán y Otto irrumpieron en la celda, el predecesor de Kurt ya estaba clavado a la pared por la flecha de una ballesta que le atravesaba el abdomen con su asta metálica. La sangre negra brotaba de la herida y se derramaba por el suelo. Holismus gritaba de dolor y profería insultos terribles a Belladonna, que había arrojado la ballesta a un lado y estaba en cuclillas sujetando entre los brazos el cuerpo de Jan. Cobbius continuaba encadenado a la pared, inconsciente y totalmente ajeno a lo que ocurría a su alrededor; una línea roja que le cruzaba el cuello de lado a lado era el único vestigio de lo cerca que había estado de la muerte.

—¿Por qué han tardado tanto? ¿Qué los tenía tan ocupados? —preguntó Belladonna, con una leve sonrisa en los labios.

—Ya sabe cómo es esto —respondió Kurt, arrodillándose junto a ella y Jan—. El papeleo siempre se interpone en el camino del cometido de un agente de la ley. ¿Cómo está el sargento?

—Se pondrá bien. No es nada grave —respondió la joven. Luego miró a Otto—. Será mejor que examine a Holismus y compruebe la gravedad de su herida. He intentado detenerlo sin matarlo, pero...

El sacerdote se acercó al intruso, aunque se mantuvo fuera del alcance de las piernas y los brazos que Holismus agitaba con violencia.

—No morirá hoy. Su cuerpo está tan pervertido por el Caos que se necesita mucho más que una simple flecha de ballesta para matarlo. Puede sentirse afortunada de que la flecha lo haya clavado a la pared.

Jan se despertó y se estremeció de dolor en cuanto recuperó los sentidos.

—¡Por la salchicha de Sigmar! ¿Qué me ha golpeado?

—Joost Holismus —contestó Kurt, señalando al encolerizado intruso—. ¿Alguna idea de cómo ha podido entrar?

El sargento meneó la cabeza.

—Ni siquiera lo he oído acercarse.

—Esta comisaría era suya —señaló Belladonna—. Probablemente la conoce mejor que cualquier otra persona.

—Algo me dice que no está de humor para explicárnoslo —observó Kurt—. Otto, debería irse ya.

—Sin duda. Les deseo lo mejor en la prueba que se les presenta.

El sacerdote hizo una reverencia y salió de la sala.

—Si ve a Faulheit arriba, mándemelo —gritó el capitán a la espalda de Otto.

—¿Deja que se marche? —preguntó Belladonna con perplejidad.

—No puedo pedirle que se quede. No con la que se nos viene encima —respondió Kurt.

La joven salió corriendo por el pasillo y detuvo a Otto cuando el sacerdote ya enfilaba las escaleras.

—No puede dejarnos así. ¡Por el amor de Morr, necesitamos su ayuda!

Otto meneó la cabeza.

—Mi deber me reclama en otro lugar.

—¿Eso es todo? ¿Va corriendo a esconderse a su precioso templo? ¡Todas las personas de la comisaría estarán cenando con Morr al caer la noche y usted nos abandona a nuestra suerte!

—No lo entiende. Voy a buscar ayuda... si es que alguien puede ayudarlos.

Otto ascendió con paso firme por la escalera sin hacer caso de los gritos que profería Belladonna exigiéndole que regresara. Instantes después apareció en la escalera un temeroso Faulheit.

—El capitán quiere verte —le dijo la Gorra Negra, con la voz a punto de quebrarse, y se quedó escuchando cómo Kurt ordenaba al guardia que saliera a buscar a un cazador de brujas llamado hermano Nathaniel.

—Probablemente estará rezando para que llueva en el templo de Sigmar más cercano. Dígale que hemos capturado a su hereje devoto del Caos. Si quiere a Joost Holismus, tendrá que venir aquí abajo. Quizá debería sugerirle que se traiga un par de amigos, en el caso de que los tenga. Por lo menos se necesitan cuatro personas para sacar a este loco de aquí.

Faulheit pasó junto a Belladonna y salió disparado escaleras arriba. La joven agente regresó a la celda, sin alcanzar a comprender las decisiones de Kurt.

—¿Por qué lo ha enviado a buscar a los cazadores de brujas? Podría saber algo sobre los hombres rata.

—El hermano Nathaniel me dejó claro que arrasaría la comisaría si le ocultaba a Holismus —respondió Kurt—. Los cazadores de brujas tienen potestad para hacerlo; ninguna autoridad de la ciudad pone barreras a su poder. Si sobrevivimos a los

próximos dos días, me gustaría que esta comisaría tuviera un futuro. Ni el comandante ni ningún miembro de la Stadsraad va a enfrentarse a los cazadores de brujas para defendernos.

—Además —añadió el sargento—, dudo que nada de lo que nos diga Joost tenga sentido.

Holismus les escupía gargajos de sangre negra, gruñía y los insultaba con los ojos en blanco. Las sacudidas de su cuerpo le levantaron la capucha y dejaron al descubierto la cabellera cana que empezaba a escasear. Belladonna se acercó prudentemente a él y de camino recogió la hoja del elfo del suelo del sótano.

—Tú mataste a Arullen Silvermoon, ¿verdad? ¿Por qué?

La criatura trastornada por el Caos dirigió la lengua bífida hacia la joven, metiéndola y sacándola de la boca en una serie de movimientos grotescos. Cuando Belladonna se dio la vuelta, una voz suave, como de niño, brotó de la boca del preso.

—Tenía en su poder el corazón de la piedra, la última esquirra. Le arrebaté la sangre y alimenté a la piedra para rendirle tributo.

El hermano pequeño de Joost entró precipitadamente en la celda, sin aliento y con la mirada frenética, y cuando vio a su hermano rompió a gritar acongojado y se derrumbó sobre las rodillas.

—¡Os lo dije! ¡Os dije que lo había visto y no me creísteis! ¿Por qué? ¿Por que no confiasteis en mí?

Kurt posó una mano en el hombro del desconsolado guardia.

—Lo siento, Lothar.

La cabeza de Joost Holismus tembló y empezó a sufrir convulsiones.

—¿Lothar? ¿Eres tú, hermanito?

Lothar levantó la mirada con gesto sorprendido.

—¿Joost? ¿Me reconoces?

—¿Cómo podría olvidar a mi propio hermano?

Lothar se puso en pie y se dirigió hacia la criatura poseída por el Caos clavada a la pared. Belladonna se interpuso entre los hermanos para evitar que el más joven de los Holismus se acercara demasiado a Joost.

—Lothar, necesito que me hagas un favor —masculló Joost con voz humana, muy alejada del áspero chirrido de horror y cólera anterior.

—Lo que sea, hermano —le prometió Lothar.

—Mátame antes de que lleguen los cazadores de brujas.

—Yo... —Lothar dirigió la mirada al capitán—. ¿Ha avisado a los cazadores de brujas para que vengan por él?

—No tenía opción —admitió Kurt—. Lo siento.

—Me torturarán y me mortificarán en nombre de su dios —continuó Joost, cuya voz recuperaba el vil y maléfico tono rudo y sibilante inicial—. ¡Persiguen la derrota

del Caos para glorificar a su dios, Lothar! ¡Debes detenerlos, debes vencerlos! ¡Mátalos por mí, hermano!

Lothar retrocedió tambaleándose, horrorizado por la retorcida personalidad que luchaba por imponerse en la conciencia de su hermano.

—No. No puedo hacerlo... Lo siento.

—¡Eres débil! ¡Siempre fuiste un débil! ¡El niño de la familia! ¡Completamente inútil para todo y para todos!

Lothar se tapó las orejas con las manos para no tener que oír aquella insistente y provocadora voz.

—¡No!

—¡Morirás aquí! ¡Vienen por ti! ¡Se darán un festín con tu alma, Lothar!

—¡No!

El guardia se desplomó sobre el suelo de piedra, con los ojos en blanco. Kurt acudió junto a él para asegurarse de que no se había herido.

—Sólo se ha desmayado —señaló el capitán—. Probablemente sea lo mejor.

Desde la escalera llegó el ruido de fuertes pisadas que descendían al sótano. Kurt se puso en pie y se acercó con paso firme a Joost, apretó el antebrazo contra la garganta del excapitán convertido al Caos y la cabeza de Joost se estampó contra la pared.

—¿Cuánto tiempo nos queda, capitán Holismus? ¿Cuánto falta para que lleguen los hombres rata?

—Estaréis todos muertos antes de ver el próximo amanecer —respondió Joost, de nuevo con una voz humana y los ojos de un pálido color azul en vez del oscuro y tormentoso negro.

Pero el Caos volvió a apoderarse de él y el excapitán reemprendió su retahíla de insultos a los guardias y los acribilló con las promesas de la fatalidad que los aguardaba, y cuando el capitán le tapó la boca con la mano para poner freno a sus imprecaciones trató de mordérsela.

El antiguo capitán de la comisaría del Puente de los Tres Céntimos se atragantó y la bilis empezó a escurrirse entre los dedos de Kurt.

—¡Aléjese de ese monstruo! —gritó una voz inflexible.

Cinco cazadores de brujas se abrieron paso empujando a un lado a Belladonna. Sus oscuras capas revoloteaban a su alrededor mientras avanzaban por la celda. La agente iba a protestar, pero una desafiante mirada del jefe de los cazadores de brujas le mantuvo la boca cerrada.

—Soy el hermano Nathaniel, del Templo de la Corte. Y por la presente, reclamo al preso Joost Holismus, de modo que me entregará su custodia.

Kurt se apartó de la pared dejando vía libre para que la criatura del Caos luchara con cualquiera que se acercara a ella. Algunos cazadores se llevaron golpes en el

cuerpo y el rostro mientras trataban de someter a Joost, que en ningún momento cejó en sus insultos y sus imprecaciones.

—¡Aunque me saquéis de aquí regresaré! ¡Me alzaré con un ejército de seguidores y reclamaré este lugar maldito! ¡Recordad mis palabras, estúpidos! ¡Recordad mis palabras!

Cuando Joost perdió el sentido, el hermano Nathaniel se acercó a él y extrajo con una severidad innecesaria la flecha que le atravesaba el cuerpo. Los ojos del cazador de brujas brillaban triunfantes.

—Llevaba mucho tiempo esperando capturar a este pecador —exclamó con orgullo—. ¡Hoy es un gran día para el Templo de la Corte!

—Sean bienvenidos —dijo irónicamente Kurt.

Los cazadores se quedaron mirándolo hasta que el hermano Nathaniel les hizo una señal para que sacaran a Joost.

—No crea que esto le deja libre de sospecha, capitán Schnell —le dijo mientras sus cuatro compañeros salían de la celda con el predecesor de Kurt a cuestas—. Lo único que ha conseguido para esta comisaría es un aplazamiento. Mis hermanos y yo estaremos vigilando de cerca este lugar, aguardando a que el próximo infectado por el Caos aparezca... y ocurrirá.

—Está bien saber que hay alguien cuidando de nosotros —comentó Kurt a Belladonna y a Jan.

—El hermano Nathaniel es todo un amigo —afirmó el sargento.

El cazador de brujas reconoció al hermano de Joost desplomado en el suelo.

—Si yo fuera usted, vigilaría a ése. A menudo el Caos se expande siguiendo la línea de sangre. Cuando un hombre se infecta, los hermanos son los siguientes.

—Ya tiene lo que quería —masculló Kurt—. Lárguese.

Con el ceño más fruncido que de costumbre, el hermano Nathaniel salió a grandes zancadas de la celda.

Kurt se volvió a Jan, todavía en el suelo.

—Supongo que ahora te quejarás de que debería haber sido más amable con él, que hay que hacer amigos y entablar relaciones con gente influyente y toda esa porquería.

El sargento se puso en pie y se frotó la frente.

—Podemos vivir sin esa clase de amigos.

—Quizá, pero necesitamos aliados para sobrevivir a los vaticinios de Joost —señaló Belladonna—. Capitán, les ha dicho a los otros guardias que esperábamos refuerzos; ¿cuándo llegarán? —Vio que los dos hombres se intercambiaban miradas—. No hay tales refuerzos, ¿verdad?

—De otras comisarías, no —confesó Kurt.

—¿Y de otro sitio?

El capitán se encogió de hombros.

—Otto parecía convencido de que podría tener mejor suerte.

—¿Parecía convencido? —preguntó Belladonna. Su incredulidad era patente en su voz—. ¿Podría tener mejor suerte? ¿En eso deposita todas nuestras esperanzas?

Kurt cruzó los brazos.

—Bueno, ¿qué quiere que le diga? Tenemos nueve Gorras Negras en esta comisaría, un puñado de armas para cada uno y un edificio que ha vivido tiempos mejores. De modo que no, no veo que tengamos muchas opciones, pero me las he visto en peores situaciones y aquí sigo. De vez en cuando debería creer en sí misma... sobre todo cuando no queda otra cosa en lo que creer. ¿Le parece suficiente?

Belladonna exhaló un suspiro de exasperación.

—Bueno, supongo que tendré que conformarme, ¿no?

—Puede que no —respondió el capitán, y abandonó a grandes zancadas la celda—. ¡Que alguien cuide de Lothar!

—¿Adónde vas? —le gritó Kurt a la espalda.

Un lejano trueno retumbó de fondo; la inminente tormenta se abría paso desde el océano.

—No dejes salir a nadie hasta que yo regrese.

* * *

—¿Se ha llevado a mi primo Abram detenido? —Lea-Jan no tuvo más remedio que admirar el coraje de su visitante. Pocos capitanes de la guardia se atreverían a solicitar una audiencia con el amo del Gremio de Estibadores y Operarios Portuarios, y eran menos aún los que empezarían aquella entrevista comunicándole que habían arrestado a un miembro de la familia Cobbius. De hecho, Kurt Schnell era el primero y, sin duda alguna, sería el último—. ¿Puedo preguntarle cuáles son los cargos?

—Dos acusaciones de asesinato, con agravantes por extorsión y tortura. La lista podría ampliarse.

—Entiendo. —Lea-Jan apoyó los codos en el escritorio, formando la aguja de un campanario con los dedos—. Bueno, me preguntaba dónde se habría metido. Abram atacó a uno de mis hombres esta mañana a primera hora y desapareció poco después. Imaginé que se había tratado de una pelea entre borrachos. Tiene un temperamento terrible.

—Ya me he dado cuenta.

—¿En serio? ¿Ése es el motivo de su visita...? ¿Informarme de su arresto?

—Tengo un testigo que afirma que Abram es un lugarteniente de Adalbert Henschamnn, así como miembro de su gremio, señor Cobbius. Consideré que era mi

obligación informarle sobre ese desliz en la conducta de uno de los miembros de su asociación.

—¿De verdad?

—Me pareció apropiado. El gremio es un órgano honrado y muy valorado en esta zona del distrito, y naturalmente no deseará que esa reputación se empañe por los actos de un inadaptado.

—Naturalmente —admitió Lea-Jan, asintiendo con sagacidad. En pocas palabras, Schnell no era ningún idiota, si bien estaba jugando con fuego—. Bueno, ¿y qué sugiere que haga mi organización en este asunto?

—Nada.

—¿Nada?

El capitán se inclinó sobre el escritorio de Lea-Jan y fijó la mirada en los ojos acerados de su anfitrión.

—No haga nada. Deje que las cosas sigan su cauce natural. Si alguien más decide que quiere liberar a su primo, por la razón que sea, el derramamiento de sangre en el Puente de los Tres Céntimos será inevitable, y no me apetece nada ver cómo los miembros inocentes de su gremio son arrastrados a un conflicto tan innecesario como condenado al fracaso.

—Una exposición interesante.

—Cuando el asunto ya esté encauzado, el gremio se habrá ganado el respeto de quien haya salido victorioso, pero independientemente de quién gane, ambos bandos habrán quedado terriblemente debilitados. Usted y sus asociados pueden lograr todo eso sin hacer nada, simplemente permaneciendo neutrales. —Schnell se puso derecho y con los brazos en jarras—. ¿Podría ser más sencillo?

Lea-Jan entornó los ojos.

—Muy bien, capitán Schnell. El gremio se limitará a contemplar los sucesos. —Se puso en pie y tendió una mano amistosa al Gorra Negra—. Espero que salga exitoso de los acontecimientos que se producirán en las próximas horas. Sería una pena para el distrito perder a un hombre como usted tan pronto. Estoy seguro de que podríamos entablar una fructífera relación en el futuro.

El capitán correspondió a su mano con una sonrisa en los labios.

—Gracias, pero ya me preocuparé del futuro mañana.

DIECISIETE

Molly estaba recogiendo sus escasas posesiones cuando el capitán Schnell apareció en la entrada del burdel. La silueta de Kurt se recortaba en la nauseabunda luz amarilla de la calle. La tormenta se cernía sobre Suddock y las nubes negras amenazaban con convertir las últimas horas de la tarde en un crepúsculo anticipado.

—Me preguntaba cuándo aparecería por aquí —dijo Molly—. Si tiene pensado disfrutar de la compañía de mis chicas antes de que Casanova los mate a usted y a sus hombres, llega tarde. Ya las he recolocado en el otro extremo de Luydenhoek hasta que todo esto acabe.

—Bien. Me alegra oír eso —respondió Kurt—. El Puente de los Tres Céntimos se convertirá en un campo de batalla en cuanto se ponga el sol, y no quiero que gente inocente resulte herida.

—Vaya, han usado un montón de nombres para referirse a mis chicas y a mí, pero no puedo decir que «inocentes» haya sido nunca uno de ellos. Aun así, gracias por pensar en nosotras. —Molly terminó de guardar sus cosas y paseó la mirada por el burdel, que sólo unos días atrás había sido un templo abandonado—. Es una pena. Me gustaba este sitio.

—Es un buen lugar —señaló Kurt.

—Pasaba por delante toda la clientela que pudiéramos desear.

—Los guardias al lado por si algún cliente provocaba algún altercado...

—Por no mencionar a algunos de sus agentes, que no eran reacios a ser clientes... y no diré nombres —masculló—. Sí. Este lugar habría sido un hogar idóneo para mí y para mis chicas.

—Todavía puede serlo. Cuando todo acabe.

Molly lo miró fijamente con una sonrisa en sus labios, rojos como rubíes.

—Lo cree realmente, ¿verdad?

—Digamos que soy optimista.

—¿Por qué? Según lo veo yo, está enterrado hasta la cabeza y la marea está a punto de azotarlo.

El capitán se encogió de hombros.

—Cuando ya has perdido todo lo que amaste, todo lo que te importó..., cuando ya no puedes perder nada porque no te queda nada..., entonces las cosas sólo pueden

ir a mejor.

—Aún puede perder la vida, recuérdelo llegado el momento. —Se volvió hacia la puerta, pero Kurt la agarró del brazo cuando pasaba junto a él—. ¿Está pensando en empezar una aventura conmigo?

—Quédese. He observado cómo se desenvuelve cuando hay problemas.

—Mis chicas me necesitan —apuntó Molly.

—Nosotros la necesitamos —replicó el capitán, y apoyó con ternura una mano en la mejilla de la mujer—. Por favor.

Molly se sintió tentada. Le resultaba difícil resistirse a la mirada que desprendían los ojos del capitán, pero lo consiguió.

—Usted podría cautivar a las gaviotas que revolotean en el cielo, capitán Schnell, pero mi intención es seguir viva mañana a estas horas.

—También la mía —respondió Kurt—. Tenía que preguntárselo. Lo entiende, ¿verdad?

Molly asintió y sonrió.

—¿Tiene todas las armas que precisa?

—Las armas nunca sobran.

—Eso mismo pienso yo. Hay un par de pistolas sujetas con una correa a la parte inferior de mi cama. Las guardaba allí por si acaso alguna de mis chicas tenía problemas con un cliente. Sólo podrá disparar dos veces cada una, pero eso es mejor que nada. ¡Ah! En la parte de atrás también hay un baúl cerrado con llave; quizá encuentre algo que le pueda ser útil. —El capitán enarcó una ceja—. Se sorprendería de las cosas que se dejan algunos hombres.

—No lo dudo —dijo Kurt.

—Bueno, si es capaz de abrir el baúl, puede quedarse con todo lo que hay en su interior.

—Gracias; mandaré a mis hombres a buscarlo.

—No se moleste, utilice la puerta que comunica los dos edificios. —Molly se dio cuenta de que Kurt la miraba desconcertado—. Sabía que hay un pasaje que conecta el templo con la comisaría, ¿no?

—No, pero eso explicaría dónde se metía Bescheiden cuando desaparecía.

—Ese sucio diablillo viene dos veces al día, ya me entiende. No tengo ni idea de dónde sacará el dinero —señaló Molly—. Ahora, si me disculpa, tengo que ir a ver qué tal están mis chicas.

Un relámpago rasgó de repente el cielo, y el destello de luz blanca reveló con toda su crudeza el terror que irradiaban los ojos de Molly. Instantes después retumbó el trueno, cuyo eco reverberó por los angostos callejones y pasajes del distrito.

—Debo marcharme antes de que empiece a llover. Una puede toparse con su propia muerte si la tormenta la sorprende en la calle. —El capitán retiró la mano del

rostro de Molly y le cedió el paso. La mujer esbozó una sonrisa y le plantó un beso en la mejilla—. Un beso de buena suerte. Si son ciertas la mitad de las cosas que he oído, la necesitará.



Kurt entró a la carrera en la comisaría justo cuando un segundo relámpago iluminaba el puente, que se sumía rápidamente en la penumbra. El trueno correspondiente retumbó instantes después, y el ensordecedor y furioso rugido se prolongó varios segundos. El sonido aún no se había desvanecido por completo cuando Kurt oyó el chasquido de una cerilla prendiéndose. Las nubes de tormenta que se apretaban en el cielo eran tan densas que el interior de la comisaría estaba prácticamente a oscuras.

Una llama titiló mientras Jan encendía una lámpara de aceite, y varios guardias más siguieron su ejemplo.

Cuando todas las lámparas estuvieron encendidas, Kurt paseó la mirada por los rostros expectantes y asustados de sus agentes. Narbig merodeaba por el fondo de la comisaría, oculto en la penumbra, solo y con el gesto afligido de siempre. Scheusal estaba al lado del sargento; apenas se los distinguía, pues ambos tenían un aspecto y una estatura muy similares. Belladonna y Gerta permanecían juntas; la Gorra Negra intentaba reconfortar a la cocinera, que no podía reprimir las lágrimas. Holismus estaba arrodillado en el suelo y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, musitando entre dientes, mientras que Faulheit sostenía en alto una lámpara para mantener iluminada la habitación, al igual que Bescheiden y Raufbold. En los calabozos había alrededor de una docena de hombres y tres mujeres que aguardaban el traslado a la prisión de Rijker para cumplir sus penas por distintos delitos y faltas menores. Kurt pensó que no era mucho para defender un edificio de tres plantas y que no había demasiados motivos para sentirse esperanzado.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el capitán—. Esta tormenta podría suponernos una ventaja. Hará la vida mucho más difícil a los matones de Henschamnn si finalmente deciden venir por Cobbius. No podrán prender fuego a la comisaría y no tardarán en sufrir el frío si se quedan desguarnecidos bajo la lluvia. Ésas son las buenas noticias. Las malas son que los refuerzos no llegarán antes de la hora prevista para el ataque; así que de momento estamos solos.

Jan dio un paso al frente. Su rostro exhibía la resolución y la determinación habituales.

—Estamos con usted, capitán.

Kurt recorrió con la mirada a sus Gorras Negras, tratando de discernir quién mostraba valor en sus ojos y quién tenía el miedo como única compañía. Se llevó las

manos al cinturón y extrajo las dos pistolas que le había facilitado Molly.

—Muy bien. Haremos lo siguiente. Narbig, lo quiero en el primer piso con Belladonna y Gerta. Ésa será su posición y deberá defenderla con uñas y dientes. Tenemos suerte de que la pescadería y el templo sólo tengan una planta, así que únicamente debe preocuparse de las dos escaleras. Es bastante improbable, pero quizá el enemigo trate de trepar por los costados del edificio, así que tenga los ojos bien abiertos y esté preparado para repeler cualquier ataque de esas características. Su misión principal será aprovechar la ventaja de su posición elevada para disparar a los asaltantes que divise, ¿entendido? —Narbig asintió. Gerta levantó una mano—. ¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Podría calentar un poco de sopa —sugirió la cocinera— y derramaría sobre quien pretenda trepar por la fachada de la comisaría.

Kurt no pudo más que sonreír ante la sugerencia de Gerta.

—Hágalo, pero guárdenos un poco. Podríamos pasarnos horas defendiendo la posición y todos necesitaremos un poco de comida caliente para soportarlo.

Miró a Belladonna, pero la joven no hizo ningún comentario y se guardó cualquier opinión sobre la posición que le había asignado.

—¿Dónde quiere que me posicione yo, capitán? —preguntó Jan.

—Me temo que en el sótano. Si mi predecesor encontró un modo de infiltrarse en la comisaría por allí, debemos encontrar la entrada y blindarla. Bescheiden, Raufbold y Faulheit te ayudarán a vigilar a Cobbius. La marea está subiendo, y hoy tiene toda la pinta de que será especialmente virulenta, ya que el agua llegará embravecida desde el mar por culpa de la tormenta, así que preparaos para mojaros y pasarlo mal allí abajo. Haced lo que podáis. Si las cosas se ponen demasiado feas, subid y bloquearemos la escalera... como último recurso, ya que si nos vemos obligados a evacuar la comisaría, nuestra mejor opción es huir por el sótano. Desde allí podemos salir nadando y ponernos a salvo, en el caso de que sea necesario.

—¿Dónde nos ponemos Lothar y yo? —preguntó Scheusal.

—Se quedarán conmigo en esta planta —respondió Kurt—. Tapiaremos las ventanas y formaremos barricadas en las puertas para defender la comisaría de los ataques por tierra. Todos los agentes asignados al sótano nos ayudarán a levantar los parapetos. Los asignados a la planta superior serán nuestros ojos y nuestros oídos hasta que se ponga el sol.

—¡No puede dejarnos aquí! —bramó uno de los presos—. No tenemos nada que ver con esto.

—Cuando finalice la reunión, el sargento Woxholt los liberará —respondió Kurt—. Pero habrá un historial con sus nombres, sus direcciones y sus delitos que se enviará a la comisaría más cercana, así que no consideren esto un indulto; más bien una tregua. —Kurt se volvió a su antiguo mentor—. ¿De qué armamento

disponemos?

—Las porras y los pinchos reglamentarios de la guardia de vigilancia..., pero sólo son útiles para la lucha en las distancias cortas. Confiscamos un montón de dagas, espadas cortas y cosas por el estilo cuando recuperamos la comisaría.

—Bueno, es un punto de partida —afirmó Kurt—. Ve al templo de Molly y encontrarás un baúl en la parte trasera del edificio. Ya le he echado un vistazo y está lleno de ballestas, flechas y arcos. Tráelos a la comisaría y distribúyelos. Bescheiden puede mostrarte un pasadizo secreto que conduce al templo. Cuando hayas traído el baúl, bloquea ese pasadizo. Es mejor evitarse sorpresas desagradables una vez que haya empezado la fiesta. ¿De acuerdo? ¿Alguna pregunta más? —Aguardó unos instantes, pero nadie abrió la boca—. Perfecto, todos conocen ya sus asignaciones; ¡a sus puestos! —Los Gorras Negras se pusieron en marcha, pero Kurt los detuvo con un bramido—. ¡Ah! ¡Escuchen! ¡Estemos atentos! ¡Si nos cubrimos las espaldas unos a otros, saldremos de esta... juntos!

Un relámpago apuñaló los adoquines que se extendían en el exterior de la comisaría e inmediatamente retumbó el rugido de un trueno. Todos se quedaron paralizados ante el espectáculo que acontecía fuera. El estruendo se silenció y cedió su lugar a la lluvia, que empezó a azotar Suiddock. La tormenta ya había estallado y fustigaba el distrito. Kurt pateó con la bota derecha el suelo de madera y el golpe produjo un ruido ensordecedor.

—¡Muévanse! ¡Todos en marcha!

* * *

Abram Cobbius se despertó como un resorte cuando le vaciaron un cubo de agua de mar encima. Jadeó y barbotó por la impresión del líquido frío en la piel y el escozor de la sal en los ojos. Intentó secarse la cara, pero se encontró que tenía los brazos inmovilizados, encadenados a cada lado del cuerpo. Parpadeó repetidamente y meneó la cabeza tratando de comprender qué, en el nombre de Sigmar, estaba ocurriendo. Otro baldazo de agua le atizó de lleno en la cara y no pudo evitar tragar un poco del líquido, cuyo regusto salado le provocó tos y a punto estuvo de ahogarlo.

—¿Quién está cometiendo esta osadía? Dime tu nombre y te juro que pasarás el resto de tu vida arrepintiéndote...

Un tercer cubo de agua le golpeó la cara y cortó de cuajo la amenaza. Cuando se recuperó y se le secaron los ojos, Cobbius pudo ver por fin quién estaba empapándolo.

—¡Eres tú! —bramó.

Delante tenía a Schnell, el capitán de la guardia que le había roto la nariz varios

días atrás. El Gorra Negra estaba de pie en el centro de una cámara fría y húmeda, rodeado de cubos de madera, la mayoría llenos con agua de mar. Lo acompañaba un Gorra Negra de gran tamaño y corpulencia, con el cabello y la barba rubios, que portaba la insignia de sargento en el uniforme y sujetaba otro cubo de agua, preparado para arrojárselo.

Cobbius giró la cabeza con la intención de hacerse una idea mejor de dónde estaba. El sonido de la marea era cercano, de modo que debía de encontrarse en un lugar cercano a algún canal, probablemente en un sótano o en la planta inferior de algún edificio. Estaba encadenado a la pared y...

—¿Me han arrestado?

—¡Bravo! —exclamó Schnell, aplaudiendo con sorna la capacidad de deducción de Cobbius.

—¡Mi primo le arrancará las tripas por esto!

—Su primo lo ha repudiado, Abram. Estuve con él hace un rato. Al parecer, ya le advirtió que lo abandonaría a su suerte si ponía un pie fuera del edificio de la sede del gremio. Usted salió de allí dando tumbos poco antes del amanecer, y entonces lo detuvimos.

—¡Es un mentiroso! —gritó Cobbius, que se ganó otro chaparrón.

—Los insultos no lo llevarán a ninguna parte —replicó el capitán—. Al parecer, su jefe, el abominable Adalbert Henschamnn, piensa que vale la pena hacer un gran esfuerzo para recuperarlo. ¿Por qué cree que es así, Abram?

—¡Nunca se lo diré!

El sargento le vació un cubo de agua en la cara.

—Podemos continuar toda la noche si es necesario —dijo Schnell, sin un atisbo de emoción en la voz—. ¿Por qué es usted tan importante para Casanova, eh? ¿Qué sabe que lo asusta tanto?

Cobbius sugirió algunas cosas que los dos Gorras Negras podían hacerse mutuamente y que le reportaron dos baldazos de agua de mar en la cara.

—¿Besas a tu madre con esa boca? —inquirió el sargento.

—¡No, con ella beso a tu madre... y no en la boca, precisamente! —retrucó Cobbius.

El capitán esperó a que se escurriera de su cara el agua del siguiente chaparrón para continuar con el interrogatorio.

—Dígame lo que sabe de los hombres rata —exigió el capitán—. La mayoría de la gente cree que son un mito, una leyenda. Dudo que más de uno de cada diez ciudadanos de Marienburgo crea en los hombres rata, y dudo también que uno de cada mil haya visto uno alguna vez..., pero, usted es uno de ellos.

—No sé de qué habla —insistió Cobbius.

—Se ha reunido con ellos, ¿verdad? Usted es quien organiza los sacrificios

humanos para mantenerlos satisfechos. Usted se encarga de sus trabajos sucios, igual que hace con Casanova, ¿verdad? Los hombres rata le hablaron del fragmento de piedra bruja que ansiaban y lo enviaron a buscarlo. Nadie había reparado en lo ambicioso que era usted, ¿no es cierto? Nadie imaginaba hasta dónde era capaz de llegar para demostrar su valía, lo que estaba dispuesto a sacrificar para alcanzar una notoriedad y un poder mayores que los de su primo Lea-Jan. Todo depende de usted, ¿no es así, Abram?

—No puede demostrar que yo sea responsable de todo eso que está diciendo —se quejó con desdén Cobbius.

—No necesito probar nada. Simplemente deseaba oír cómo lo negaba —respondió Schnell.

Cobbius le escupió y se ganó otro cubo de agua de mar que le regó la cara. El sargento tenía preparado otro baldazo, pero Schnell lo detuvo.

—Es suficiente, Henschamnn no quiere que el resto de la ciudad sepa que hizo un pacto con los hombres rata. Si esa noticia se difundiera, lo destruiría. Por eso tiene que evitar que nuestro amiguito hable... ya sea a nosotros o a cualquier otra persona. —El capitán miró a Cobbius y meneó la cabeza—. ¿Quiere conocer las malas noticias, Abram? Si perdemos esta batalla, Henschamnn acabará con usted. Probablemente alimentará a los hombres rata con su cuerpo como muestra de su particular sentido de la justicia. Si ganamos nosotros, sin embargo, bien sabe Manann que usted irá a la prisión de Rijker y Henschamnn conseguirá que lo maten. En ninguno de los casos veo la manera de que llegue al Geheimnistag.

En el momento en el que el capitán acababa su discurso, la primera ráfaga de agua de mar se coló por los barrotes de las ventanas que se asomaban al canal secundario. La crecida de las aguas ya alcanzaba la altura del suelo de la mazmorra y amenazaba con anegar la celda.

—¿Qué altura alcanza normalmente el agua con la pleamar? —preguntó Schnell al sargento.

—He oído que una vez cubrió hasta la cintura, pero eso fue un caso excepcional. No te preocupes, estaremos bien.

Schnell estrechó la mano del sargento.

—Recuerda lo que te dije, Jan. Si las cosas se ponen feas con la marea, regresa arriba y ya nos las arreglaremos para defender la escalera.

El sargento trazó un saludo.

—Buena suerte, Kurt.

—Buena suerte, viejo amigo. Te veré cuando todo acabe, ya sea de una manera u otra.

El capitán abandonó la cámara a grandes zancadas y dejó a Cobbius solo con su sargento.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó el preso—. ¿Qué pasa si la marea sube demasiado para mí?

—Probablemente se ahogará. —El sargento le sonrió—. Actúe en consecuencia.

* * *

Kurt había dejado órdenes precisas de que la entrada de la comisaría permaneciera abierta hasta el último instante. Todas las ventanas de la planta baja del edificio estaban tapiadas, mientras que la mayoría de las del primer piso habían sido bloqueadas desde dentro. En el exterior, la lluvia continuaba azotando el Puente de los Tres Céntimos y ya había ahuyentado hasta el último transeúnte. Cuando el capitán regresó del sótano, Scheusal y Holismus estaban aguardándolo. Lothar ya se había recuperado de la conmoción que le había supuesto presenciar cómo los cazadores de brujas se llevaban a su hermano, aunque todavía no era capaz de controlar el temblor de las manos. Kurt se miró las palmas de sus propias manos y se dio cuenta de que tampoco permanecían firmes.

—¿Quiere que también levantemos una barricada en la entrada? —preguntó Scheusal tras un saludo brioso.

—Todavía no —respondió Kurt—. Imagino que nuestros amigos de la Liga querrán darnos una última oportunidad de rendirnos antes de lanzar el ataque. Me parece que la política tiene ciertas tradiciones.

—¡Schnell! —gritó una voz adusta desde el exterior—. ¡Queremos hablar!

—Justo a tiempo —aseveró el capitán, esbozando una sonrisa.

Enfiló hacia la entrada del edificio y se asomó al Puente de los Tres Céntimos, forzando la vista para ver a través de la lluvia torrencial. Varias docenas de hombres esperaban de pie, cobijados de la lluvia a la sombra de las casas que había enfrente de la comisaría. Un hombre corpulento y con la cara chupada caminó hasta el centro del puente se detuvo, a la espera de una respuesta. Kurt escudriñó su semblante. La barba era reciente, así como el parche en un ojo, pero era inconfundible.

—Gunther Gross.

—¿El mercenario? —dijo Scheusal—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Henschamnn sólo contrata a los mejores... y él es el matón más sanguinario, brutal y exitoso de todos. Gross fue el mercenario más fiero de Marienburgo hasta que perdió el ojo en una reyerta y lo enviaron algún tiempo a Rijker.

—¿Quién lo mandó allí?

—La misma persona que le sacó el ojo —respondió Kurt—. Yo.

—¡Schnell! —gritó encolerizado el mercenario bajo la lluvia—. ¡Sal y da la cara, cobarde!

El capitán hizo el ademán de salir de la comisaría, pero Holismus lo detuvo.

—¡Si sale, lo matarán!

—Todavía no. Primero hay que negociar. Ya tratarán de matarme después.

—No puede estar seguro de eso —insistió el guardia.

—Acabo de decírselo, la política tiene sus tradiciones... y ésta es una de ellas.

Prepárense para levantar una barricada en la puerta. Cuando regrese, seremos afortunados si disponemos de unos segundos antes de que lancen el ataque, aunque tampoco contaría con ello.

Holismus se apartó y ayudó a Scheusal a preparar la barricada con las mesas y las sillas de la antigua taberna, de tal manera que la colocaron en la entrada en cuestión de segundos. El capitán respiró hondo y salió a la lluvia, con una mano a la espalda y acariciando con un dedo de esa mano el gatillo de una pistola que llevaba sujeta al cinturón. Se detuvo a un paso de Gross y se miraron sin molestarse en disimular el odio que se profesaban.

—¿Qué tal tu ojo, Gunther?

—Me duele cuando se prevé lluvia y cuando tengo frío —gruñó el mercenario.

—Entonces estarás encantado con este tiempo.

—¡Ahórrame tus ocurrencias, cobarde!

Kurt rompió a reír.

—Directo al grano, como siempre. Deberías aprender a disfrutar más de la vida, Gunther... Uno nunca sabe cuándo se acabará, sobre todo en tu profesión. —Se acarició la barbilla—. Lo curioso es que pensaba que te había encerrado en Rijker para siempre. Creo que eso era lo que dictaminaba tu sentencia.

—He salido antes —replicó Gross—. Una recompensa por mi buen comportamiento.

—No hay premio por adivinar quién ha arreglado lo de tu recompensa, ¿eh?

—¿Dónde está Abram Cobbius?

—En un lugar seguro.

—Ordena que lo saquen aquí fuera. Ahora. Vivo o muerto. Eso a mi jefe no le importa.

—Apuesto a que no. Puede que Sigmar no quiera que nadie se entere de para qué lo utilizaba Casanova.

—Eso no podría importarme menos. Ordena que saquen a Cobbius o morirás. Así de simple.

Kurt miró a los mercenarios que se congregaban sobre el puente, detrás de Gross.

—¿Cuántos hombres has traído? ¿Veinte? ¿Treinta? Casi me siento insultado. Ya sabes que necesitarás muchos más, ¿verdad?

—¿Aquel grupo? Sólo son el comité de bienvenida. El grueso de mi tropa está esperando en el otro lado, en Stoessel. —Kurt miró a su derecha y divisó otra

treintena de hombres de pie bajo la lluvia, con la muerte escrita en las miradas—. Ah, y hay más allí, en Riddra. —El capitán se dio media vuelta y comprobó la veracidad de las palabras de Gross. Otras tres decenas de mercenarios aguardaban en el otro lado del puente, aferrando espadas y hachas y con el odio grabado en los semblantes. Gross sonrió—. No deseaba que te sintieras insultado.

—¡Dios nos libre! —exclamó Kurt—. ¿De dónde los has sacado?

—Puede que la guerra contra el Caos haya acabado con la industria cárnica, pero ha llenado las calles de Marienburgo de desertores y exsoldados que buscan empleo.

—En otras palabras, escoria mercenaria... exactamente como tú.

Gross torció el gesto.

—No hay ninguna necesidad de insultar. Sólo intentamos ganarnos la vida.

—Matando a mis Gorras Negras.

—La vida de un hombre supone la muerte de otro.

—Entonces no te decepcionará saber que hemos decidido no entregar a Cobbius —replicó Kurt.

—Eso me va bien.

—No quisiera que hubieras hecho todo este esfuerzo para nada.

—Muy considerado de tu parte.

—Eso pensaba yo. —De repente, Kurt encañonó con su pistola el ojo sano del líder de los mercenarios—. Ahora, Gunther, vas a ayudarme a regresar vivo y coleando a la comisaría. Ordena a tus hombres que no abran fuego o me aseguraré de que no vuelvas a ver nada en lo que te queda de vida.

—¡Maldito seas, Schnell!

—¿Es tu respuesta definitiva?

—¡Matadlo! —gritó Gross a sus hombres.

—Que se haga tu voluntad —musitó Kurt, y apretó el gatillo.

Pero la pistola no detonó; la lluvia torrencial la había inutilizado, así que agarró a Gross por el cuello, lo giró para convertir al mercenario en un escudo humano y caminó de espaldas hacia la comisaría mientras el rehén gritaba repetidamente a sus hombres que dispararan.

—Qué considerados —masculló Kurt—. Creo que quieren evitar hacerte daño.

—¡Abrid fuego! ¡Ahora! —bramó Gross.

Cuando sus hombres cumplieron la orden, Kurt ya se había agachado para cubrirse detrás de su prisionero y el cuerpo de su escudo humano empezó a dar sacudidas y a zarandearse con los impactos de los proyectiles. Kurt apretó el paso y no dejó de utilizar a Gross como parapeto hasta que estuvo lo suficientemente cerca de la comisaría; entonces lo lanzó a la calle y se puso a cubierto.

En cuanto el capitán entró, Scheusal y Holismus se lanzaron a emplazar la barricada. Kurt se unió a los trabajos sujetándola para que no se moviera mientras sus

hombres la fijaban con martillos y clavos para bloquear completamente la entrada.

—Bueno, por lo menos no podrán entrar —dijo el capitán cuando terminaron.

—¡Y nosotros no podemos salir! —exclamó Scheusal meneando la cabeza.

—Detalles, detalles... —replicó Kurt mientras examinaba su pistola—. Vaya, la lluvia debe de haber mojado la pólvora...; no me extraña que no disparara. Y con razón. Tendré que recargarla para después.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Holismus—. ¿Cuándo atacarán?

El capitán levantó una mano para que se callaran, y adivinaron la respuesta en los aullidos del tumulto furibundo que se congregaba en el exterior de la comisaría; un centenar de hombres se lanzaba en tropel hacia el edificio con la intención de invadirlo.

—Justo en este momento —dijo Kurt.



Narbig fue el primero en derramar sangre disparando la ballesta desde su posición ventajosa en el despacho del capitán hacia la horda de mercenarios que caía como un ciclón sobre la comisaría. La calle que se extendía debajo de él estaba repleta de blancos que trataban de abrirse paso hacia el interior del edificio. «Esto es como pescar en un barril», masculló el guardia mientras cargaba la ballesta con otro cartucho de flechas. Deschamp seguía encadenado al escritorio del capitán, que habían arrastrado hasta un rincón alejado de la ventana. Aunque habían ofrecido al preso la posibilidad de marcharse, él había optado por permanecer allí.

—Dame una ballesta. Puedo ayudarte —le dijo el prisionero.

—Podemos prescindir de la ayuda que puedes ofrecernos —le gruñó Narbig entre disparo y disparo—. Mataste a Verletzung, y él era lo más parecido a un amigo que tenía en este lugar. No lo olvides.

Entró Belladonna, también armada con una ballesta.

—Necesito flechas, apenas me quedan. —Narbig le señaló una pila que había en un rincón y Belladonna agarró dos brazadas de flechas—. ¿Didier está dándote problemas?

—Nada que no pueda manejar —respondió Narbig, sin apartar en ningún momento la mirada de la masa de mercenarios que se agolpaba debajo.

Belladonna se introdujo en la cocina para interesarse por el ánimo de Gerta. La cocinera de la comisaría preparaba una enorme caldera de sopa con el rostro surcado de lágrimas.

—¿Se encuentra bien?

—Las cebollas —respondió entrecortadamente Gerta señalando con la cabeza una

montaña de cebollas recién cortadas—. Siempre me hacen llorar.

—Esperemos que sea el único motivo que tengamos para llorar —contesto Belladonna, que se dio cuenta de que la cocinera miraba por encima del hombro con los ojos aterrorizados.

Belladonna se dio media vuelta y vio dos hombres ya en el interior del comedor y un tercero que se introducía por la ventana. Disparó la ballesta contra uno de los mercenarios, pero se precipitó cargando el nuevo cartucho con proyectiles y el mecanismo del arma se atoró.

—¡Maldita sea! —exclamó golpeando la ballesta contra el suelo para tratar de desatascar el cartucho.

Los intrusos se abalanzaron sobre ella blandiendo dagas y con los ojos ávidos de sangre, pero uno de ellos se detuvo en seco mientras un cuchillo de trinchar se hundía en su garganta. Belladonna levantó la mirada y vio a Gerta encima de ella, con un gesto de incredulidad en el rostro ante su propio acto reflejo. Sin embargo, el tercer invasor no se inmutó por la muerte súbita de sus dos compinches y continuó la carga contra la agente, así que Belladonna renunció a arreglar la ballesta y la utilizó como un garrote para asestar un porrazo con la culata de madera en el rostro del intruso. La cabeza del mercenario dio una sacudida y los huesos de su cuello crujieron como ramitas secas. El impulso que llevaba el agresor hizo que su cuerpo se desplomara sobre Belladonna y derribara a la joven, aunque la daga del atacante se clavó en el suelo de madera en lugar de hacerlo en su objetivo inicial.

Gerta apartó el cadáver, ansiosa por comprobar que Belladonna no estaba herida.

—Estoy bien, estoy bien —insistió la agente mientras se ponía en pie y recuperaba el equilibrio—. Pero debemos hacer algo con esas ventanas.

Belladonna señaló hacia el comedor, en el que penetraba otro mercenario desde el exterior. El golpetazo con el intruso anterior había hecho saltar el cartucho, de modo que esta vez Belladonna se tomó el tiempo necesario para colocarlo y despachó tranquilamente al invasor cuando éste avanzaba por el pasillo. Antes de llegar a la ventana mató a otros dos. Se asomó y vio un bote en el canal secundario que se extendía debajo, todavía cargado con una docena de mercenarios. Habían arrojado un garfio a la ventana y lo utilizaban para trepar por la cara sur del edificio.

—¡Ah, no! ¡No vas a llegar! —esperó Belladonna, y disparó directamente al rostro del primer escalador, que alzó la cabeza y la miró atónito antes de caer dando vueltas al agua.

Belladonna disparó con toda la calma del mundo a otros dos hombres; luego apuntó hacia el bote y cinco flechas se hundieron en la embarcación de madera en una rápida sucesión de proyectiles que perforaron el casco. Cuando tuvo recargada la ballesta, el bote estaba hundiéndose y sus ocupantes nadaban para ponerse a salvo o simplemente se ahogaban. Belladonna se alejó de la ventana y dejó caer la ballesta,

pues le temblaban demasiado las manos para sujetarla con firmeza. Gerta salió disparada para ver si la agente estaba herida y sólo se detuvo para recoger el cuchillo de trinchar de camino.

—¿Qué sucede? ¿Qué ocurre, querida?

—He matado a un hombre —respondió entrecortadamente Belladonna.

Gerta se asomó a la ventana y chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Me parece que más bien has matado a varios.

—Nunca había matado a nadie en toda mi vida —alcanzó a explicar la joven antes de que le sobrevinieran las arcadas.

—Está bien, está bien —repitió dulcemente Gerta, apartando el cabello de Belladonna del rostro de la agente—. No tenías opción. Iban a matarnos a todos. Has hecho lo que tenías que hacer.

Belladonna meneó la cabeza.

—Eso no lo convierte en una buena acción —respondió, haciendo una mueca de angustia.

—¿Preferirías estar muerta y que ellos estuvieran ahora bajando por la escalera para acabar su trabajo matando al capitán Schnell y a los demás? —preguntó Gerta.

—No, pero...

—Has cumplido con tu deber. Ahora límpiate la boca y recarga la ballesta, querida. Me parece que todavía te queda mucho trabajo hasta que todo esto acabe, ¿no crees? —Belladonna asintió—. Eso está mejor. Lo primero es lo primero. Vamos a impedir que sigan trepando por la cuerda.

Gerta cortó la soga atada al garfio con su cuchillo de trinchar e inmediatamente se oyeron gritos y el grato sonido de cuerpos impactando en el agua del canal secundario.

Belladonna se puso en pie y recogió la ballesta.

—Regrese a la cocina. Yo vigilaré las ventanas de esta parte del edificio para asegurarme de que nadie entra por aquí.

* * *

En el sótano, Jan había contemplado con regocijo el hundimiento de la embarcación de los mercenarios. Pero su sonrisa se borró de un plumazo cuando irrumpió en el pasillo el primer invasor, enarbolando una espada corta en una mano y una daga en la otra. El sargento estuvo más rápido en la reacción y le arrojó su daga, que se hundió en el pecho del mercenario. Éste salió impulsado hacia atrás e impactó contra otro intruso.

—Por la dulce Shallya —fapulló Jan—, ¿de dónde salen?

El sargento y los demás agentes emplazados en el sótano lo habían registrado concienzudamente, pero no habían conseguido dar con la entrada secreta que había utilizado Joost Holismus para introducirse en la comisaría, y ahora los matones de Henschamnn también habían encontrado el camino de acceso al sótano.

Jan se abalanzó sobre el segundo mercenario con la intención de eliminar la amenaza inmediata antes de retomar la búsqueda de la puerta oculta. Se deshizo del intruso que se tambaleaba hacia atrás cercenándole con su espada la mano izquierda y parte del pecho. El mercenario se derrumbó suplicando piedad e intentando defenderse con el muñón ensangrentado, del que manaba a borbotones un líquido carmesí. Jan no hizo caso de sus gritos de clemencia y le asestó un golpe en el cuello con la hoja.

—¡Gorras Negras, conmigo! —bramó el sargento.

Faulheit y Bescheiden emergieron de la celda en la que mantenían encadenado ala pared a Cobbius, armados con una ballesta.

—¡Por los dientes de Taal! ¿Dé dónde salen? —preguntó entrecortadamente Faulheit, mirando atónito el cadáver del invasor.

—Eso quiero saber yo —gruñó el sargento—. ¡Raufbold! ¡Raufbold! ¿Dónde está? —gritó, pero no obtuvo respuesta alguna. El agua ya los cubría hasta los tobillos y el nivel del canal crecía rápidamente. Jan golpeó con el dedo a Faulheit—. Usted quédese con el prisionero. Bescheiden, venga conmigo.

Faulheit regresó a la celda junto a Cobbius y Bescheiden ayudó al sargento a levantarse.

—¿Cree que los mercenarios han capturado a Jorg? —preguntó el guardia.

—Esperemos que no —contestó Jan.

Recorrieron el pasillo buscando alguna señal de su compañero desaparecido. Jan sabía que la entrada secreta no podía estar en ninguna de las cámaras de la cara sur de la comisaría, ya que él se encontraba en una de ellas cuando los invasores habían aparecido en el pasillo, mientras que Bescheiden y Faulheit estaban con Cobbius en la otra. Eso reducía las posibilidades a las dos celdas de la cara norte. Ambas carecían de ventanas que permitieran la entrada de la luz, de modo que cuando el edificio todavía era una taberna se habían utilizado para almacenar los barriles de cerveza. Se levantaban un escalón por encima de la superficie del sótano, así que el agua de la crecida todavía no había llegado a cubrir el suelo de aquellas cámaras. Jan había dotado de antorchas a las dos salas, en previsión de que la noche sólo dificultaría las cosas en el sótano, sobre todo con la subida de la marea, que se producía a partir de la puesta del sol. En una de las celdas de la cara norte todavía ardían las antorchas, y no revelaban nada fuera de lo normal. En la otra cámara, sin embargo, reinaba una oscuridad impenetrable, únicamente rota por una rendija de luz que irradiaba desde el rincón más alejado de la entrada.

Jan hizo un gesto a Bescheiden para que no se moviera y él se introdujo en la habitación, aferrando la espada con las dos manos. El sargento se deslizó por la cámara vacía, aliviado porque el suelo estaba seco. A medida que se acercaba al rincón del que provenía la luz empezó a oír susurros que delataban nerviosismo. Las voces pertenecían a Raufbold y a otra persona con un acento quejan no reconoció. El sargento se detuvo y aguzó el oído para escuchar las palabras, apenas perceptibles.

—Dile a Helga que hice lo que me pidió, pero esto está yendo demasiado lejos —decía el guardia—. ¡No mataré a nadie por ella!

—¿Por qué no? Ya mataste a ese traficante de sombra carmesí.

—¡Estaba desesperado!

—Reniega de nosotros y descubrirás lo que es la verdadera desesperación, Raufbold.

Jan hizo una señal a Bescheiden para que no se moviera de donde estaba y él se acercó a la pared desde la que se oían los murmullos con mayor claridad. El pie derecho del sargento golpeó una losa que sobresalía de la pared; aunque no, no era una losa..., era una puerta entornada. Jan recorrió la pared de piedra con sus manos ásperas y encontró el mecanismo secreto, que no era más que una cadena que colgaba de la pared, así que no le sorprendió no haber descubierto la puerta durante la batida con sus hombres. Tiró de la cadena para abrir un poco más la puerta y se pegó a ella para escuchar lo que se decía al otro lado.

—He permitido la entrada de tus mercenarios para que mataran a Cobbius —gimoteó Raufbold—. Cuando acaben con él, todo esto habrá acabado, ¿no es así?

—Eso ya no es suficiente —replicó su interlocutor—. Henschamnn quiere dar ejemplo con la comisaría. Tu capitán ha desafiado y humillado públicamente a la Liga. Debe morir junto con los Gorras Negras que se hayan mantenido leales a él. Sólo cuando eso suceda habrá acabado todo..., pero nunca antes.

—Todos le profesan lealtad —farfulló Raufbold.

—Entonces tendrán que morir todos. Esta noche. Ahora.

—¡No puedes hacer eso!

—Y no voy a hacerlo yo..., sino tú. Tú y tu amigo el de los viajes.

—¿Qué? —preguntó con un grito ahogado.

—Nuestro jefe exige una muestra de tu lealtad. Tienes que compensar tus fracasos anteriores, Raufbold. Mata a tus compañeros o yo te mataré a ti, aquí y ahora. Me es indiferente la decisión que tomes..., tenemos otro hombre infiltrado en la comisaría para cumplir nuestra petición en caso de necesidad. ¿Y bien? ¿Qué decides?

DIECIOCHO

Jan se dio media vuelta para encarar a Bescheiden. El Gorra Negra estaba de pie en la entrada de la cámara apuntando la ballesta a la cabeza del sargento, preparado para disparar. Jan le hizo un gesto para que le arrojara el arma.

Bescheiden pestañeó, acariciando el gatillo de la ballesta. Jan se acercó a él a grandes zancadas y le arrebató el arma de las manos; luego regresó a la puerta secreta, la abrió y ante sus ojos apareció un túnel largo y angosto iluminado por velas. Dos hombres le daban la espalda. Raufbold se volvió, sobresaltado por haber sido descubierto. A su lado, un mercenario con el semblante avinagrado lo apuntaba con una pistola y sostenía otra en la otra mano.

—¡Sargento! —gritó el Gorra Negra—. ¡He encontrado la entrada que los intrusos...!

El mercenario disparó a Raufbold en el pecho antes de que pudiera terminar su mentira. Jan había apretado el gatillo de la ballesta en el mismo instante y la flecha atravesó el cráneo del delincuente y lo empujó hacia atrás. Sólo cuando su víctima se quedó inmóvil, Jan se acercó a Raufbold, que se había desmoronado, deslizándose por la pared del túnel. La sangre le brotaba por la comisura de los labios.

—Traidor —masculló.

Raufbold asintió. Su rostro empezaba a palidecer.

—No pude... Se desplomó en el suelo y exhaló un último suspiro.

Jan contempló el cuerpo de Raufbold.

—Guárdate las excusas para alguien a quien le importen —musitó el sargento.

El sonido de unas rápidas pisadas que se aproximaban retumbó en el túnel. Jan hincó una rodilla en el suelo, agarró la pistola que todavía aferraba el mercenario muerto y esperó hasta que vio los ojos de su enemigo para disparar la ballesta y detener en seco a cinco intrusos que se lanzaban contra él. Luego disparó la pistola y la tiró a un lado. Las reservas de pólvora de la comisaría estaban estrictamente racionadas, de modo que el arma no resultaba de ninguna utilidad. Aparecieron nuevos mercenarios que corrían en tropel hacia Jan. El sargento regresó a la entrada, completamente consciente de la horda de invasores que se acercaban a su espalda, pero encontró su vía de escape cerrada, como si hubieran atrancado la puerta desde el otro lado.

—¡Bescheiden! ¡Bescheiden! ¿Está ahí?

—Le oigo, sargento —contestó suavemente una voz.

—La puerta está trabada; no puedo moverla desde aquí. Inténtelo usted desde ese lado.

—No puedo; lo siento. Estoy cumpliendo órdenes.

Jan realizó tres disparos con su ballesta que vaciaron el cartucho; desmontó rápidamente el arma y cargó el último cartucho que le quedaba.

—¿Qué ha dicho?

—Se me ha prohibido abrir la puerta.

—¿Por qué? —preguntó Jan, consciente del poco tiempo que tenía antes de que los mercenarios cayeran sobre él.

—Ya ha oído lo que ha dicho el emisario de Henschamnn...; todas las personas de la comisaría deben morir.

La realidad cayó como un jarro de agua fría sobre el sargento.

—¡Condenado Bescheiden!

—Ya estoy condenado —replicó el traidor—. ¿Qué cambia una condena más entre tantas otras?

Jan embistió la puerta con el hombro una y otra vez para tratar de abrirla, pero la pesada pieza de madera no cedió. El sargento se volvió y escudriñó el túnel, en el que aparecían, nítidas, las figuras de los mercenarios que corrían hacia él. Bueno, si debía morir allí abajo se llevaría con él tantos cabrones como le fuera posible. Era mejor morir como un hombre, luchando por lo que creía. Jan se puso una daga entre los dientes y cargó contra la avalancha de invasores disparando flechas con la ballesta hasta que se le agotaron; entonces dio la vuelta al arma y utilizó la culata como porra para golpear a los mercenarios. Dedicó sus últimos pensamientos a una oración para Kurt y el resto de los guardias: «Sálvalos, Manann, si está en tu mano». Bescheiden se apoyó en la puerta y oyó los gritos de dolor y agonía que procedían del túnel. Había colocado un puñado de cuñas alrededor de la puerta de madera que imposibilitaban el regreso del sargento a la comisaría. El Gorra Negra aguzó el oído para compartir los últimos momentos de Woxholt; las lágrimas de congoja y culpabilidad se deslizaban por sus mejillas.

Todavía estaba sollozando cuando Faulheit lo encontró arrodillado junto a la puerta.

—¿Willy? ¿Qué ocurre, Willy? ¿Qué ha sucedido?

—Se trata del sargento —musitó Bescheiden—. Se ha sacrificado para salvarnos a los demás. El sargento descubrió a Raufbold con los mercenarios al otro lado de esta puerta.

—¿Raufbold era un traidor?

El renegado asintió.

—Woxholt me ordenó que sellara la puerta desde este lado.
—Por la dulce Shallya —balbuceó Faulheit—. ¿El sargento está...?
Bescheiden cerró los ojos.
—El sargento está muerto. Ha muerto para salvarme. Para salvarnos a todos.

* * *

Kurt no tenía ni idea de los mercenarios que él y sus hombres habían liquidado desde la planta baja de la comisaría. Durante la primera hora de asedio debían de haber matado o herido gravemente a varias docenas de atacantes con las flechas que disparaban por los huecos de las barricadas. No importaba la cantidad de asesinatos a sueldo que consiguieran detener; siempre había una nueva oleada de sitiadores, otro ataque. Kurt sabía que quedarse sin municiones sólo era una cuestión de tiempo, y cuando finalmente ocurriera, los mercenarios no tardarían más que unos segundos en superar los parapetos. Entonces, las posibilidades de los guardias menguarían rápidamente. Ellos tres disponían de una vía de escape a través del pasadizo secreto que unía la comisaría con el burdel de Molly, pero Kurt no tenía ninguna intención de abandonar a los demás. También podían huir por el sótano y encontrar una vía de escape que les permitiera alcanzar a nado un lugar seguro. Si eso también fallaba, establecerían un último punto de resistencia en el primer piso, pero las opciones de que pudieran salir vivos por separado desde cada una de las tres plantas eran, siendo optimistas, remotas.

Holismus y Scheusal habían demostrado su valentía y su resolución en una situación que los enfrentaba cara a cara con la muerte; se habían mantenido firmes y no se habían dejado amedrentar por las amenazas proferidas por los mercenarios que asediaban la comisaría. No era tarea fácil mantener el valor cuando lo único que te separaba de una horda de asesinos a sueldo ansiosos por matarte era una pared. Kurt estaba orgulloso de sus hombres y no tenía ninguna duda de que el resto de sus agentes estarían actuando con la misma determinación. Cualquiera que fuera el resultado final, los Gorras Negras habían probado su valía. Era una pena que probablemente fueran tan pocos —si no ninguno— los que sobrevivieran a aquella noche.

Kurt se había reservado una posición en la entrada, recostado sobre el parapeto para afirmarlo. No recordaba la última vez que había dormido, pero eso era algo que carecía de importancia en esos momentos. Por su cuerpo corría la adrenalina en estado puro y le dejaba un regusto metálico en la boca. Disparó las últimas flechas de su ballesta y se agachó para recoger otro cartucho, pero ya no había nada y rascó con las manos los listones vacíos del suelo.

—¡No me queda munición! —gritó a sus dos agentes.

Scheusal estaba a la izquierda de Kurt, junto a la ventana, mientras que Holismus había asumido la defensa de la cara sur del edificio. Scheusal tendió la mano con un carcaj medio vacío. Holismus también tenía casi agotado su último cartucho de flechas. Kurt soltó una maldición; no podía creer que sus exiguos suministros de municiones se hubieran terminado tan pronto. Era el momento de tomar una decisión.

—¡Prepárense para el repliegue! —gritó a sus hombres, que lo miraron, inseguros de haber oído bien—. Antes disparen las flechas que les queden... Den buena cuenta de ellas y luego retírense por la escalera.

Scheusal asintió. Su rostro era una sosegada máscara de determinación.

—¿Adónde vamos? ¿Arriba o abajo?

Kurt respiró hondo.

—Mi lugar está aquí. Yo tomé la decisión de permanecer en la comisaría y resistir, así que debo quedarme hasta el último momento. Ustedes dos retírense por el sótano. Díganle al sargento Woxholt que, en la medida de lo posible, lleve a todo el mundo allí abajo. Si las cosas se ponen feas, pueden utilizar a Cobbius como último recurso. Dudo que todavía tenga algún valor, pero es una opción.

—¿Y usted qué hará? —preguntó Holismus.

—Yo subiré al primer piso. Debía haber sacado de aquí a Gerta y a Belladonna antes de que todo esto empezara. Son mi responsabilidad. No permitiré que las violen por mi culpa.

Kurt no se permitió la ilusión de que los mercenarios hicieran prisioneros, ni del comportamiento que desplegarían si capturaban vivas a las dos mujeres. En el peor de los casos... «No, todavía tenemos una oportunidad», dijo para sus adentros. Tenía que quedarse allí.

—Las sacaré de aquí de alguna manera —dijo a Holismus y a Scheusal—. ¿Ustedes han entendido lo que tienen que hacer?

Los dos Gorras Negras asintieron. Scheusal disparó la última flecha desde la ventana y tiró el arco.

—¡Me largo! —gritó.

Agarró un hacha de doble hoja en una mano y una maza en la otra.

—¡Yo también! —exclamó Holismus, sustituyendo la ballesta sin proyectiles por dos espadas cortas.

—¡De acuerdo! —contestó Kurt—. Bajen y posiciónense al final del sótano. Al principio podrán aprovechar las bajas enemigas para utilizarlas en contra de ellos, ya que tendrán que trepar por encima de sus propios muertos para llegar hasta ustedes. Si la situación se vuelve desesperada, digan ajan que tiene órdenes estrictas de buscar una salida. ¿Entendido? —Los dos hombres asintieron—. ¡Buena suerte... para todos

nosotros!

* * *

Gerta llamó a Belladonna para que la ayudara con la caldera llena hasta los bordes de sopa hirviendo.

—Esperaba servirla a los hombres después, pero no creo que haya un después —dijo, sonriendo fugazmente—. Así que se la daremos a nuestros amigos de ahí fuera; ¿te parece bien?

Belladonna no pudo evitar sonreír ante la actitud jovial de Gerta.

—Hagámoslo.

Entre las dos mujeres deslizaron la enorme caldera hasta una mesa que había delante de la ventana que se asomaba al Puente de los Tres Céntimos. Belladonna alargó el cuello y examinó la situación debajo de la ventana. La vasta horda que había amenazado con invadir la comisaría minutos antes había menguado considerablemente, y prueba de ello eran las docenas de cadáveres que yacían sobre los adoquines. Aun así, todavía quedaban muchísimos mercenarios.

—¡Eh! ¿Alguien tiene sed ahí abajo? —Volvió a meter la cabeza rápidamente, al tiempo que docenas de flechas salieron disparadas hacia ella, algunas incluso llegaron a colarse por la ventana—. Parece que la sopa será bien recibida.

—Espero que les guste el caldo de verdura hirviendo —replicó Gerta.

Las mujeres hicieron un esfuerzo descomunal para inclinar la caldera y vaciarla sobre las decenas de hombres que se agolpaban debajo, donde el chaparrón fue recibido con aullidos de ira y dolor. Como colofón, Geita arrojó la pesada caldera por la ventana y se limpió las manos en el delantal. Luego agarró un cuchillo de trinchar en cada mano.

—Vayamos a ver a quién más podemos aguar la fiesta, ¿eh? —sugirió.

Belladonna asintió y recuperó la ballesta del suelo.

—Eso suena a que tienes un plan.

Pero antes de que las dos mujeres dieran un paso más, Kurt apareció en la puerta de la cocina.

—Han tomado la planta baja —dijo, tratando de recuperar el aliento—. Tenemos que montar una barricada e intentar frenarlos.

—¿Dónde está Scheusal? —preguntó Gerta.

—A él y a Holismus los he mandado al sótano —respondió el capitán. Echó un vistazo al comedor, donde la mesa y las sillas aguardaban a los guardias para la próxima comida—. ¡Ayúdenme a llevar esos muebles a la escalera!

Narbig emergió del despacho del capitán con un hacha en una mano y una daga

en la otra.

—¿Puede defender la escalera que hay al final del pasillo? —preguntó el capitán.

—Lo intentaré.

—Haga algo más que intentarlo. Libere a Deschamp para que lo ayude... Él también se está jugando el cuello.

Narbig salió escopeteado y dejó al capitán y a las mujeres para que se pusieran manos a la obra. Belladonna y Kurt bloquearon la entrada de la escalera oriental con la mesa de madera; era lo suficientemente alta como para impedir el paso desde abajo. Gerta llevó las sillas del comedor y las añadió a la barricada improvisada para reforzar el parapeto. El capitán sacó de las bisagras la puerta de su despacho y la puso encima del montón de muebles. Satisfecho con el trabajo realizado hasta ese momento, mandó a Gerta a ayudar a Narbig y a Deschamp en el otro extremo del pasillo, y luego se dejó caer contra el desesperado montón de madera, su último defensa contra la arremetida del enemigo. Belladonna se sentó a su lado en el suelo, aferrando la ballesta.

—No servirá de nada —dijo el capitán—. La ballesta. No le servirá de nada; no tiene flechas.

La joven miró el arma y echó a reír.

—No me había dado cuenta. A Narbig todavía le quedan unas cuantas, pero luego...

—Combate cuerpo a cuerpo.

—Sí. —Belladonna intentó disipar los indicios de sueño de los ojos. Ahora que la excitación de la adrenalina había pasado, el agotamiento se manifestaba con toda su crudeza—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que atraviesen las barricadas de abajo?

—Puede ocurrir en cualquier momento.

El estruendo de los hachazos y los porrazos contra la madera se elevaba por el hueco de la escalera desde la planta inferior. De repente el sonido se hizo más audible y rápidamente fue sustituido por los rugidos de hombres ávidos de sangre y las atronadoras pisadas de pies que se introducían en tropel en la comisaría. El capitán se levantó y extrajo la espada corta que llevaba prendida en un costado; en la otra mano blandía una daga.

—Ya están aquí.

* * *

Scheusal fue el primero en llegar al sótano, seguido de cerca por Holismus. El agua los cubría hasta las rodillas. Los dos Gorras Negras avanzaron chapoteando por el pasillo, buscando a los demás, y se toparon con Faulheit y Bescheiden, que salían de una

cámara completamente oscura.

—¿Dónde está el sargento? —inquirió Scheusal—. El capitán Schnell ha dicho que...

—Woxholt está muerto —respondió Faulheit, con la voz consumida por la emoción—. También Raufbold.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar Holismus, pero Scheusal no le dejó terminar.

—¡Eso ahora no importa, Lothar! Debemos asegurar nuestra posición o buscar una forma de escapar. Las barricadas de arriba cederán de un momento a otro. — Paseó la mirada por el sótano—. ¿Hay alguna salida?

—Encontramos un pasadizo secreto —dijo Bescheiden—. Raufbold lo utilizaba para pasar información al enemigo. El sargento se introdujo en él para enfrentarse a los mercenarios y me ordenó que cerrara y sellara la entrada. Es inútil —exclamó—. ¿No lo entendéis? ¡Es inútil! ¡Todos moriremos en este maldito lugar!

Scheusal le propinó un guantazo en el rostro, y otro, y otro. Bescheiden fulminó con la mirada a su colega, dispuesto a enzarzarse en una pelea con él, pero Scheusal lo agarró por las muñecas.

—¡Eso es, Willy! Conserva viva esa rabia..., vamos a necesitarla. ¡Todos!

Holismus había estado inspeccionando las cuatro cámaras del sótano.

—No podemos defender todas estas celdas. Hay que elegir una y resistir en ella.

Faulheit señaló la celda donde Abram continuaba encadenado a la pared. El agua le llegaba ahora a la altura de los muslos.

—Ésa. Siempre podemos utilizar a Cobbius para una negociación.

—Eso dijo el capitán —recordó Scheusal—. Muy bien. Tú y Bescheiden reunid allí todas las armas. Holismus y yo defenderemos la entrada a la cámara.

De repente, el sonido de la madera resquebrajándose y los gritos de los hombres clamando sangre llegó con toda claridad desde la planta baja del edificio.

—¡Ya están dentro! ¡Todos en marcha! ¡Vamos!

Cobbius sonrió con suficiencia cuando los aterrorizados guardias se agolparon en la celda.

—¡Ahora pagaréis por haberme arrestado! ¡No soy un delincuente vulgar, idiotas! ¡Soy...! —Los alardes arrogantes del prisionero cesaron de golpe cuando Scheusal le tapó la boca con su gorra negra.

—¡Si debo morir aquí, no quiero que tu voz sea la última condenada cosa que oiga!

* * *

La barricada del primer piso aguantó la primera acometida de los mercenarios que

subían por la escalera. Narbig, Deschamp y Gerta se mantuvieron firmes en un extremo del pasillo mientras Belladonna y Kurt hicieron lo propio en el otro. Enseguida los invasores enarbolaron las hachas y empezaron a aporrear las barricadas de madera, pero la tarea se presentaba ardua. Los mercenarios probaron a arrojar antorchas por encima del parapeto desde el lado del pasillo más cercano a Riddra, pero Gerta se ocupaba de ellas, recogía todas las que conseguían traspasar la barricada y las devolvía a su lugar de origen. Los gritos de angustia y el hedor a carne chamuscada revelaban el éxito de su contraataque, y el lanzamiento de antorchas al pasillo cesó. Después de un rato, los atacantes, desesperados por atravesar los parapetos, regresaron a la planta baja en busca de otra forma de capturar su presa.

Belladonna se dejó caer deslizando las piernas por el suelo. No tenía ni idea de la hora que era, ni siquiera si todavía era Konistag u otro día. Si ya era más de medianoche significaba que era Angestag, el 32 de Vorgeheim. No pudo evitar una sonrisa al pensar en eso.

—¿Qué es tan divertido? —le preguntó Kurt.

—Me preguntaba si ya era mi cumpleaños —respondió la joven.

El capitán se sentó a su lado.

—Yo dejé de pensar en ellos hace años. Esas cosas ya no parecen importantes. Sin duda, no hay nada que celebrar.

—¿Porque usted está vivo y la gente que ama ya ha muerto?

Los ojos de Kurt brillaron llenos de cólera.

—¿Qué sabe usted sobre...? —Pero no acabó la frase—. Claro, trabajaba en el despacho del comandante. Leyó el informe sobre mí antes de ofrecerse voluntaria para esta comisaría.

—¿Usted no lo habría hecho?

Kurt se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Qué ocurrió en Altdorf? Lo que sucedió con su esposa... no fue culpa suya.

—Intente decirle eso a mi padre, el gran general. —Kurt rompió a reír, pero su voz revelaba amargura—. Me pregunto lo que habría pensado de la táctica que he empleado aquí. Sospecho que no habría estado muy de acuerdo.

—¿Qué habría hecho el viejo Barbas de Acero?

—«Nunca empieces una pelea que no puedas terminar», así pensaba él. Se habría retirado para reagruparse...; luego habría regresado con un contingente más numeroso y habría asaltado Suiddock.

—Eso nunca funcionaría en Marienburgo —señaló Belladonna—. ¿Cómo es posible que lo culpe de que Sara muriera dando a luz? Es algo que ocurre con frecuencia.

—No quiero hablar de ello. Ni aquí ni ahora —aseveró Kurt.

—¿Por qué no? Sabe Manann que probablemente estemos muertos mucho antes de que amanezca.

—No quiero pasarme los últimos minutos que me quedan contándole mi vida...

—Puede que no —afirmó la joven—. Pero eso no quita que todavía tiene que enfrentarse a lo ocurrido. Hasta que no esté en paz con ello seguirá acosándolo, Kurt..., tanto en esta vida como en la próxima.

—¿Cree que hay otra vida después de ésta?

—Eso espero —respondió Belladonna, con una sonrisa irónica en los labios—. Me parece que ésta no ha sido justa conmigo.

Kurt apartó la mirada de la agente. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué he dicho?

El capitán meneó la cabeza, superado por la emoción. Belladonna esperó unos instantes hasta que Kurt recuperó la compostura.

—Lo siento, no quería entrometerme.

—Sí. Sí quería..., pero quizá tenga razón. Puede que haya llegado el momento de enfrentarme a lo que sucedió. —Respiró hondo—. Mi hermano, Karl, siempre había sido el pequeño de la familia. Me sentí tan orgulloso cuando se incorporó al regimiento siguiendo mis pasos... Y cuando Sara me dijo que estaba embarazada mi alegría fue completa. Pero entonces aparecieron los guerreros del Caos de Archaon amenazando con destruir todo lo que amábamos. Recibimos órdenes de avanzar hacia Middenheim, pero yo no quería ir. Sabía que nuestro hijo iba a nacer en cualquier momento. Sara ya había perdido varios bebés con anterioridad, niños que habían nacido muertos, y no quería arriesgarme a que volviera a pasar sola por ese trance. Acudí a mi padre y le rogué que me diera permiso para no adelantarme con el regimiento..., pero el general nunca permitiría una cosa así. Me dijo que mi deber estaba en el frente para asegurarme de que Karl no se metiera en problemas, pero entonces Karl habló con él.

—¿De modo que se quedó en Altdorf?

Kurt asintió.

—Parecía que todo iba bien. Sara dio a luz a un niño y le pusimos el nombre de Luc. Me marché en cuanto pude, que resultó ser un día tarde. Karl murió en el campo de batalla porque yo no estaba allí para protegerlo. Mi padre, el todopoderoso general Schnell, me dio de baja del regimiento de forma deshonrosa. Cuando regresé a casa, me enteré de que se habían producido complicaciones tras mi partida y que Sara había fallecido en mi ausencia. Mi padre me desterró de Altdorf y me arrebató a mi hijo. Desde entonces no he vuelto a ver a Luc. —Kurt torció el gesto, esforzándose por reprimir las lágrimas—. Estaba condenado. No importaba lo que hiciera. Por eso espero que no haya otra vida. ¿Cómo podría enfrentarme a mi esposa o a mi hermano sabiendo que les fallé?

Belladonna sostuvo el rostro del capitán entre sus manos y lo miró fijamente a los clarísimos ojos azules.

—Escúcheme. Todo lo que ocurrió habría sucedido aunque usted hubiera actuado de otra manera. Es imposible que sepa que podría haber salvado a su hermano, y la muerte de su esposa fue una tragedia, pero no había forma de evitarla. Aunque hubiera estado presente no habría podido salvarla.

—Pero habría estado allí con ella, en su último suspiro —farfulló Kurt—. Eso es lo único que podemos hacer por el otro cuando le llega el final... y yo le fallé.

—Aunque no estuvo a su lado físicamente, sí lo estaba en espíritu. Seguro que ella lo sabía. No puede seguir martirizándose por las cosas que no tienen vuelta atrás —le dijo Belladonna en un susurro—. Lo pasado, pasado está. No lo olvide...; de lo contrario será usted un muerto viviente que sólo espera a que le llegue el final.

Kurt sonrió, a pesar de su profunda congoja.

—Habla como Jan.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Ésa era mi intención. —El capitán se puso en pie—. Espero que siga allí abajo.

* * *

En el sótano, los cuatro guardias luchaban por salvar la vida. Scheusal y Holismus se habían posicionado en la entrada de la cámara y utilizaban las armas y la estrechez del hueco que comunicaba la celda con el pasillo para mantener a raya a los mercenarios. Scheusal despejó la posición asestando poderosos golpes con su hacha de doble hoja mientras Holismus blandía las dos espadas cortas con una eficacia letal. Sin embargo, su destreza en la lucha o el número de mercenarios que derribaran eran irrelevantes, pues no dejaban de aparecer más y más.

Finalmente, la fortuna les dio la espalda y Scheusal recibió un tajo en el antebrazo; la hoja se le hundió hasta el hueso. El Gorra Negra se tambaleó hacia atrás y gritó a Faulheit que lo relevara en la posición. El obeso guardia de vigilancia avanzó caminando como un pato por el agua que lo bañaba hasta la cintura y eligió la maza que había perdido Scheusal para enfrentarse al enemigo, pero sólo pudo descargar el arma en las cabezas de tres mercenarios antes de perder el equilibrio y caer al agua. Bescheiden se arrastró para ocupar el puesto de su colega disparando las últimas flechas de su ballesta, y luego utilizó el arma como un garrote. Pero sólo resistió unos instantes antes de sucumbir al miedo y retirarse para esconderse, con el cuerpo encogido, junto a Cobbius.

Faulheit se recuperó y ocupó el lugar abandonado por Bescheiden en la entrada. Una hoja enemiga rajó el costado de Holismus y la sangre empezó a salir de su cuerpo

a borbotones y a teñir de carmesí el agua de mar que lo rodeaba; el guardia cayó desplomado. Sólo quedaba Faulheit para defender la posición.

—¡Vais a morir! —masculló uno de los mercenarios, con la victoria escrita en los ojos.

—¡No mientras yo esté aquí! —respondió Faulheit al tiempo que sepultaba la maza en el cráneo de su oponente.

El Gorra Negra luchó como un demonio, asestando golpes a diestro y siniestro, derribando un mercenario tras otro hasta sumar una docena.

—¡Esto no es tan difícil! —gritó por encima del hombro a sus colegas.

—¡Martin, cuidado! —bramó Scheusal, pero la advertencia llegó demasiado tarde. Un mercenario arrojó una daga que se hundió en el abdomen de Faulheit y en los pliegues de sus rollizas carnes. El guardia se desmoronó y sacudió violentamente los brazos mientras el resto de su cuerpo permanecía hundido en el agua.

Todos los Gorras Negras habían caído, estaban heridos y eran incapaces de defenderse. Se había perdido la batalla por el sótano.

El mercenario que había derribado a Faulheit se introdujo en la celda blandiendo una espada corta en cada mano. Lucía una perilla y una sonrisa cruel, y no podía disimular su regocijo por la derrota de los guardias.

—Habéis peleado bien, aunque no os ha servido de nada. Tenemos órdenes, y ninguno de vosotros va a... —Su discurso fue interrumpido por un mensaje de uno de sus hombres, que se inclinó hacia él y le susurró algo al oído—. ¿Estás seguro?

Su interlocutor asintió y el mercenario de la perilla se cruzó de brazos, todavía aferrando las espadas cortas.

Scheusal lo miró.

—¿A qué esperas? ¡Si nos vas a matar, hazlo ya!

—Tengo órdenes —respondió el mercenario—. Vuestro destino está decidiéndose en otro lugar.

* * *

El silencio reinaba en la primera planta de la comisaría. Los mercenarios se habían replegado, e incluso había cesado la lluvia, como si estuviera tomándose un respiro. Kurt pegó la oreja a la barricada y aguzó el oído.

—¿Lo oye? —preguntó el capitán.

—No oigo nada —respondió Belladonna.

—¡Escuche! —insistió Kurt.

Un sonido cada vez más cercano rompía el silencio. Algo, como de madera, golpeaba los adoquines de la calle. Kurt se dirigió a grandes zancadas hasta la ventana

más cercana que se asomaba al Puente de los Tres Céntimos. Fuera reinaba la oscuridad; las nubes de tormenta no permitían el paso de la luz de la luna; sin embargo, el puente estaba iluminado por dos filas de mercenarios que sostenían antorchas llameantes. Un carruaje profusamente ornamentado se detuvo frente a la comisaría. El conductor bajó de un salto, se apresuró a abrir la puerta del pasajero, desplegó los escalones y se colocó a un lado para permitir la salida del ocupante del vehículo. Henschamnn descendió del carruaje. El fuego de las antorchas proyectaba sombras afiladas en su disgustado semblante. Miró a su alrededor. Los mercenarios, con las marcas evidentes de la batalla, se cuadraron. Las pilas de hombres muertos o agonizantes se acumulaban en la superficie del puente y en la comisaría asediada. Henschamnn se aclaró la garganta.

—¡Me gustaría hablar con el capitán Schnell, si todavía está vivo!

—¡Vivito y coleando! —respondió Kurt—. ¿Qué quiere?

—Quisiera hablar con usted, capitán.

—Le escucho.

—Sería más sencillo si bajara aquí, al puente.

—Gracias, pero no. Perdóneme por mi desconfianza innata, pero la última vez que puse el pie en la calle para hablar con uno de sus matones tuve suerte de poder regresar vivo a la comisaría.

—No tiene nada que temer. Soy un hombre de palabra, y le prometo que no correrá ningún riesgo. Nadie lo atacará en mi presencia —prometió Henschamnn.

—Gracias por su ofrecimiento, pero me quedo donde estoy.

—De acuerdo. He venido para ofrecerles a usted y a sus hombres un acuerdo.

—¿En serio?

—Acepte mis condiciones y podrán salir de esa comisaría y abandonar Suiddock sin sufrir ningún daño y con toda tranquilidad. Le doy mi palabra.

—¿Y cuáles son esas condiciones? —preguntó Kurt.

—En primer lugar, entrégueme a Abram Cobbius.

—En el caso de que siga vivo.

—Por supuesto.

—¿Qué más?

—La Guardia de Vigilancia Metropolitana abandonará Suiddock de manera permanente. Su comandante garantizará que no se volverá a guarnecer este distrito con Gorras Negras... nunca más.

—¡Vaya! No tengo mucha influencia con el comandante —señaló Kurt—, de modo que no puedo concederle esa garantía, ni ahora ni en el futuro.

—De momento será suficiente con que usted acepte esa condición. Estoy seguro de que se podrá persuadir al comandante de que apoye su decisión —dijo Henschamnn, con una sonrisa en los labios.

—Sí, ya he oído que son buenos amigos, Casanova —respondió el capitán.

—¡Debería tener la inteligencia suficiente como para no poner a prueba mi paciencia con insultos! Le doy un minuto para que lo consulte con sus agentes. Ya que sus vidas están en juego, deberían tener voz y voto en la decisión final, ¿no le parece?

—¿Desde cuándo es usted un valedor de la democracia?

—Tiene un minuto, Schnell. Utilícelo con inteligencia. De lo contrario, le aseguro que será el último.

—No necesito un minuto para valorar su oferta, ni tampoco mis Gorras Negras. Nos quedamos donde estamos.

—¿Es su última palabra?

—Ya me oyó la primera vez. ¡Ahora, lárguese de mi puente antes de que lo eche a patadas!

—Terriblemente lamentable —masculló Henschamnn—. Alguien tan valiente, tan hábil, tan testarudo. Muy bien, será como usted desea. Ahora me marcho. Lo que ocurra a partir de este momento no es responsabilidad mía. No lo olvide.

Henschamnn se dio media vuelta para regresar a su vehículo, pero la puerta estaba cerrada. Carraspeó para que el conductor se diera por aludido y le abriera la puerta del carruaje, pero no sucedió nada.

—¡Quiero irme! —aseveró en un tono que no dejaba lugar a dudas de que el conflicto era inminente, pero el conductor ni se inmutó—. ¿No me ha oído? Le he dicho que...

El conductor cayó sobre las rodillas antes de derrumbarse en los adoquines. Tenía algo incrustado en la espalda; parecía la empuñadura de un cuchillo, hoja estaba hundida en su cuerpo. Una serie de silbidos acompañados por destellos plateados rasgaron el aire. Nueve mercenarios gritaron de dolor y se desplomaron agarrándose el pecho o la garganta; uno de ellos había estado justo debajo de la ventana de Kurt sosteniendo una antorcha, y cuando el hombre cayó, la antorcha lo hizo a su lado e iluminó el elemento que había decidido su destino. De su cuello sobresalía una estrella, y un líquido verde se filtraba por la herida, aunque no se filtraba exactamente, como advirtió Kurt, sino que se abría paso por la herida, comiéndosela.

El capitán se alejó de la ventana. El cerebro le bullía. Su cabeza se rebelaba contra los sucesos que estaban desarrollándose en el exterior. No era posible, no podía estar ocurriendo; aquellos monstruos siempre habían permanecido en las catacumbas, en las profundidades más recónditas del Imperio. ¿Era posible que se hubieran alzado y estuvieran preparados para asaltar las almenas y los callejones de Suiddock? Kurt comprendió que no sólo Suiddock estaba bajo amenaza. El destino de Marienburgo había entrado en juego... y nadie más había advertido la terrible realidad de lo que estaba ocurriendo. Los hombres rata habían salido a la superficie.

DIECINQUEVE

Todos los hombres que se encontraban en el sótano, tanto los guardias como los mercenarios, oyeron el horripilante sonido de los gritos antes de ver a los responsables de aquella terrible cacofonía. Hombres hechos y derechos lloraban y berreaban en la superficie, y suplicaban clemencia gritando con un horror abyecto. La gente confinada en el subsuelo los oía con incredulidad, y no podían dar crédito.

—Por la dulce Shallya —musitó Scheusal mientras improvisaba un vendaje alrededor de su herida en el brazo izquierdo—. ¿Qué está sucediendo arriba?

El mercenario de la perilla envió a uno de sus hombres para que investigara. El asesino a sueldo regresó instantes después, pero ahora tenía el rostro lívido y le temblaban las manos como a una viejecita asustada.

—Monstruos —dijo entrecortadamente al líder de los mercenarios—. ¡Hoffman, los monstruos están haciendo una carnicería con ellos!

—¡Tonterías! —replicó Hoffman—. ¿Qué aspecto tienen esos monstruos?

—Imagínate unas ratas del tamaño de un hombre —señaló Scheusal—, pero que se yerguen sobre las patas traseras. Unas alimañas vestidas con armaduras, blandiendo espadas y dagas con las hojas bañadas en algún tipo de veneno diabólico. Criaturas arrancadas de tus peores pesadillas y convertidas en carne y hueso, con los ojos brillantes como diamantes negros.

—Sssí..., son así —dijo gimoteando el aterrorizado mercenario—. ¿Co... cómo lo sabes?

—Los llaman hombres rata —respondió el guardia—. Los vi una vez, cuando era niño, en Bretonia, y desde entonces me persiguen en mis sueños. Además, hay un grupo de ellos detrás de Hoffman.

El jefe de los mercenarios se dio media vuelta y descubrió media docena de hombres rata que emergían de la otra celda de la cara sur. En aquella oscuridad apenas eran unas figuras borrosas, y sólo se alcanzaba a vislumbrar algunos detalles de su aterrador aspecto: la armadura y los colmillos, los hocicos que emitían un silbido al respirar y sus malvados ojos, y las hojas que aferraban en sus negruzcos puños y garras. Eran unos bichos que se mantenían de pie sobre las patas traseras, como los humanos, criaturas voraces y encolerizadas. Eran la personificación del demonio, el miedo y el odio hechos carne, la peor de las pesadillas hecha realidad.

—¡Por los dientes de Taal! —exclamó Hoffman, enarbolando su espada corta y decapitando a los primeros dos hombres rata y cercenando los brazos de otros dos.

Los monstruos mutilados chillaron de dolor y las cabezas arrancadas, todavía sacudiendo las mandíbulas y con los dientes rechinando con avidez, cayeron al agua, que ya cubría a los hombres por la cintura.

Scheusal dio un salto adelante para ayudar a Hoffman y rebanó con su hacha al siguiente hombre rata, antes de hundir el arma de doble hoja en el último monstruo. Extrajo el hacha del cuerpo de la criatura destrozando la armadura de su víctima, que no pudo soportar la ferocidad de la acometida del guardia. Mientras tanto, Hoffman había dado buena cuenta de los hombres ratas mancos; les había seccionado los peludos y siniestros hocicos, y había clavado la hoja en sus corazones. Incluso muertos, el líder de los mercenarios siguió despedazándolos con su espada.

—Reserva tus energías —le dijo Scheusal—. Vamos a necesitarlas para salir de aquí.

Hoffman cesó en sus arremetidas y trató de recuperar el aliento entre resuellos.

—¿De dónde han salido?

—De las catacumbas —respondió Holismus, que se dirigió hacia ellos tambaleándose y agarrándose la herida del costado con una mano, mientras que con la otra aferraba la empuñadura de una espada corta con la hoja todavía bañada con la sangre de los mercenarios—. Fijaos en sus pies.

Todos siguieron la línea del brazo del Gorra Negra, que señalaba el cuerpo del hombre rata que flotaba sobre la turbia agua de la crecida. Entre los dedos de los pies tenía unas membranas que probaban que habían habitado generación tras generación la red de cloacas y de cámaras anegadas que se extendía bajo el suelo de Marienburgo.

—Deben de haber salido a la superficie nadando, ayudados por la marea, y habrán esperado a que anocheciera para lanzar su ataque protegidos por la oscuridad —explicó Holismus.

Scheusal estiró el cuello para oír los gritos de los hombres congregados en la calle.

—También deben de haber llegado al puente. Si tenemos suerte, éstos sólo serán una unidad aislada que han enviado aquí para vigilar el sótano.

Hoffman se limpió el rostro con la mano. El miedo era evidente en sus ojos.

—Y si no tenemos suerte...

—Esta media docena compondría una partida de exploradores y varios centenares más podrían venir de camino detrás de ellos. —Scheusal se volvió a sus colegas—. ¿Quién puede caminar?

Holismus se limitó a asentir con la cabeza.

Faulheit levantó una mano débil, mientras que con la otra se apretaba el orificio que una daga había abierto en su voluminosa barriga.

—Voy contigo —respondió—. No pienso morir aquí abajo, en este agujero.

—Bien —dijo Scheusal, y dirigió la mirada hacia el otro Gorra Negra—. ¿Willy? Bescheiden, con el rostro lívido, estaba encogido en un rincón junto a Cobbius. Le temblaba todo el cuerpo.

—Sssí... Estoy... li... listo —balbuceó.

—¡Entonces, en marcha! —ordenó Scheusal—. ¡Tenemos un motivo para luchar, chicos!

Hoffman agarró del brazo al guardia.

—¿Adónde vas? —inquirió.

—Arriba. La marea no deja de subir y este lugar es una trampa mortal.

—Pero ¡esas... cosas... están arriba!

—Los hombres rata también están aquí abajo, por si no te habías dado cuenta —contestó Scheusal—. Mi capitán está arriba y él decidirá una estrategia para derrotar a estos seres. Nuestro sitio está a su lado. Tú y tus hombres podéis venir con nosotros y ayudarnos o buscar una salida por vuestra cuenta...; eso depende de ti.

Hoffman señaló al aterrorizado prisionero, que continuaba encadenado a la pared y los miraba, enmudecido por el miedo.

—¿Qué pasa con Cobbius?

Scheusal echó un vistazo al hombre que había torturado y asesinado a Mutig, entre otras muchas personas.

—Espero que los hombres rata se lo coman vivo. ¡Vamos! ¡Subamos por la escalera!



Un minuto después de que cayeran muertos los primeros mercenarios, el Puente de los Tres Céntimos estaba atestado de hombres rata. Las figuras negras emergían de la oscuridad armados de escudos y espadas, hojas y hondas, y en su avance dejaban una estela de mercenarios que se desplomaban. Algunos asesinos a sueldo, asustados, balbuceaban atropelladamente, mientras que otros gritaban maldiciones y miraban con desdén a los hombres rata, desafiándolos a que los atacaran. Henschamnn ordenó a sus matones que formaran un escudo circular alrededor de él y de su carruaje; todavía albergaba esperanzas de salir indemne de aquella amenaza indescriptible, a pesar, incluso, de que su conductor había sido el primero en perecer. ¡Por Sigmar, él mismo conduciría el vehículo si se veía obligado a hacerlo! De lo que no tenía ninguna intención era de morir allí.

—¡He dicho que os coloquéis en círculos concéntricos! ¡Quiero por lo menos tres filas de hombres entre esos monstruos y yo! —bramó a los mercenarios.

La primera arremetida de los hombres rata fue rápida y despiadada. Un centenar

de criaturas cargaron contra el primer círculo de mercenarios, emitiendo un grito de guerra chirriante que ensordeció a los hombres y encogió todavía más sus corazones. A medida que se aproximaban al escudo humano, también se hacía más notorio el repugnante hedor que emanaba de su inquietante pelambreira y de su ávido aliento, un tufo que revolvió el estómago y que era peor que el olor de un cadáver en estado de putrefacción. Las criaturas llegaron por fin al círculo de mercenarios y se arrojaron contra el anillo que formaban los asesinos a sueldo, sin miedo a las espadas y las dagas que despuntaban de la circunferencia. Los hombres respondieron con hojas y arcos, con flechas y coraje, y masacraron una oleada tras otra de alimañas voraces. Aun así, no dejaban de llegar hombres rata de manera constante, y su ataque no se apaciguaba a pesar de la rapidez con la que caían.

Hacía escasos minutos, los mercenarios habían gozado de superioridad numérica respecto a los Gorras Negras que defendían la comisaría del Puente de los Tres Céntimos. Ahora la situación había dado un vuelco y un número incalculable de hombres rata rodeaba el anillo de mercenarios y los embestía implacablemente.

Henschamnn contemplaba cómo el primer círculo se deshilachaba poco a poco y de manera inexorable por la mera superioridad numérica del enemigo. Sobre su cabeza, la luna aparecía detrás de las nubes de tormenta que empezaban a disiparse y bañaba el puente con una pálida luz azul que ennegrecía el color de la sangre. Henschamnn pensó que era una metáfora que se ajustaba perfectamente a lo que acontecía en aquella desigual batalla. Sus guerreros luchaban con aplomo, y sus armas y su destreza eran las idóneas para enfrentarse a la ferocidad y el número de los hombres rata que tenían delante, pero no tardarían en desanimarse. Habían acudido allí con la expectativa de una sencilla batalla que duraría unos minutos y a la que seguiría una opulenta y merecida celebración de la victoria. El capitán Schnell había frustrado sus planes con una estrategia defensiva bien organizada y ejecutada a pesar de la inferioridad de sus efectivos. Y ahora se encontraban con aquel nuevo enemigo que aparecía de las catacumbas con la intención de masacrarlos.

¿Qué querían los hombres rata? Henschamnn sabía que la clave radicaba en la respuesta a aquella pregunta. Habían permanecido bajo el suelo de Marienburgo durante generaciones, quizá desde hacía varios siglos, y rara vez se aventuraban a la superficie. Pero ahora habían salido en tropel y concentraban todos sus esfuerzos en el Puente de los Tres Céntimos... ¿Por qué? El jefe del crimen se maldijo a sí mismo por haber permitido que un idiota como Abram Cobbius negociara con los hombres rata. ¡Por la dulce Shallya, vaya desastre! Henschamnn prefirió dejar de lado las reprimendas; ya habría tiempo para ellas, o, en el caso de que no lo hubiera, ya no importarían los errores que hubiera cometido y que lo habían conducido a aquel lugar en aquel momento. Tenía que encontrar la manera de escapar de aquel lío; ahora ésa era su única prioridad.

Se tambaleó hacia un lado, arrastrado por el círculo de mercenarios que lo rodeaba y que se desplazaba por la superficie del puente como un cangrejo presionado por los ataques de la horda de hombres rata. Henschamnn se dio cuenta de que sus matones estaban alejándose del carruaje, su mejor opción de huida, así que gritó a sus hombres que invirtieran la ofensiva del enemigo, pero nadie lo escuchó. Los mercenarios estaban demasiado ocupados luchando por salvar sus propias vidas para preocuparse de lo que dijera la persona que los había contratado.

En cuestión de segundos Henschamnn abandonó el carruaje a su suerte y se puso a cavilar una nueva estrategia. Si Schnell y sus guardias habían sido capaces de defender la comisaria contra una fuerza infinitamente superior, ¿por qué no podrían ellos hacer lo mismo? Henschamnn acababa de llegar a esa conclusión cuando una docena de hombres encabezados por Schnell irrumpió en el puente desde el interior de la comisaría, armados con hojas y antorchas llameantes.

—¡Henschamnn! ¡Tienen que refugiarse en la comisaría! ¡Usted y sus hombres no tienen ninguna oportunidad ahí fuera! ¡Entren en la comisaria! —gritó el capitán para que le oyera por encima del tumulto.



Hoffman y Scheusal se quedaron los últimos en el sótano. Habían permanecido en la retaguardia hasta que el resto de los guardias y los mercenarios subieron a la planta baja de la comisaría. Iban a darse media vuelta para enfilarse la escalera cuando las huestes de hombres rata emergieron del agua. Más de una docena de criaturas se lanzaron por el pasillo anegado. Sus dientes castañearon con avidez y un odio maligno refulgía en sus ojos negros.

—¡Vamos! —esperó Hoffman a Scheusal, que estaba más cerca de la escalera—. ¡Muévete!

Unos destellos metálicos surcaron el aire y el Gorra Negra se agachó instintivamente y eludió por escasos centímetros las estrellas que habían volado hacia él. Los proyectiles se clavaron en la pared que se levantaba más allá de su cabeza y el veneno verde que contenían empezó a comerse la piedra. Scheusal se volvió y vio a Hoffman con una de las estrellas hundida en el pecho; el veneno ya estaba devorando las carnes del mercenario.

—¡Vete, maldita sea!

Scheusal huyó y dejó al asesino a sueldo entreteniendo el avance de los hombres rata. En cuestión de segundos, los gritos de Hoffman retumbaron por la escalera, hasta que cesaron de manera abrupta. Scheusal apretó el paso; consciente de que los hombres rata le pisaban los talones, subió apresuradamente la escalera y emergió en la

planta baja de la comisaría.

—¿Es usted el último? —inquirió una voz.

Scheusal se volvió para ver quién le había preguntado y descubrió con asombro que tenía a Henschamnn al lado.

—¿Es usted el último? —repitió, levantando la voz, el jefe del crimen.

—Sí —respondió entrecortadamente Scheusal—. Los hombres rata han matado a los demás.

—¡Está bien! ¡Es el último! —gritó Henschamnn a un grupo de mercenarios—. ¡Selladla!

Los asesinos a sueldo empujaron una barricada levantada con muebles desvencijados hasta la escalera y bloquearon el progreso de los hombresrata. Scheusal echó un vistazo a la escalera que descendía al sótano por el otro extremo de la comisaría y vio que ya estaban bloqueadas con las puertas arrancadas de los calabozos. El resto de las barricadas habían sido emplazadas de nuevo en las puertas y ventanas de la comisaría. Alrededor de treinta mercenarios vigilaban los parapetos, mientras que Schnell y el resto de los Gorras Negras estaban reunidos en el centro de la sala. Scheusal avanzó pesadamente para unirse a ellos.

—¡Fantástico! ¡También lo han logrado! —exclamó el capitán cuando vio a Scheusal acercándose al grupo—. ¿Dónde está Jan?

—El sargento está muerto —dijo sollozando Bescheiden.

—¿Jan está muerto? —balbuceó el capitán, tambaleándose hacia atrás, como si hubiera recibido una cuchillada en el corazón—. ¿Cómo?

—Yo lo maté —gimoteó el guardia.

La mano de Schnell se deslizó hacia la daga que llevaba enfundada en un costado.

—¿Por qué?

—No lo mató él —aclaró Scheusal—. Al menos no del modo que usted cree. El sargento encontró un pasadizo secreto que estaban utilizando los mercenarios para introducirse en el sótano, de modo que se quedó en el túnel y ordenó a Willy que bloqueara y cerrara herméticamente la puerta de entrada. El sargento se sacrificó para salvarnos a los demás.

El capitán fulminó con la mirada a Bescheiden. Sus ojos refulgían de ira.

—¿Es eso cierto?

—Cerré la entrada al pasadizo —confesó—. El sargento murió por mi culpa.

—Sólo cumplías órdenes —insistió Scheusal, intentando consolar al guardia, que seguía llorando.

—Eso no cambia que lo que hice estuviera mal —berreó Bescheiden, y se desplomó sobre el suelo.

Gerta estaba atareada atendiendo a los agentes heridos con los escasos recursos de los que disponía. Arrancaba tiras de tela de sus enaguas para vendar las puñaladas y

los cortes, pero era una batalla perdida.

—Tengo que llevar arriba a Faulheit —dijo la cocinera—. Yo no le extraería esa daga del vientre; podría morir desangrado. Necesitamos un curandero y un boticario si queremos que sobreviva.

—Gracias por los ánimos —dijo el pálido y sudoroso Faulheit desde el suelo.

—De acuerdo —dijo el capitán—. Scheusal, usted y Gerta lleven a Martin arriba. Scheusal miró a su alrededor.

—¿Dónde está Narbig?

—Ya está arriba —respondió Belladonna—. Le sucedió algo extraño cuando vio a los hombres rata en el puente. Fue como..., como si le hubiera estallado la cabeza. Tuvimos que dejarlo allí.

Mientras Scheusal ayudaba a Gerta a subir a Faulheit por la escalera, el capitán ordenó a Bescheiden que los acompañara.

—Puede quedarse arriba y ayudarla a cuidar de Martin y de Narbig. Scheusal, regrese en cuanto hayan instalado a Faulheit. Necesitamos a todos los hombres sanos aquí abajo.



Henschamnn estaba ordenando a sus mercenarios que reforzaran los parapetos cuando el capitán y Belladonna se acercaron a él. La horda de hombres rata se lanzaba contra las puertas y ventanas tapiadas, y estrellaban sus cuerpos contra las barricadas con una fuerza terrorífica. Cada arremetida hacía retroceder ligeramente los parapetos y amenazaba con desbaratar la muralla defensiva. Cada nuevo ataque dejaba un estruendo sordo reverberando en el aire, como si los hombres rata, ansiosos por entrar, estuvieran arrojando a sus propios camaradas contra la fachada de la comisaría. El ruido era terriblemente enervante y el edificio temblaba después de cada embestida. Henschamnn se sintió aliviado al alejarse de las barricadas para departir con los Gorras Negras.

—La casualidad hace extrañas alianzas, ¿no le parece?

—Créame, lo último que usted y yo seremos nunca es aliados —replicó Schnell.

—Aun así, gracias por ofrecernos su comisaría para refugiarnos.

—Cuando hubieran acabado de matarlos a usted y a sus mercenarios habrían venido por nosotros —dijo el capitán—. La combinación de nuestras fuerzas es un imperativo estratégico..., ni más, ni menos.

—No es de los que saben aceptar los agradecimientos, ¿eh? —comentó a Belladonna.

—¿Y lo culpa? No hace tanto que dio la orden a sus mercenarios de que nos

mataran para dar ejemplo al resto de Suiddock y a toda la ciudad. No tenemos muchos motivos para confiar en usted.

—Una observación acertada —reconoció Henschamnn. Paseó la mirada por la comisaría—. ¿Sabe? Creo que nunca había estado dentro de este edificio. No hay mucho que admirar, ¿no?

—Cumple su función —gruñó Schnell—. Como nosotros.

El jefe del crimen suspiró.

—Si bien tengo en gran estima su ira, ¿puedo sugerir que dejemos a un lado nuestras diferencias hasta que resolvamos la actual crisis? Continuar enfrentados no nos será de ninguna ayuda en la presente situación.

—De acuerdo —espetó el capitán—. Pero no espere que le estreche la mano cuando esto acabe.

—Entendido. —Henschamnn miró a su alrededor—. ¿Cuánto tiempo cree que podremos...?

Belladonna levantó una mano para pedir silencio.

—¡Escuchen!

Los hombres rata habían dejado de lanzarse contra la fachada de la comisaría y reinaba una calma extraña e inquietante. Enseguida un nuevo sonido sustituyó al anterior, más perturbador aún que la embestida de los cuerpos contra las barricadas. Un ruido de raspaduras, de arañazos, empezó en un rincón del edificio y rápidamente se expandió, hasta que dio la impresión de que toda la comisaría estaba sufriendo un ataque. Henschamnn y los Gorras Negras corrieron a las barricadas para intentar descubrir lo que estaba sucediendo en el exterior. A través de un hueco en el parapeto, el jefe del crimen pudo ver a un hombre rata royendo la barricada con los colmillos y escarbando en ellas con las garras.

—Están intentando abrirse paso royendo las defensas —advirtió—. ¿El edificio es resistente?

Schnell meneó la cabeza.

—No lo suficiente para soportar un ataque continuado... de ningún tipo.

—Bueno, debe de haber alguna manera de salir de aquí —dijo Henschamnn, con la voz temblorosa por el miedo.

—Ya no, gracias a usted y a sus hombres —señaló Belladonna.

El ruido de los colmillos royendo los parapetos y de las garras arañándolos sonaba cada vez más alto... y más cercano. El jefe del crimen tragó saliva, consciente de que sus hombres esperaban que él los liderara, así que no era el momento de mostrarse débil ni atemorizado, por mucho que se sintiera así en realidad.

—Hay un túnel abajo —dijo Henschamnn.

—Lo sabemos —respondió un guardia que descendía por la escalera—. Pero ahora los hombres rata controlan el sótano.

Schnell señaló la puerta secreta que comunicaba con el burdel adyacente.

—¿Y el templo de Molly?

—Lo comprobé hace un rato —dijo Belladonna—. También oí allí a los hombres rata.

—Puede tomar eso como un no —aseveró el capitán—. No hay forma de salir. Por lo menos vivos.

—¿Qué quieren esos monstruos? —preguntó uno de los mercenarios, con las facciones dominadas por el miedo.

—La esquirla de una piedra —respondió Schnell—. No de una piedra bruja cualquiera, sino de una en particular.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé... al menos no con certeza. Pero ¿qué otro motivo tendrían los hombres rata para arriesgarse a lanzar un ataque abierto en medio de Marienburgo? Desean esa esquirla más que cualquier otra cosa que podamos imaginar.

—Entréguesela —le dijo Henschamnn—. Cuando tengan la esquirla, estaremos a salvo.

—No tenemos ninguna garantía de que eso ocurra así —replicó Schnell—. A usted no le entregué a Cobbius y no entregaré la esquirla a esos monstruos de ahí fuera. Es una cuestión de principios.

—¡Sus principios harán que nos maten a todos! —espetó el jefe del crimen.

—Quizá, pero no podría entregarles el fragmento de piedra bruja aunque quisiera...; no está aquí. Saqué la esquirla de la comisaría a escondidas poco antes de que sus mercenarios nos atacaran. Sospechaba que los hombres rata vendrían a buscarla. No importa lo que nos pase a nosotros, nunca caerá en sus manos. No sabemos el poder que puede alcanzar la piedra bruja si la completan con ese fragmento, y no tengo ninguna intención de sacrificar todo Marienburgo sólo para salvar mi pescuezo. Sólo los cobardes harían eso, Henschamnn. Es el tipo de trato que ofrecería usted para salvar su enfermiza y retorcida alma... y eso no es algo que valga la pena salvar.

—¡Váyase a la mierda, Schnell!

El capitán sonrió.

—No es necesario, Casanova; ya estoy hundido en ella.

* * *

Belladonna fue la primera en advertir que la pared estaba cediendo. Al principio pensó que el agotamiento estaba jugándole una mala pasada a us cansados ojos, pues un tramo de la pared frontal que daba al Puente de los Tres Céntimos pareció brillar y

agitarse al paso de su mirada. Así que miró detenidamente y se dio cuenta de que la superficie se movía, se derrumbaba y dejaba vía libre a los invasores.

—¡Capitán, creo que debería venir a ver esto!

Schnell abandonó la discusión con Henschamnn y acudió rápidamente junto a su agente. Cuando llegó, ya había un hueco en la pared. Las garras empezaban a escarbar la piedra alrededor del diminuto orificio y el veneno verde se esparcía por el borde de la abertura. Belladonna contempló horrorizada cómo se descomponía la pared, cómo se disolvía. No tardó en aparecer el hocico de un hombre rata que trataba de abrirse paso por el hueco; sus largos colmillos ya estaban dentro de la comisaría, pero Schnell descargó su hoja contra el hocico y atravesó con un tajo limpio los huesos, la piel y la carne rancia de la criatura. La sangre negra salió a borbotones de la herida y el hombre rata retrocedió chillando de dolor, aunque otro ocupó su lugar, poniendo todo su empeño en ampliar el agujero de la pared.

Scheusal gritó desde otro lado de la sala, donde estaba produciéndose un ataque similar.

—La comisaría está perdida —musitó Belladonna, sin darse cuenta de que estaba pensando en voz alta.

—Lo sé —afirmó Kurt, sorprendiendo a la joven—. Tenemos que retirarnos al piso de arriba. Es nuestra última esperanza. Dígaselo a Holismus y a los demás Gorras Negras antes de subir. No nos queda mucho tiempo.

Cuando Belladonna llegó a las escaleras que le quedaban más cerca, Henschamnn ya estaba subiendo apresuradamente por ellas.

—Quiero tener una visión más amplia del enemigo —explicó, abochornado por haber sido sorprendido huyendo de la planta baja.

—Sí, claro —replicó Belladonna, indignada por su descarada cobardía. Pero todos los pensamientos que le dedicaba se esfumaron en cuanto llegó al primer piso. La razón era muy simple: estaba lleno de hombres rata.

* * *

Kurt tuvo náuseas y notó cómo se le hacía un nudo en el estómago según aumentaba el número de agujeros en la pared de la comisaría. Pocos instantes después de que los hombres rata hubieran abierto el primero, había más orificios en la pared de los que podían defender, ni siquiera con la ayuda de todos los mercenarios de Henschamnn supervivientes. Miró a su alrededor, buscando al jefe del crimen para decidir una estrategia de retirada conjunta, pero Henschamnn no estaba por ninguna parte y Kurt comprendió que ya debía de haber huido al primer piso. Había llegado el momento de que ellos hicieran lo mismo.

—¡Escuchen todos, prepárense para la retirada! ¡Nos trasladaremos al primer piso e intentaremos aguantar!

Los mercenarios no necesitaron que se lo repitieran. La mayoría se dieron media vuelta y salieron a la carrera hacia la escalera, ansiosos por replegarse. En cuanto los hombres se dieron a la fuga las barricadas empezaron a derrumbarse hacia dentro, cediendo al peso de los hombres rata que se agolpaban en el exterior. Kurt se estremeció al ver los colmillos y las uñas de aquellos monstruos voraces que penetraban en la comisaría. «Diente y garra, eso utilizarán para matarnos..., diente y garra», pensó Kurt. Cuando entendió que la defensa de la planta baja era una causa perdida echó a correr hacia la escalera oriental, por la que ya subía el grueso de los mercenarios. Pero los hombres se dieron media vuelta, como si tuvieran más miedo de lo que encontraban arriba que de lo que dejaban abajo, y bloquearon el paso del capitán.

—¡Por el amor de Manann, tenemos que subir! ¡Vamos!

El primer cadáver que pasó sobrevolando las escaleras fue el de Narbig, con medio rostro corrompido. El segundo fue un mercenario que Kurt no reconoció, y a continuación se inició una lluvia de cuerpos desde el primer piso seguida de una ráfaga de estrellas que se incrustaban en los mercenarios amontonados en la escalera. Kurt caminó tambaleándose hacia atrás, sumido en el horror que debía de haberse vivido en el piso de arriba. Los hombres rata habían encontrado una manera de entrar y aquél era el resultado. En ese momento cedió la barricada que había bloqueado la entrada principal de la comisaría y la horda de hombres rata congregada fuera se precipitó al interior del edificio. Kurt hincó una rodilla en el suelo; ya no tenía las fuerzas necesarias en las piernas para sostenerse en pie. Era el fin. Habían sido derrotados y lo único que quedaba era morir. Los hombres rata formaron un círculo alrededor de él y Kurt apretó las manos alrededor de las empuñaduras de las espadas cortas. Musitó una plegaria por las almas de todos los fallecidos en aquella batalla y se arrojó a las criaturas invasoras, golpeando y rajando con sus armas las filas enemigas, arrancando cabezas de los torsos y cercenando extremidades con un desenfreno animal. Pero entonces una maza tronó en un costado de su cabeza y ya sólo conoció la oscuridad. A medida que sus sentidos lo abandonaban, a Kurt le pareció ver a Sara en la distancia, haciéndole señas para que fuera hacia ella.

—Ya voy, amor mío —farfulló—. Ya voy...

VEINTE

Kurt abrió los ojos y se sorprendió de continuar vivo. Estaba arrodillado sobre el suelo bañado de sangre de la comisaría. Más allá de la pila de hombres rata que lo rodeaban, Kurt vio la tenue luz del primer amanecer en el Puente de los Tres Céntimos. Era una pena que él y sus hombres no hubieran aguantado el ataque de los hombres rata hasta el alba. Dudaba que los monstruos se hubieran atrevido a permanecer en la superficie después de la salida del sol. Pero esos lamentos ya eran inútiles. Kurt reconoció una suave voz que gimió de dolor cerca de él. Estiró el cuello y vio a diez humanos que los hombres rata habían tomado como prisioneros. Todos tenían una hoja curva maliciosamente apoyada en el cuello, con el siniestro metal ennegrecido pellizcándoles la piel. Sus cuerpos lucían los moratones y la sangre de numeroso golpes. Habían sufrido a manos de los hombres rata, pero continuaban vivos... de momento.

Kurt reprimió las náuseas; por momentos veía borroso. Un dolor atroz en un lado de la cabeza amenazaba con dejarlo sin sentido. Entrecerró los ojos para intentar distinguir los rostros de las personas que tenía delante. Tres de ellos eran mercenarios que no había visto nunca, pero las facciones de los demás le resultaban familiares; eran Gerta, Faulheit, Bescheiden, Holismus, Scheusal, Belladonna y Henschamnn. ¿Por que los habían mantenido con vida? Y más concretamente, ¿por qué los hombres rata no lo habían matado a él? Las respuestas a ambas preguntas no tardaron en revelarse. De repente, los hombres rata que había en la comisaría se irguieron, y sacaron pecho. «Por la dulce Shallya —pensó Kurt—. Están cuadrándose. Entonces, eso quiere decir que...».

—¿Quién está al mando? —inquirió una voz malévol y arcaica. La brusquedad de sus palabras y su marcado acento no evitaron que se entendiera la pregunta.

Kurt se volvió para ver quién había hablado. Un hombre rata anciano y con el cuerpo marcado por las cicatrices entró cojeando en la comisaría. Tenía el pelaje salpicado de vetas grises y plateadas y lucía una armadura más elaborada, ornamentada con múltiples incrustaciones metálicas, sin duda una prueba de los numerosos conflictos en los que había participado. Kurt intentó ponerse en pie, pero sus piernas todavía estaban demasiado débiles para aguantar su peso.

—Yo soy el capitán de esta comisaria —aseveró, contentándose con que su voz

conservara su habitual tono autoritario.

—¿Cómo se llama, humano?

—Capitán Kurt Schnell, de la Guardia de Vigilancia Metropolitana de Marienburgo. ¿Y usted?

Uno de los hombres rata que custodiaban a Kurt descargó la empuñadura de su espada contra la cabeza del capitán, que se derrumbó en el suelo, aunque rápidamente volvió a erguirse sobre las rodillas; no quería ceder a las intimidaciones de aquellas criaturas.

—Me llamo Garacin el Fantasma. Soy el skaven más longevo de esta ciudad. ¿Dónde está el corazón de la piedra?

Kurt frunció el ceño. No estaba seguro de lo que le preguntaba.

—¿El corazón de la piedra?

Otro golpe atroz lo arrojó al suelo, pero Kurt se negó a que lo obligaran a permanecer postrado.

—Estamos buscando el corazón de la piedra, la esquirra perdida, el fragmento desaparecido de nuestra arma más poderosa. Ha permanecido alejado de nuestras manos durante mucho tiempo, privado de nuestra vista por culpa de las maliciosas artimañas de los elfos. Conseguimos que nuestros aliados atrajeran hasta nuestros dominios a un grupo de elfos jóvenes y estúpidos, con la confianza de que alguno de ellos encontrara lo que se nos mantenía oculto. Y ocurrió lo que esperábamos, pero el corazón de la piedra continuó fuera de nuestro alcance. Sabemos que ha estado cerca de este lugar estos últimos días, que lo han guardado entre estas paredes. ¡Entréguenoslo!

—No sé de qué habla...

Kurt se llevó un tercer golpe, esta vez más brutal que el anterior.

Cuando el capitán se recuperó, Garacin hizo una señal a la línea de hombres rata que custodiaban a los diez prisioneros. Una malvada hoja curva rebanó la garganta de un mercenario, le rebanó las cuerdas vocales y silenció sus gritos. El asesino a sueldo murió sobre el charco de su propia sangre mientras los hombres rata se regocijaban con los espasmos de su cuerpo sin vida.

—Entregue el corazón de piedra o entregará la vida de sus colegas humanos —masculló Garacin.

—Lo haría si pudiera —respondió Kurt.

La veterana alimaña hizo otro gesto y esta vez fue el turno de Faulheit, cuyos ojos suplicantes miraban fijamente a Kurt mientras la hoja culminaba su sanguinario trabajo. El tajo que le propinó el hombre rata fue tan profundo que la cabeza de Faulheit se desprendió del tronco y salió rodando por el suelo en dirección al capitán, hasta detenerse junto a sus rodillas.

—Todos sus amigos morirán de la misma manera a menos que nos dé lo que

queremos —le advirtió Garacin.

Kurt no dijo nada; tenía la mirada clavada en los ojos de Henschamnn. El rostro del jefe del crimen estaba totalmente lívido por el miedo, y una mancha oscura se extendía hacia abajo desde la entrepierna de sus pantalones. El hombre rata, cansado de esperar una respuesta de Kurt, asintió con la cabeza a su subalterno y el segundo mercenario murió, seguido inmediatamente por el último de los asesinos a sueldo. Eso dejaba con vida únicamente a Kurt, a Gerta, a cinco Gorras Negras y a Henschamnn.

—Quizá le importen más las mujeres —dijo Garacin—. La joven, más guapa, será la próxima en morir, a no ser que nos entregue el corazón de piedra.

—Puedo conseguírsela —dijo Kurt—. Sé dónde está.

—¿Dónde?

—La tiene mi predecesor. Escondí la esquirra en su vestimenta antes de que los cazadores de brujas se lo llevaran. Puedo recuperarla... Sólo necesito un poco de tiempo.

—Eso es un lujo del que no dispone —masculló Garacin—. Mata a la chica.

—¡No! —gritó Kurt—. ¡Si la matas, te garantizo que nunca encontrarás lo que estás buscando!

El viejo hombre rata lo miró fijamente.

—No le creo. Sólo quiere ganar tiempo. Sabe que debemos retirarnos antes de que salga el sol.

El capitán sonrió.

—Intento ganar tiempo, es cierto, pero no hasta la salida del sol.

—¿Entonces? —inquirió Garacin. Su voz sonó como un silbido lleno de odio, y fue lo último que dijo antes de que una flecha se hundiera en su cuello y lo matara de manera fulminante.

Los demás hombres rata se volvieron buscando el origen de aquel ataque mortífero y más flechas surcaron el aire y derribaron a todas las criaturas que custodiaban a los prisioneros menos a una. Mientras el monstruo más cercano a Kurt se desplomaba, el capitán le arrebató la hoja y la arrojó contra el hombre rata que mantenía a Belladonna a su merced.

—Estaba esperando refuerzos —espetó Kurt, con una leve sonrisa de satisfacción en los labios.

Una docena de elfos irrumpió en la comisaría desde el Puente de los Tres Céntimos, encabezados por Tyramin Silvermoon, a quien Otto seguía de cerca. Los elfos iban armados con arcos y espadas, y arrasaron las líneas de los hombres rata, que se habían quedado conmocionados por la repentina muerte de su líder. La llegada súbita de los elfos puso en fuga a las criaturas. Un puñado de hombres rata se enzarzó con el nuevo enemigo mientras los demás emprendían una retirada precipitada

cargando con los cadáveres de sus camaradas.

Kurt congregó a sus hombres para incorporarse a la batalla y manejaron las armas abandonadas por sus enemigos para cazar a los hombres rata que quedaban. La lucha fue cruenta y vertiginosa, aunque la resistencia de los hombres rata no se alargó. Un agudo chillido rasgó el aire y las horribles criaturas echaron a correr y se lanzaron por las ventanas para escapar de los elfos y de los humanos extenuados por la batalla. La mitad de los elfos salió en su persecución, mientras que la otra mitad se quedó en el interior del edificio, entre ellos Tyramin. Kurt paseó lentamente la mirada por la comisaría, asombrado de que siguiera en pie, asombrado de que su exigua fuerza hubiera aguantado todo lo que les habían echado encima desde la puesta del sol. Entonces se desplomó, totalmente exhausto.

* * *

Cuando Kurt volvió en sí, vio a Scheusal y a Belladonna hablando con Otto. Todos los elfos —a excepción de Tyramin, que estaba arrodillado junto a él— habían desaparecido.

—Gracias —masculló el capitán—. Desconozco qué hemos hecho para merecer su intervención y su ayuda, pero gracias.

El elfo esbozó una sonrisa.

—Respondimos a la petición del sacerdote. La casa de los Silvermoon estaba en deuda con él después de la deferencia que demostró con mi hermano fallecido. Además, tengo la impresión de que esas alimañas mataron a Arullen.

—Yo también lo creo —afirmó Kurt, sentándose con dificultad.

La cabeza le daba vueltas y sentía un cansancio en el cuerpo que nunca antes había conocido. Rebuscó en el bolsillo y extrajo el broche hallado junto al cuerpo de Arullen. La diminuta esquirra continuaba en el engaste. Había mentido a los hombres rata con la intención de ganar todo el tiempo que le fuera posible, pues en cuanto esos monstruos hubieran tenido el corazón de la piedra en sus manos, toda la gente que se encontraba en el interior de la comisaría habría estado sentenciada. Y lo que era más importante aún, hubiera permitido a los hombres rata reactivar su arma más poderosa.

Kurt no tenía ni idea de qué arma podía ser, pero no tenía dudas de su objetivo más probable: Marienburgo. Si la ciudad caía alguna vez en manos de los hombres rata, se produciría una reacción en cadena que amenazaba con destruir el Imperio. En esas circunstancias, el sacrificio de unas cuantas vidas en una comisaría de Suiddock no significaba nada. Aun así, estaba feliz por haber sobrevivido al encuentro con las terribles criaturas.

El capitán explicó todo esto a Tyramin y estiró la mano con el broche.

—Creo que su hermano murió porque arrebató este objeto a los hombres rata. Le pido que lo lleve con usted al enclave élfico y se asegure de que nunca abandone la protección de la casa de los Silvermoon. ¿Lo hará, Tyramin, hermano de Arullen?

—Lo haré encantado —respondió el elfo, haciendo una reverencia a Kurt antes de ayudarlo a levantarse.

La extraña pareja de aliados inspeccionó los daños sufridos por la comisaría.

—Usted y sus hombres han luchado de una manera impresionante. Son pocos los que aguantan un ataque prolongado de los hombres rata, y menos aún los que tienen la fuerza de voluntad necesaria para negarse a renunciar a su dignidad al verlos rostros de los muertos a su alrededor. Es una pena que nadie conozca nunca el valor que ha demostrado.

Kurt asintió.

—Los hombres rata han borrado todo rastro de su presencia y voy a ordenar a mis hombres que, por su propio bien, no hablen de lo que ha ocurrido aquí. Además, dudo que nadie creyera una sola palabra de lo sucedido.

—Debo despedirme —dijo Tyramin—. Mencionaré su valor a los patriarcas de mi pueblo. Es bueno saber que hay individuos valerosos y resueltos entre los hombres de Marienburgo.

Kurt inclinó la cabeza, agradeciendo el cumplido, y cuando volvió a alzarla, el elfo ya había desaparecido. Henschamnn tampoco estaba. Belladonna le dijo que el jefe del crimen había huido aprovechando la derrota de los hombres rata.

—Tenía prisa por regresar a su guarida —dijo con una sonrisita. Suavizó el gesto y añadió—: Gracias por salvarme.

—La comisaría ha perdido demasiados Gorras Negras: Jan, Verletzung, Mutig, Faulheit, Raufbold y Narbig... No quería perder a nadie más. —Se pasó la mano por los chichones de la cabeza, estremeciéndose de dolor cada vez que tocaba una de las numerosas heridas que le habían causado los golpes de los hombres rata—. ¿Qué ha pasado con Cobbius?

—Venga a verlo —respondió Scheusal—. No es muy agradable.

* * *

Tyramin examinó el broche en el camino de regreso a Sith Rionnasänamishathir. No era obra de un elfo, aunque entendía por qué Schnell y los demás lo pensaban. El intrincado diseño de la joya tenía muchos puntos en común con la obra de los orfebres elfos, pero había salido de las manos de otra raza mucho más arcaica, una raza que se remontaba en el tiempo, más allá de donde llegaba la memoria de los

hombres mortales. Tyramin sintió que la esquirra de piedra bruja incrustada en el engaste del broche que sostenía en la mano lo llamaba, le decía que tenían que encontrarla, que debía liberarla.

Aquel diminuto y maléfico fragmento había guiado a Arullen y a sus amigos hacia su condena en las catacumbas. De no ser por la valentía de Arullen y la fortaleza de Schnell, el broche estaría en esos momentos en poder de los hombres rata. Tyramin se estremeció al pensar en lo cerca del desastre que había estado Marienburgo aquellos últimos días. La ciudad tenía una deuda enorme con los Gorras Negras del Puente de los Tres Céntimos, aunque nadie, salvo él, lo sabía. Aun así, el verdadero heroísmo no precisaba celebraciones para ser realmente heroico.

* * *

La marea empezaba a descender en el sótano, dejando el suelo inundado de armaduras destrozadas y armas hechas añicos. Cobbius seguía encadenado a los grilletes, aunque de cuello para abajo poco quedaba de él, excepto su esqueleto. Los hombres rata le habían arrancado hasta el último resto de carne de los huesos.

—Veo que han tenido el buen gusto de dejarle la cabeza intacta —observó Kurt—. Será mejor que metamos los restos en una bolsa y los lancemos a las aguas del Doodkanaal. No creo que su primo Lea-Jan quiera que alguien más vea el estado en el que ha quedado el cuerpo de Abram.

Cuando Kurt regresó del sótano, Otto estaba esperándolo.

—Lo siento, no pude llegar antes, aunque me costó convencer a los elfos —explicó el sacerdote. Recorrió con la mirada los cuerpos que se amontonaban sobre el suelo de la comisaría, aunque eran más los que se apilaban fuera del edificio, en el Puente de los Tres Céntimos—. Por lo que veo, estaré ocupado los próximos días. ¿Siempre me irá tan bien el negocio mientras usted esté por aquí?

—Esperemos que no —masculló Kurt—. Quiero que consagre un servicio a la memoria de todos los guardias que cayeron defendiendo este lugar..., especialmente a la de Jan. Se merecen algo mejor que un barcucho funerario.

El sacerdote hizo una reverencia.

—Será un honor.

Kurt llamó a Bescheiden.

—Willy, necesito que ayude a Otto a recuperar el cuerpo del sargento Woxholt del pasadizo del sótano. ¿Podrá hacerlo?

El apesadumbrado agente asintió.

—Es... es lo menos que puedo hacer por él.

—Buen chico —dijo el capitán, posando una mano reconfortante en el hombro de

Bescheiden.

* * *

Henschamnn canceló las citas que tenía para ese día y ordenó a Helga que nadie lo molestara bajo ningún concepto. Ni siquiera madame Von Tiezer podía entrar. Cuando estuvo convencido de que su guardaespaldas había comprendido que no estaba de humor para nadie, Henschamnn entró en su despacho y contempló Riddra y el Puente de los Tres Céntimos desde una ventana. Allí permaneció cuatro horas, rechazando todos los Ofrecimientos de comida y bebida que le hacía su asistente, y continuaba junto a la ventana cuando divisó a Kurt dirigiéndose hacia el Club de Caballeros de Marienburgo, poco después del mediodía.

—¡Helga!

—¿Sí, señor? —respondió la mujer, que entró apresuradamente en el despacho.

—El capitán Schnell viene a verme. Déjelo pasar. No pregunte nada ni le ponga trabas.

La guardaespaldas frunció el ceño, aunque sabía que no debía cuestionar las órdenes que recibía.

—Sí, por supuesto —respondió retirándose.

Minutos después, Helga regresó e invitó a pasar al despacho al capitán de la guardia. Henschamnn esperó a que su asistente se marchara y cerrara la puerta para hablar.

—Una noche movida —comentó el jefe del crimen sin moverse de la ventana.

—Las he tenido peores —respondió Kurt, aunque después de una breve pausa se corrigió—: No, puede que no.

—Espero que no.

Los dos hombres permanecieron unos instantes en pie, en silencio, inmersos en sus pensamientos.

—He venido para informarle de que Abram Cobbius está muerto. Los hombres rata lo devoraron.

—No es una pérdida irreparable —dijo Henschamnn—. Era un idiota ambicioso que se pasó de listo. Intentar liberarlo no fue más que una cuestión de principios.

—¿Y el propósito de echar a la Guardia de Vigilancia Metropolitana de Suiddock? —preguntó Kurt—. ¿También era un tema de principios?

—He decidido permitirles que continúen en su pequeño puesto de vigilancia, si aún desea quedarse en el distrito.

—Es usted muy generoso, Casanova.

—No puede perjudicarme excesivamente —continuó Henschamnn, ignorando el

insulto de Kurt—. Mis intereses comerciales se extienden mucho más allá de Ríddra, e incluso de Suiddock, y mi influencia llega más lejos aún. Haría falta mucho más que sus exiguos recursos para derribar todo eso. No estoy alardeando, entiéndame, simplemente... doy constancia de un hecho.

Kurt se encogió de hombros, sin ceder al compromiso que hubiera supuesto admitirlo.

—Además —añadió Henschamnn—, usted parece un imán para los problemas. Sospecho que me será más útil en su puesto en el Puente de los Tres Céntimos. Considérelo un cumplido, si así lo desea. Hablaré con su comandante, a ver si puede facilitarle refuerzos. No tiene sentido mantener activa una comisaría en el puente sin una guarnición, ¿no cree?



Kurt regresó a la ruinoso y destartalada comisaría. El sol empezaba su lento descenso hacia el horizonte. Por algún motivo, él y un puñado de sus agentes habían sobrevivido a todo lo que aquella ciudad les había arrojado y más. Si bien habían perdido demasiados camaradas en el camino, lo peor ya había pasado. Al menos esperaba que fuera así. Sin embargo, la reconstrucción de la comisaría se revelaba una tarea ardua, y el equipamiento de sus hombres era demasiado pobre para acometerla. Kurt meneó la cabeza. Quizá era mejor acudir al comandante con el rabo entre las piernas y reconocer el fracaso. Por una vez, el orgullo del apellido Schnell debería quedar en un segundo plano, al servicio de un bien mayor.

El capitán continuaba enfrascado en estas reflexiones cuando divisó el Puente de los Tres Céntimos. La calle estaba inundada de gente que se agolpaba en la entrada de la comisaría. Kurt apretó el paso, ansioso por averiguar qué nuevo problema había surgido. Cuanto más se acercaba, más denso era el tumulto de personas. Fue abriéndose paso entre el barullo y la gente le daba palmadas en la espalda y lo aplaudía. Era una sensación desconcertante después de haber sido el objeto de tanto odio y de tantas burlas desde su llegada a Suiddock. Cuando por fin llegó a la puerta de la comisaría, Kurt se quedó atónito al descubrir que cuadrillas de ciudadanos estaban reconstruyendo las paredes, las puertas y las ventanas destrozadas del edificio. Scheusal dirigía las obras, mientras que Molly y sus chicas se dedicaban a suministrar bebidas y herramientas a los trabajadores. Terfel se asomó desde la ventana del despacho del capitán y lo saludó agitando alegremente una mano.

Belladonna salió de la comisaría intrigada por los motivos de los aplausos y los vítores de los ciudadanos, y una sonrisa se dibujó en sus labios cuando vio al capitán aproximándose.

—¿No es increíble? ¡Se han enterado de que aguantamos firmes el ataque de Henschamnn y sus mercenarios! ¡Creo que se los ha ganado, capitán!

Kurt meneó la cabeza, todavía incapaz de creer lo que estaba viendo. Quizá algo bueno había nacido de tantos sacrificios, de todo el dolor y el sufrimiento, y de tantos muertos. El tiempo lo diría.

* * *

En las profundidades del suelo sobre el que se levantaba la comisaría, en las largas columnas que sustentaban el Puente de los Tres Céntimos, una piedra en particular palpitaba con avidez. Hacía cinco días que había probado la sangre y acababa de darse un festín con los pedazos de carne cruda que los hombres rata habían arrancado de los huesos de Abram Cobbius.

La piedra lanzó una llamada a la oscuridad que convocaba a otras criaturas monstruosas, una llamada que requería la presencia de los moradores de las tinieblas. Un repugnante resplandor verde que emanaba de ella oscilaba perversamente. La piedra había probado la sangre humana, y quería más...